

**Asociación
Ex-Presos Políticos
de Córdoba**



estabones

**crónicas, relatos, poesías,
cuentos, ilustraciones...**

Asociación Ex Presos Políticos de Córdoba

Eslabones

**Historias, crónicas, relatos, poesías,
cuentos, ilustraciones, artesanías...**

Eslabones / Sara Lillana Waitman [et.al.] - 1a ed. - Córdoba
Asociación Civil Ex Presos Políticos de Córdoba, 2009.

430 p. ; 23x15 cm.

ISBN 978-987-25224-0-7

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. 3. Testimonios.
CDD A863

Diseño de Tapa: *Manuel Vissani*

© by *Asociación Civil Ex Presos Políticos de Córdoba*

E-mail: asociacionexpresopoliticoscba@yahoo.com.ar

ISBN: 978-987-25224-0-7

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

A nuestros Compañeros de lucha y militancia, a los 30.000 compañeros asesinados y Desaparecidos, a los compañeros fusilados, muertos por la tortura y caídos en la lucha por la liberación nacional.

A nuestros Familiares Secuestrados y Desaparecidos que lucharon por encontrar a sus hijos y nietos durante el terrorismo de Estado y eso estaba prohibido.

A nuestras familias que nos acompañaron en todo momento y hoy lo siguen haciendo.

A Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas: por su lucha permanente. Muchos de sus miembros fallecieron sin que se haya logrado justicia. Sin haber recuperado los cuerpos de sus seres queridos.

A los presos comunes que nos ayudaron a romper la incomunicación.

A los compañeros que en el cumplimiento de su deber militante murieron construyendo los túneles que hubieran permitido la recuperación de la libertad de cientos de presos políticos.

A las Abuelas de Plaza de Mayo, luchadoras incansables por recuperar a sus nietos, apropiados por los genocidas durante el secuestro y luego desaparición de sus hijas. La mayoría de los hoy jóvenes siguen sin conocer su verdadera identidad.

A los H.I.J.O.S., por buscar la verdad y la justicia.

A los que continuamos día a día aportando para construir un país para todos con justicia.

A nuestros Compañeras/os que murieron después de recuperar la libertad, con el sueño de la Patria Liberada.

Agradecimientos

A los compañeros del Sindicato de Luz y Fuerza de la ciudad de Córdoba por abrimos las puertas de su casa, la que sentimos como nuestra, para realizar reuniones y distintas actividades. Por su trayectoria de lucha, solidaridad y compromiso.

Al Archivo Provincial de la Memoria por datos y fotos cedidas para este libro

A Gabriela Berajá y a la periodista Lilia Fracaroli, por sus aportes gustosos en las correcciones del libro.

PRÓLOGO

SOLES Y LUNAS DETRÁS DE LOS MUROS

Buscando el recuerdo, buscando el olvido, componiendo vida y memoria, los compañeros escriben este libro; escriben muchos libros, sin papel, sin letras ni palabras, con ojos que miran, buscan y encuentran. Los compañeros hacen de su pasado un homenaje, de su cada día, una claridad que entra por apenas una rendija. Eslabones construyen, elaboran, encuentran con manos, sangre y abrazos.

¿Cómo se hace para solamente leer, para únicamente saber a partir de lo que se cuenta? ¿Cómo es posible comprender la historia a partir del relato de los compañeros?

¿Cómo es posible no sentir la opresión de las paredes?, ¿cómo no ver la absurda soledad, el eslabón cadena que aprieta, atrapa, oscurece?

Una cadena. Los eslabones componen una cadena, una atadura de duro metal para apresar los cuerpos, para limitar los actos, para distraer el pensamiento.

¿Se cobija uno con una cadena?

¿Con una cadena se tiende la mesa, la cama; se abraza, se ama?

No se amasa el pan con una cadena, no se siembra ni cosecha; se apresaa.

¿Las aguas del río con una cadena se apresan?

No las aguas del río.

Con una cadena se atrapa, se lastima, se duele.

Al animal, al hombre se duele con una cadena.

Se los esclaviza.

Una cadena convierte al hombre en prisionero.

A un prisionero se lo domina, se lo controla, se le pueden hacer cosas que no podrían hacerse sin una cadena.

Hay cadenas de hierro, hay cadenas que no se ven fácilmente, aunque atrapan al alma, al corazón, a la voluntad, a la conciencia.

El hambre es una cadena.

La ignorancia es cadena.

La enfermedad, la pobreza, el temor, el miedo, el horror.

Una cadena son eslabones que se unen, imposibles de separar. No hay puerta, ni ventana, ni cielo en la cadena.

Eslabones. ¿Pueden los eslabones ser otra cosa que una cadena de atrapar?

¿Pueden los eslabones unir?

¿Para unir voluntades pueden servir?

¿Para vincular, apretar, pueden servir?

¿Olvidos entrelazados pueden ser memoria, eslabones de vida?

¿Un compañero es un eslabón de humanidad?

Humanidad el grito de Canoa, el gesto de Martha, la palabra de Juanita, la mirada de Manuel, el abrazo de Jorge, el llanto de Paula...

Eslabones los sueños de los hombres que miran la tarde apretarse contra el muro. Los guardianes vigilan desde lo alto.

La sangre son eslabones que murmuran, tejen, acusan. Los corazones laten eslabonados de esa sangre.

Eslabones de una interminable cadena de recuerdos: el frío, la humedad, una grieta, el calor, los papelitos que gritan estoy vivo en el secreto de una muela, la visita de los familiares, el llanto clandestino de un niño, la figura de un combate alguna noche, la transpiración, el interminable abrazo.

Cadenas. Eslabones de miseria el brazo del torturador, sus dedos, sus uñas, unos ojos, la seriedad, la carcajada obscena, la lujuria hedionda del homicida. Eslabones para no olvidar, para estar vivo a su pesar, a su pesar, por mucho que les pese.

La luz del sol cada mañana se atrapa en el gris anochecido del nuevo día, insolente sol, rayito apenas de indulgente luz. Ana María está ahí, Ricardo, el Tito, Jaime. Miguel Ángel está allí pensando qué va a hacer mañana cuando salga, si sale. Raúl se quedó. Néstor, José, Paco y Florencio se quedaron. ¿Todavía están ahí? ¿Están?

La noche suspende el trago, la Luna adormecida es un pájaro lejano, pero está viva. Todos saben que está viva y mientras lo sepan todos viven, vivimos.

Lejana y suave, la aurora que dejamos afuera llega de cualquier modo, se cuele por las rendijas, murmura su bostezo, impera sigilosa y aunque duela, aunque duela saberla sin poder mojarse de esas plumas rojizas con que pinta el universo.

Oscar cierra los ojos y sabe que está vivo. Un día más está vivo, quizás sólo un día. Pero hoy está vivo y ¿por qué no para siempre?

Nos vive el abrazo, dice Canoa, el abrazo nos vive y nos vivirá a pesar del frío interminable, del invierno que aferra su corazón inmenso, su corazón de fuego, ternura y fuego. Su corazón aterido, sus manos de acariciar, su mirar profundo. Nos vive el abrazo.

El abrazo, la fraternidad que era ilusión allá, en la libertad, adentro, en la prisión, es lo que nos vive. Nos salva finalmente, aunque el silencio llegue a la madrugada y se cuele como dolor o cierta desesperanza. Aunque el Turco se “corte” y ya no tenga mañana y sólo guarde su vida en vos, en tu abrazo, en el cielo que recela, porque vos sos vos y todos somos vos.

Eslabones, sucesos eslabonados, encadenados, consecuentes con la turbia realidad, con la terca esperanza es lo que los compañeros escriben, relatan, viven y sobreviven, cada día que el sol amanece, cada luna que anochece.

Vida y más vida es lo que este libro envuelve y entrega.

¿Cómo leerlo solamente?

¿Cómo simplemente entenderlo?

Guillermo Bulgheroni

Secretario de Turismo y Cultura

Sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba

PRÓLOGO

La Asociación Ex Presos Políticos de Córdoba nos entrega el primer libro de narraciones escrito por los propios protagonistas de las historias. Se trata de un conjunto de recuerdos, que mediante relatos y poesías, manifiesta desde la crudeza y multiplicidad de lo vivencial subjetivo, su identificación con una generación que no sólo se propuso (en tiempo pasado) ser parte de la historia de su pueblo, sino vivir con él cada momento, *“andando, persiguiendo la esperanza, para no perderla, para llenar la vida de frutos”*.

Nos dicen los protagonistas con palabras de Fucik: *“Sólo os pido una cosa: si sobrevivís a esa época, no olvidéis. No olvidéis ni a los buenos ni a los malvados”*...y el ruego se hizo realidad. Cada recuerdo personal se guardó celosamente esperando que la palabra sea escuchada.

Cuando comenzaron las preguntas y “otros” quisieron saber, la Asociación reunió *con paciencia los testimonios sobre aquéllos que cayeron*, para mostrar que eran *seres con nombres, con rostros, con deseos y esperanzas*, que al igual que los que sobrevivieron son miembros de vuestra familia, la que cada uno de vosotros asume como propia.

Los compañeros nos dicen, al igual que Imre Kertész, que cada vez que recuerdan-regresan, en sus memorias a sus muertes-nuestras muertes, es para reafirmar, como entonces, el indoblegable deseo de vivir.

Paradójico deseo que se impone sobre el terror, la tortura, la muerte, la desaparición y la destrucción. Generación marcada que dejó sus marcas en la historia.

Cada página del libro nos traslada a otros tiempos, nos arremolina y nos deposita nostálgicos en nuestro presente vital.

Nos recuerda con Alicia aquellos *años vividos intensamente*, en que *estábamos desnudos, tocándonos el alma...y nuestras ganas de amar recorrían cada espacio, cada duda de nuestro cuerpo* y sentimos con ella *que aquella felicidad dudosa, curiosa...persiste como un hilo conductor de pasiones, de militancias y utopías* que nos impulsa cada día *a inventarnos un camino* junto a otros.

Como dice Elizabeth Jelin citando a Passerini, las memorias se encadenan unas a otras, como “Eslabones”. Nos traen la presencia de Tarzán, de Diana, de René, del gringo Pool...de historias de obreros y estudiantes, de la *residencia en el infierno*, de las luchas y la solidaridad, y las palabras se cuelan como *la paloma cuya soguita* hecha con *tiras* de recuerdos *prolijamente trenzados* pugnan por comunicar de un ex preso a otro experiencias vividas.

Los compañeros aparecen como *cajeteando*, con la *mirada lejana y en silencio*. Los recuerdos hechos palabras, calman el dolor, acercan a la *ventanita de la vida*, se *entregan al sol* y se cuelan con urgencia por los *agujeros* de la historia para darse a conocer y *sentir la libertad*.

No se trata de una libertad individual o abstracta sino de aquella que sólo puede sentirse con los otros, aquella que imagina, crea, arriesga y se juega por el futuro.

ESLABONES, no sólo es un libro para leer, fundamentalmente es un libro para sentir.

Será por eso que cuando Sara me pidió en nombre de la Asociación de Ex Presos Políticos hacer el prólogo, en un primer momento pensé que podría escribirlo sin problemas ni dilaciones. Tal vez mi actitud omnipotente me impidió advertir en ese momento, que la tarea no era tan simple, tendría que descender a las profundidades del alma.

Cuando me entregaron los relatos de las distintas experiencias vividas por mis compañeras/os y fui leyéndolas una a una y reconociendo en mí el mismo dolor con que eran recordadas, cuando pude apreciar la riqueza de las narraciones y el valor humano e histórico de poder transmitir las en toda sus dimensiones, una angustia difícil de describir se instaló entre mi razón y mis sentimientos, miles de recortadas historias poblaron mi existencia y no podía descifrar cuál de ellas era propia. Entonces me di cuenta, que lo que Sara me había pedido no era el Prólogo de un libro con "un texto", sino de vivencias en carne viva.

Sentí...que la llaga se abría nuevamente...y me experimenté a mí misma como un *eslabón* más de la historia, de nuestra historia que se revelaba una vez más, tozuda y obcecadamente, contra la incomunicabilidad que nos quisieron imponer.

Nosotros no olvidamos y esto no es sólo una consigna, NO OLVIDAMOS porque no podemos ni queremos y no podemos ni queremos, porque la memoria es lo que nos ha mantenido erguidos como HOMBRES y MUJERES que a pesar del dolor y del terror ELIGEN ser parte de la historia de su pueblo.

Esta decisión es la que le da sentido a lo vivido y a nuestras existencias, porque como expresó Primo Levi en "Los hundidos y los salvados" *los objetivos de la vida son la mejor defensa común contra la muerte: no sólo en el Lager —o en prisión, sino también en cada marcha y contramarcha de nuestro pueblo—*.

María Teresa Sánchez

Ex - presa política.

Coordinadora del programa Memoria, Verdad y Justicia de la U.N.C. (Universidad Nacional de Córdoba)

PRÓLOGO

Honor, emoción, pudor, vergüenza, sensaciones que se juntan cuando tamaños compañeros nos piden prologuemos este libro. Es tan fácil hoy hablar de lo que pasó, pero tan difícil sentir, comprender, internalizar lo que realmente pasaron. Es fácil constatar que en nuestra sociedad está difundida la lucha de Abuelas por recuperar sus nietos apropiados, está en lo colectivo los miles de desaparecidos. Pero es extraño ver que no está expandido el conocimiento de las penurias, torturas, experiencias vividas por los presos políticos.

En la época de la Dictadura Cívico Militar, todos los compañeros que estaban a disposición de la Justicia Federal y/o a disposición del PEN (Poder Ejecutivo Nacional) tuvieron condiciones similares a los restantes campos de concentración.

Eran rehenes de las fuerzas armadas, fueron utilizados para amedrentar a la población en general y, mediante sus fusilamientos, demostrar que los dictadores eran los dueños de la vida y de la muerte.

Para ello contaron con la aquiescencia, entre otros, de los representantes del poder económico, político, religioso, periodístico, sindical y judicial. Pensar lo contrario además de ingenuo sería cómplice. Ninguna dictadura puede ser solamente militar, pues el solo poder de la boca de las armas no basta para sustentarse años en la cúspide del poder formal, si no está firmemente asentado en los factores reales del poder real.

Cómo preservaron sus mentes, sus sueños, sus principios, cómo se amoldaron a las pésimas e inhumanas condiciones de sobrevivida, cómo pudieron conocer el infierno y vivir para contarlo, es en parte de lo que se habla en este libro.

La lucha de todos los organismos de derechos humanos, pero fundamentalmente de la parte más sana de la sociedad argentina, integrada entre otros por los miles y miles de sobrevivientes de las cárceles, han conseguido que más de 30 años después comencemos a juzgar a algunos de los responsables directos, militares y policiales, de las más aberrantes violaciones a los derechos a la vida, a la integridad física y psíquica de los argentinos de toda nuestra historia.

Todavía es tímido el accionar de esta justicia, pero dependerá de nuestras luchas que ese camino se ensanche y abarque a todos los responsables de los delitos de lesa humanidad, sean éstos empresarios, curas, periodistas, jueces, políticos, burócratas sindicales, que no sea al tun tun, sino con nom-

bres y apellidos, estén vivos o no, para que las responsabilidades no se pierdan en el anonimato.

Quedan pendientes muchas discusiones, para reverdecer los sueños, para que la crítica nos permita superar los errores, para pensar nuevos futuros solidarios, igualitarios, justos, para que seamos menos egoístas, más horizontales, simplemente más humanos. Pero en esas discusiones no puede faltar la palabra de los ex presos políticos, que son parte de nuestra historia viva, la representación en carne y hueso de que alguna vez en este país, nuestro país, hubo gente que soñó y trató de construir un futuro distinto, mejor que este presente anómico, individualista, consumista y deprimente.

La tarea del cambio está pendiente y es necesaria más que nunca, el camino está al frente, sólo lo transitaremos si asumimos nuestras historias, nuestras alegrías y dolores, nuestros aciertos y errores, si sabemos sumar y aislar a los enemigos de verdad, caminemos, es la propuesta y la obligación recordando a los que no están pero fundamentalmente por los que vienen.

Martín Fresneda

Claudio Orosz

Abogados de Organismos de Derechos Humanos. Llevaron y llevan adelante querellas en Córdoba por crímenes cometidos durante el terrorismo de estado.

INTRODUCCIÓN

Hay que poner en marcha la palabra –dijimos. Hacerla caminar, reconstruir su sentido. Ponerla en acción para que no nos venza el silencio. Para que camine la vida, en su esencia de árbol, que da sombra y frutos, sentido a su existencia.

Lo contrario sería la muerte, la parálisis, la no memoria y el olvido.

Y nos echamos a andar para rescatarnos, para recuperar el don de la palabra viva en cada experiencia. Rescatar lo más hermoso que tiene el militante: su dignidad y el compromiso con su pueblo. Árbol de futuro.

Este es el sentido que tienen nuestros relatos: la resistencia humana, la lucha por sobrevivir al genocidio y al terror.

Recuperar las horas, los días y los años de prisión es adentrarnos en las memorias de cada uno de los sobrevivientes.

Y nos pusimos a caminar con la utopía al hombro, hacia el horizonte que siempre se acerca y aleja.

Y entonces cabe la pregunta: ¿para qué nos sirve esta memoria? Precisamente, para seguir andando, persiguiendo la esperanza, para no perderla, para llenar la vida de frutos.

A pesar de todo, hemos llegado a este presente. Transmitir nuestras vivencias en este libro fue el objetivo. Por eso los convocamos, desde la emoción y el orgullo que nos da el haber compartido los ideales que caracterizaron y siguen vigentes en nuestra generación.

Nuestra historia

Los militantes de la generación del Cordobazo provenimos del fondo de la memoria histórica de este continente.

Hundimos las raíces en nuestros ancestros, los pueblos originarios, que siguen luchando por su dignidad y la justicia.

No nos son extrañas las luchas por la independencia, por la construcción del Estado nacional y la del sueño de los libertadores, la gran patria latinoamericana.

Los ideales de nuestra generación se entroncan con la *Patagonia Rebelde*, la *Semana Trágica*, la Reforma Universitaria, el Grito de Alcorta de los campesinos por la tierra, la resistencia peronista, el Cordobazo y las Malvinas.

El objetivo siempre fue la justicia social y la liberación nacional. Donde el respeto por el otro esté basado en la solidaridad y la participación de todos.

Somos militantes de esa nueva vida que queremos conquistar con la lucha de todos los pueblos hermanos.

No renegamos ni arriamos ninguna bandera, al contrario, la sostenemos bien alta porque hemos comprendido y aprendido de la sangre derramada de nuestros compañeros y de los años de gobiernos militares y civiles que vendieron la patria y alentaron nuestras diferencias para dividirnos y someternos a sus intereses mezquinos.

No olvidamos nuestro pasado histórico.

Nos identificamos con él para unirnos con más fuerza en nuestras convicciones e ideales.

Intentamos que las nuevas generaciones tomen las banderas sagradas de la lucha popular. Que las hagan suyas para construir la gran patria soñada por nuestros libertadores.

Los ex detenidos políticos somos parte de los sobrevivientes de estas generaciones de luchadores por un mundo mejor.

Nuestras herramientas son las ideas, la participación y el compromiso activo por el pleno cumplimiento de los derechos humanos.

Mucho se ha dicho y escrito sobre lo sucedido en nuestro país durante las décadas de los años 60 y 70.

Lo que nos tocó vivir a los argentinos por pretender liberarnos del yugo del imperialismo y sus vasallos locales fue la pérdida de 30.000 hombres y mujeres, jóvenes, adolescentes, la apropiación de aproximadamente 500 bebés nacidos durante el cautiverio de sus madres, así también niños que fueron secuestrados o asesinados junto a sus familias, miles de perseguidos, exiliados, encarcelados, torturados y asesinados.

La represión y los golpes militares tuvieron la complicidad de sectores civiles de la derecha conservadora, la jerarquía católica y la oligarquía representada por la Sociedad Rural, como método de disciplinamiento social para imponer un modelo de dominación y entrega, que significó saquear nuestra nación; cerrar fábricas y desaparecer miles de puestos de trabajo, condenando a la marginalidad, a la ignorancia, al hambre a nuestros hermanos.

Eso es "SUBVERSIÓN".

Convirtieron una nación próspera, en un páramo, donde millones de argentinos fuimos víctimas del genocidio.

A nuestras generaciones siguientes les quitaron la posibilidad de aspirar a un "futuro mejor", tener utopías y soñar con hacerlas realidad; de equivocarse por sí mismas.

¿Se equivocaron los milicos? Seguro que no; impusieron un proyecto de país dirigido desde la Escuela de las Américas que instrumentó la Operación Cóndor: nombre secreto de la fuerza multinacional, en la que intervinieron los servicios de inteligencia de países sudamericanos —Argentina, Chile, Uruguay, Brasil, Paraguay, Bolivia y hasta cierto punto Perú—, que tuvo como objetivo el intercambio de información acerca de personas residentes en dichos países "que ofrecieran resistencia" a sus planes de dominación", así como la cooperación para perseguirlas a través de las fronteras nacionales. La Operación Cóndor permitió a las Fuerzas Armadas y paramilitares de los países del Cono Sur desplazarse libremente en el territorio de otros para secuestrar, desaparecer o asesinar. La escuela de Panamá (donde recibieron formación los ejércitos latinoamericanos, prácticas que más tarde aplicarán en distintos golpes de Estado) surge con los aportes del imperialismo norteamericano a la guerra contrainsurgente que ya habían desarrollado los franceses en Vietnam y antes en Argelia.

Dejó hambre y desocupación. No hubo error; sí un plan de entrega y traición a la Patria y al Pueblo.

Hoy desde estas páginas vamos a contar una parte de esa historia: la de la resistencia argentina; la de la rebelión; la de los sueños; la de los argentinos dignos que no se entregan. La de nuestra lucha por una patria para todos con educación, salud, vivienda, trabajo y justa distribución de la riqueza para nuestro pueblo, que se llevaba adelante a través de una militancia solidaria, lo que resultaba peligroso para los sectores del poder. El crecimiento de la conciencia, la organización y participación hacían imposible llevar a cabo el proyecto liberal impulsado por la dictadura.

Fuimos los "habitantes" de la Unidad Penitenciaria N° 1 —UP 1— de barrio San Martín, en la ciudad de Córdoba, tristemente conocida por la brutalidad de las torturas a que éramos sometidos los presos políticos allí alojados, por los fusilamientos de muchos de ellos, por orden y decisión del entonces general Luciano Benjamín Menéndez, principal responsable ideólogo del genocidio cometido en el Área del III Cuerpo de Ejército.

Pero además sufrimos humillaciones, vejaciones y torturas en todos los penales de la provincia de Córdoba: el de Villa María; el de Río IV; también El Buen Pastor y Encausados, y los penales del resto del país como: Sierra

Chica, -UP 9-, La Plata, Caseros, Rawson, Coronda, Villa Devoto, Ezeiza, Tucumán y Resistencia, entre otros.

Somos testigos de la existencia de los centros clandestinos de detención en la provincia de Córdoba: La Perla, La Ribera, la D2 del Pasaje Santa Catalina, D2 de la calle Mariano Moreno (División de Informaciones de la Policía Provincial), Casa de la Dirección General de Hidráulica del Dique San Roque, La Perla Chica o Malagueño y tantos otros que existieron en Córdoba y en el país.

Con esa experiencia hoy estamos convencidos de que nuestras luchas por difundir la verdad y reconstruir la memoria colectiva son la única garantía de que se haga justicia con todos los que, de distintas formas, sufrieron el terrorismo de Estado.

La parte de la historia que nos toca, aquella que viene del fondo de lo humano, allí donde se resuelve la conciencia, es lo que la mayoría de los historiadores nunca cuentan, nunca le dan la importancia profunda que tiene, reduciéndonos a ser números o anécdotas.

Nuestra lucha es digna y necesaria. Porque los pueblos que no tienen memoria corren el riesgo de repetir sus tragedias.

Las páginas que siguen resultaron de un gran esfuerzo emocional, al punto que hubo compañeros que no pudieron escribir, otros debieron grabar relatos orales y otros que nunca habían escrito se animaron a hacerlo.

Por eso hoy este libro llega a tus manos con la esperanza de ser un aporte en la construcción de una patria solidaria.

Asociación Ex Presos Políticos de Córdoba

¡Hasta la Victoria siempre, Compañeros!

La Unidad Penitenciaria N° 1 (actualmente N° 2), sita en Colombres 1300, de barrio San Martín, ciudad de Córdoba, fue ocupada por el Ejército y la Gendarmería a partir del 2 de abril de 1976, luego de perpetrado el golpe de Estado del 24 de marzo del mismo año. Debido a ello es que los detenidos políticos pasamos a disposición del Área 311 de la IV Brigada de Infantería Aerotransportada al mando del general Juan Bautista Sasiañ, dependiendo del III Cuerpo de Ejército, comandado por el entonces general Luciano Benjamín Menéndez y el general Antonio Vaquero, entre septiembre de 1975 y diciembre de 1976.

En esta cárcel los fusilamientos y asesinatos fueron selectivos.

La particularidad de estos casos reside en que todos los fusilados eran presos legalmente reconocidos, alojados en una dependencia carcelaria, con abogados defensores, de oficio o particulares. Estaban a disposición de Juzgados Federales y del Poder Ejecutivo Nacional y muchos de ellos con el proceso judicial concluido y con resolución de libertad.

Por lo antedicho, en el caso de los detenidos políticos alojados en cárceles legales, el plan sistemático de aniquilamiento de detenidos tuvo que ser readecuado, puesto que no podían eliminar a todos los presos políticos con la misma facilidad con que lo hacían con los detenidos en los centros clandestinos.

Los presos políticos de la cárcel UP 1 estuvimos incomunicados, desde el 24 de marzo de 1976 hasta el día 25 de mayo de 1979.

Esta incomunicación permitió llevar adelante las distintas prácticas del Estado terrorista: fusilamientos, amenazas, traslados a los centros clandestinos de detención y cárceles del país, sumando a esto el régimen de detención que violaba todos los Derechos Humanos.

Miserablemente se pretendió, a través de ciertos medios de comunicación, de algunos jueces, políticos y sectores civiles cómplices, enmascarar la responsabilidad directa del Ejército justificando como intentos de fuga o muertes por causas naturales, la ejecución, asesinato y fusilamiento de 29 presos políticos de la Unidad Penitenciaria N° 1.

En el tiempo en que se produjeron estos fusilamientos estaba como jefe de cuerpo a cargo de la Unidad Penitenciaria N° 1, el Prefecto José Alberto Torres. Su superior inmediato y quien validaba los traslados mentirosos que concluían en alevosos asesinatos era el Prefecto Héctor Claudio Gastaldi, Director General del Servicio Penitenciario Provincial.

Al último compañero que sacan de la cárcel para fusilarlo el día 21 de julio de 1978 fue a Osvaldo Sigfrido De Benedetti, a quien llevaron en un traslado hasta una picada que une las localidades de Caspichango con Frías Silva y Potrero Negro, al sur de Tucumán. La hora en que lo fusilan: 8,20 hs. Caso N° 2424 de la CIDH, figura como *"intento de fuga"*.

A propósito de lo que relatamos hasta aquí, vale transcribir cómo se reflexiona en la causa federal en que se juzgan estos hechos con motivo del testimonio de José Alberto Torres. "Resulta significativo que, al igual que con Funes y Rossetti, el Prefecto Torres se negara a aprobar la salida de los detenidos, en tanto no contara con la expresa autorización de un superior – en este caso el Jefe Gastaldi quien, telefónicamente, le manifestó estar en conocimiento del operativo–, dejando debida constancia escrita de la misma en los legajos, para resguardarse –evidentemente– de cualquier grave consecuencia que pudiera sobrevenir y que es obvio, ya presumía en aquel momento. En tal sentido, se expuso antes que el propio Torres reconoció haber estado consciente que el verdadero propósito de estos operativos no era el de "interrogar" a los detenidos (fs. 2483/91)."

Una compañera, Luisa La Torre, fue sacada de la UP 1, estuvo pocos días con nosotras, creemos que fue trasladada a Mar del Plata, jamás llegó a destino y en la actualidad se encuentra desaparecida.

Hay momentos en la vida –un instante por ejemplo– como un soplo, como una caricia que amanece lastimando la memoria y nos convoca en algún recuerdo.

Son los compañeros encarcelados y asesinados en nuestra Córdoba de la dictadura.

Esta Córdoba que es una bisagra en la historia. Con sus hombres y mujeres, jugados en cada lucha por un amanecer distinto.

Que tiene historia reformista entre estudiantes y olor a Cordobazo entre los trabajadores.

Córdoba es eso y mucho más, muchedumbre, rostros jóvenes, asesinados por su pasión solidaria.

Es la lucha y el coraje, marchando por las calles con sus ¡vivas! y sus ¡abajo!, con las banderas al viento.

Son los sueños y utopías perseguidos. Es la sangre derramada de los compañeros caídos y los que hoy están ausentes.

Son sus barrios y su gente; es el río y la cañada.

Son los gritos libertarios en una manifestación de ilusiones.

Una asamblea rebelde y un Cordobazo de vida.

Una luz y una esperanza, de esta memoria dolida.

Todo esto son ustedes, compañeros y memorables compañeras.

Una victoria y la lucha por el mundo que soñaron, nos estamos debiendo.

NUESTROS COMPAÑEROS	FECHA DE FUSILAMIENTO
Eduardo Daniel Bártoli	30-04-76
Miguel Ángel Mozé	17-05-76
José Alberto Svagusa	17-05-76
Luis Ricardo Verón	17-05-76
Eduardo Alberto Hernández	17-05-76
Diana Beatriz Fidelman	17-05-76
Ricardo Alberto Yung	17-05-76
Carlos Alberto Sgandurra	28-05-76
José Ángel Pucheta	28-05-76
Claudio Anibal Zorrilla	19-06-76
Miguel Ángel Barrera	19-06-76
Mirta Abdón de Maggi	19-06-76
Esther María Barberis	19-06-76
Marta del Carmen Rosetti de Arqueola	30-06-76
José Cristian Funes	30-06-76
Raúl Augusto Bauducco	05-07-76
José René Moukarzel	15-07-76
Miguel Hugo Vaca Narvaja	12-08-76
Higinio Arnaldo Toranzo	12-08-76
Gustavo Adolfo De Breuil	12-08-76
Ricardo Daniel Tramontini	20-08-76
Liliana Páez	20-08-76
Florencio Esteban Díaz	11-10-76
Pablo Alberto Balustra	11-10-76
Jorge Oscar García	11-10-76
Oscar Hugo Hubert	11-10-76
Miguel Ángel Ceballos	11-10-76
Marta Juana González de Baronetto	11-10-76
Osvaldo S. De Benedetti	21-07-78



Eduardo Daniel Bártoli
30 - 04 - 1976



Miguel Ángel Mozó
17 - 05 - 1976



José A. Svagusa
17 - 05 - 1976



Claudio A. Zorrilla
19 - 06 - 1976



Miguel A. Barrera
19 - 06 - 1976

Adagio a los fusilados *Milonga criolla*

Recitado

*Dicen que vienen del monte.
De los cerros y los valles.
De los pueblos olvidados,
a pata y el torso al viento.
Que han llegado a las ciudades.*



Eduardo Hernández
17 - 05 - 1976



Ricardo A. Yung
17 - 05 - 1976



Diana Fidelman
17 - 05 - 1976



Luis R. Verón
17 - 05 - 1976

*Que de todas partes vienen,
montados en alazanes.
Dicen que son mentiras,
que sus vidas fueran vanas.
Y andan de boca en boca,
encendiendo la esperanza.
Esa llama que convoca
por la patria liberada.*



Carlos Sgandurra
28 - 05 - 1976



José A. Pucheta
28 - 05 - 1976



E. María Barberis
19 - 06 - 1976

Memoria de los recuerdos,
que duelen por las ausencias.
Las ramas de un árbol nuevo,
que de mi tierra crecieron.
Entre el escarnio y la vida
La utopía persiguiendo.



Marta Rossetti
30 - 06 - 1976



José C. Funes
30 - 06 - 1976

Con los puños levantados,
manos y rostros crispados.
Les conocí la alegría
y una sonrisa en la frente.
Despojados de malezas,
hoy los recuerda la gente.



Mirta Abdon
19 - 06 - 1976



Gustavo Adolfo De Breuil
12 - 08 - 1976



José R. Moukarzel
15 - 07 - 1976



Miguel H. Vaca Narvaja
12 - 08 - 1976

Estríbillo
*Eran rebeldes astillas
de quebracho colorado.
Su entereza derramando
y a la muerte van guapeando.
Veintinueve corazones
Cielo de los fusilados.*



Arnaldo Toranzo
12 - 08 - 1976



Ricardo Tramontini
20 - 08 - 1976

En nuestra memoria ardiente,
andan diciendo presente.
Aquellos que nos honraron,
con dignidad combatiente.
Astillas de un mismo palo,
los quebrachos colorados.



Lilliana Páez
20 - 08 - 1976



Marta Gonzalez
11 - 10 - 1976

Andan en boca de todos,
recordándonos los días.
Melancólicas miradas,
incendiadas de agonías.
Fogones de multitudes,
en horizontes de vida.



Miguel A. Ceballos
11 - 10 - 1976



Oscar H. Hubert
11 - 10 - 1976



Jorge O. Garcia
11 - 10 - 1976



Pablo A. Balustra
11 - 10 - 1976



Florencio E. Diaz
11 - 10 - 1976



Osvaldo De Benedetti
Julio de 1976

-Letra y Música: Manuel Nieva-

“No hay héroes anónimos”*

“Sólo os pido una cosa: si sobrevivís a esa época, no olvidéis. No olvidéis ni a los buenos ni a los malvados. Reunid con paciencia los testimonios sobre aquéllos que cayeron por ellos y vosotros. Un buen día, el hoy será el pasado, y se hablará de una gran época y de los héroes anónimos que han creado la historia. Quisiera que todos supiesen que no hay héroes anónimos. Eran seres con nombres, con rostros, con deseos y esperanzas, y el dolor del último entre los últimos no fue menor al del primero cuyo nombre quedará. Desearía que todos ellos os sean siempre próximos, como seres que hubiérais conocido, como miembros de vuestra familia, como vosotros mismos los que han caído por sí y por vosotros”.

Julius Fucik

* Texto extraído de *Reportaje al pie del patíbulo*, de J. F. en la prisión de la Gestapo poco antes de ser ejecutado por el régimen nazi en 1943.

HISTORIAS
Y
CRÓNICAS

Un cambio de vida

*In memoriam
Marcelino Velázquez*

En el convulsivo año de 1975, la presidenta María Estela Martínez de Perón asistió a los festejos del Año Internacional de la Mujer, auspiciado por Naciones Unidas en la ciudad de México. No obstante su presencia cosmopolita, la situación del país se deterioraba; en las calles de las pequeñas o grandes ciudades, cercanas o lejanas del centro del poder político, cual efígie omnipresente, los paramilitares actuaban.

Matar se constituyó sólo en un trámite. Matar a quienes se les interpusieran, los buscaran o no. Todos eran considerados extremistas.

Pero, ¿qué era un extremista para el gobierno argentino en turno?

Era el nombre dado a todos los que de manera decidida actuaran en sus barrios, en sus iglesias; apoyaran solidariamente en la búsqueda de mejoras salariales; caminaran al lado de quienes luchaban por sus reivindicaciones, reclamaran ante cualquier injusticia. En fin, todos aquellos que asumieran actitudes solidarias con los vecinos, la población en general, fuera cual fuese su condición económica, social o política.

No hubo lugar en la Argentina donde no hubieran caído, a consecuencia de las balas, obreros, sacerdotes, profesores, abogados, médicos. Las edades podían ser entre los 15 y 35 años; más pequeños y también mayores. El denominador común en todos ellos era la búsqueda de la transformación de la Argentina, en un lugar donde no existiera la injusticia. Para el gobierno argentino en turno, éstos eran los extremistas.

Estudiaba y trabajaba como secretaria en un sindicato y allí fueron por mí. Fui llevada a la División de Informaciones. Conocí, al igual que el resto de mi generación la tortura. Todos, en general por respeto a nuestras familias, hemos manifestado reserva en describir en qué consistió ese trato indigno y degradante a que fuimos sometidos.

La sociedad argentina soslayó y fue omisa en ese particular.

Me/nos trasladan a la Unidad Penitenciaria N° 1 de barrio San Martín de la ciudad de Córdoba, entre otros con Blanca, Blanquita.

En el trámite de ingreso al penal, vieron nuestra documentación, entregada por las personas que nos custodiaban, a quienes nos recibían; nos adjudicaron lo necesario para comer, así como la ropa de cama y nos indicaron cómo debía ser nuestro comportamiento en el lugar.

Nos dirigimos, mejor digo, nos llevaron a las celdas, por un camino que tenía, por un lado las paredes del límite externo de la cárcel y por el otro, paredes también, que nunca supe a qué pertenecían. La jefa de celadoras, Zulema, nos recibió y condujo al lugar donde permanecería hasta diciembre del siguiente año. Nos subieron al primer piso. Cuando se retiraron las celadoras, comenzamos a conversar. Ellas se alejaban, pero, nunca se retiraban. Siempre estaban al acecho; durante toda la reclusión siempre escuchaban qué hablábamos, qué decíamos. Cuando los militares se quedaron de tiempo completo, ese espíritu de escuchas que las animaba se acentuó, resultado de las órdenes recibidas.

Hasta los primeros meses del año 1976, las celdas del primer piso no estaban todas ocupadas. Noviembre, diciembre, meses de calor, permanecíamos en la noche, leyendo, conversando, o escuchando la radio con algunas compañeras; y podíamos dormir con las puertas abiertas. En una de esas jornadas, trajeron a Alicia, nuestra Alizota con su sonrisa plena, su alegría, muy a pesar de cuáles eran sus condiciones al llegar.

El tiempo no nos alcanzaba. Contradictorio, pero era nuestra realidad. Efectuábamos un programa para cuando llegaran las visitas, obras de teatro o recital de poesía, específicas para los niños, hijos, sobrinos, pequeños que nos alegraban la tarde y, dependiendo de las novedades familiares, cantábamos; si no, hablábamos con las compañeras que habían recibido malas noticias. La sonrisa tímida de la mamá de Eva, el afecto que nos demostraba el papá de Normita, el vitel toné que nos traían para todas, los familiares de Ana María Pizarro. En ellos, evoco a todos los familiares. Eran nuestra voz hacia el exterior, hacia el interior se instituyeron en nuestros oídos, que estaban siempre atentos para traernos el aire fresco y lo radiante de la libertad.

Dedicábamos todos los días, tiempo al estudio; analizábamos el periódico con rigor. En forma individual, leíamos todo tipo de literatura.

Muy temprano en la mañana, limpiábamos los espacios en los que vivíamos. Todo estaba aseado, era el lugar donde coexistíamos, independientemente de que fuera la cárcel, era el lugar de nuestra estancia temporal.

A las diez de la mañana, listas, partíamos al patio, jugábamos pelota, hacíamos gimnasia, conversábamos con las compañeras de planta baja. Jugábamos con los niños, la Panterita, Daniela, el niño de Eva Pihen, y observábamos el crecimiento de las panzas de Marta Baronetto, de Elia Salís y luego de quien llamábamos Piolín.

El aprendizaje de mis primeros días transcurrió con sorpresas permanentes.

Un día las celadoras a voz en cuello, gritaron, ¡Prepárense, en una hora salimos!

Pregunté, intrigada. ¿A dónde? ¡¡¡Al cine!!! Contestaron las compañeras.

Eso me pareció maravilloso. Era el momento del reencuentro, un espacio de solaz y esparcimiento para quienes tenían marido, novio o alguien que le mirara bonito, por lo tanto, todas nos preparábamos para la ocasión.

Éramos conducidas en fila india, por el mismo camino por el que habíamos entrado al llegar. Han pasado los años y sigo traumada con dos películas, que son las únicas que recuerdo: *Magnum 44*, con Clint Eastwood y *El exorcista*. Las vi completas, debe ser una de las razones, pero luego de treinta años, creo que no tenía quién me mirara bonito.

Era un beneficio el cine, al igual que la visita conyugal. Se encontraban las parejas una vez a la semana de las 17 horas a las 9 de la mañana, del día siguiente.

También tuvimos un casamiento. Recuerdo la emoción de los preparativos para el de Vivi Avendaño, nos absorbió dos semanas, especulando cómo vestir a la novia. Salió del pabellón, con velo, muy bella y muy feliz. Fue una de las bodas que más he disfrutado disponiendo el ajuar, tanto como los alimentos o los regalos que conseguimos. Intentábamos recrear la realidad, pero, para hacerlo no teníamos mucho.

Una evocación contradictoria que perdura en mí es la visita a Tribunales.

Al principio, en la mañana, nos avisaban que teníamos que ir a audiencia, paseo que nos permitía ver a la familia y a otros compañeros con los que coincidíamos en las audiencias.

En la segunda o tercera semana de enero, escapa un compañero, lo festejamos con mucha alegría. El compañero volvía a la lucha. Ese acontecimiento lo cambió todo y debimos sobrellevar las consecuencias.

La visita a Tribunales cambió su característica; permanecíamos esposados todo el tiempo. Realizábamos todos los trámites para los que nos habían convocado y luego éramos esposados hasta que nos regresaban a la Unidad. Por lo tanto, los familiares nos veían así. Mi padre no pudo soportar esto. En un encuentro exclamó ¡para eso no te eduqué! Dio la vuelta y se retiró. Resintió emocionalmente la situación lo que pude comprobar en la siguiente visita. Antes de que pudiéramos aclarar este punto, se fue, se adelantó, como dicen en México.

Si quisiera contar mi vida, debería contar mis muertes

Suscribo en todas sus palabras y en su sentido lo que declaró el premio Nobel de Literatura, sobreviviente de Auschwitz, Imre Kertész, digo suscribo y además, completo, que cada vez que *recuerdo-regreso*, en mi memoria a *mis-nuestras* muertes, es para reafirmar, como entonces, el indoblegable deseo de vivir.

Recuerdo-regreso al pasado, ese *mi-nuestro* pasado, para decir que los planes genocidas no se cumplieron a cabalidad. Somos muchos los que sobrevivimos y a su vez, que lo experimentamos, lo *cuento-contamos* para refrendar que continuamos viviendo.

Era diciembre de 1975 o en enero de 1976, cuando observábamos caminar a los militares por áreas del penal donde estábamos reclusas. Nos preguntábamos: ¿Qué los traería por allí? Claro, no se nos ocurría pensar que se habían equivocado de institución o de espacio para realizar sus paseos matinales, vespertinos o nocturnos.

Esas figuras se pusieron de manifiesto con insistencia en los días cercanos al golpe militar, con bajo perfil y, se puede decir tarareando una letra del tango, *como con bronca y junando*. No sabíamos por qué o para qué, pero, ellos sí, circulaban libremente.

Se produce el golpe militar el 24 de marzo y nos dicen que ya no tendríamos comunicación ni oral, ni escrita. Se suspenden las visitas, recreos y no va a entrar nada del exterior.

Transcurren unos días; en una media mañana de abril, el glorioso Ejército Argentino, aquél que conquistara laureles cruzando la cordillera de los Andes liberando pueblos con San Martín, comenzó una de sus escaramuzas en el penal.

El objetivo militar: las mujeres, ancianas, embarazadas, enfermas y niños. A los gritos daban órdenes con inusitada violencia, además de empujones. Debíamos dejar lo que estábamos haciendo para ir al patio ¡De inmediato! Cumplimos la orden y procedieron a requisarnos desnudas, en presencia de personal militar y penitenciario. Miré de reojo, durante la requisa y teníamos, por cada una de nosotras, uno o dos soldados detrás, apuntándonos con un fusil.

En ese escenario, se escuchaba repetitiva, la voz de un capitán, escoltado por un teniente del Ejército que caminando repetía, *que dejábamos de estar en un colegio de señoritas, para pasar a estar en una cárcel; que íbamos a sufrir las consecuencias de los actos que hubiéramos realizado, o no*.

Nos devuelven a los pisos y el desorden era lo que primaba. Completaron las vejaciones cortándonos el cabello. Revisamos nuestras pertenencias.

cias. Se habían llevado todo lo que para ellos no era necesario; esto es, no teníamos toallas higiénicas, espejos, jabón, entre otros. A todos estos elementos no los proveía el penal.

Nos habían cortado el cabello a algunas y, en el estado de intranquilidad que permanecíamos, las compañeras hacían sorna a quienes sufrimos el ridículo corte de cabello, estilo Ejército Argentino. Nos miraban de un perfil, era un corte, el otro, era diferente, grotesco. Al día siguiente, nos proporcionaron una tijera las celadoras para arreglar ese desatino.

Fue un tímido adelanto de lo que luego continuó.

La presencia militar se hizo permanente, quince días los efectivos de la 4ta Brigada Aerotransportada y, quince días Gendarmería Nacional.

Decía al inicio, *recordar-contar, mis-muestras* muertes, porque a partir de esta presencia, la muerte fue nuestra compañía omnipresente; la escudriñábamos, la advertíamos, la reconocíamos. No la podíamos ignorar.

De día, de noche, en nuestros sueños. Pasaba a nuestro lado, de frente, por detrás sin decir mucho. Para sorprendernos cualquier día desgarrándonos, para quitarnos, para separarnos de otra compañera. Para tomarla sin previo aviso.

Un campo de concentración fue lo que hicieron del penal con presos reconocidos legalmente.

Una comunicóloga argentina opina que, *algunos estudios sobre el genocidio nazi, sugieren que un lapso de treinta años marca apenas el punto de partida para que una sociedad pueda empezar a elaborar una tragedia.*

En ese trabajo arduo, áspero de elaborar, estamos todos desde distintas miradas.

Los militares se invistieron de la capacidad de decidir sobre la vida y la muerte.

Se desplazaban por el pabellón y nos sometían a agotadoras sesiones de gimnasia militar; mientras ello ocurría, un capitán caminando, disertaba sobre historia argentina, exponiendo que todos los errores comenzaron con la Constitución de 1953. Esa fue una Constitución liberal que intentó clausurar el ciclo de guerra civil inaugurado en 1810. No obstante la citada Constitución, algunos años más continuó la guerra.

En esas condiciones de perplejidad, una noche de abril se llevaron para matar a *Eduardo Daniel Bartoli* y regresaron a Diana, de la División de Informaciones donde la torturaron quince días.

De enfrente, a la izquierda, de la celda que habitaba, el 17 de mayo se llevaron a *Diana Beatriz Fidelman*. La perfidia de las celadoras hizo que

supiéramos que también habían matado a *Miguel Ángel Mozé, José Alberto Svagusa, Luis Ricardo Verón, Eduardo Alberto Hernández y Ricardo Alberto Yung*.

Les aplicaron también la ley de fuga, el 28 de mayo a *Carlos Alberto Sgandurra y José Ángel Pucheta*.

La noche del 19 de junio sacan sin explicaciones a otra vecina de celda, *Esther María Barberis* y escuchamos que de la planta baja se llevaron a alguien; luego nos enteramos que fue a *Mirta Abdón*, quienes fueron asesinadas con *Claudio Aníbal Zorrilla y Miguel Ángel Barrera*.

A los once días, el 30 del mismo mes, matan a *Marta Rossetti de Arqueola y José Cristian Funes*.

Extenuado por una de las sesiones de requisa, gimnasia y golpes no pudo levantarse *Raúl Augusto Bauducco* y un cabo del Ejército con una pistola le apuntó a la cabeza, le disparó y lo mató. Hoy, todavía sostienen que *el extremista, intentó quitarle el arma al suboficial*.

El mes de julio en Córdoba es muy frío, el día 15 amaneció glacial, decían las celadoras que había grados bajo cero. De pronto, escuchamos gemidos en el patio y nos dan la orden, tanto militares como celadoras, de no mirar por las ventanas, otra muestra de su perversidad. Allí, permaneció desnudo resistiendo el agua que le derramaban junto con insultos desde la mañana hasta la tarde, *José René Moukarzel* estaqueado, para luego morir.

Aprendimos el alfabeto de sordomudos para comunicarnos con los presos comunes antes de que llegaran los militares. Esa presencia incentivó la comunicación. Ellos nos relataron que sacaron a matar a *Miguel Hugo Vaca Narvaja, Higinio Arnaldo Toranzo y Gustavo Adolfo De Breuil*.

En agosto, el día 20, el juez Adolfo Zamboni Ledesma nos llama a comparecer a un grupo de compañeras; para ello, nos trasladan en fila india hasta una oficina a la entrada del penal escoltadas por militares, los mismos que presenciaron la lectura de la actuación, sin que el juez se sintiera invadido en sus funciones. A *Liliana Páez* la llevaban al final de la fila, propinándole insultos y amenazándola. Esa noche fue sacada para matar junto con *Ricardo Daniel Tramontini*.

Las ventanas durante el día permanecían cerradas; no obstante ello, tomábamos todas las precauciones para mirar hacia el hospital, para ver en qué condiciones estaban los compañeros.

La impotencia nos habitaba; no sabíamos qué pasaba en el resto del mundo desde los días del golpe militar. Nos acercábamos, por medio de lo que se les escapaba de información a las celadoras en algunos casos, o, en

la noche las compañeras que estaban cerca de la torre de vigilancia, escuchaban noticias.

En esa incertidumbre, la noche del 11 de octubre, llaman a *Marta González de Baronetto*. Ella pregunta a dónde la llevan, insistencia que tuvieron otras compañeras. La sacan para matar junto a *Florencio Esteban Díaz*, *Pablo Alberto Balustra*, *Jorge Oscar García*, *Oscar Hugo Hubert* y *Miguel Ángel Ceballos*.

Más compañeros/as pasaron por ese penal que, conforme avanzó el llamado Proceso de Reorganización Nacional se transformó en lugar de tránsito para los rehenes, que el entonces general Menéndez ordenaba trasladar. Lo hizo para el Mundial de Fútbol en 1978 y de allí fue sacado en el mes de julio para matar, *Osvaldo Sigfrido De Benedetti*.

El terrorismo de Estado fue aplicado a toda la sociedad argentina. Esto nos tocó vivir a nosotros. Esa fue una de las manifestaciones que tuvo en uno de los espacios de la ciudad de Córdoba. La sociedad toda contiene en sí las secuelas de esa experiencia.

No obstante ello, retomamos *las/nuestras* actividades en libertad, recuperando esa experiencia vital.

Raquel Haydée Velázquez



Penitenciaría San Martín

Tengo frío

Hace frío, no puedo dormir; el silencio sólo es quebrado por las voces de los guardias que recorren el muro de la cárcel.

Me incorporo de la fría cucheta de la celda; la puerta está abierta, el pasillo en penumbras, vacío y callado. Todas las compañeras duermen, yo no puedo.

Acaricio mi panza y mi bebé se mueve y pateo; faltan sólo veintidós días para que nazca.

Pienso y pienso en Cacho; en esta historia de horror; en mis hijos, hace cinco meses que no los veo. ¿¡Qué pensarán!?

Irrumpieron con la violencia y el odio irracional de los represores y se lo llevaron primero a él; después vinieron por mí.

¡Cuánto dolor!; cuánta impotencia; cuánto que peleo por este bebé, cada minuto, cada día.

Es de noche y hace frío, no me puedo dormir y... ¡OH!... siento que se rompió la bolsa.

Luego todo es ligero, la celadora, los médicos, los guardias, el patrullero, las sirenas, la maternidad.

Tengo frío. Me bajan del patrullero; no hay gente en la calle, nadie me ve.

Rápido, muy rápido entramos a un consultorio. ¿No sé... qué aspecto tengo?; con una frazada colocada como poncho y un mono pequeñito que apenas lleva una muda de ropita.

Médicos y estudiantes que van y vienen; muy cerca los milicos y policías armados me custodian. Las cadenas en las muñecas y tobillos me hacen doler; las siento muy frías; me amarran con candados al elástico de la cama.

Las contracciones son cada vez más seguidas, más fuertes. Grito. ¡Rápido, un médico, mi hijo ya llega!

Ayúdame –me dice el doctor– tomate de las rodillas –no puedo, las cadenas no me dejan mover, le grito. El doctor toma mis rodillas y las presiona hacia mi pecho.

Siento que mi bebé asoma su cabecita y su cuerpecito. ¡Ya lo tengo conmigo, sobre mi pecho!

Es un hermoso varón parecido a sus hermanitos.

Lloro y a mi lado el milico con total indiferencia va quitando los candados; los médicos continúan con su tarea.

Tengo frío; estoy en la habitación sola con mi pequeño. ¡Es hermoso!
Duerme en un sueño apacible...

La guardia sigue en la puerta. Entra una señora en camisón. ¡Qué raro!
Nadie puede entrar, ni acercarse a mí.

Ella me pide que "le regale el niño". Me dice que no puede tener hijos.
Que "la milica" de la puerta le dijo (que nosotras): "las terroristas" (!!)
regalábamos a nuestros hijos.

(¡¡QUÉ HIJOS DE PUTA!!). Le digo: señora, usted se equivoca: ¡JAMÁS le
daría a mi niño!; veo que se va; pero vuelve una y otra vez. Finalmente, se
convence y me pide disculpas; me regala una batita que era del bebé que
perdió.

Pienso que nadie sabe que mi chiquito nació; lo acuesto a mi lado y lo
aprieto muy fuerte para darle mi calor. YA NO TENGO FRÍO.

Nuevamente la cárcel, la celda, las compañeras.

A mi Sebastián (mi bebé) ya se lo llevaron. Me lo quitaron de mis bra-
zos.

Pienso que sin mí debe tener frío y hambre de mis pechos llenos.

Dicen que se lo entregaron a mi mamá y que antes conoció a su papá,
Cacho Leal.

Estoy rodeada de MIEDOS, TORTURA Y MUERTE. Cada minuto, cada instan-
te quieren hacerme creer que soy una cosa; que no sirvo; que ellos deciden
sobre mi vida. Que cuando salga en libertad (si es que algún día salgo viva)
no serviré para nada, ni para criar a mis hijos.

Se equivocan: voy a contrarrestar sus políticas de odios. Con el amor;
con los pequeños recuerdos de vida; los instantes felices que me dieron los
hijos, la familia y mis compañeros (ahora no tengo frío). Pienso en ellos y
me duermo.

Estela Leal

Y así fue. Hoy al escribir, lo hago en presente porque lo pienso y son tan
vivas las imágenes, los sentimientos, que parece que todo sucedió ayer.

Hoy, Sebastián, hijo amado, estás lejos de mí. La vida te llevó distante.
Tus hermanos, los que vinieron antes, los que vinieron después y para Vos,
Cacho, compañero de siempre, donde quiera que estés, los recuerdo con
este homenaje a tanto AMOR y a TANTA VIDA. A tanta fuerza, que ni el
odio ni el terror de la dictadura, pudieron robarle a mis sueños.

Los amo...

Estela Leal



Bolso realizado por Cacho Leal para su hijo Martín de 4 años, hecho con tela de vaquero y de botón un hueso de cordero.

Flor realizada por Cacho Leal, bordada con hilos de toalla y aguja de hueso de puchero.



Bordado realizado por Estela Leal para sus hijos. Fue su primera artesanía realizada en su sábana para poder mantenerlo fuera del alcance de las requisas. Utilizó hilos de toallón y aguja de hueso de cordero.



Bordados realizados por Estela Leal para sus hijos en tela y bordado en punto cruz con hilos de toalla y con aguja de hueso de cordero.

Al Leal de los leales

Nos encontramos alguna vez, hace tiempo, en esa larga avenida de proyectos y sueños, junto a otros que querían lo mismo para el pueblo. Cuando nos vimos sólo fueron palabras y gestos de afecto entre nosotros, porque vos te quedaste en la misma ciudad que nos vió luchar, yo volé a otros pagos distantes; pero aún así nos tuvimos en cuenta.

Cacho compañero, vos sí que fuiste Leal con los tuyos y tus banderas aún hoy no las hemos arriado, al contrario, ondean más que nunca; quedate tranquilo, que seguiremos ganando muchas pequeñas batallas hasta la gran batalla final.

Hermano, fuiste generoso y solidario hasta tus últimos momentos. Por eso te decimos que estás con nosotros siempre en nuestros corazones.

Tu compañero

Américo Aspítia

A Cachito Leal

Para el hermano, el compañero del alma... le hablo de este presente: a eso de caer y volverse a levantar, de fracasar y volver a comenzar...de seguir un camino y tener que torcerlo y de encontrar el dolor y tener que afrontarlo, a eso ya no le llamo adversidad, hoy le llamo sabiduría.

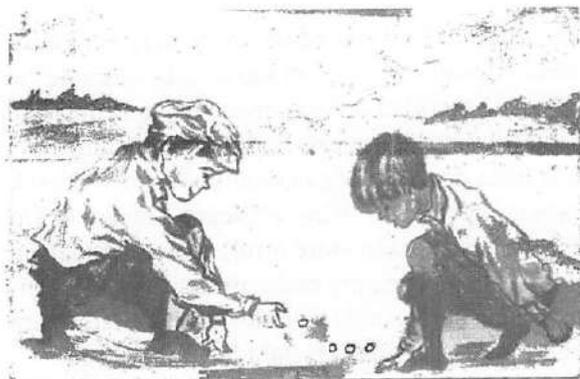
Compañero: a eso de pasar días juntos...días felices, días de lucha, días de tristezas, días de soledad, días de compañerismo, a eso le llamo experiencia.

Y recuerdo que me decías: "mientras tus ojos miren, los oídos oigan, y tu cerebro funcione y tu alma irradie, y tu sensibilidad sienta y tu corazón

ame, a eso no le llames poder humano, llámale entereza"

¡Hasta la Victoria Siempre Cachito!

Pedro Gaetán



Dibujo realizado en la cárcel hecho en lápiz, dedicado a Cacho Leal por Pedro Gaetán

Mi historia, la historia de un laburante

A los 14 años me fui a trabajar a Buenos Aires. Estoy un año y regreso. Comienzo a trabajar en una empresa constructora, en Materfer perteneciente al grupo FIAT.

A los 16 años ingreso a la marina de guerra, donde realizo el curso de maquinista con orientación en motores. Me gustaba navegar, pero comienzo a observar el comportamiento de la mayoría de los hombres, especialmente de la suboficialidad, de cómo eran sometidos y al mismo tiempo de cómo se sometían a las órdenes de la superioridad; internamente a esta clase de conducta se la denomina "arrastrados". Y fue cuando decidí: Que esa vida no era para mí, por considerarla indigna y no era el precio que estaba dispuesto a pagar; tuve que esperar cumplir el contrato y me fui de baja.

En marzo de 1969 ingreso a la fábrica Materfer, no me afilio al sindicato porque consideraba que no representaba auténticamente a los trabajadores, en esa época estaba como secretario general, el traidor de Casanova.

Me quisieron apretar para afiliarme, pero no cedí y comienzo a pensar que la única manera de terminar con la injusticia es transitando por el camino de la lucha.

Luego nos enteramos: que todos aquellos que no apoyábamos al sindicato, éramos incluidos en una lista negra que era pasada a la dirección de la empresa, para que cuando se dieran las condiciones fuéramos despedidos.

Al poco tiempo tomamos la planta; también se tomó Concord (Casanova se fuga), rodeamos todo el perímetro con tambores de combustible, para que en caso de que quisieran entrar las fuerzas represivas, los conteníamos con una muralla de fuego por determinado tiempo.

La toma duró algunos días e inmediatamente elegimos una comisión interna provisoria.

Recuerdo que en la nueva comisión había gente joven, como el Petiso Sufi, Castelo y el Negro López (Castelo y López, desaparecidos durante "el proceso"), a los que admiré por la claridad de sus conceptos, la firmeza de sus principios y su irrenunciable compromiso con la clase trabajadora.

En 1971 es trasladada la línea de camiones a Grandes Motores Diesel, donde me toca ir con algunos compañeros J. Ríos, el Negro Aldeco, el Tío Ton, el Coya Ortega y el Flaco Pedro Bazán entre otros; que me disculpen los que no nombré, pero que sepan que siempre están presentes en mi mente por la firmeza y la consecuencia demostrada en todos los conflictos para defender lo que había y lograr nuevas conquistas para los trabajadores.

Quiero acotar que por esa época cuando se produce “El Viborazo” o “Ferreyrazo” (16/03/1971), los compañeros de SITRAC-SITRAM (Sindicato de Trabajadores de Concord y Sindicato de Trabajadores de Materfer), nos dirigimos a la plaza de barrio Nicolás Avellaneda –Ferreyra–, lugar en el que realizamos un acto sindical.

En un determinado momento comienza a reprimir la policía, ahí cae mortalmente herido Adolfo Cepeda, a quien logro cargarlo en el rastrojero de “Joselín”, a pesar de que la policía tiraba con balas de guerra. El operativo represivo estaba comandado por el Comisario “Sanmartino”. El que disparó contra Adolfo fue “Jaime Ginés”, ex boxeador y torturador de Informaciones, D2, de la Policía de la Provincia de Córdoba. Lo querían sepultar a la madrugada para evitar la movilización popular, a lo que no dimos lugar porque cerramos las entradas del barrio, con las armas necesarias como para que no pudieran entrar las fuerzas represivas y ellos llegaron a saberlo, desistiendo de su cometido.

También por esos tiempos logramos desplazar de Fiat-Concord al burócrata de Lozano como secretario general del SITRAC y llevamos a ocupar ese puesto de lucha al compañero Massera (El Gringo). A lo largo de la trayectoria que debimos transitar los luchadores populares tuvimos que sacar del camino a otro traidor, Elpidio Torres, como secretario general del SMATA y colocamos en ese lugar al querido compañero René Salamanca (El Chanchó) que hoy se encuentra desaparecido, fue secuestrado en 1976.

De pronto llega el período en que se debían elegir delegados sindicales en G.M.D. (Grandes Motores Diesel) y se hizo correr el rumor de que sería yo uno de los postulados, se sabía que tenía asegurado el apoyo de los compañeros.

Teníamos un jefe de equipo en la sección 011, el Pelado Martín (totalmente antiobrero); este renegado lleva a cabo una maniobra y nos manda a hacer un curso de soldador a la fábrica Materfer. Se nos dijo que una vez terminado el mismo, retornaríamos a G.M.D.

Éramos cuatro o cinco obreros los que fuimos enviados, todos aprobamos, e inmediatamente pedimos que nos reintegraran a nuestros puestos de trabajo. Se nos responde que estábamos de pase en Materfer y que debíamos quedarnos.

No nos rendimos, fuimos a hablar con los compañeros de la comisión, entonces Adrián Machado fue a verlo al jefe de personal, de apellido Salas y le dice que debía determinar urgente retorno, caso contrario se debía atener a las consecuencias. El petitorio tuvo respuesta afirmativa.

Llegaron las elecciones y elegimos al compañero Villegas como delegado.

Adrián Machado fue detenido por la Fuerza Aérea en 1976, hoy sigue desaparecido. Otro compañero de la comisión interna de G.M.D., de apellido Finger fue detenido por la Fuerza Aérea en la vía pública en 1976 siguiendo el mismo camino, desaparecido.

También por ese tiempo fue elegido secretario general del sindicato de Materfer (SITRAM), el querido compañero Florencio Díaz, detenido y luego sacado de la cárcel UP 1 por el Ejército en el año 1976 y ejecutado.

Continuamos nuestra lucha hasta que llega el 26 de marzo de 1975, día N, en que soy detenido por un grupo numeroso de personas pertenecientes al D2 de la Policía de la Provincia de Córdoba. Esa misma noche nos hacen reconocer por alguien. Este personaje reconoció a varios de los que allí nos encontrábamos detenidos. Con excepción del Tuco y el que suscribe, del resto no pude enterarme jamás la suerte que corrieron.

Permanecemos secuestrados en la D2, no recuerdo cuántos días, soportando lo que ya es de público conocimiento.

Me trasladan a la Cárcel de Encausados, pabellón 12, de presos comunes, lugar donde conocí personas muy solidarias. Luego, y por pedido de los compañeros, soy trasladado al pabellón 3 y cerca de fin de año nos llevan a la UP 1 de barrio San Martín.

Los compañeros Barrera (Tarzán) y Zorrilla (Resorte) son sacados del penal por el Ejército y ejecutados, también en 1976.

En este oprobioso proceso militar, en un momento somos sacados desnudos al patio todos los presos políticos; cerca del lugar en que me encontraba es ejecutado el compañero Bauducco. Teníamos la información de que el Ejército tenía la intención de provocar una rebelión entre los presos políticos y así asesinar a un número mayor de compañeros; entonces mantuvimos la máxima calma posible que la situación requería.

Luego nos hicieron entrar a los pabellones y vi por un pequeño agujero que había en la ventana, a un preso común, al que mandaron hacer el trabajo de barrer la sangre de nuestro compañero.

Recuerdo, hoy, que un día por la mañana lo llamo a Tarzán y le digo: "Anoche soñé que hoy nos fugábamos". Pero de acá a la noche hasta las 00 horas pueden pasar muchas cosas. A la noche del mismo día vienen los del Ejército y les dicen a Claudio "Resorte" Zorrilla y a Miguel Ángel "Tarzán" Barrera, que se despidan porque no vuelven más, se despidieron y luego nos enteramos que aparecieron muertos (fueron ejecutados).

También debo decir que a partir del golpe del 24 de marzo de 1976 los presos políticos perdimos todos nuestros derechos y beneficios: como las visitas; el poder defendernos en los juicios (nuestro abogados eran amenazados o desaparecidos); no podíamos informarnos, diarios, revistas, libros, etcétera, nos estaban prohibidos, así como también calentadores, pava y mate, la correspondencia y hasta hablar entre nosotros. Sólo golpes, bailes de los milicos y los asesinatos eran la ley de estos cobardes asesinos del pueblo.

A fines del año 1976 soy trasladado junto a otros compañeros al penal de Sierra Chica, otro macabro campo de concentración, pero legal. Donde estuve algo más de dos años. En este lugar teníamos todo prohibido, recuerdo que organizábamos torneos de ajedrez, por supuesto sin que se enteraran los guardiacárceles.

El que estaba en la primera celda era nuestro campana, por estar al lado de la puerta nos avisaba cuando el guardia hacía ruido con las llaves.

A las piezas de juego las hacíamos con láminas de envase de dentífrico o con cartón.

Los que sabíamos código Morse les enseñábamos al resto y de esa manera podíamos comunicarnos.

Cuando éramos sancionados, nos alojaban en un pabellón al que llamábamos el buzón, por las formas redondeadas que tenían sus celdas. En invierno nos hacían poner ropa de verano y viceversa. En este lugar estaban rotos los vidrios de un pequeño ventiluz que había en el techo y la puerta tenía una abertura de aproximadamente diez centímetros sobre el nivel del piso. De esta manera se convertían en una tortura los días en que hacía temperaturas bajo cero y con fuertes vientos, como es castigada esta zona.

Llegada la hora en que nos daban la comida, la entregaban muy caliente y a los dos o tres minutos pasaban retirando la bandeja, así que teníamos que tirarla en el piso para poder comer.

Cuando sentíamos la necesidad de ir al baño, debíamos pedirle al guardia que nos diera papel y apretar el pulsador para largar el agua, cosa que hacía cuando quería.

Recuerdo que una tarde nos enteramos que algunos presos comunes habían tenido problemas con un guardia, al otro día, por casualidad me llevan al hospital: veo tres cajones de muertos y me entero que el contenido de los mismos eran los restos de los presos que estuvieron involucrados en el conflicto de la tarde anterior.

En el mes de abril de 1979 somos trasladados a la Unidad Penitenciaria U9 de La Plata.

Una noche estábamos durmiendo, de pronto me llama un guardia y me comunica que me voy en libertad y le respondo que ya sé, es la libertad del metro ochenta, esto ya había sucedido con otros compañeros: les decían que se iban en libertad y en realidad los mataban o pasaban a engrosar las listas de Desaparecidos. Me tienen un par de horas en la alcaldía y luego me dice el oficial que estaba a cargo, que había sido una confusión, realmente no sé por qué se produjo ese cambio de situación.

A fin de ese mismo año me otorgan *la libertad vigilada*, sigo a disposición del P.E.N. (Poder Ejecutivo Nacional) y del Juzgado Federal N° 2.

Cuando llego a Córdoba me presento a G.M.D., donde me dicen que deben prescindir de mis servicios, me dan unas pocas monedas como para el colectivo de vuelta y así concluye mi relación laboral con esa firma.

A partir de ese momento y hasta el día de hoy, me vi en la obligación de tener que trabajar en negro, sin poder efectuar aportes, sin siquiera poder tener una obra social que cubra las necesidades más elementales de salud, tanto más como de mi grupo familiar.

Quiero aclarar que no estoy implorando nada, pero me veo en la obligación de explicar a la sociedad que fuimos marginados por tratar de cambiar un sistema perverso e inhumano, que a medida que avanza propicia la concentración del poder en muy pocas manos, mientras que las mayorías son condenadas a las tinieblas del analfabetismo, la miseria y muchas veces la corrupción o el delito, todo producto de la injusticia social imperante.

Ovidio "Pajarito" Ferreyra

Moukarzel, José René

Poco después del desayuno vinieron las órdenes que no abriéramos las ventanas que daban al patio. Nuestro pabellón tenía un patio rodeado por un muro que nos separaba de la placita que estaba frente al hospital

Algunos sonidos incomprensibles de golpes clavando algo en la tierra.

Luego los ruidos de botas, de voces fuertes, voces bajas maldicientes, quejidos y maltrato.

De pronto nos dimos cuenta de lo que estaba ocurriendo. En una de las más frías mañanas de este invierno del 77, estaquearon prácticamente desnudo a René a menos de medio metro de una canilla de agua y paradójicamente, cerca de una planta de lirio que Tati (Barberis, Esther María) desafiando el terreno arenoso había plantado con éxito y que ya había sacado sus hojas y apuntaba el pimpollo azul a pesar del rigor del invierno.

Un pobre colimba no sé si más aterido de frío que de terror, debía periódicamente llenar una latita de agua helada y esparcirla sobre el cuerpo desnudo de René. Él, estaqueado, pedía que lo mataran. El conscripto, provinciano con acento de campo lloraba y pedía perdón, pero que no podía, porque a él también entonces lo iban a matar.

Llegó la hora de la cena. El martirio en el patio se hacía cada vez más silencioso. Interrumpido a veces por los quejidos del conscripto que se alternaban con lo que ya era un ronquido rasgante de la respiración del turco. En el interior del pabellón, hasta las celadoras susurraban. Muy pocas circulaban, muy pocas hablaban. El estupor ante la crueldad. El contener la respiración cuando no escuchábamos nada más porque podía significar que ya no respiraba. Impotencia y un sufrir que no se describe ni en la carne ni en el alma. Impotencia.

Y hubo que tomar decisiones. Y había que mostrarse, había que ser fuerte. No sé si ese día el rancho penitenciario traía puchero o lentejas.

Pero la orden que impartimos fue *comer*.

Los vivos mientras vivos tienen el deber de velar, resistir por sobrevivir. Muchas lloraban sobre el plato y se les atragantaba la comida. En algún momento no se sintieron más quejidos.

Érase que se era,
Una risa, un gorrión,
un lirio en el patio
y en la ventana el sol

Pero hoy
La risa calló
El gorrión está aterido y en mi corazón hace mucho frío

Cuatro estacas de madera los cardinales marcaron buscando las /
entrañas de la tierra.

Y fue su alarido grito de combate y cada quejido
arado de acero abriendo camino hacia un mundo nuevo...

Érase que se era,
Una risa, un gorrión,
un lirio en el patio
y en la ventana el sol.

Letra y música: *Nilda E. Jelenic*

Los agujeros de la libertad

El guardia abrió la puerta del pabellón, y entramos con Hugo a nuestra “residencia en el infierno”. La primera celda a la izquierda se cerró tras nosotros.

Cuatro oscuras bocas, dos de cada lado del mismo, indicaban la entrada a las “habitaciones” que parecían cuevas, sin luz eléctrica ni ventiluz.

Las ventanas que daban al patio estaban clausuradas con una chapa, impidiendo la entrada del aire y el sol.

En penumbras y sentados en el piso de la primera celda, tratábamos de razonar y acomodarnos a la nueva situación.

Con la mirada inspeccioné el espacio de la nueva morada. El pasillo central que comunicaba a las celditas tendría cuatro metros de largo y un metro veinte centímetros de ancho, las “cuevas”, dos por dos.

De pronto, salió un flaco alto y desgarbado, pálido, de ojos “achinados”, se acercó y nos dijo:

—¡HOLA!, ¡¿cómo están compañeros?! ¿Están golpeados?, ¿de dónde vienen? ¿Estuvieron secuestrados?

Hasta antes de la “presentación”, el pabellón estaba en absoluto silencio. Después que cerraron la puerta del pabellón y salieron los “cobanis” (guardianes), un rumor de voces fue creciendo.

—¡CHINO! Preguntales cómo se llaman, ¡de dónde vienen! —dice otro. El Chino —así le decían al anfitrión— fue nuestro vocero.

Sacando a medias la mano por la reja empezó a “transmitir” con un movimiento ágil y rápido de sus largas y huesudas manos en el lenguaje de los sordomudos.

Supimos que estábamos en el Pabellón 9. En ese mismo piso había otro pabellón, el 10, donde estaban alojados políticos, sindicalistas y otros compañeros supuestamente de organizaciones no “subversivas”.

Esa noticia nos hizo sentir más presos que antes. Con la ilusa idea de que nada había hecho yo en contra de la ley, la Constitución y las “buenas costumbres”, tenía la “esperanza” de estar unos días hasta que se aclarara todo.

Tiene que haber un error me decía, no me pueden acusar de nada que no fuera mi actividad sindical.

Ahora me doy cuenta de que todavía vivía en la burbuja de los incrédulos, de los que ignoraban el carácter genocida del golpe.

—¡Che, compañero!, acercate a la pared —nos dice una voz en susurro desde un lugar invisible—. Toca con las manos la pared, al medio, a la altura de tu cabeza hay un tapón de miga de pan, sácalo así charlamos. Es nuestro

teléfono para hablar con los compañeros de todas las celdas de este lado del pabellón. En caso de emergencia cerralo, para que no caiga nuestra línea de comunicación. Efectivamente, una delgada miga reseca traspasaba la pared de lado a lado. “El agujero de la libertad de expresión”, me dije, y coloqué mi oído para escuchar.

“Mirá compañero” –me dice la voz– “acá estamos organizados para poder sobrevivir y cuidarnos de los milicos. Para eso necesitamos confiar entre nosotros y a la vez ser solidarios”. “Me parece bien” –le contesté.

Nuestra primera tertulia debe haber durado más de una hora. Las preguntas se relacionaban con la historia de nuestra detención, de dónde éramos y qué actividad sindical o política habíamos hecho. Muy especialmente querían saber cómo estaba la situación afuera y acerca de cómo evolucionarían las condiciones políticas del país.

Esto tenía que ver con la incomunicación total a que estaban sometidos los presos políticos en Córdoba.

Lo único que no podían prohibir los militares “era comer, hacer las necesidades fisiológicas en los tarros de cada celda y dormir”; siempre y cuando no cayeran las requisas imprevistas a cualquier hora del día o de la noche.

Después de la charla, ellos fueron pasando por el “teléfono” en forma sistematizada, la charla, a todo el pabellón.

La adaptación a la “nueva vida” se hacía a velocidades increíbles; el primer día conocimos los secretos principales de la vida de convivencia y la organización interna.

De asombro en asombro fuimos entrando al mundo desconocido de la realidad en que “vivían” los presos políticos de Córdoba.

“Mis presos”, decía irónicamente “el Chacal Menéndez”, general y señor de la vida y de la muerte del III Cuerpo de Ejército.

Para corroborar esta expresión ya se contaban varios compañeros muertos dentro y fuera del penal de barrio San Martín.

El silencio, la tensión permanente, el oído alerta al menor ruido, la piel sensible a cualquier cambio emocional, los miedos, las pequeñas alegrías por los recuerdos, alguna canción sentimental cantada a media voz, el relato de un cuento, o una pesadilla, era lo cotidiano en esos días en el infierno.

Todo a lo que el ser humano es capaz de apelar en situaciones límite.

– ¿Así que estudiás arquitectura? –le digo al Chino.

– ¡Sí! –me contesta–. Yo era el presidente del Centro de Estudiantes de la facultad y aquí estoy por “jetón”. Pero bueno, si tenés ideales hay que bancarse lo que venga, ¿no te parece?

– ¡Sí, claro! Pero nunca hubiera imaginado esto. Creía que sólo en las películas sucedía.

–Y, mirá... mucho no les falta a los milicos de aquí, sólo tendrían que hablar en alemán.

– ¡Che, compañero! –interrumpo– ¿así que no los dejan salir al patio a tomar sol o a caminar?

– ¡Ni locos!, acá sólo un ojo puede acercarse por un agujerito de luz a una porción de sol.

– ¿Cómo es eso? –le digo.

– ¡Cómo! ¿No te diste cuenta? –me contesta–. En la chapa del fondo hay un par de agujeritos disimulados.

– ¡No, no los vi!

– Bueno, es mejor que lo sepas. Acá hay muchas maneras de estar en libertad. Hay que usar la memoria, porque nos lleva por los paisajes más hermosos de nuestra vida pasada.

Otra forma, es comunicarte con un compañero con el lenguaje de las manos para contarnos y añorar cosas lindas de otros tiempos.

Nunca trates de leer conversaciones ajenas, está prohibido, son parte de la ética del preso.

Como te decía, cuando veas a un preso en la reja tomado de los barrotes, con la mirada lejana y en silencio, no lo interrumpas, está en libertad.

Acá le decimos que está “cajeteando”. No me preguntes qué quiere decir la palabra.

Sólo trata de sentir y nada más.

Y si te acercás a “la ventanita de la vida”, asomate con un ojo al agujerito, penetralo con la mirada y entregate al sol, bañate en sus rayos y volá que nadie te va a ver. Llegá hasta los tuyos y deciles que acá estamos: RESISTIENDO CON EL ALMA EN LIBERTAD.

Manuel Nieva,
Córdoba, 1976.



“Cajeteando” “cuando veas a un preso en la reja tomado de los barrotes, con la mirada lejana y en silencio, no lo interrumpas, está en libertad” dibujo de Alejandro Deutsch obsesivo al cro. Oscar “Petizo” Laconi.

La paloma

Abril 11 de 1976. Los militares, que ya hacía rato habían intervenido la cárcel penitenciaria, lanzaron por fin su feroz ofensiva. No fue contra combatientes en regla, en similares condiciones de ataque y defensa: fue contra gente que ya estaba presa, desarmada e indefensa.

Entraron, estos “hoplitas espartanos” de los que se avergonzaría Leónidas, armados hasta los dientes a los pabellones de los presos políticos. Y entre palos, empujones y gomazos, rompieron cuanto pudieron, especialmente los vidrios de las ventanas, y les sacaron todo aquello que podía brindarles un mínimo de bienestar: el vestuario, televisor, algún tocadiscos, las radios; también los libros, diarios, cartas, fotos de familia; por supuesto, los mates, calentadores y la ropa; quedaron con lo puesto. Los moretones y la amenaza de no salir jamás de ese lugar; amenaza que se corporizaría en las veintinueve vidas que segaron sólo allí, en el marco de ese siniestro operativo de destrucción sistemática en las cárceles, ya sea con el pretexto de la “fuga” o sin él.

Yo para entonces estaba aún “en libertad” y me enteraba por los diarios de esas supuestas fugas; lo comentaba con quien podía, pero había que tener mucho cuidado, ya se estaba cerrando sobre toda la población la ominosa tenaza del miedo y la confusión, alguno podía delatarte, creyendo hacer con ello un bien, “un servicio a la patria”. Sí; a esa patria que ya estaban comenzando a vaciar, colocando a Martínez de Hoz al frente de Economía y a su mafia de guantes blancos (los Diz, los Klein, los Reynal, los Alemann) en todos los resortes de poder del Estado, comenzando por el Poder Judicial, el Banco Central, continuando con todas las entidades profesionales, deportivas y civiles.

Todo se hacía con la venia, y a la orden, —del Departamento de Estado yanqui y el Pentágono—. Todo lo que no les era funcional (¡como lo fueron, sin duda, las intendencias de la provincia de Buenos Aires!) era disuelto, intervenido, cerrado.

Cerradas estaban también las celdas de los “pabellones de la muerte”; cerradas salvo, claro está, cuando entraban los “verdes” para “bailar y pegarles a los D.T.” (*delincuentes terroristas*) como motejaban a los presos políticos, sus verdugos, tal vez para justificarse a sí mismos.

Cerrados estaban también los portones, que sólo se abrían para recibir más y más presos; se abrían como las fauces de un monstruo diabólico, de un Moloc Fenicio.

De allí nadie salía, como no sea para ser fusilado. ¿Derecho a Defensa?, ¿Justo Proceso?... ¡A quién se le ocurre!

Entré a la UP 1 a mediados de junio de 1976 y una de las primeras cosas que me llamó la atención —pasada la impresión de ver a los compañeros tan

flacos, pálidos y mal vestidos— fue que a pesar de todo, ¡no se habían rendido! —Esto ya no es “carcelandia”— me decían jocosamente los que me daban la bienvenida.

Nos levantábamos bien temprano, lo primero que hacíamos era gimnasia, si las condiciones de seguridad lo permitían, ya que nos estaba prohibida toda actividad que pudiera hacernos algo de bien; sólo podíamos ser vegetales; luego teníamos estudios; libros que se habían salvado de las requisas y que estaban prolijamente “encanutados” (escondidos) como si fueran (“¿como si fueran?”) armas letales. Más tarde el aseo, el arreglo de la escasa ropa.

El magro guiso que nos daban al mediodía en platos individuales era puesto a disposición de nuestro fajinero de celda, que redistribuía todo equitativamente, cosa que nadie se quedara sin una ración mínima de alimento sólido.

A la siesta, a echarse un rato y recibir un poco de solcito que entraba por las rotas ventanas. —¡Ta que los parió! —decía “El Pamperito”—. Nos querían hacer un mal y ¡ve! nos hicieron un bien t’os otarios.

Luego, más estudio; caminatas, mientras las realizábamos, girando en redondo por la celda que era, por suerte, bastante espaciosa; “Jackaroe” (Salvador Farait) cantaba: “Santa Bárbara bendita”.

Al atardecer, cerca de la “cena” (una sopa más chirle que la que nos daban al mediodía) nos distendíamos un poco con charlas de interés general, que eran voluntariamente ofrecidas por algún compañero; cuando me tocó a mí, conté mis experiencias de un viaje a las cataratas; la disertación fue todo un éxito: se me durmieron sólo tres compañeros, tal vez no era perfecta, pero esa disciplina, casi con seguridad, fue lo que nos salvó, lo que nos permitió estar enteros y robar algo del tiempo que para todos pasaba; y que también pasaría para esos “señores”.

Pero tendrían que pasar muchas cosas y no sólo tiempo para que los dictadores fueran ablandando progresivamente la mano y finalmente irse, tras soltarnos, no sin antes asegurar su “descendencia civil”.

Ocurrieron cosas: como las movilizaciones del 20 de marzo de 1982; luego la aventura de Malvinas y la derrota. Contradictorios sucesos aún no del todo analizados.

No lo haré aquí, pero sí les contaré, brevemente, algo que fue *uno de los símbolos de nuestra resistencia; de nuestra lucha desigual: “la paloma”*.

¿Ese bichito que siempre se asocia con la paz, un símbolo de lucha? ¿Qué era “la paloma”? No era, en este caso, la simpática avecilla. Era una soguita hecha con tiras de sábanas prolijamente trenzadas, por medio de la cual nos enviábamos cosas los presos de un piso a otro. Muchos, que conociendo nuestra situación se solidarizaban con nosotros como podían, apro-

vechaban su mayor libertad de movimientos, su régimen carcelario más benigno, para hacernos llegar, cada tanto, algún paquete con tabaco, papel, chocolate, azúcar o leche en polvo.

Llevar o traer algún mensaje para nosotros *era romper el aislamiento*.

Recuerdo la dedicación con la que escribían los compañeros algo que trataba de ser “una crónica” de los crímenes y atropellos de los milicos sobre el papel higiénico; esas notas saldrían del penal por una vía que no todos conocíamos, y que era tal vez, el único nexo que teníamos con el exterior, dado que no podíamos tampoco tener visitas. Era una operación muy riesgosa; cualquiera que fuera sorprendido en eso podía ser “boleta” (asesinado), sea preso común o político.

Tal fue lo que le ocurrió a nuestro inolvidable compañero René Moukarzel.

En el preciso instante en que estaba recibiendo algo de un “moncu” (preso común) que estaba de limpieza, ambos fueron vistos por la guardia; al muchacho le dieron unas trompadas y lo tuvieron castigado unos días. A Moukarzel lo agarraron: lo molieron a palos y lo estaquearon en uno de los patios, desnudo en pleno invierno; cada hora aproximadamente le tiraban un baldazo de agua y le daban feroces golpizas. Soportó largas horas; su fuerte contextura física (le habíamos puesto Canoa por el tamaño de sus pies), pero sobre todo por su férrea moral, le permitieron dar batalla hasta la ma-

ñana siguiente, en que murió: finalmente su corazón no aguantó más la helada y los golpes. Pagó con su vida, sin clamar por piedad en ningún momento, el hecho de ser parte importante de la justa lucha de nuestro pueblo.

Si, amigos, “la paloma” de la que aquí hablo es: *símbolo de heroísmo, de lucha y solidaridad*; sólo habrá una “paloma-símbolo de la paz” cuando haya justicia.

Félix Cornejo,
Córdoba, abril de 2005



Carta escrita por Oscar Laconi sobre tela, para sacar por los medios posibles para romper el aislamiento.

Gloria y Julio

Los detuvieron en San Francisco, provincia de Córdoba, el 13 de enero de 1976. Gloria estudiaba medicina y Julio trabajaba en una metalúrgica asociada a la Fiat.

Julio iba a verse con un compañero, al que no encontró, para pasarle la prensa de nuestro partido. Se regresó con el material; fue allí cuando un auto Peugeot se le cruzó, bajaron tres policías de civil armados con metralletas, y lo capturaron; en la jefatura de policía le dijeron: que lo estaban siguiendo “desde hacía veinte días” y habían esperado que tuviera algo comprometedor para apresarlo. Lo detuvieron con toda la prensa que debía distribuirse en la zona.

Aún no habían detenido a Gloria, pero enviaron una patrulla para informarle que “no se fuera de su casa” (pese a que la represión era ya muy fuerte, se trataba de la policía del interior que aún guardaba las formas). Gloria en lugar de cumplir la indicación de su esposo de que en caso de ser detenido tomara a la hijita de ambos y se fuera inmediatamente, escapó por el fondo de la casa, en busca de su hermana y salieron a buscar un abogado para Julio; en eso andaban cuando las detuvieron como a la una y media de la madrugada, la hermana fue liberada, Gloria junto a su pequeña hijita de cinco meses y Julio fueron trasladados a la “División Informaciones” de la ciudad de Córdoba, allí Gloria permaneció sólo una noche y “no pudieron torturarla” porque su hermana había presentado un “Recurso de Hábeas Corpus” (que aún funcionaba). La trasladaron al día siguiente a la U.P 1.

Ocurría en ese momento un escándalo público debido a la muerte a causa de las salvajes torturas recibidas, en ese mismo lugar, de un militante de J.P. (Juventud Peronista) de apellido Siriani; cuyo padre muy vinculado con la dirigencia del peronismo, había logrado instalar el tema en todo los medios provinciales y nacionales. Aún gobernaba el peronismo en la Argentina, por lo que el “interventor provincial”, Bercovich Rodríguez, de ese origen político, ordenó a la policía: “no torturar”. Como una ironía, la conferencia de prensa de Bercovich fue a la noche siguiente en que habían capturado a Julio y éste la escuchó y vio parcialmente a través de la venda que cubría sus ojos; en un TV blanco y negro, que había en una de las piezas de “Informaciones”.

La noche anterior y durante todo el día lo habían sometido a duras palizas; al “submarino”; también lo habían llevado a un río, la primera noche golpeándolo y sumergiéndolo reiteradamente; ese tratamiento se prolongó

durante unos cinco días, “pero no le aplicaron picana” “ni llegaron al salvajismo” que se conocía; seguramente debido a “la orden de Bercovich Rodríguez” a causa del “escándalo Siriani”.

Gloria y Julio mantuvieron la actitud que debe tener todo militante en tales circunstancias. Julio estuvo diez días en ese “centro de torturas”, donde al igual que a su esposa, le robaron el anillo de casamiento. Al décimo primer día lo trasladaron a la UP 1; allí ambos se integraron con sus compañeros de partido.

En ese tiempo, las organizaciones se dieron una reestructuración; enviando a sus militantes de mayor responsabilidad al Pabellón 12 y a los compañeros de menor experiencia al Pabellón 6. Este criterio se da por razones prácticas, juntar las conducciones facilitaba la toma de decisiones en un momento en que se marchaba hacia una nueva unidad de las organizaciones revolucionarias.

Al sobrevenir el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976, los militares actuaron selectivamente, torturando sistemáticamente, en algunos casos hasta la muerte (como en el caso de Moukarzel) o fusilando directamente.

Anahí, la hija de ambos, iba a sufrir durante más de un mes la horrenda situación que se vivió después con la irrupción de los militares en el penal, hasta que su abuela pudo retirarla, a fines de abril de ese fatídico 1976.

Julio pudo presenciar junto a otros compañeros “¡la muerte por etapas!” del compañero Carlos Sgandurra, quien a golpes, en sesiones de tortura en el pasillo del pabellón, fue literalmente destruido ¡día a día! con golpes de bastones de goma, culatazos, garrotes de madera... Hasta cuando su cuerpo se estaba despellejando y mientras permanecía tirado en el suelo, desnudo y tremendamente hinchado por las torturas recibidas, un suboficial le arrancaba pedazos de piel con su bayoneta. Finalmente fue sacado del penal y fusilado.

En tal situación Julio propuso a la conducción del P.R.T. lanzar una insurrección general de los presos políticos antes de que los debilitaran tanto como para que no pudieran hacerlo. La propuesta se sometió a votación de las conducciones de P.R.T. y Montoneros y fue desechada por pocos votos pues se la consideró excesivamente riesgosa, además debido a la dificultad de comunicación para coordinar con las compañeras.

A fines de 1976, Gloria fue trasladada al penal de Villa Devoto —en la Capital Federal—.

Julio al penal de “Sierra Chica” (en Olavarría, provincia de Buenos Aires); desde allí Julio sufre otro traslado esta vez a la U. 9 de La Plata, provincia de Buenos Aires.

Hasta que en 1979, lo traen nuevamente a Córdoba, con el propósito de hacerlo participar junto a otros compañeros en una “reconstrucción” del copamiento de un cuartel en Villa María, provincia de Córdoba. Trajeron de distintos penales, más o menos a unos veinte presos políticos; en realidad “el Chacal Menéndez” no pensaba hacer ninguna reconstrucción sino que su intención era la de “fusilar” a los compañeros.

Pero le falló por dos causas fundamentales: fue destituido como general en jefe del Tercer Cuerpo de Ejército y llegó al país la C.I.D.H. (Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la O.E.A.).

Gloria permaneció detenida en el penal de Villa Devoto hasta su libertad hacia fines de 1981. Ese mismo año Julio fue trasladado a la U. 9 de La Plata, desde donde salió en libertad a fines de 1982.

Ambos se reunieron nuevamente con su hija Anahí, siguen juntos y tienen tres hijas más, con las que completaron una familia, que sufrió mucho, pero no se rindió y hoy más unida que nunca, con las hijas estudiando y esperando que ellas se sigan multiplicando. En el mes de enero de 2006 nació su primera nieta, hija de Anahí. Su nombre es Victoria.

Gloria Gallegos y Julio Carreras (hijo),
Córdoba, 2007.

El Gringo: sus luchas

Caigo en Orán (Salta), pero como no había Juzgado Federal nos trasladan al penal de Villa Urquiza, en Tucumán... De allí otra vez a Salta, estoy con Jouve y Méndez, entre otros. Otra vez a Tucumán, hasta la fuga del penal de Villa Urquiza donde se fugan Urteaga, Carrizo, González, Arroyo y un compañero que era albañil, que se salva de ser fusilado en Trelew en el 72, de apellido Pedregosa. Entre quienes hacen el apoyo estaba Gorriarán Merlo.

Salí en libertad y me reuní con "Roby" Santucho y luego de unas cuantas reuniones me integro al P.R.T.

Después del Cordobazo, vuelvo a caer preso, junto a Clarisa Lea Placce. Esto fue en Tucumán.

Nos trasladan al penal de Rawson después de la fuga de Tucumán, allí conozco a Agustín Tosco, Martín Federico, Cuqui Cruchet, Federico Méndez, Colautti y me vuelvo a encontrar con Jouve, entre otros.

Después de la fuga y del fusilamiento de los compañeros en Trelew; al poco tiempo nos llevan al penal de Villa Devoto. Allí me reencuentro con Camps, uno de los sobrevivientes de "la Masacre de Trelew", fue en el hospital del penal de Villa Devoto y él me cuenta cómo pasó todo, lo del fusilamiento de los compañeros de Trelew.

—Fue así: "A la madrugada nos hacen salir de las celdas con las manos en alto y el Capitán Sosa nos grita algo así como: "¡Ahora van a conocer el terrorismo o lo que es el terrorismo!". Empiezan a disparar a mansalva, luego pasan dando el tiro de gracia. Yo estaba herido en el estómago y sucio de sangre hasta la cabeza. Por eso creyeron que ya me habían rematado; igualmente sucede con María Antonia Bergés, ella estaba malherida y se ensucia con sangre la cabeza y la creen muerta. Desde ese momento hasta que somos atendidos los sobrevivientes pasan muchas horas. No hubo ningún intento de fuga o ataque a la guardia".

De Devoto salgo con la amnistía en mayo del 73.

Pero mi primera caída fue en 1961, por pertenecer al "Ejército Guerrillero del Pueblo", (EG P) cuando caigo en Orán, provincia de Salta, tenía 19 años.

Mientras estábamos en el monte salteño, hacía 45 días que no comíamos nada sólido, estábamos exhaustos y es allí que se desbarranca y muere mi hermano Antonio Manuel Pool. Estaba muy débil para resistir semejante caída, se fractura las vértebras a la altura del cuello; agoniza como una

hora, Jouve lo atendía y él le hablaba de la revolución y le decía que ya sabía que se iba a morir. Sus restos fueron bajados por gendarmería mediante un pago (coima) realizado por mis hermanas y están sepultados en Tucumán.

El E.G.P. fue una organización que surge después de Uturuncos y es la segunda experiencia guerrillera de la Argentina. Estaba conducida por Massetti, quien estuvo en "Sierra Maestra" con Fidel y el Che, allí le otorgan el grado de teniente del ejército de la revolución, también estuvo en Argelia luchando. Massetti desaparece en el monte salteño junto a un compañero de la provincia de Córdoba de nombre Atilio (aún hoy son buscados sus restos).

Mi tercera caída es en Buenos Aires durante la última dictadura, mientras me trasladaban después de trece días de permanecer secuestrado, desde el lugar donde me tenían, algún chupadero, o vaya a saber dónde, o quizás para "hacerme boleta" (matarme). Mientras me llevaban encapuchado en un auto Dodge, despierto del desmayo provocado por los golpes recibidos; el auto iba "rateando", se para en una bajada, yo espiaba por bajo la capucha, se detiene en un lugar que parecía ser un obrador de la autopista en construcción. Baján en ese lugar que parecía ser un puente de la autopista que se estaba construyendo por entonces, me bajan, "le pido al que parecía ser el jefe que me dé agua, entonces ordena que me pasen las manos adelante, me tenían atado con cables, las manos por la espalda, y que me pongan debajo de una escalera de cemento de ese puente en construcción. Allí me aprisionan con una reja sacada de la obra y me traban con un puntal de madera; mientras ellos se descuidan de mí, por estar arreglando el auto, yo empiezo a tratar de zafar de mi circunstancial prisión, me voy despacito tratando de que nadie me vea; no corro para no llamar la atención de la gente que pasaba por allí.

Bajo después de un trecho caminando, veo venir un colectivo; me trepo, le digo al chofer que me ayude que soy un preso político y que me van a matar, me lleva unas cinco cuadras y me pide que me baje.

Sigo otro trecho y me vuelvo a subir a otro colectivo, en ésta el chofer fue más solidario, en el primer asiento iba un changuito joven, me siento a su lado y le pido que me desate las manos, no quería, insisto varias veces. Le digo: "Decí que te amenacé para que me desataras", hasta que accede, el chofer me pide que me baje, que no lo comprometa.

Me bajo, ya me voy dando cuenta de dónde estoy, es por la avenida Rivadavia, en la zona de Liniers.

Ya estoy atrás del cementerio israelita. Allí, debajo de un puente, en un charco de agua me lavo un poco —estaba con la ropa destrozada, sucia de

sangre y la cara destruida por los golpes-. A lo lejos veo una luz y un hombre que sale, me acerco lo más rápido que puedo, eran como las tres y media o cuatro de la madrugada; se iba a trabajar -luego de explicarle que era un preso político y que me iban a matar- le pido que por lo menos me dé un pantalón, porque sin zapatillas podía andar, pero con la ropa rota y sucia de sangre iba a llamar mucho la atención. Entra en la casa, -era raro que alguien tuviera teléfono por entonces- miro para arriba y veo el cable del teléfono. Ya me estoy por ir pensando que me va a denunciar, cuando lo veo salir de la casa trayendo en las manos un pantalón, una camisa, un par de zapatillas y unas chirolas para que me pueda arreglar; le digo que yo voy a volver a pagarle todo y él me dice que vaya nomás, que no le debo nada y que no me quiere volver a ver.

Saco un pedazo de tira de mi camisa rota y me la sujeto con la mano a la cara para que quienes me vean crean que me duelen las muelas y no se den cuenta de mi cara destrozada, por la tortura. Me voy rumbo a mi casa, yo vivía cerca de Mataderos, mi domicilio no fue allanado. Al otro día me voy al Hospital Salaberry donde la odontóloga que me revisa quiere saber lo sucedido. Le digo: "Fue un accidente de trabajo"; ve y me dice, "Esto no fue un accidente de trabajo pero dejémoslo ahí", llama a un anestesista, vuelven a revisarme, me opera, me ponen unos alambres para reconstruir todo (desde entonces tengo unido el seno nasal con el maxilar superior). Desde ese día seguí en la clandestinidad hasta el regreso de la democracia en 1983.

Jorge "Gringo" Pool,
Córdoba, 2007.

De “Guerrillera” a “Señora Maestra”

Mi experiencia con los presos sociales de la Cárcel de Encausados

En enero de 1973 me trasladan a Córdoba desde el penal de Villa Devoto. Las monjas del Buen Pastor (en Av. Hipólito Yrigoyen) me rechazaron por la carátula de mi causa, rotulada de “extrema peligrosidad” y los del Servicio Penitenciario Federal me llevan a la Cárcel de Encausados. Allí no había infraestructura para mujeres (eran todos hombres) por lo que me depositaron en una piccita de 2 x 3 metros que estaba dentro del pabellón de violadores y delatores, para “mi seguridad” (¡tenía llave por dentro!).

A la mañana siguiente, los habitantes de dicho pabellón, cuando salí a desayunar, se levantaron del tablón donde estaban sentados como si hubiesen visto a un extraterrestre y por unos días tuve un largo tablón para mí sola, mientras todos ellos se apretujaban en el otro. Al tiempo me entero que dos de ellos eran analfabetos, los hablé y les propuse enseñarles a leer y escribir y las 4 operaciones básicas de matemática. Conseguí a través de mi familia cuadernos, libros, gomas, lápices, etcétera y empezamos un “curso acelerado” porque podían salir en libertad, con lo cual me gané dos amigos y el respeto del resto que gradualmente se fue acercando a hablarme y saludarme. Así me convertí en “la maestra” —como me llamaban— y algunos me confiaban sus pesares o me contaban de sus familias y de los amores que tenían “afuera”.

Recuerdo que aprendí mucho escuchándolos hablar de sus penas, de sus arrepentimientos y de sus proyectos de vida para cuando saliesen. La mayoría me llevaban entre 10 y 40 años (yo tenía 24 años) pese a mi juventud e inexperiencia me las arreglaba para aconsejarlos lo mejor que podía.

Al tiempo ya era “la maestra” y “la señora” y no más al tiempo “la guerrillera” (que fue el primer apodo que me pusieron).

Quería hacer gimnasia, pero entendía la necesidad de que todo el pabellón lo hiciera porque era una de las formas de vencer el encierro y mantenernos sanos psíquicamente, entonces les propuse darles clase y me indicaron que tenía que hacerle una nota al Director del penal. Conseguí la autorización y salimos al patio a correr, saltar y hacer ejercicios como “la lagartija”. Al volver después de la primera clase de gimnasia con delicadeza, pero con firmeza, les sugerí que se bañaran ¡no se podía respirar de los olores!, broma va, broma viene, sacaron los toallones... ¡y a la ducha!

Otra cosa que recuerdo es la *opinión política* que me pedían sobre los noticieros (había una TV en el pabellón) y sobre las noticias del diario. Les

interesaban mis puntos de vista a pesar de que yo no era experta ni mucho menos, para responder me esmeraba acudiendo a la formación política que alcancé a aprender recordando a García Elorrio (Cristianismo y Revolución) a Rodolfo Puiggrós, Leopoldo Marechal, John W. Cooke, Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz, Hernández Arregui, C. Marx, Lenin y Mao.

Me llegué a sentir tan a mis anchas entre violadores y delatores que cuando el Negro Miguel (Ángel Bustos, un compañero) pide y consigue mi traslado al pabellón de presos políticos, lo rechacé y regañé al Negro por no haberme consultado al respecto: yo quería cumplir mi compromiso de enseñarles a leer y escribir y sacarlos a hacer gimnasia y charlar con ellos, cosa que había tomado muy en serio. Me quedé allí hasta el día de mi liberación, el 25 de mayo de 1973, en que los presos políticos salimos amnistiados por el Dr. Cámpora.

Alicia Staps,
Córdoba, 2007.

Memorias del cautiverio

Recuerdo mi llegada a la UPI, junto a Mariela mi cuñada, mi hermano Roberto y mi compañero Rodolfo, donde fue una mezcla de dolor y alegría, dolor porque me separaban de mi hermano y del Petiso, sin saber cuándo nos volveríamos a ver y alegría, una alegría incontrolada porque ya estábamos en la cárcel, ¡estábamos vivos! Y después el reencuentro y la solidaridad de las compañeras que allí estaban, todas sobrevivientes de los campos de concentración. Es mucho y largo de contar, todas las experiencias allí vividas, como cuando recibí mi primer paquete en donde vi la firma de Mimí (mi hermana) y lloré, creí que nunca más la volvería a ver. Y la ansiedad de todos los viernes por ver la firma de nuestros seres queridos, cuando nos entregaban el paquete.

Nunca imaginé la fortaleza y resistencia que poníamos a cada situación allí vivida y los días pasaban entre caminatas dentro del pabellón o en nuestras celdas individuales (de 2,10 x 1,40 metros, con cucheta incluida), gimnasia, cursos de todo tipo. Recuerdo que yo hice el de contabilidad, que luego a pesar de tener estudios sólo a nivel secundario, fue en donde más me especialicé y que gracias a eso pude reinsertarme en el campo laboral cuando salí en libertad.

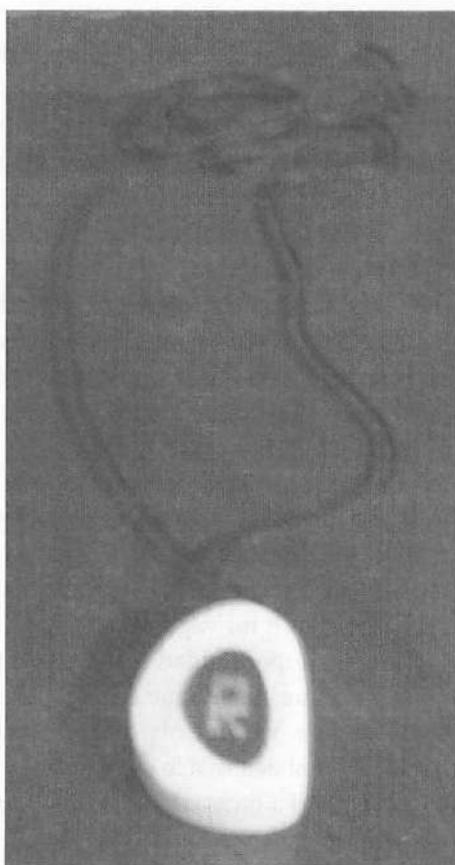
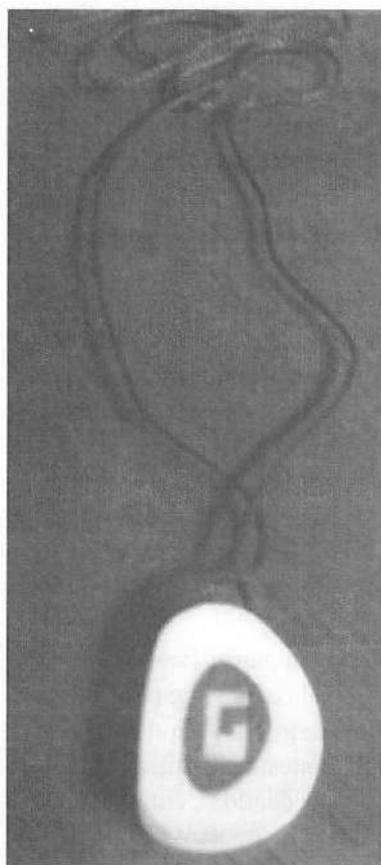
Tengo miles de recuerdos, anécdotas, de las obras de teatro, de los bailes. Recuerdo que para el 29 de mayo, nos trajeron cascarilla y un criollo, ellos festejaban el Día del Ejército, nosotros, el Cordobazo. Y sigue mi cabezita recordando como cuando me puse a destejer una campera del Petiso y me tejí un pulóver con lana fina y con dos cables hice las agujas y una vez terminado me lo llevó la requisa, como tantas cosas que hacíamos y nos lo llevaban (robaban) como las pulseras, hechas con hilos sacados de los toallones, los distintos trabajos en hueso, aún conservo uno muy bonito que me hizo el Petiso en hueso y madera con sus iniciales y las mías, que conservé ¡gracias a mi vagina!

En una oportunidad las compañeras me bautizaron Bazooka (por el chicle) porque cuando me enojaba se me inflaba la cara y me ponía colorada. Como tampoco me olvido de cuando en una requisa, nos quisieron hacer bajar las bombachas, a lo cual me negué y por supuesto allá fui, a la celda de castigo, junto a otras compañeras. Y así voy recordando..., como la alegría que sentíamos cuando nos llegaban los mensajes de nuestros compañeros, los poemas que me hacía Rodolfo, gracias a las palomitas y a los presos comunes, quienes se solidarizaron mucho con nosotros, hasta nos enseñar-

ron a hablar con las manos, hablar por el sistema Morse, etcétera; ellos estaban pendientes de nosotros, a pesar de las múltiples necesidades que ellos tenían, algo que se los voy a agradecer ¡SIEMPRE!

Y son tantos los recuerdos como cuando nos vimos por primera vez, después de llegar a la cárcel, con el Petiso, con mi hermano, con la familia, fue para Navidad del 77, cómo nos preparamos para ese encuentro. ¡Queríamos estar lindas, y qué manera de llorar! Queríamos estar con nuestros compañeros, pero también con nuestras familias. Qué momentos inolvidables, cuántos recuerdos, jamás los olvidaré.

Gladys Regalado,
septiembre de 2007.



Hueso tallado en ambas caras por Rodolfo Novillo enviado a través de paloma a Gladys y preservado de las requisas en la vagina.

Obrero metalúrgico

Mi nombre: Julio César Carrizo, nacido en Deán Funes un 28 de enero de 1942. Mi madre era dirigente del peronismo de la primera hora.

En el año 1952 nos fuimos a vivir a Córdoba capital junto con mi madre, mi padrastro y mi hermano mayor. Así fue que tanto en Deán Funes como en Córdoba funcionaba una unidad básica en casa, siempre que las Fuerzas Armadas lo permitieran, o sea que siempre respiré aire peronista.

Cursé el ciclo básico en la escuela de aprendiz que funcionaba en la Fábrica Militar de Aviones y después de tres años egresé como ajustador de banco.

Córdoba crecía industrialmente con mejores trabajos y sueldos. Fui cambiando de trabajo, en el 64 entré en una fundición como matricero, era "Ferrari y Sacan", que estaba en barrio Güemes, ese mismo año elegimos delegados de U.O.M. (Unión Obrera Metalúrgica), la fábrica no estaba sindicalizada, solo hacíamos los aportes sindicales, fuimos tres los elegidos.

En esa fábrica no nos pagaban horas extras por trabajo insalubre por calorías, no había ningún tipo de protección, no daban elementos de trabajo: ropas, guantes, antiparras, ni lugar para comer, pese a que trabajábamos en turnos discontinuos.

Nos cansamos de reclamar ante el sindicato y sus respuestas siempre fueron promesas, nada concreto. Decidimos hacer una reunión entre los delegados y compañeros de confianza y resolvimos tomar la fábrica, un compañero faltaría con permiso, era el encargado de comunicar al Ministerio de Trabajo y a la prensa.

El día elegido, sabiendo que los trompas (patrones) a las 7 desayunaban, aprovechamos para soldar las puertas de entrada de las oficinas a la planta. Desplegamos una bandera que decía "FCA. TOMADA POR LOS OBREROS HASTA SUS ÚLTIMAS CONSECUENCIAS POR INCUMPLIMIENTO A LAS LEYES LABORALES". Y recién ahí hicimos una asamblea con todos los compañeros, les dijimos que era la única forma de lograr nuestros objetivos, entonces pasamos a una votación, la cual aprobó la toma.

Cuando se enteraron los trompas lo primero que hicieron fue llamar a la U.O.M. (Unión Obrera Metalúrgica) y a la policía. Nuestro compañero encargado de comunicar a los medios y al Ministerio de Trabajo cumplió su tarea, a los minutos vino un secretario y la policía, los hicimos pasar y les comentamos el motivo de nuestra lucha. Nos dijeron que tengamos las máquinas en orden y que no rompíamos nada. Después vinieron los de la

U.O.M. encabezada por Alejo Simó y sus patoteros, nos pidió que lo dejáramos pasar, que quería hablar con los obreros y así fue, Alejo Simó dijo que no era el momento oportuno, que Perón tenía otros planes para todos los trabajadores; insistía a toda costa en levantar la medida de fuerza. Los compañeros pidieron que yo le contestara. Le dije que no podíamos esperar las últimas órdenes de Perón. Que había que poner en práctica las *leyes laborales*. Que además lo nuestro estaba por demás claro, era nuestra bandera. Después de varias propuestas llegamos a un acuerdo.

La empresa se comprometía a que en tres meses pondría las instalaciones en orden, que en dos meses nos pagarían todo lo adeudado, con un retroactivo de dos años y medio en las horas extras y compensación por trabajo en altas calorías y que no se tomaría represalia alguna con ningún obrero.

Se formó una comisión compuesta por un delegado obrero, un miembro de la empresa y uno del ministerio para sacar las cuentas y dar cumplimiento a lo acordado. Pasó el tiempo y cumplieron. Fue un gran triunfo de todos los obreros.

Por supuesto que seguimos concurriendo a las asambleas gremiales y con delegados de otras fábricas formamos una agrupación metalúrgica y fuimos a elección por la Comisión Directiva con todos los requisitos en orden. Pero a la Junta Electoral la manejaban ellos, fuimos impugnados, vaya uno a saber por qué, cosa de la burocracia entreguista que duró muchos años.

A partir de allí cada uno tomó otros rumbos, entre ellos el inolvidable René Salamanca que se fue al SMATA, fue un gran dirigente que merece todo mi respeto y mi recuerdo.

Día a día crecían las organizaciones populares en los barrios, entre los estudiantes, en lo sindical, artistas y profesionales. Teníamos a los Toscos, Salamancas, López, curas tercermundistas y muchos otros que no recuerdo. Leíamos revistas como *Cristianismo y Revolución* y muchos comunicados de distintas tendencias. Y así se produce la máxima expresión de las luchas populares, el Cordobazo, que será un hito histórico. Nace el *Luche y Vuelve* y se va multiplicando en todo el país. Como también las organizaciones armadas tales como Montoneros, Descamisados, las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias), las FAP (Fuerzas Armadas Peronistas) y el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) y otras.

Perón regresa al país, por poco tiempo. El dictador Lanusse convoca a elecciones con la proscripción de Perón.

En marzo del 73 la fórmula del FREJULI (Frente Justicialista de Liberación) es la ganadora con Cámpora y Solano Lima. A partir de allí crecen los grupos de derecha, los matones de los sindicatos, como CNU (Comando Nacionalista Universitario), COR (Comando de Organizaciones Revolucionarias), Guardia de Hierro, Trasbasamiento Generacional, JPRA (Juventud Peronista de la República Argentina), Alianza Libertadora Nacionalista, Comando de Organizaciones y personajes nefastos como Brito Lima, el Tte. Coronel Osinde, el Gral. Iñíguez, Norma Kennedy, Giovenco, Juventud Peronista Lealtad, Juventud Sindical Peronista y toda la escoria que pueden reclutar, ladrones y buchones de barrio.

El retorno de Perón les sirve como pretexto para matar a todos lo que tenían olor a pueblo y se produce "la masacre de Ezeiza".

Durante el gobierno popular ocurren miles de secuestros y asesinatos en la vía pública con el motivo de aterrorizar a la población. Son asesinados cientos de compañeros tales como Ortega Peña, Silvio Frondizi, Alfredo "Cuqui" Curuchet, Julio Troxler y nuestro querido Atilio "Negro" López y el contador Juan José Varas (ex vicegobernador de Córdoba, y subsecretario de Economía, durante la gestión de Obregón Cano), a quienes sacan del hotel y los llevan a un descampado de la ciudad de Buenos Aires y los asesinan.

Para Perón dejamos de ser la Juventud Maravillosa y nos convertimos en bandas organizadas al servicio de la sinarquía internacional. Nos echan a los diputados de la juventud, por oponerse a la reforma del Código Penal. Para mi escaso entender todo esto lo sabía el gobierno popular por el que tanto habíamos luchado y tanta sangre derramado.

En el 76, yo militaba en la J.T.P. (Juventud Trabajadora Peronista) que respondía a Montoneros y trabajaba en Franco Hnos. donde fabricaban repuestos de motos y motocargas, que estaba en Villa Corina. Al entrar a trabajar (lo hacía en el segundo turno) un compañero me comenta que el sábado anterior lo secuestraron a Juan Cucco. Un gran luchador que estuvo preso en el Cordobazo. Ya en mi puesto de trabajo veo venir una patota con armas cortas y largas, soy golpeado con golpes de puños, patadas y encapuchado me suben a un auto. Después me entero de que todos los compañeros se pusieron mal al ver semejante paliza y de la forma que habían sido tratados ellos y la empresa decide dar por finalizada la jornada.

La patota da varias vueltas hasta que me meten en un edificio o casa, me tiran sobre un banco de cemento, me ponen vendas en los ojos, intuyo que no estoy solo, que somos varios y empiezo a escuchar quejidos y lamen-

tos. Sabía que en cualquier momento vendrían por mí, como soy creyente encomendé mi mente y mi lengua a Dios. Llegó el momento me subieron a un lugar que era la sala de torturas, trompadas, patadas, sogas en el cuello, picana, submarino seco y húmedo (asfixia con bolsa de nailon o con la cabeza adentro de un tacho con agua), estos hijos de puta sabían todo de mí, me preguntaban si mi madre seguía teniendo “la Unidad Básica”, hasta del tiempo que mi padrastro estuvo preso durante la Resistencia Peronista, de mi detención cuando vino el presidente francés, quiénes éramos los que habíamos tomado la C.G.T. en los años 60. Después me preguntaban quién era mi responsable y dónde estaban las armas y la impresora. Después me tiran en una celda o algo parecido, no sé cuánto tiempo pasó y me llevaron de vuelta, dale que dale, otra vez torturado, si conocía a fulano o mengano, que yo había participado en los cortes de los puentes.

No sé si fue la droga, las palizas o Dios, el asunto es que empiezo a perder la razón y comienzo a tener alucinaciones, tales como que yo tenía entre mis manos a mi bebé de dos meses que se convertía en algo como una gelatina y que se me iba de entre mis dedos a un resumidero y no la podía retener, también me pasaba lo mismo cuando me ponía a hablar con mis compañeros, les decía “que no nos hiciéramos problemas que ya tenían la solución para nosotros, que nos llevarían a la Antártida para dar cumplimiento a un acuerdo que existía entre la Argentina y las Naciones Unidas para un intercambio entre nosotros por focas y pingüinos” (a todo esto lo pueden afirmar los compañeros Sacco, el flaco Juan Morales, Juárez y otros compañeros). Por esto me llamaban “el Loco”.

Yo había perdido totalmente la noción de tiempo y distancia. En un momento me saco las vendas y veo a un montón de compañeras y compañeros que estaban todos muy golpeados, un custodio saca su arma, me apunta, viene hasta donde yo estaba y me dice que si no sabía que no tenía que sacarme las vendas, me lleva a un lugar que funcionaba como baño, me hace lavar un poco, porque tenía mucho olor, después me lleva a mi lugar y me dice que sea la última vez que lo haga.

Por mi estado deciden llevarme a otro lugar. Era de noche, me suben encapuchado a un auto con “patotas de azafatas”. Ese lugar era el Hospital San Roque, allí estaba un muchacho que lo sacan a los gritos. Me ve un médico que me hace caminar con un pie y ponerlo delante del otro, un buen rato, después me hace dirigir la vista a un péndulo, me pone una pichicata y me llevan de vuelta al mismo lugar. A la D2, sabíamos que era la Jefatura de la Policía de la Provincia, por las campanadas de la Catedral.

En julio del 79 me dan “la libertad vigilada”, en los trabajos que consigo entre ellos Franco Hnos., reciben orden del Tercer Cuerpo del Ejército de no darme más trabajo y así pasa en otros trabajos. En 1982 decido irme a Buenos Aires y aquí estoy desde entonces, conseguí trabajo, volví a buscar a mi familia, construí mi casa, eduqué a mis hijas, mi señora es docente y delegada en el gremio SUTEBA, tengo cinco nietas que son mi vida.

Por supuesto que continúo en la lucha, fui presidente de la sociedad de fomento del barrio, participé en el PJ pero no por mucho tiempo, aquí es todo “chorizan” (san chorizan), nada de ideología, solo amuchados, también fui delegado gremial y formamos una agrupación opositora, no nos fue nada bien (aquí prendió fuerte el *no te metás*). Actualmente estoy junto a compañeros docentes que conformamos la Comisión de Derechos Humanos por la Memoria de Pilar (provincia de Buenos Aires), aquí ocurrió “la masacre de Fátima” (es el traslado de 30 compañeros que estaban detenidos en la Súper Intendencia de la Federal, en Capital y aquí son asesinados, sus cuerpos dinamitados). Es por eso que todos los años hacemos actos recordatorios, plantamos 30 árboles, levantamos un monumento en el lugar del hecho, logramos que se declare como fecha de interés municipal el día 20 de agosto, dimos charlas en distintos lugares como centros culturales y escuelas, también colocamos en la Municipalidad dos placas recordando a los 30.000 Desaparecidos y otra por los Detenidos y Desaparecidos de la zona de Pilar. Siempre hemos tenido la presencia de nuestras queridas Abuelas, Madres de Plaza de Mayo y Familiares de Presos y Desaparecidos por Razones Políticas.

Pero lo que más quiero recordar en esta pequeña nota es el heroísmo de aquel muchacho que me vio en el Hospital San Roque, que identificó el logotipo de Franco Hnos. y no vaciló en ir hasta la empresa y decirles que había visto a un obrero de esa empresa muy golpeado, pero con vida. Inmediatamente la empresa se pone en contacto con mi familia y les comenta la noticia. Siempre estaré agradecido a ese desconocido que llevó un poco de tranquilidad a mi familia.

¡¡¡Viva la solidaridad de mi pueblo CARAJO!!!

Julio César Carrizo,
2007.

“Recordar es volver a pasar por el corazón...”

Eduardo Galeano, escritor y periodista

Siento que los recuerdos se amontonan queriendo llegar a ser escritos en un papel, pujan por salir pero terminan allí, donde siempre... todos amontonados hechos nudo en la garganta... presionándome el pecho... llenándome de angustia y lo único que consigo es llorar... ¡Mierda... no es eso lo que quiero!

Galeano dice: “Recordar es volver a pasar por el corazón...” será que el mío está tan herido, tan gastado, tan cansado que sólo pensar en pasar por los recuerdos... ¿sangra? ¡Tantas cosas! Tantos hechos horribles vividos en la UP 1 de Córdoba... todavía puedo sentir en alguna de esas noches en que el día tarda en llegar, los gritos de los torturadores diciéndome: “¡Te voy a traer los dedos de tu hija en una caja!” (Cuando me detienen mi hija Paula no tenía aún 5 meses)... el llanto de ella a los 11 meses... la desesperación en todo su cuerpo gateando por el pasillo del pabellón hacia mí; el día en que entró la gendarmería al pabellón. Entraron con fusiles con bayoneta, cascos, corriendo a los gritos, dándonos mil órdenes al mismo tiempo. Se me taparon los oídos... creo que de la desesperación y el miedo. Miedo de que aplastaran a Paulita que gateaba hacia mí desde la otra punta del corredor, parecía aun más chiquita en medio de todos estos monstruos. Una de las órdenes era “Todo el mundo al fondo de su celda, ¡manos atrás mirando la ventana!” Un soldado me cerraba el paso con su fusil y no me permitía ir al encuentro de mi hija que seguía con su llanto entrecortado llamándome... No oía con nitidez lo que me decía el soldado... el llanto de Paulita lo tapaba todo... no recuerdo como llegó a mí, si las compañeras la fueron pasando o si me la trajo un soldado. Todo se hace confuso... revuelto... enceguece... sigue encegueciendo de rabia dolor e impotencia...

Bracitos de acero... se abrazó a mi cuello, aplastó su carita mojada contra mi hombro... como queriendo meterse dentro de mí, huir de ese horror.

La orden era dejarla en la cuna, cerrar la puerta de la celda y pararme frente a ella. Para ello debía despegar sus bracitos de mi cuello... parecían bracitos de acero... lloraba, no entendía ¡cómo! ¿Por qué? Le hablaba, trataba de comunicarme con ella con palabras... convencerla de que “no pasaba nada”, que en un rato todo iba a estar bien... mamá se lo prometía. Acosada por el soldado que me seguía gritando y apurando y repitiendo la orden, como si el problema fuera sordera.

Me obligaron a arrancarla yo misma de mis brazos... cerrar la puerta y

dejarla allí gritando de desesperación... Me empujaron a una fila con mis compañeras y marchamos custodiadas al patio.

Por mi cabeza pasaban mil y una ideas... ¿qué pasaba si me negaba a cumplir la orden de dejarla allí, sola, llorando?... Tenía mucho miedo... miedo de que le hicieran daño, de que me maten, de que nos maten a las dos... Pensándolo hoy a la distancia creo que cualquiera de estas cosas podría haber pasado, estaban dispuestos a todo, se les podía escapar un tiro. Manejaban las armas sin ningún respeto, ¡parecían venir de la serie "combate"...! otra que Vo Nguyen Giap (general vietnamita que escribió sobre la relación del hombre y el arma).

Alcancé a ver como Zulema, una celadora, tenía en brazos a Paulita (la conocía de la rutina diaria del pabellón, confié en que no se sentiría tan mal). Ya en el patio, todas contra la pared, nos obligaron a desnudarnos... había muchos soldados armados, murmurando seguramente del cuadro que proporcionaba nuestra desnudez. ¡Temblaba, tanto!, que no podía mantener los pies sobre la tierra, medía 1,79 metros y pesaba 55 kilos. Tenía mucho miedo, no sabía qué podía pasar, no podía pensar, solo temblaba, Alicia que estaba a mi lado, me decía: «respirá hondo panterita ¡...así! y respiraba conmigo una y otra vez... a otra compañera le atacó la risa y no podía parar... se reía con una risa chillona, finita... que dolía casi. ¡No puedo parar!, decía... y allí, otra compañera con la misma receta solidaria: "respira hondo... y soltamos el aire despacito..."

Mirando de reojo vi que alguien estaba menstruando...después supe que esa compañera hacía meses que no menstruaba... y así todas reaccionábamos como podíamos a tanto horror.

De vuelta al pabellón la celadora me entrega a mi hija que ya no lloraba y me recibe con una sonrisa, otra vez sus bracitos en mi cuello apretándome fuerte... ¡bracitos de acero!... ya no lloraba, pero ahora lloraba yo.

Otro de los días de horror que Paulita fue testigo, uno de esos tantos "bailes" —a los que los valientes salvadores del país nos sometían— ...otra vez, puerta cerrada de la celda, Paulita llorando a gritos parada en su cuna agarrada de los barrotes. Por la abertura del pasaplato (espacio abierto en la puerta de la celda de 20 x 10 cm, aproximadamente) me veía bajar y subir haciendo flexiones, desapareciendo de su vista en los "¡cuerpo a tierra!"... o parada frente a ella sin poder atenderla... consolarla, porque no me lo permitían, lo que aumentaba aún más su desesperación.

Como siempre los gritos, las órdenes absurdas, sin sentido para nosotros en ese momento —aunque está claro que todo lo que hacían era parte de su plan de aniquilamiento, anularnos, volvernos locas—. Nos hacían correr y

reímos... nos ordenaban que nos riéramos a carcajadas... empezábamos tímidamente con algo parecido a una risa, tratando de traer a la memoria alguna obra de teatro... algo para dejarlos "conformes"... para complimentar sus órdenes y así evitar ser golpeadas. Nos reíamos como locas y ellos gritaban: "¡Más alto! ¡Más alto! ¡Más alto!" En algunas se nos mezclaba el llanto... reíamos en tono cada vez más alto... cada vez más lejos de lo que una risa significaba y de lo que puede provocar en el alma. Ellos daban vueltas entre nosotras, armados advirtiéndonos que no los tocáramos, ¡ni con el aire! (al correr) porque se les podía escapar un tiro. Más de una vez nos llevábamos por delante entre nosotras, con tanta "carrera mar" (orden militar), "¡media vuelta a la izquierda!" "¡cuerpo a tierra!", el terror se apoderaba de nosotras y tropezábamos unas con otras por no tocarlos y para que no nos pegaran un tiro.

Cuando esa sesión terminaba... y nos quedábamos solas... todas nos mirábamos y nos abrazábamos con la mirada coincidiendo seguramente en que era un día más que le habíamos ganado a los milicos, al miedo, un día más para seguir soñando con la libertad... ¡Estábamos vivas!

Nos dieron la orden de que en 48 horas debíamos sacar a los bebés del pabellón. Tenía que venir a retirarlos algún familiar, y el que no tuviera, llevarían al bebé a la Casa Cuna. "¡Y nunca más lo verán!", decían.

Esto no fue tan sencillo, había compañeras, como Elia, que tenía a toda su familia detenida. Su mamá y varios hermanos. Ella tenía a su hijito Ernesto que sacar... fueron días de mucha angustia para todas las compañeras... madres y no madres.

A Paulita la venía a buscar su abuela paterna, Tita, con ella ya vivía su primo Mario de la misma edad. No recuerdo el día en que se fue, pero sí la situación... Cuando se iba, la panterita, como le decían las compañeras, estaba contenta... se iba a encontrar con su primo, su abuelo Glicerio, "la nonita vieja" (su bisabuela)... Se la entregué a una celadora en las rejas del pabellón, a mi lado estaba Gloria y Alizota (perdón si me confundo) dándome fuerzas, tratando de cargar ellas con un poco de mi dolor... me decían en voz baja: "¡Fuerza Pante!... ¡no llores!... ¡Fuerza!... Las odié esos segundos... agarrada de las rejas... tenía ganas de gritar... de que alguna fuerza superior me transformara en león... ¡de matarlos a todos! y salir corriendo con Paulita en mis brazos... ni siquiera pudimos entregarlos a los brazos de nuestros familiares!... Teníamos que confiar en que llegarían a destino... tampoco nos daban información para quedarnos tranquilas... estábamos incomunicadas. De alguna manera no dejó de ser un alivio que ya no estuviera en medio de todo ese horror, aunque lejos de nosotras.

Paulita vio cómo le pegaban a su mamá y a otras mamás, cómo nos gritaban... y olió el miedo durante todo ese tiempo en la piel de nosotras.

A mí me traumatizó muchísimo lo vivido en esos días y hoy estoy orgullosa de haber podido sobrevivir... Hubo un tiempo allí adentro en que mi alma y mi razón me abandonaron... triste, muy triste, conversaba con Paulita en voz alta, ella me contestaba... estaba allí, conmigo, pero sólo yo la veía... esta sensación duró en mí –por suerte– un corto tiempo. Vale decir que ni esta situación ni ninguna otra por el estilo que pudo haber ocurrido en la UP 1 trascendieron las rejas del pabellón.

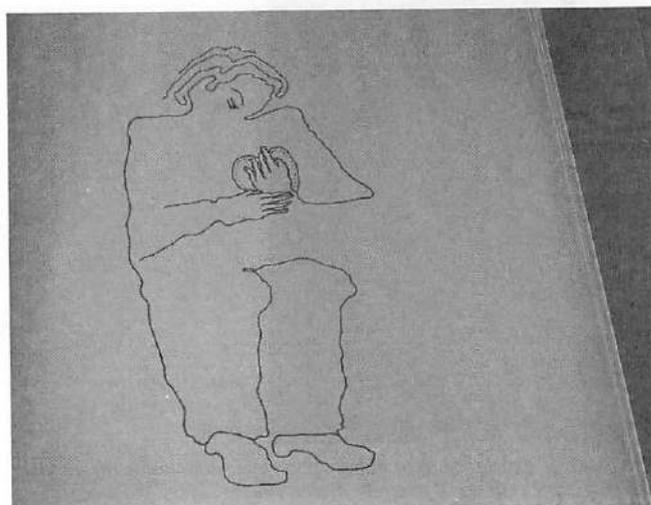
Tengo muchos recuerdos muy fuertes de esta época... prevalecen entre otras, las palabras de Juanita –que vivía en la celda contigua a la mía–, siempre alentándome, alentándonos... mandándome fuerza a través del muro que nos separaba... en las horas más largas de mi vida.

Al tiempo supe que ante una visita a un espectáculo de circo, viendo a los payasos pelear, jugar a caerse y atacarse... Paulita empezó a gritar asustada pidiendo que la sacaran de allí...

Estas son algunas vivencias en la UP 1 de Córdoba que corresponden fundamentalmente desde el 24 de marzo de 1976 hasta fines de abril del mismo año en que nos sacan a nuestros hijos. Estuve detenida desde octubre de 1975 hasta noviembre de 1979.

Es la primera vez que puedo contar estas cosas, hasta ahora conocidas solamente por las compañeras con las que compartí prisión, allí en la penitenciaría de Córdoba. A todas ellas un gran cariño y el mayor de los respetos.

Marta “La Pantera” Quiroga,
Córdoba, 2007.



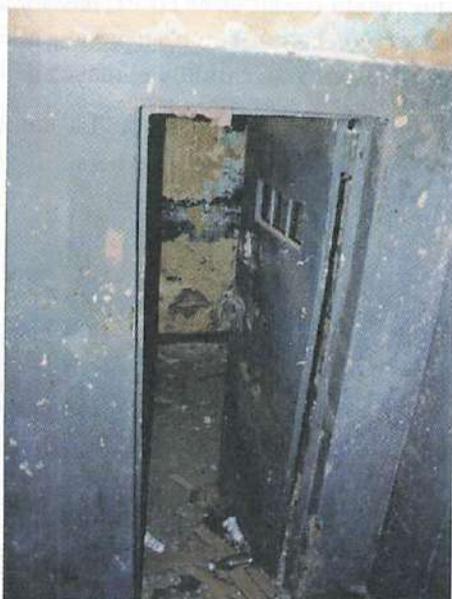
Dibujo realizado por Héctor Assadourian en papel dibujo y tinta negra, en la cárcel UP1, año 1984. Se permitía el ingreso a partir de 1979 (año en que viene la CIDH, motivo por el cual la incomunicación se levanta y se permite el ingreso de otras cosas, como materiales para dibujar).

Para y por mis Compañeros

Les quiero contar, quizás para aliviar el dolor, para compartir lo que nos pasó, pero sobre todo para que *Nunca más*. *Nunca más* al terrorismo de Estado.

Cuando me detienen en la Terminal de Omnibus de Córdoba, era un día sábado, 20 de noviembre del 76, yo estaba con Carlos Alberto D'Ambra, "El Nona", mi novio, profe de Educación Física, hoy es un Luchador Desaparecido. Cuando nos suben al camión militar, el milico le dice "así que vos sos del E.R.P (Ejército Revolucionario del Pueblo)" y a mí me dice "de vos ya vamos a averiguar tus antecedentes". Esperando sentados en el camión me pregunta: "¿Me vas a esperar?" Y yo le respondo: "Toda la vida", sin saber que sería así; de puro amor fue mi respuesta.

Estando en el campo de concentración de La Ribera escucho que alguien silbaba una canción que nos gustaba, era él que lo hacía, por debajo de la venda, levantando un poco la cabeza, lo vi, allí estaba, en la zona de los calabozos. Yo tosía para que supiera que estaba con él. Aprendíamos juntos, por esos días de libertad "Zamba para olvidar", cómo no emocionarse, teníamos los ojos vendados pero nuestro corazón latía, esta canción la terminé de aprender en la cárcel.



Calabozo en el
CCD Campo de
la Ribera

Fotografías: Molas y Molas, María. "De un centro clandestino de Detención a un espacio para la Educación. Historia y singularidad de la escuela media Hache" 2000. (Mimeo)

En el campo de concentración estaban los pequeños gestos de afecto, de amor, que hicieron posible que pudiéramos resistir. Caminaba vendada conmigo una compañera, apenas veíamos bajando la cabeza para no caernos, yo le pedí por favor que si ella salía en libertad, le avisara a mi familia, que memorizara el número de teléfono, se lo repetía y se lo repetía. En la visita del 24 de diciembre del 76, les pregunto a mis viejos y hermana que si les habían avisado dónde estaba, me responden que sí. Con esto quiero resignificar los gestos solidarios de los compañeros, que no se olvidan jamás. En esa época era jugarse, llamar por teléfono a un familiar y decirles que una estaba detenida, con vida, en un campo de concentración.

Siempre pienso cómo estuvo ausente *la justicia*. Antes de irme del campo de concentración de La Ribera, estaba sentada en una escalera con otras compañeras, todas vendadas, una de ellas me pregunta: “¿Qué crees que van hacer con vos?” Le respondí: “Cómo saber aquí, en un campo de concentración, en estas condiciones, qué van a hacer conmigo, con tortura de por medio, sin poder ver a quienes me tenían detenida”.

Muchos abogados no se animaban a hacer hábeas corpus, muchos de aquéllos que ayudaron a los familiares a realizarlo fueron detenidos... ¿Justicia?

Llegué a la cárcel una noche, silencio terrible y dije acá me muero, pero era mejor que el campo de concentración, ¡qué locura! Venía de otro mundo: profesora de Educación Física, el aire libre, la libertad. Encerrada en una celda de dos por uno, con una ventanita de vidrio con rejas, una mirilla de 20 x 10 cm, un camastro, un colchón y la nada. Todo brillaba, este edificio nuevo estaba pensado para castigo, puesto que uno es un ser social por naturaleza, el encierro individual es otra forma de golpearnos. Pero llegó la mañana y me dicen: “Compañera ¿cómo te llamás?...” Y empieza la comunicación, aprender el lenguaje de las manos, a escribir en las puertas con jabón, hablar despacito. Empieza otra vida en la cárcel, la de la resistencia. Mis compañeras me contaron que cuando los milicos entraron al penal les dijeron: “Van a morir lentamente”. Y nosotros, los Presos Políticos, creamos redes de solidaridad, nuestro objetivo era estar lo mejor posible física y psicológicamente.

Me llevan a la cárcel un 25 de noviembre y al mes tuvimos la única visita que se otorgó en el año 1976 después del golpe, la del 24 de diciembre. Permitieron la entrada de tres familiares por preso político, nosotros éramos cinco de familia, mi hermano se quedó afuera, recién lo pude ver cuando me trasladaron después de dos años, a la cárcel de Villa Devoto.

Recuerdo lo que me dice mi hermana cuando recupero la libertad: “En la visita del 77 –que también fue la única visita del año–, te miraba los dientes, te escuchaba hablar, habías cambiado tanto, estabas gorda, la mirada distinta”, no parecías vos. La falta de movimiento por el lugar reducido, el tipo de alimentación, el encierro permanente, sin sol, todo esto había cambiado nuestra fisonomía. La cárcel nos cambió físicamente, hoy muchos de nosotros padecemos problemas de salud por las condiciones de aquel encierro.

La única vez que nos sacaron al patio, fue por el terremoto de Caucete, en la provincia de San Juan, el 23 de noviembre de 1977. Nos hicimos oír, pedíamos patio cada vez que había un remezón del terremoto, porque si fuera por ellos mejor si quedábamos encerradas. Estoy segura de que si había un temblor fuerte y se producían daños materiales en el edificio, hasta que abrían las celdas de cada una, más las dos rejas y salíamos al patio, no hubiéramos tenido posibilidad de salvarnos. Una vez en el patio, hicimos una pelota con nuestras medias y un poco de papel que encontramos tirado, comenzamos a jugar al juego de los 10 pases, dos equipos y ya estábamos olvidando por un rato el encierro, pero nuestra torpeza debido a la falta de movimiento, a la noción de tiempo-espacio que habíamos perdido hizo que en el momento de saltar para recibir la pelota, una compañera me tocara la pierna y mi menisco no resistió. Mi rodilla se inflamó, fui al hospital, después que esperé turno y me dieron unas pastillas antiinflamatorias. Cómo lo sufrí al menisco, porque para hacer mis necesidades en el tachito de 5 litros en la celda de Córdoba y en la letrina que teníamos en la celda de Devoto, tenía que acomodar mi pierna para que no doliera. Fui operada en libertad, mi menisco estaba hecho polvo.

El paquete, único vínculo con nuestras familias en el año, producto de la incomunicación. Esperaba ese paquete, deseaba con todas las ansias que me llegara la “**bombacha amarilla**”, clave que acordamos con mi familia en la visita del 24 de diciembre del 76. Si “El Nona”, mi compañero, había *aparecido, estaba con vida*, me la enviaran, no es muy común por su color, para que no hubiera duda. Durante dos años los martes y viernes esperé... Hoy, después de muchos años, por testimonios de compañeros que lo vieron, sé que fue “**trasladado**” del campo de concentración La Perla a mediados de diciembre del 76. Esa palabra “traslado” significaba la muerte, asesinato, fusilamiento. Esto significaba y significa **desaparecido**.

No puedo dejar de recordar a mi querida compañera-amiga Martha Sandrino, quedó parapléjica porque le pegaron un tiro cuando la detuvieron y no recibió atención médica... estuvo tirada en La Perla, ¡qué se podía

esperar!, no éramos personas... Hoy los que sembraron terror, muerte y hambre en nuestro pueblo tienen juicios, todas las garantías constitucionales y está bien. Luchamos por la justicia, por la justicia que nosotros no tuvimos.

Recuerdo el día en que estábamos por almorzar, ya me habían bajado a planta baja, producto del traslado a Devoto de varias compañeras. Estos se realizaban porque eran tantas las detenciones que el Pabellón 14 se llenaba. Se acerca una compañera: Susana Canela y me pregunta si le podía hacer rehabilitación a la compañera que estaba en esa cama, en el salón de entrada al pabellón, le respondo: "No tengo idea de lo que es la rehabilitación para un lisiado", pero mi preocupación era cómo ayudarla. Estaba en muy malas condiciones físicas. Insistimos para que me abrieran la puerta y hacerle una hora de masajes y ejercicios. Lo logramos. Ingeniarme, pensar, teníamos mucho tiempo para eso. Con el tiempo Martha se sentó en una silla de ruedas, estaba más fuerte físicamente, gracias a su esfuerzo y al apoyo de tantas compañeras.

Nuestras historias, amores, las pérdidas de nuestros seres queridos, nuestras risas, nuestras lágrimas, nuestras resistencias, tantos rostros compañeros, ¡cómo no aferrarse a la vida con ellos!

Nuestras prácticas eran socialistas allí adentro, salvando las diferencias de tiempo y lugar: cuando llegaban los paquetes con elementos de aseo o ropa que era lo único que recibíamos, contábamos con la mano las vueltas del papel higiénico, para que todas tuviéramos la misma cantidad; llegaba algodón y repartíamos el algodón, hacíamos ropita para las compañeras embarazadas con pedazos de sábanas o destejiendo algún saco o pulóver; tejíamos con los dientes de un peine; masajes en la espalda para la compañera asmática; llegaba la leche en polvo para las madres embarazadas y después de un tiempo seguían recibiendo la leche, pero sus hijos ya no estaban, porque se los sacaban a los días de haberlos parido, entonces repartíamos la leche en polvo y hacíamos un postre muy rico (pan remojado en leche, el famoso Pancocho).

Las guardiacárceles no podían entender por qué estábamos alegres, sonreíamos.

Nos ayudábamos entre nosotras, nos apoyábamos y eso nos hacía muy bien. Todas las actividades ocultas no nos dejaban tiempo libre, que era el tiempo que ellos destinaban para matarnos.

Era nuestra *resistencia* al Terrorismo de Estado

Y llegó la libertad un 26 de marzo del 79 desde Devoto. Libertad que no se puede disfrutar porque miles de compañeros seguían detenidos, por todos

los compañeros desaparecidos y fusilados, por los que se fueron al exilio, por los hijos de nuestros compañeros robados, por lo que pasaba en nuestro país.

El amor de mi familia y amigos me permitió salir adelante, trabajar, seguir luchando, ellos querían verme bien.

En esos momentos cómo duelen las pérdidas...

La libertad ya no fue nunca más la libertad compartida con tantos Amigos-Compañeros, cómo no extrañar las charlas, las guitarreadas, la posibilidad de discutir las diferencias, la libertad de pensar. Fueron demasiados los años de dictadura.

Hoy, después de muchos años, los ex presos políticos nos encontramos, pero cómo se nota la falta de los que quedaron en la construcción de un proyecto de liberación, hoy seguramente nuestra patria sería otra.

Esas Nochebuenas y Años Nuevos que uno brindaba y recordaba: “¡No te olvides cuando salgas de brindar con nosotras y por nosotras!”, yo salí en el 79, tuve muchos brindis por mis compañeras detenidas, hasta que llegó la democracia en el 83, sin embargo todavía quedaban presos políticos detenidos en el 84.

Recuerdo como si fuera hoy mi libertad y despedirme con el “¡Hasta Siempre Compañeras!”, entre lágrimas, porque lo que se vivió en esos años nos hermanó para toda la vida.

Hoy somos felices cuando nos encontramos y nos abrazamos.

En el homenaje a nuestros compañeros fusilados en la cárcel, a 30 años del golpe militar, nos sacamos fotos del otro lado de la reja, “Todavía cantamos, todavía soñamos...”

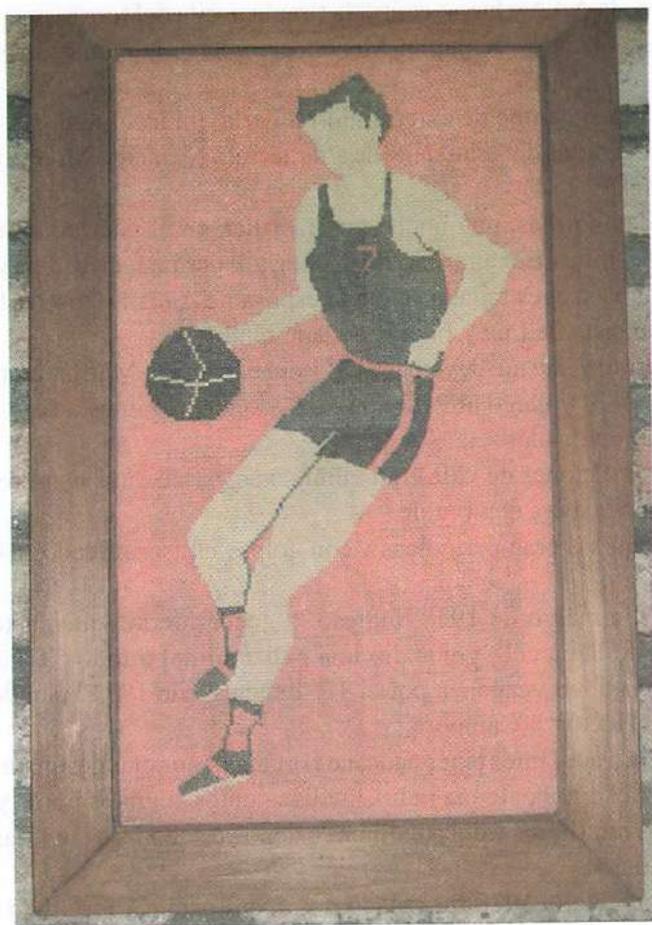
Y seguimos juntándonos para mejorar las condiciones de vida de muchos de nuestros Compañeros. Hay huellas de lo que nos tocó vivir que no se superan fácilmente. No se borran. También nos unen los proyectos para nuestra patria, que algún día será grande y entraremos todos.

Vuelvo a recordar a Julius Fucik, un escritor, un luchador que pasó por los campos de concentración nazi y que nosotros leíamos en nuestra juventud, un libro que se llama: *Reportaje al pie del patíbulo*. “Y lo repito una vez más: he vivido por la alegría, por la alegría he ido al combate y por la alegría muero. Que la tristeza no sea unida nunca a mi nombre”.

Con esta cita quiero recordar a nuestros compañeros, eran luchadores, eran revolucionarios, queríamos cambiar la sociedad por otra más justa y solidaria, porque hasta último momento resistieron, dieron su vida por amor a su pueblo.

Ojalá, mi sueño y el de todos mis compañeros, los desaparecidos, los asesinados, los ex presos políticos, por todos aquéllos que lucharon y luchan todos los días *por un mundo para todos, con justicia y libertad*, florezca en mi Pueblo.

Sara Liliana Waitman,
Córdoba, 2007.



Trabajo realizado por Sara Waitman en tela de sábana, bordado en punto cruz con hilos de toalla. "Me lo dibujó Lili Deutsh con pastilla de carbón. Regalo para mi hermano que jugaba al Básquet. Sacado en la navidad del 77. Tuve-tuvieron la fortuna de que mi viejo encontrara un conocido que le permitió sacarlo, a otros familiares le quitaron todo"

Testimonio de Cecilio Manuel Salguero

Fui secuestrado en la vía pública el 9 de marzo de 1977, cuando iba a mi trabajo de operario metalúrgico, en la zona de Ferreyra.

Vivía clandestinamente desde el asesinato del compañero Atilio López por parte de la AAA (Alianza Anticomunista Argentina) de López Rega —el 16 de septiembre de 1974— en Buenos Aires.

Participaba desde entonces en la resistencia obrera, contra las bandas fascistas de la AAA y luego contra la tiranía gorila del terrorismo de Estado que dirigía Luciano Benjamín Menéndez, enmarcada en el llamado Plan Cóndor.

Llevado al campo de exterminio La Perla, fui torturado y testigo de la muerte por torturas del estudiante de arquitectura Alejandro Monjeau, oriundo de La Plata.

Pasados 45 días, una noche me trasladan en el baúl de un auto Ford Falcon, al campo de exterminio La Ribera, allí permanecí 30 días y comprobé que estaba secuestrada la segunda esposa de Agustín Tosco —la compañera sindicalista de Luz y Fuerza Susana Funes.

Posteriormente me llevan a la UP 1 del barrio San Martín, ingresando al Pabellón N° 10 y luego al Pabellón N° 9, donde llegamos a ser 110 presos políticos amontonados.

Las condiciones de vida eran inhumanas, pasábamos hambre, frío y la atención médica era deplorable.

Las requisas eran periódicas y con golpes indiscriminados a todos nosotros.

El 11 de marzo de 1978, ingresó la gendarmería —que custodiaba el perímetro de la cárcel— y nos dio una paliza brutal a todos, según dijo el oficial a cargo, en venganza por el “11 de marzo de 1973”, donde ganó el presidente Héctor J. Cámpora.

Como no podíamos tener nada, nos organizamos clandestinamente para poder tener el diario, alguna radio, medicamentos, algunos libros y noticias de nuestros familiares y del pabellón 14 donde estaban las queridas compañeras de prisión.

Durante el año 1978 fui sacado dos veces para ser torturado en la D2 (Departamento de Inteligencia de la Policía) en el local que tenía en Mariano Moreno, entre Duartes Quirós y Caseros —cuyo responsable era Américo “El Gringo” Romano.

Allí la banda de torturadores del comisario Telleldín, acompañados por Tissera, "El Gordo" Esteban, etcétera, tenían detenida a mi esposa María Lidia Piotti, a quien habían torturado junto a otros familiares que hacían de correo clandestino, a través de los familiares de los presos sociales, forma en que rompíamos el aislamiento impuesto por los torturadores.

Mientras pasaban las transmisiones del Mundial de Fútbol, a mí me torturaban en ese lugar, ellos se sentían ganadores de lo que denominaban "la tercera guerra mundial".

Durante ese mes, llevaron a la UP 1, al compañero Osvaldo Sigfrido De Benedetti que estaba detenido en la cárcel de Rawson; había estado aislado del resto de los detenidos y posteriormente fue trasladado a Tucumán, pero lo hicieron desaparecer, porque nunca llegó a destino.

En ese año nos visitó la Cruz Roja Internacional, así pudimos denunciar todas las violaciones de nuestros derechos humanos y solicitamos el traslado a una cárcel federal, porque en Córdoba corrían peligro nuestras vidas, dado que Menéndez aplicaba la "ley de fuga" y nos tenía como rehenes amenazándonos de muerte permanentemente.

El traslado se dio a fines de 1978, donde fui a parar a la cárcel de La Plata.

Pasé luego a Rawson y luego de la catastrófica derrota de las Fuerzas Armadas en la Guerra de Malvinas, en 1982, fui a Caseros y volví finalmente a Córdoba.

Allí las condiciones de encierro habían cambiado, teníamos visitas, cartas, diarios, etcétera, como los presos sociales.

Nos visitó la CONADEP nacional y pudimos testimoniar haciendo las denuncias que después sirvieron para hacer el juicio a las Juntas Militares.

También inicié una querrela por violaciones de derechos humanos, por la desaparición de una familiar: María del Carmen Sosa de Piotti, ante la Justicia Federal.

Cuando venían nuestros hijos a visitarnos organizábamos talleres de pintura, recreación y actividades deportivas. En esos momentos nació la idea de conformar el Taller Julio Cortázar para contener y educar, en la memoria y el amor a los hijos de desaparecidos, presos políticos, retornados del exilio.

El mismo funcionó primero en la calle Independencia —en la casa del Padre Nasser— y luego frente a la Plaza Colón.

Llegaron a participar hasta 180 niños y niñas. Una vez nos visitó el cantautor Joan Manuel Serrat, quien nos apoyó moral y financieramente.

Fue la semilla que luego germinó en lo que es hoy la agrupación H.I.J.O.S., que lleva 13 años de militancia por la Memoria, la Verdad y la Justicia.

La experiencia del secuestro, desaparición, tortura y cárcel, debe servirnos para tener mayor sabiduría sobre la sociedad en que nos tocó vivir y luchar.

La memoria nos ayuda a continuar luchando por una Argentina con democracia popular participativa, con justicia social y vigencia plena de todos los Derechos Humanos.

Nuestros hijos, hace mucho aprendieron esto y son la esperanza.

NO NOS HAN VENCIDO Y LA LUCHA CONTINÚA HASTA LOGRAR LA SOCIEDAD QUE BUSCAMOS CONSTRUIR.

Lic. Cecilio Manuel Salguero,

Córdoba, 2007.

(2.500 días prisionero de la tiranía gorila del terrorismo de Estado.)

26 de junio de 1976

Ese fue el día del nacimiento de Cecilia, la bolsa se rompió a eso de las 6 de la mañana, era un sábado y yo, si bien ya había tenido un hijo (Adrián) desde el mismo momento en que entré en la cárcel (07/05/76) me había sucedido en diferentes ocasiones que pensaba que había roto bolsa y era solamente orina. Pensé: otra vez me oriné.

Pero poco después empezaron las contracciones y dolores y desde ahí en adelante mi cabeza “no funcionó más”.

En mi piso, el 2º, estaban entre las que recuerdo de ese momento: Marta, la artista, Beatriz Cottani, Cristina García, de San Francisco, una señora viejita, de Rosario; no éramos muchas porque era el piso inaugurado recién después del golpe y también estaba “La Nuchi” Acosta que hacía pocos días había parido a su hijo, creo que fue el 13/06/76. Le dije a la Cottani que esta vez era en serio –me dirigí a ella porque tenía una voz particular y cuando pedía algo enseguida se la escuchaba–, que nacía, no sabía si estaba a término o no, había perdido mis cuentas, pero yo sentía que nacía.

Las compañeras comenzaron a gritar pidiendo “celadora, celadora hay una compañera que le está por nacer el hijo”. Sé que llegó una de ellas a mi celda, no recuerdo la cara ni el nombre, y me dijo: ya llamamos al médico, está llegando. Ahí recordé que una de las tantas veces que había pedido un médico había venido uno que así nomás me dijo que él era dentista no ginecólogo, pero que sabía hacer de todo, rogué para que no me tocara esa persona. A todo esto llegó el “médico” y confirmó que había empezado el parto.

De ahí en más fue un ir y venir de gente que decía que la 4º Brigada, que el III Cuerpo, tenía que dar el permiso, que el penal no se hacía cargo de sacarme sin permiso y no sé cuántas cosas más. Yo veía a todos como en un sueño, no me parecía que fuera “mío”. En el fondo yo no quería que naciera, para mí era una compañía, sabía que cuando naciese se iba afuera, que no la vería más o si la volvía a ver no sabía cuándo sería, si la iba a ver crecer o no... Pero también sabía que una vez nacida/do, no se podría quedar allí, en el pabellón, junto al tarrito para la orina, con la comida asquerosa, con las ventanas cerradas, con los milicos que gritaban, gritaban, gritaban...

Más o menos a eso de las 10:30 horas, llegó el famoso permiso del III Cuerpo y así yo y mi panza, los milicos y mi miedo salimos del pabellón.

Me quedaba sola con los milicos, sin las compañeras que servían de “ayuda”, fuimos dando la vuelta por el corredor que estaba entre las pare-

des de afuera y la pared de los pabellones; en algún momento pensé: aquí me pueden matar tranquilamente y chau Estela.

Llegamos a la puerta y grande fue mi sorpresa, me encontré con un tanque de esos chicos, un camión y un jeep lleno de militares, "todo para acompañar a la guerrillera", entre medio de mis contracciones no sabía si reírme o llorar.

Viajando hacia la maternidad recuerdo que miraba hacia fuera y mi Córdoba estaba allí... Igual. Para hacerme entrar en la "Maternidad Nacional" cortaron el tránsito en toda la Plaza Colón, bajando los milicos se ponían en fila de a dos y decían: "Ahora puede bajar la guerrillera". Para mis adentros pensaba que eran locos si pensaban que yo me iba a escapar, todo mi cuerpo lo único que deseaba era un lugar donde apoyarse y mis piernas querían abrirse para dejar paso a quien quería nacer. Todos los trámites de ingreso lo hicieron ellos, haciendo de intermediarios me preguntaban mis datos y los pasaban a quien escribía. No debía existir contacto entre el personal y yo.

Me colocaron en una gran sala, se veía que habían desalojado a las demás mujeres para dejarme sola. Me acosté en la cama y allí mismo mi brazo izquierdo fue esposado al barrote de la cama, por lo que cualquier movimiento que intentara hacer era impedido o sujeto por las esposas. Iniciaron con el goteo porque no había dilatación. Un médico y una enfermera me decían que tenía que orinar y por más que me esforzaba no pasaba nada, por lo que empezaron a estimular la salida de la orina, con gran sorpresa después de un rato la orina salió.

Como me encontraba acostada salió como un torpedo yendo a mojar al milico que era el encargado de cuidarme y que estaba a los pies de la cama, vestido de militar con armas y encima de toda su armería tenía un guardapolvo blanco "para la higiene" decía él.

A eso de las 12 horas Cecilia vino al mundo, el milico me había seguido hasta adentro por lo que cuando me levantaba para hacer fuerza, entre medio de mis piernas lo veía con su vestimenta, así ridículo... tan anormal todo... era un sueño del que no despertaba.

Enseguida anotaron que había nacido a las 12 horas, del 26/06/76, con 2,300 kg que de nombre se llamaría Cecilia, por supuesto que de apellido era Robledo.

La enfermera muy gentil me dijo que me llevaban a una pieza chica y que me dejaban tenerla porque sabían que al día siguiente me llevaban nuevamente a la cárcel, ya que no habían hecho puntos y el parto había sido normal. No podían tenerme más tiempo por más que ellos -médico y enfer-

mera- hubieran querido hacerlo. Me preguntaron a quién podrían llamar para avisar que había nacido, me pidieron un número de teléfono, no dirección, le di el nombre de mi tío que trabajaba en el centro. Después supe que lo habían llamado de forma anónima, comunicándole que había nacido una nena hija de una pariente suya, dijeron el apellido y nada más. A veces quisiera agradecer a esa gente que en medio de ese infierno tuvo sentimientos de solidaridad.

Así fue que Cecilia y yo nos quedamos juntas todo el tiempo, yo la miraba intentando retener su imagen en mi memoria, porque no sabía si la volvería a ver, cuánto tiempo pasaría hasta entonces o si simplemente no la vería nunca más, porque me mataban antes.

El domingo 27/06/76 nos preparamos y a eso de las 9 de la mañana dejamos la maternidad y partimos para la cárcel, esta vez estaba el camión y el jeep, no el tanque.

En vez de llevarnos a la Penitenciaría -de barrio San Martín-, nos llevaron al Buen Pastor.

Tuve que decirles yo que no era "mi cárcel", cambiamos de rumbo y fuimos a la Penitenciaría. Cuando llegamos, a Cecilia ¡le pintaron las manitos! y como no las abría bien ¡le pintaron las plantas de los pies! Nos dejaron a la entrada, me preguntaron a quién podían llamar para que la vinieran a buscar, les di la dirección de mi mamá y nos comunicaron que debíamos esperar allí, que no podíamos entrar al pabellón.

Eso fue más o menos a las 12 del mediodía; así fue que no pude cambiarla, leche no tenía, y en medio todo el mundo que entraba y salía de esa oficina. Mi madre no vino a buscarla enseguida, porque en el momento que fueron a avisarle no estaba en casa. Por lo que se presentó en la cárcel recién a las 18 horas.

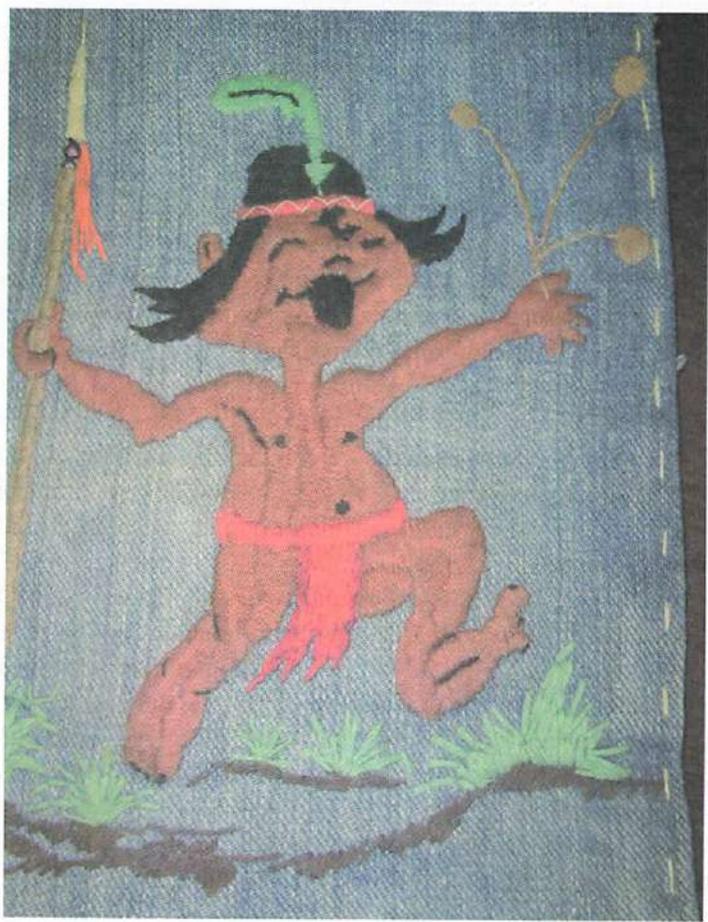
Vino un teniente me mostró el documento de mi vieja y me dijo: "Como ve es el documento de su mamá, ahora me da la nena, escriba el nombre que quiere que le pongan y despídase". Escribí el nombre de Cecilia porque con Daniel habíamos hablado de que si era nena a mí me gustaba ese nombre y él estaba de acuerdo y agregué "del Valle", porque le pedí a la Virgen el milagro de hacerme salir en libertad para poder cuidarla. Fue así que en el mismo momento que le daba mi Ceci al milico y otro me tomaba del brazo pensé: "Yo no se la doy, mejor que me peguen un tiro y se acabe todo", pero no lo hice. Creo que el instinto de conservación fue más grande.

Y así Cecilia se fue.

Yo volví caminando con los milicos al pabellón, con una gran soledad, con mis pensamientos. Sola, porque por más que las compañeras trataron

de acompañarme, cuando la celda fue cerrada con llave fue inevitable esa soledad.

Estela Julia Robledo de Pittuelli,
Córdoba, 2007.



Bordado por Oscar Laconi sobre tela de vaquero con hilos de toalla y agujas hechas de alambre al que se le calaba el ojo con una punta de gillette ("la Interminable") a la que se hacía girar ajustada a un palo o cabo de birome.

Hasta siempre

Calculo que habrán sido como las cuatro de la mañana, cuando sentí ruidos que venían de la pared que da al fondo de "las casas".

Pegué un salto de la cama, en calzoncillos y, descalzo, salí a ver qué pasaba.

¡Cuando escuché un grito!: "¡¡¡ Ejército Argentino!!!"

"¡¡¡Entregate guerrillero hijo de puta o te reventamos aquí!!!"

En menos que canta un gallo, la casa estaba llena de tipos vestidos de oscuro, con boinas negras y armas largas apuntándome.

Lo único que atiné a decir, fue una pregunta que hoy me doy cuenta que era tonta por la situación. "¿Qué pasa señor!?" Por respuesta: recibí un culatazo en el pecho y un grito.

"¡Levantá las manos y tirate al suelo! ¡Zurdo hijo de puta!" "¡No te hagás el pelotudo como si no supieras nada!"

Coparon la casa y se metieron con furia en las piezas, el comedor, la cocina, en el galponcito de las herramientas, revolviendo y tirando todo abajo.

Daba la impresión de que buscaban algo muy importante.

¡Tal vez un arsenal!, o algo así, porque me decían: "¿Dónde tenés las armas?"

Como soy medio sordo de un oído, le preguntaba: "¿Cómo dice, señor?"

Y recibía una lluvia de patadas y trompadas por respuesta.

—¿Así que encima te hacés el pícaro?

—¡No señor, lo que pasa es que no escucho bien!

—¡Ya vas a oír bien cuando te caguemos a tiros, si no nos decís lo que queremos!

Mientras tanto, adentro, los ruidos y el caer de muebles: sillas, ropero y cuanto cosa se pareciera a un escondite, era pateado por los borcegués rompiendo todo, como si un huracán hubiera entrado en las casa.

No sé cuanto habrá durado esa situación, porque al cabo de tanto tiempo uno tiene las imágenes como si estuvieran congeladas en la memoria.

Me vendaron y ataron las manos con alambre, tirándome en un vehículo; y yo supongo era un coche particular que salió seguido de otros vehículos.

Hasta hoy no sé si algún vecino vio lo sucedido. Digo esto, por la hora en que cayeron los tipos.

Pisoteado por la espalda, a culatazos y constantemente amenazado, me sentía atontado y sin atinar a nada.

Me paralizaba la brutalidad de estos tipos y sentía terror.

Después del despelote que hicieron y mientras me llevaban, alcancé a escuchar una conversación entre ellos. El que manejaba le preguntó a uno que también iba adelante y que parecía ser el jefe por la voz enérgica y de mando.

—¿Encontraron algo importante?

—No mucho, pero el tipo tenía escondido entre los discos uno que decía: “Hasta Siempre Comandante”.

—Seguramente es alguna instrucción guerrillera porque estos zurdos son muy inteligentes y son capaces de hacer grabar a algún cantante para recibir directivas de sus ocultos jefes guerrilleros.

Dentro de la situación, me reía por dentro porque sabía a qué se referían; se trataba del disco de Liliana Rodríguez, que unos días antes había comprado en una disquería del centro.

Ahora puedo agregar que los tipos, entre “el arsenal encontrado”, además del disco, me sacaron del quiosquito: pan, fiambres y bebidas “espirituosas”.

¿Qué grado tenés?

Después de padecer interminablemente, no sé cuánto tiempo, me llevaron a un lugar que después supe, era el pasaje Santa Catalina, o sea en el Cabildo, porque escuché el redoble de las campanas de la catedral, llamando a misa.

Pensaba en mí.

Y nosotros los pobres aquí, reventados a patadas, mientras la gente seguramente estaría rezando para que Dios les perdone los pecados y así poder ir al cielo.

¡Y a estos tipos! ¿Quién los iría a perdonar por lo que nos están haciendo en nombre del mundo occidental y cristiano que dicen defendían?

¡Algún día la tendrán que pagar estos hijos de buena madre!

Y pensar que muchos de ellos son vecinos de barrio, que van al almacén como cualquiera y nadie sabe que son asesinos y torturadores de gente del pueblo.

—¿Cómo te llamas? —¡Juan, señor!

—¿Y el apellido? —¡Soy Cucco, señor!

—¿Cómo?

—¡Cucco!

—¡Aaahhh, ¿sííí...? No me digas. Yo soy Caperucita Roja, ¿sabés?

—¡Pero este tipo nos está tomando por pelotudos! ¿Así que sos vivo?

—No, no señor, no le estoy mintiendo, soy Cucco.

Y me encajó una patada en las piernas que me hizo encoger de dolor; después vinieron varias trompadas por todo el cuerpo. Como estaba maniatado y vendado las recibía a todas, sin poder esquivar ninguna.

Y yo queriendo explicarles que estaban equivocados.

—¡A este tipo lo voy a reventar! En la casa se hacía el sordo y ahora nos dice que es un “cuco”.

—¿Pero qué te crees, que nos vas a tomar para el churrete?

—Pero señor no le estoy mintiendo, es ése mi apellido.

—Vamos, decinos, ¿qué grado tenés?

—Y, mire señor, yo soy del campo; mi familia era muy pobre y en el norte, usted sabe, desde chicos tenemos que trabajar. Así que solamente alcancé a ir hasta cuarto grado, con mucho sacrificio.

—¡¡¡Noooo...!!! ¡¡¡No lo puedo creer!!! Este hijo de puta nos está tomando el pelo como a unos boludos.

¡Mirá guerrillero hijo de puta, no sigás haciéndote el pelotudo!

—¿Qué grado tenés en la “Orga”?

Y me dieron como en bolsa, sin parar.

Después uno me sacó la camisa de un tirón y me empujó haciéndome caer sobre un elástico de cama.

—¡Mirá!, lo que tiene en el brazo, este hijo de puta —dijo el que me había sacado la camisa.

Para un final... ¿feliz?

Después de dos años en la UP 1, de Córdoba, nos trasladaron a La Plata U9 donde estuve unos dos años más.

Por supuesto, estábamos mucho mejor que en nuestra provincia.

Un día, de esos que uno nunca espera, porque el tiempo del preso político en esa época era indefinido, viene el guardia “Gonzalito” y con su voz finita, grita desde la reja: “¡¡¡Juan Cuccooo...!!! ¡¡¡Con toodooo!!!”.

Por supuesto yo no lo escuché hasta que todos los compañeros del pabellón me empezaron a cantar: “¡¡¡¡¡Le damos la despedida, le damos la despedida, le damos la despedida... de todo corazón!!!!”

Cantaban la canción más hermosa que en la cárcel nos llenaba de alegría el corazón.

Se me hizo un nudo en la garganta y mis ojos se llenaron de lágrimas.

No lo podía creer.

Después, todo sucedió tan rápido o lento, que ya ni me acuerdo.

Antes de salir me dieron una carta dirigida a la Cuarta Brigada del Tercer Cuerpo de Ejército, que debía presentar ni bien llegara.

No tenía apuro, fui como a los dos días acompañado por un cuñado, por las dudas.

Tenía mis lógicos temores y desconfianzas. No sea que los tipos se arrepintieran y me volvieran a meter en cana.

—Lo veo medio nervioso—me dijo el oficial que me atendió en un despacho.

—¡Imagínese!—le contesto— estuve cuatro años sin tener nada que ver, y todavía me hacen venir aquí. Después de lo que me sucedió, ¿puedo vivir tranquilo?

—No se haga problemas, usted está libre de culpa y cargos—continuó—. Cualquier dificultad que tenga me llama personalmente por teléfono y yo me encargo.

—Eso sí, no vaya ha hacer ninguna macana. ¿Usted me entiende, no?

Quince días después, salió una noticia en el diario *La Voz del Interior*; donde se hacía mención de una apelación a nuestra libertad.

Me citan, y me presento, allí me informan que me faltaba un mes para cumplir la condena. O sea que tenía que ir otra vez a la cárcel. No lo podía creer.

—Mire, usted sabe, recién salgo y estoy haciendo unas changas—le digo con resignación—. No puedo dejarlas de hacer porque en mi casa no hay un mango.

—No se haga problemas, vaya cuando le quede cómodo, cuando termine el trabajo.

—¿Dónde lo mandamos?—le dice a la otra persona que se encontraba en la oficina (ya que los compañeros estaban incomunicados y juntarnos significaba que yo podía pasarles información).

—Podría ser a “Lucas Trejo”—ex fábrica de calzado en quiebra y abandonada por sus dueños— o a la cárcel de barrio San Martín.

—Mire—le digo— me gustaría ir a la de San Martín, porque allí estuve dos años y me conocen. Creo que voy a estar mejor.

Terminé la changa y me presento en el juzgado, donde me dieron unos pesos para el boleto y una carta para el Director del penal que explicaba la situación.

Juan Cucco

Los compañeros de la UP 1

Unidad del Servicio Penitenciario Provincial, barrio San Martín, Córdoba. Año 1976. Un lugar que huele y evoca aguas servidas, territorio de ratones gordos, de palomas que en su ancestral instinto de acompañar al hombre mueren enredadas en los cables de la energía eléctrica, dejando impresa su agonía en tristes pupilas de presos. Dentro de esos muros húmedos y descascarados, cercados por rejas oxidadas y chillonas, los presos políticos alojados en la celda 9, Pabellón 8, vivimos nuestros días de más pleno humanismo, el más pleno de todos nuestros días anteriores y posteriores... Alrededor de 150 mujeres y hombres repartidos en los pabellones 6, 8 y 14, condenados a muerte por los ideólogos del Ejército, seríamos despojados de todo derecho logrado por los seres humanos... Cuando todavía no conocíamos el tiempo histórico que nos tocaba vivir, pensamos que los milicos amenazaban para meter "la imprenta"...

El mundo de la UP 1 era un mundo con gran capacidad de expresar síntesis, jóvenes que asumían ideales, ingenuos en muchos aspectos de la vida, que amaban la revolución; puestos en una situación límite, de su cotidianeidad colegían comportamientos de clase; símbolos de sectores de clase, aprendían de la extraordinaria capacidad de supervivencia de los "compañeros comunes", y alcanzaban a vislumbrar que el negro no es tan negro, ni el blanco tan blanco —se revalorizaba todo—. Un mundo en el que las horas libres de tortura verde-gris se llenaban con recuerdos, matizados con el intento difícil, exasperante, de comprender y desentrañar los hechos inmediatos al propio cuerpo.

Como aquel día cuando se escuchó una explosión cerca de la UP 1. Desde una de las celdas, mirando por el agujero de la puerta que servía de mirilla, un compañero preguntó al carcelero que caminaba por el pasillo del pabellón: "¿Qué fue ese ruido, empleado?". El empleado-carcelero no era de los más "verdugos"; miró hacia atrás y por arriba del hombro, y apuró su solitario paseo por el pabellón. Pasaron alrededor de cinco minutos cuando regresó con cinco oficiales del ejército argentino. Al compañero que preguntó lo sacaron al pasillo, lo golpearon hasta dejarlo inmóvil; un quejido era su única señal de vida. Cuando los "milicos" se fueron volvió el empleado-carcelero, observó por la mirilla al maltrecho preso, y le dijo: "Lo que me hizo hacer".

Cuánto coraje, cuánta insensatez, cuánta fe. Ese mundo nuevo no estaba lejos... al menos así parecía. En los días previos al golpe de Estado las

celdas todavía no se habían cerrado, y en las sombras de las noches cordobesas se guarecían los secuestradores que acechaban a sus víctimas. En la UP 1 se resolvió implementar un plan de lucha en protesta por la calidad de la comida; para mostrar la firmeza puesta en el reclamo se decidió marchar encolumnados por el pabellón, cantando, por supuesto: “No, no respetamos las botas; por, porque tenemos los fierros; Villa María, Sanidad...”, se escuchaba. Cuánto coraje, cuánta insensatez, cuánta fe. En la celda unos compañeros discutían, y fuerte, bastante fuerte: uno había dicho que iba a disfrutar con su familia de la sociedad que crearía la revolución, y el otro le reprochó que su actitud era egoísta; le “marcó” que olvidaba el deber de liberar otros pueblos y que solamente pensaba en disfrutar con su mujer e hijos de la revolución.

Nuestra celda era una celda de “perros”, la mayoría militantes del Partido Revolucionario de los Trabajadores; convivíamos entre 20 a 25 internos. Semanalmente se nombraba un oficial a cargo; un cargo: distribuir y rotar racionalmente a los compañeros en la celda, ya que había lugares donde se recibían más palos; repartir equitativamente la comida, que hubiese un pedacito de carne para cada uno durante la semana; otro cargo: organizar charlas de formación, la función teatral del fin de semana, el relato nocturno de películas. Uno de esos oficiales de semana tuvo una idea semejante a aquélla de Chaplin cuando come pasto con sal: “Vamos a comer mejor, usaremos las camas como mesas y los colchones como bancos”.

En nuestra celda (aunque suene extraño y hasta irracional la llamábamos “nuestra celda”, y claro, cómo no iba a ser nuestra si allí estaban los compañeros), en nuestra celda convivimos con excelentes compañeros peronistas. Ahora y siempre recuerdo al Gordo Serrucho. Un gordo ansioso, inteligente y muy humano. (A propósito, hace poco leí a un intelectual español que requería al actual gobierno venezolano abandonar la etapa humanista y avanzar a la etapa revolucionaria; el intelectual español seguramente ha leído muchos libros, pero seguramente nunca participó en una construcción revolucionaria: no hay nada más humano que la Revolución). El Gordo Serrucho. Criado en una familia comunista, criado y preparado hasta para las contingencias del militante: “La vieja me enseñó que cuando estuviese en cana rompiese el jabón, que ella haría y me llevaría, por la punta, al medio iba el mensaje”. El Gordo Serrucho... “Cuando tenía 18 años era delegado en la fábrica; militaba en el PC, y el 17 de octubre del 45 marchamos los grupos de autodefensa a contener a las hordas fascistas que avanzaban sobre Plaza de Mayo. Los que avanzaban eran mis compañeros de la fábrica. Dejé los fierros y me fui a la Plaza con ellos. Desde entonces soy

peronista, al menos hasta el día de la toma del poder, como decía el gordo Cooke". Cuando al Gordo Serrucho lo torturaban dialogaba con un ausente "pendejo", a cada momento decía, "Ves cómo se la banca el burócrata, peñejo". También hubo un tiempo para aclarar actitudes y palabras, "¿quién es el peñejo?", preguntamos. "Mi hijo que admira a los guerrilleros, y no valora a los dirigentes sindicales", aclaró Serrucho. Los vericuetos de la historia; quizás por ese entonces no alcanzaba con la militancia sindical.

A veces maldigo a la maldita racionalidad que dirigía nuestro comportamiento en cada minuto: "Debemos sobrevivir la mayor cantidad posible de compañeros"; no se agregaba sobrevivir dignamente porque era un supuesto axiomático. "Debemos caminar despacio para no inquietar a los compañeros que están en el pabellón debajo de nosotros"; en las golpizas, "debemos gritar recién al tercer o cuarto palo, así no nos pierden el respeto los 'comunes'. La carga de adrenalina, los orines en los minutos previos a las golpizas, los tarros de orín rebosantes; eran síntomas y símbolos de que la racionalidad se sostenía en patas frágiles; en una ocasión y cuando esperábamos el turno para ser torturados un compañero supo susurrar: "Tengo miedo, no de ellos; tengo miedo de nosotros, si nos 'rechiflamos' los matamos con nuestras manos, y después nos matan a todos".

Maldita racionalidad. A Larguirucho lo mataron una noche de agosto, después que contáramos la película; tenía 21 años y cantaba con más dulzura que Serrat, cantaba aquello de "a pesar de los pesares, tendrás amor, tendrás amigos". Pensábamos en nuestros hijos, que tengan amor, que tengan amigos; mentalmente nos habíamos despedido de ellos... A Larguirucho lo esperaban en la puerta de la celda, cerrada y esperando en el pabellón, cinco asesinos jóvenes, con uniforme de oficiales del ejército, traían sogas para maniar al prisionero... Larguirucho se vistió lentamente y puteando, cómo no iba putear si se moría a los 21 años, y lo mataban por haber luchado para liberar a su país, y a su gente.

Apareció en la UP 1 como un pequeño ser venido desde una lejana línea de horizonte, era comerciante, cordobés y judío; se decía de él que había hecho fortuna vendiendo autos robados, el decía que los militares lo detuvieron para que les cediese su dinero. A pesar de girar en la misma órbita los mundos estaban distantes, el comerciante y los presos políticos se recelaban. Jaime, el comerciante se acercó a los presos cuando estos debatían sobre economía o sobre historia, se aproximó como un gato de los techos que busca comida. Después hizo gimnasia, recuperó flexibilidad en la cintura y habló de sus cosas; dijo que Sasiañ le pegaba para que firme el traspaso de bienes, que los interrogatorios eran absurdos: "Sos comunista

fascista” o “monárquico republicano”, “de River y Boca”. Los presos terminaron por bajar la guardia ante Jaime, el judío se “bancaba” la tortura. El poder del dinero de Jaime se coló como el agua por hendiduras, los presos comunes le ofrecieron la venta de unas páginas del diario. Carceleros y milicos procuraron aislarnos totalmente tapiando las ventanas con maderas; sin embargo, cualquier pequeño agujero permitía la comunicación, con cinco dedos, una palma y un puño se expresaba todo un alfabeto que era leído desde los pabellones vecinos, también volaban “palomas” nocturnas que ampliaban mensajes. Jaime cerró trato y regaló una página a los presos políticos, “¿qué página quieren?”, los muchachos no dudaron, “necrológicas”. Así se enteraron de la muerte de hermanos, primos, amigos... y Jaime supo que el contador de su empresa había muerto de un ataque cardíaco; entonces les dijo a los “milicos” que accedía a la cesión, eso sí, antes debía hablar con el contador de la empresa. Jaime ganó dos meses de relativa tranquilidad, durante la pausa se integró más a los compañeros de celda, por primera vez en su vida quería dar sin esperar retribución, procuraba transmitir lo que él sabía hacer: negociar. Contó que su hijo mayor fue secuestrado por la policía, la suma que pedían como rescate era muy abultada. Jaime lo resolvió con audacia —cuesta llamarle audacia, debería buscar una palabra más adecuada— y con fe en sus conocimientos del hombre económico; “pago el 30% de lo que piden”, sostuvo; “judío miserable, vamos a matar a tu hijo”, le contestaron; “tengo tres hijos, si ustedes me matan uno, me quedan dos y no cobran nada”, respondió. Recuperó a su hijo y pagó el 30%, “yo sabía que iban a aceptar”, remató ante una pequeña y enmudecida audiencia. “Si alguno sale de aquí, compre vacas flacas y engórdelas, ése es el negocio, no compren campos”, recomendaba. Cuando pasaron dos meses se terminó la tregua de Jaime.

El compañero Pichón

Siempre me reprocharé no haber visitado a Pichón Laginestra en la cárcel y cuando volví del exilio. Pichón un hombre de buen porte, era el verdadero jefe del penal, la autoridad indiscutida de los presos comunes. Pichón declaró la huelga en el penal porque los presos políticos eran torturados, decretó el silencio total para que se sintiese con claridad el ruido de los golpes y los gritos de los torturados, hizo llegar a los “políticos” manteca, dulce, papel higiénico que se utilizaba para escribir y sacar a las calles las denuncias, cargas de biromes, y nos escribió una carta que entre otras cosas decía: “...los llamamos otarios abobinados a garrote, pero los respetamos, con los huevos de ustedes y los conocimientos nuestros desvalijamos

Córdoba". A Pichón lo mataron a poco de salir de la cárcel, no alcanzó a andar de "bigote" por las calles.

Los presos comunes "pesados" como Pichón fueron valiosos aliados y amigos de los "políticos". Los "aislados" (los llamaban así ya que estaban fuera de los pabellones por indeseables), colaboraban con los empleados en el maltrato a los presos políticos. El hierro de las rejas contribuye a la deshumanización de los habitantes de la cárcel, se conforma un espacio de taras y agresiones, el desconocimiento de una pauta codificada conlleva la posibilidad de una pronta muerte, "ojear la visita" (mirar a la mujer que visita a otro preso) ocasionará la respectiva y consentida venganza. El preso es un voraz consumidor de fotonovelas y telenovelas; cuando se proyecta la telenovela favorita los internos se apiñan alrededor del televisor; no sé si lo merecía, pero Thelma Biral era la novia de todos en la UP 1. Los presos políticos hablaban a hurtadillas de sus mujeres, de sus compañeras, del amor, "no es el sexo de una mujer lo que más necesito, quiero conversar con ella, recibir la ternura de una mujer", comentó un compañero.

A los que resulta arduo imaginar anhelando ternura, es a los empleados-carceleros. Los pensábamos teniendo una vida sórdida y solitaria, nunca los asociamos con los niños. Con estulticia aportaban información a los milicos. Determinado día se enteraron que a un compañero lo llamábamos "Siete de Oro", tenía un tic al costado de la boca, semejante al gesto utilizado en el juego del truco. Los empleados "buchonearon" que el sobrenombre del Siete se debía a que había matado a siete oficiales del ejército. Los milicos buscaron al Siete en la celda, y le pusieron el caño de la 45 en la sien; la cabeza estaba gacha por orden militar y los ojos cerrados. "Así que vos sos el famoso Siete de Oro, el que mató siete bichitos verdes", dijo el oficial. "No, señor, tengo un tic en la cara", manifestó el Siete. "Levantá la cabeza lentamente", ordenó el milico. En el rostro del Siete no se movía músculo alguno; le pegaron muchísimo, y unas horas más tarde retornó el infiel e inoportuno tic. Los empleados inventaron un prode carcelero, apostaban quiénes serían los cinco presos políticos que próximamente serían asesinados; ¿qué responderá un carcelero cuando en la casa le preguntan cómo le fue en el trabajo?

El Ejército nos hizo conocer una decisión que habían tomado, quizás formaba parte de su política comunicacional: por cada militar que matasen las organizaciones guerrilleras fusilarían a 12 de nosotros, por cada civil en funciones de gobierno, a 6, y por cada sindicalista, a 1. En todas las celdas hubo plenario para discutir la respuesta, en la celda 9 del pabellón 8, a poco de iniciarse la discusión una persona dijo y propuso: "Como presos somos

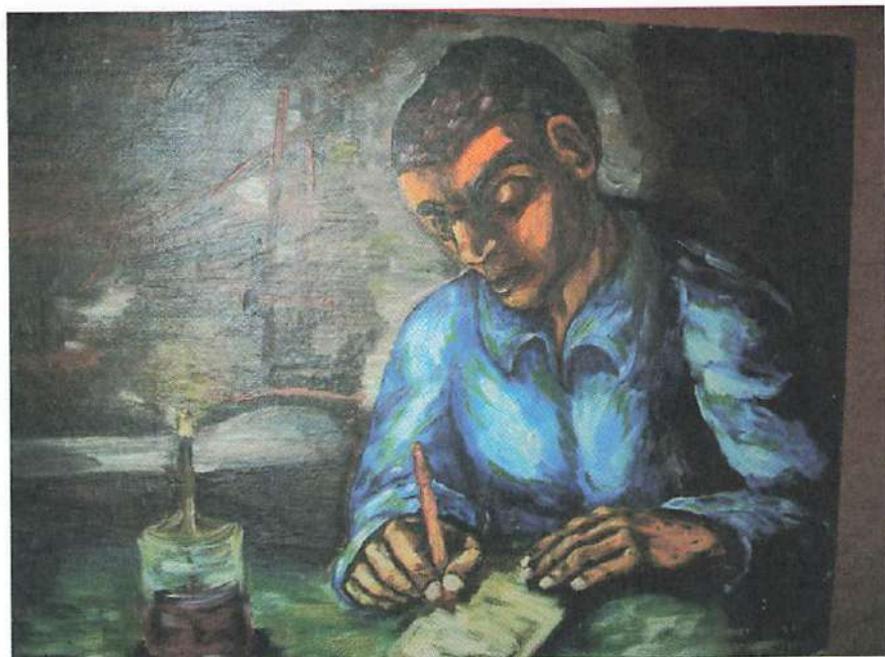
bajas en esta guerra, bajas que el pueblo ya ha asumido, pidamos a los compañeros que no se dejen chantajear”. No habían transcurrido cinco meses cuando esa persona alistaba en las filas del enemigo. Ya la palabra exhibía contradicciones que se profundizarían con el devenir de los gobiernos; en lo personal, a partir de ese suceso comencé a desconfiar de las palabras grandilocuentes y de las propuestas radicales. Las traiciones fueron muy pocas... pero dolorosas.

Una mañana de julio, una fría mañana de julio, lo mataron a Paco; recibió un golpe en la cabeza y no logró incorporarse, como se lo ordenaban; tendido en el suelo recibió el balazo que le disparó el cabo Pérez. Esa fría mañana estábamos desnudos en el patio y no sentíamos frío. Una ametralladora de pie nos apuntaba amenazante y los milicos no se saciaban de pegar, al cadáver de Paco lo rodeaba una gran mancha de sangre. Nos habían separado en grupos de 10, 12 compañeros; cuando se cansaron y hartaron de golpear, los oficiales del Ejército Argentino ordenaron que nos vistiésemos; señalando a Paco, dijeron “el último en vestirse de cada grupo le hace compañía a aquél”. Mi ropa estaba lejos; antes de cambiarse, Juancito me la alcanzó. Así éramos, quizás hasta allí llegamos en la sociedad nueva... Julio recibió palos cuando bajaba dos pisos para llegar al hospital procurando conseguir remedios para un compañero enfermo. Así éramos, y era hermoso, hasta allí llegamos... A René lo estaquearon en el patio y lo torturaron hasta que murió. Antes de morir René los insultó: “Cómo serás de hijo de puta, que pudiéndome matar, preferís torturarme”, les dijo.

El displacer de la milanesa

El fatalismo es una de las formas de la naturalización; en la cárcel todo lo que altera la rutina intranquiliza. En una ocasión se adelantó el horario de la cena; al enterarnos comenzamos nuestros movimientos de pájaros ariscos enjaulados, de pronto a través de las paredes llegó la comunicación que aflojó la tensión: “de bigote”. Y era de bigote: milanesa, papas fritas, pan y huevo. Comimos con el deleite de los pobres que saborean cada bocado de la comida escasa, nos mirábamos comer, unos mezclaban el huevo con la milanesa, otros comían el huevo con el pan, y así... terminamos de comer y no recuerdo si nos acariciamos la barriga; sí recuerdo que en la cara teníamos una sonrisa tenue. Inmediatamente golpiza, gran golpiza. Un compañero psicólogo dijo que la “terapia” instrumentada por los milicos perseguía que perdiéramos el sentido del placer. Hubo varias terapias, la ciencia al servicio de la represión.

Con los compañeros de celda nos frecuentamos, nos carteamos, o de una u otra manera sabemos los unos de los otros. Algunos se cansaron de luchar por los demás y ahora descansan; una persona acostumbrada al discurso ideológico retrucará que lo dicho es paternalismo, que se lucha junto a los demás. Aceptada la crítica, habría que recordar que los purismos teóricos son de extraña aparición en la realidad. Extendidos sectores de la sociedad argentina disfrutaron del “dème dos” generado por Martínez de Hoz, o se fascinaron con el “primer mundo” erigido por la dupla Menem-Cavallo; bueno, hay compañeros que están cansados. Los hay que ingresaron a grupos cristianos y se esfuerzan por lograr en la tierra el reino de Dios, y quienes bregan por dar vigencia real a los derechos humanos, y quienes militan para mejorar el barrio, y otros que se asoman cuando se organiza un asado. Las dificultades son la regla; emergen algunos problemas psicológicos: sentirse mal cuando estando en la cama alguien enciende la luz, cerrar los ojos al bañarse o desarrollar alguna actividad, no soportar un largo encierro, problemas para convivir con otras personas en la misma vivienda. Desocupación, marginación, describen la vida de muchos. Los hijos... hijos de otro



Dibujo realizado por Héctor Assadourian , cárcel UP1, año 1984. Se permitía el ingreso a partir de 1979 (año que viene la CIDH, motivo por el cual la incomunicación se levanta y se permite el ingreso de otras cosas, como materiales para dibujar).

tiempo y otros valores, es que los viejos no dejaron de ser otarios abobinados a garrote, y los hijos –algunos, varios– los llaman “fracasados”; y les/nos duele porque lo dicen los hijos, duele por el emisor, si todos sabemos que el éxito en la sociedad capitalista involucra el uso de la crueldad para quien, ante quien, encontremos en el camino; pero lo dicen los hijos. Los compañeros, la mayoría, la inmensa mayoría, son buena gente, seres solidarios.

Por hoy, ¿qué más?

En la UP 1 fueron asesinados: Eduardo Daniel Bártoli, Luis Ricardo Verón, Miguel Ángel Mozé, José Alberto Svagusa, Eduardo Alberto Hernández, Ricardo Alberto Yung, Diana Beatriz Fidelman, José Ángel Pucheta, Miguel Ángel Barrera, Esther María Barberis, José Cristian Funes, José René Moukarzel, Miguel Hugo Vaca Narvaja, Higinio Arnaldo Toranzo, Gustavo Adolfo De Breuil, Ricardo Daniel Tramontini, Carlos Alberto Sgandurra, Claudio Aníbal Zorrilla, Mirta Abdón, Marta Rossetti de Arqueola, Raúl Augusto Bauducco, Liliana Páez, Florencio Díaz, Jorge Oscar García, Miguel Ángel Ceballos, Pablo Alberto Balustra, Oscar Hugo Hubert, Marta González de Baronetto, Osvaldo De Benedetti, mujeres, hombres, cristianos, ateos, peronistas, marxistas, guerrilleros, estudiantes, sindicalistas; la muerte financiada, instrumentada, prohijada por el imperio no hizo distingos entre los patriotas.

Andrés Cañas, 2004.

Carta al compañero que se fue sin despedirse

Hola Pelado, ¿cómo andás?

Te pregunto como si hiciera falta que me contestaras. Hace ya tantos años que pateamos juntos que ya no se cuál sos vos y cuál soy yo. Si no fuera que vos sos el pelado y yo el cabezón, diría que estoy hablando conmigo mismo. Pero no, somos dos personas diferentes que hace mucho, mucho tiempo que la venimos peleando juntos.

Vos venís de Rosario del Tala, allá en Entre Ríos y yo del sur cordobés. Los dos recaímos en San Vicente (barrio popular cordobés) sin saber el uno del otro, vivíamos a pocas cuadras como tantos otros vecinos sin llegar a conocernos. Lo que nos juntó y hermanó fue la lucha, fue la necesidad de una patria más justa y soberana, fueron tantas cosas y que aún no logramos alcanzar, pero no importa sigamos pateando que cada día estamos más cerca.

Creo que fue a mediados del 72 o del 71 que nos presentaron, allá en la plazoleta del oso, vos ya eras un veterano de varios días de militancia y yo era un contacto que acababa de pedir la incorporación. Me acuerdo que me dieron material del partido para leer: el famoso librito rojo (que no era el mismo del chino Mao) cosa ilegible por gastado y mal impreso (era mimeografiado).

Los dos éramos los más perejiles (o más nuevos, como más gustes llamarte) los otros tres no eran mucho más fogueados que nosotros, pero ya sabían de qué hablaban, que no era poca cosa.

Con ese grupo nos reunimos en varias plazas y bares, estudiábamos y discutíamos bastante. Un día ya no fuiste, luego me enteré que estabas enfermo.

Nos volvimos a encontrar en la casa de los fantasmitas. En lo del Negro y la María. Ay, ya éramos una célula de verdad, nuestra responsable era la Gorda, la cumpa del Colo de estudiantil, ella nos atendió hasta que estuvo a punto de caramelo el nacimiento de su hija. El día que se fue a internar fue la última vez que la vimos, años más tarde cayó en las garras de Bussi, para nunca más salir, como tantos otros que conforman la lista de los 30.000 Desaparecidos.

Luego de la Gorda, se hace cargo de nosotros el Chuchito, que había participado con nosotros de aquel primer grupo de la plaza del oso.

Por esos mismos tiempos se produce la amnistía de Cámpora. ¡¡Qué lindos días esos!! Cuántas movilizaciones, cuántos cánticos revolucionarios, cuántas emociones juntas logramos vivir.

Los presos políticos arrancaban su libertad y el pueblo los recibió y abrazaba como sus hijos pródigos.

En las calles se respiraba alegría y libertad, nuestras gargantas quedaban secas de tanto gritar aquella consigna "todos los guerrilleros son nuestros compañeros", no era una consigna cantada por cuatro loquitos sueltos (como se suele decir). No, era cantada por todo el pueblo trabajador, al igual de aquella otra que decía: "La sangre derramada no será negociada". Cómo no ser nostálgico, si a pesar de todos los errores cometidos y las palizas recibidas, jamás negociamos la sangre de los caídos.

Entre los presos liberados estaba el pelado Gustavo, que vino a vivir a nuestra casa operativa y nos dio una mayor dinámica en todos los sentidos; nuestras alas iban creciendo en forma armoniosa y consciente, nuestra entrega era cada vez mayor, irradiábamos una gran alegría por todo lo que hacíamos por la revolución.

Pero no todo era revolución y se producían anécdotas como aquella:

¿Te acordás de esa mañana que salías apurado para el trabajo, te encontraste con el Fiat 600 en cuatro pilas de ladrillos, te habían robado las cuatro ruedas y de aquel domingo a la mañana en que yo te lo choqué contra otro y te tuviste que comer las puteadas como si vos fueras el que manejaba, para no tener que destabicarnos?

¡Qué cagada haber caído tan pronto en cana! Yo creo que nuestra célula podría haber aportado bastante más a la causa, pero bueno para qué llorar sobre la leche derramada, como dicen las viejas "a lo pasado pisado".

Caímos mal, de entrada ligamos como para que nos fuéramos acostumbrando a lo que nos esperaba, nos dieron la viava en las tres seccionales de la policía en que estuvimos.

En Encausados no nos alcanzamos a acostumbrar a las chinches, que no nos dejaban dormir y amanecíamos desfigurados de tantas picaduras, que ya nos agarró el navarrazo y a ligar de nuevo como caballo en subida, no hubo paliza que no la ligáramos.

Ese año que convivimos con los presos sociales no fue lo que se dice un regalo del cielo.

De sólo pensar en esos dos televisores permanentemente prendidos, más unas cuantas radios y otros tantos tocadiscos: todos ellos a máximo volumen, me aturdo y clamo por un poco de silencio. Vivíamos con los nervios crispados de tanto quilombo ensordecedor, únicamente se calmaban un poco con la llegada del día de visita femenina, tan esperada y deseada por el

total de los presos ¡era lo único sagrado! (aparte del sueño) entre esas paredes y rejas infectadas de chinches, mugre y sinsentido.

Al retirarse la visita quedaba un silencio pesado y pastoso. Producido por un cóctel explosivo de nostalgia, bronca y la famosa "pastenaca": la mandrax y la seconal.

Con estos psicofármacos los internos vivían intoxicados permanentemente. Perdían la noción del tiempo y los embrutecía hasta transformarlos en entes despreciables, capaces de producir cualquier baja.

La pastenaca era introducida tanto por las visitas como por los abogados y guardiacárceles, era el comercio más fructífero y cruel.

Uno puede llegar a comprender a esa visita analfabeta, que creía aliviarle un poco el peso de las rejas a su ser querido con esa porquería. Pero no debe haber compasión ni perdón, para esos letrados acorbatados y esos guardias que se hacían pingües ganancias a costa de la salud y la vida de tantos hombres que querían escapar individualmente de la miseria y pobreza en la que el sistema nos somete.

No tengo dudas que esos mismos acorbatados que ayer les llevaban la pastenaca hoy les deben llevar la pasta base, para que el embrutecimiento no se detenga jamás, cuanto más embrutecidos mejores clientes.

Nosotros éramos tres perejiles de cuarta, pero nuestras familias valían más de lo que pesaban, no bajaron nunca los brazos, desde el primer momento estuvieron con nosotros, nunca nos soltaron las manos y nunca nos reclamaron nada.

Podíamos contar con ellos tanto para los bagayos, como para denunciar permanentemente nuestra situación.

Fuimos nosotros tres por un par de meses, luego llegaron los dos gallegos y el viejo Niky. Con ellos tres más los hermanos Ortiz (el Roque y el Padrino) conformábamos la ranchada.

En el Pabellón 11 de Encausados, los Ortiz eran los pesados que vivían haciendo túneles para fugarse. No recuerdo que alguna vez hayan contemplado la posibilidad de salir por la puerta grande, sus sueños eran fugarse y hacer un par de bancos para vivir tranquilos el resto de sus días.

Fue en ese contexto tragicómico en que tu enfermedad volvió a atacarte (y por primera vez en la cárcel) el partido mandó dos compañeros médicos, que estaban más preparados para extraerte una bala que para enderezarte el moño. Su diagnóstico fue muy simple y concreto, había que sacarte y mientras tanto contenerte y tenerte paciencia, no era mucho más lo que se podía hacer.

El plan de fuga naufragó a raíz del Navarrazo, pero la contención, paciencia y algún que otro psicofármaco dieron resultados positivos y pronto volviste a ser aquel compañero excepcional que siempre fuiste. Esta no fue la única vez que tu enfermedad hizo crisis. Pero mientras pudimos contenerte te sobrepusiste y saliste adelante.

En la larga noche del golpe no estuvimos juntos, pero sé que te aguantaste los golpes, el hambre y la incomunicación al igual que todos.

Creo que la última vez que nos vimos fue por el 77, 78 en un recreo en Sierra Chica. Hablamos de todo un poco y de nada en particular; quizás pusiste un poquito más el acento en las posibilidades que teníamos de salir en libertad, eras al respecto más optimista que yo.

Hoy recordando todo aquello me doy cuenta de que estuvimos muchísimos años sin vernos, sin compartir recreos, chanchos y tantas otras delicias carcelarias, sin embargo siempre estuvimos cerca, tan cerca que me parece que nunca nos separamos (sensación que aún hoy a tantos años sigo sintiendo).



Dibujo realizado por Héctor Assadourian en papel dibujo y tinta negra, en la cárcel UP1, año 1984. Se permitía el ingreso a partir de 1979(año que viene la CIDH, motivo por el cual la incomunicación se levanta y se permite el ingreso de otras cosas, como materiales para dibujar).

Nuestras vidas fueron hermanadas más allá de la vida y sin embargo, no cuestioné la versión oficial de tu partida. Tu muerte me dolió pero no me extrañó. Sí, así es, no me extrañó tu muerte ni cómo moriste o cómo dijeron que moriste.

Estaba leyendo... la noticia taladró mis oídos, te habías ido sin despedirte, no se produjo ningún silencio en el pabellón porque el pabellón siempre estaba en silencio, pero el silencio se acentuó. Dejé el libro, puse mis manos atrás y comencé a caminar los tres pasos para allá, los tres pasos para acá, así por más de una hora, me senté y seguí leyendo, vos de una u otra forma ya estabas liberado. Yo seguiría estando preso por bastante tiempo más.

Supuse que ellos me observarían un poquito más que de costumbre, como un científico estudia las reacciones del ratón en cautiverio, con la gran diferencia de que ellos no eran científicos ni yo un ratón de laboratorio. Por lo que puse mi mejor cara de boludo, mandé las lágrimas de despedida para adentro, cambié la yerba y te dediqué todo el termo a tu memoria. Sin olvidarme que vos me habías enseñado a tomar mate amargo.

Siempre pensé que te habían asesinado con tus propias manos, que sus armas para asesinarte fueron la falta de medicamentos adecuados y la ausencia total de asistencia psiquiátrica.

Hoy pienso que además de esta terrible situación, puede haber existido la mano de ellos para que te fueras sin despedirte.

Para Eduardo Schiavoni (Pelado).

Gustavo Tissera,
7 de abril de 2006.

Testimonio sobre mi prisión

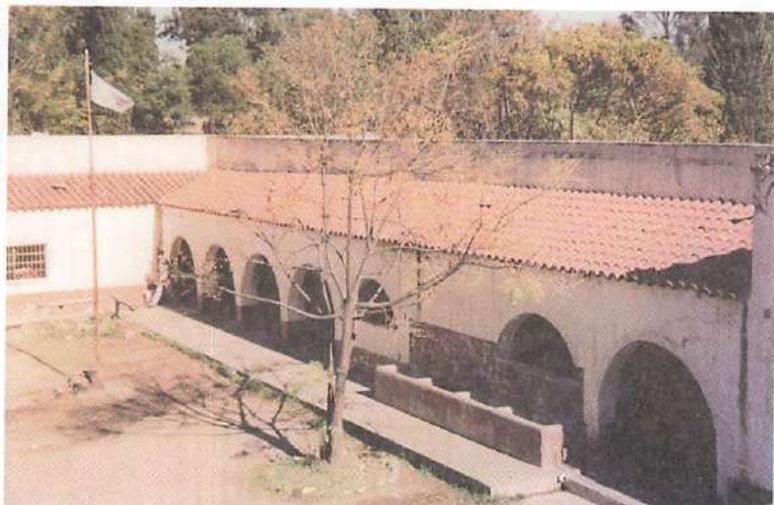
Corría el año 1976, golpe de Estado muy feo y fuerte. Camiones militares en las calles, ya antes las Tres A desaparecían y mataban con miles de tiros a personas, Atilio López, Varas, abogados de DD.HH. El terror imperaba y a lo mejor no fuimos conscientes, tan conscientes, digo, darnos cuenta de cómo fueron sucediendo los hechos.

Mañana es el homenaje a compañeras y compañeros fusilados en Penitenciaría, y estoy a un día de volver a ese lugar donde por suerte no estuve tanto tiempo, pero sí sabía, era de terror y de muerte.

Me detuvieron el 10 de agosto de 1976, en un procedimiento con acta de allanamiento, yo trabajaba en una agencia de viajes de la calle Tucumán, dos días antes había presenciado el allanamiento y la detención de mi compañera y amiga Olga Odasso de la casa de sus padres en la calle Chile del barrio de Nueva Córdoba, fue espantoso, el tipo que me tomó la declaración, me dijo, cuando la vuelvas a ver no la reconocerás.

Luego de detenerme me llevan en un auto a un lugar que no sabía qué sería, las personas que me detuvieron eran un militar de grado, de alrededor de 30 a 35 años y dos varones más a lo mejor más grandes. Me acuerdo que llegando a la escuela Rivadavia en San Vicente, me hacen cerrar los ojos y me piden un pañuelo para atarme los ojos.

Foto del
ex CCD
Campo de
la Ribera.
Patio con
piletones
utilizados
para
torturar.



Fotografías: Molas y Molas, María. "De un centro clandestino de Detención a un espacio para la Educación. Historia y singularidad de la escuela media Hache" 2000. (Mimeo)

Cuando llegamos me llevan a un lugar donde estaba mi amiga, me vendaron y creo me esposaron, estuve en ese lugar unos 15 días, los interrogatorios terribles, pero ya sabían todo, sabían quiénes éramos, perejiles, tuve creo que dos o tres interrogatorios, no sufrí tortura, sí aprietes psicológicos.

Las personas que nos cuidaban, varones, decían de Gendarmería, que nos habíamos salvado de que nos detuviera la policía, unos hacían de buenos y otros de malos.

Cuando nos sacaban al patio se percibía que había mucha gente, estábamos con la cabeza gacha, a merced de la situación.

Hablábamos con la gente que estaba en la misma situación, pero nunca sabías quiénes eran, en esa situación conocimos a una mujer que era maestra cerca de Río IV, ella nos daba masajes en la espalda, luego de pasados como 15 años en un grupo de Biodanza compartiendo nuestras vidas nos reconocimos, era Marilú, cada vez que la encuentro me regocijo al verla, ya que cuando llevaban un compañero o compañera después no sabías qué pasaba con él o ella e imaginabas lo peor.

Luego un día nos llevan a mi amiga y a mí esposadas y vendadas a la cárcel del Buen Pastor. Estuvimos con alrededor de 30 compañeras, aproximadamente tres meses, compartíamos todo, las monjas recibían víveres que nos traían nuestros familiares, cuando se enteraban de que estábamos allí, hacíamos las rondas de los cigarrillos, dos cigarrillos por pareja, o si no las clásicas rondas, donde dábamos dos secas y luego pasaba el pucho a la compañera siguiente. Me acuerdo de algunas de ellas, la Hormigueta, que estaba embarazada, una compañera que era de la fábrica Lía de apellido Toranzo, la Coca Luján, las hermanas Leguizamón, Susana Straus que nos daba clases de danza clásica, Laura Marrone, la Sra. Fierro, Nora Reyna con quien nos volvimos a encontrar en el año 2006 en Radio Nacional para la presentación de *Nosotras Presas Políticas* y otras compañeras que no recuerdo su nombre, pero por las cuales tenía gran afecto.

Compartíamos todo, las obras de teatro, nuestras utopías y hasta el tejido, que era lo único que estaba permitido hacer por la incomunicación.

La falta de menstruación era casi una constante en todas, el médico decía que no, que estábamos embarazadas, el bruto no sabía o no quería reconocer que a las mujeres en situaciones de stress, como las que habíamos y estábamos atravesando, provocaban, como consecuencia lógica, la suspensión de la menstruación en las mujeres.

Habíamos inventando una canción con la música de "Que se vengán los chicos" y en diciembre, antes de lo que después fue nuestro traslado a la Peni, tuvimos una requisa y un anuncio de que algo pasaría (ese algo fue el traslado y el uso de la cárcel de las monjas sólo para algunas mujeres).

Llegamos a la Penitenciaría, nos alojaron en planta baja, compañeras de otros pisos nos contaban de que esos calabozos eran las celdas de castigo y Primatesta los había bendecido ¡Que contradicción! y empezamos a vivir la realidad de ese penal, los miedos por los traslados y los fusilamientos, los bailes de los milicos, la estaqueada al compañero, no conseguir turno para el médico, poder salir sólo una hora de la celda, hacernos pis en la celda, conseguir un tachito para el pis era conseguir como la libertad y lo peor, lo más terrible la situación de las compañeras como la Coca Luján, rezábamos todas el rosario desde nuestras puertas (esas ventanitas chiquitísimas) para acompañarla, apoyarla, ¡no sabíamos qué hacer!, empezaron a llegar compañeras torturadas, de una forma alevosa, con las carnes vivas en sangre, una viejita que decía que lo único que le faltaba en la vida era haber estado presa, tenía mal de Chagas y todas las enfermedades que pudieras imaginar, no sé que habrá sido de ellas.

Durante esos 40 días una compañera de Cruz del Eje que no recuerdo el nombre, profe de Literatura nos narraba cuentos de Benedetti; otra, estudiante de arquitectura, nos relataba su viaje por Europa especialmente el País Vasco; otra compañera de apellido Pelegrín, que luego volví a encontrar muchas veces en mi puesto del Paseo de las Artes, nos narraba cuentos, poesías, relatos, ahora recuerdo otra compañera que nos relataba cuentos de Allan Poe, la creatividad de todas las compañeras ayudaba para darnos aliento entre todas, poner fuerza y amor a la vida y ayudarnos mutuamente a sobrevivir en esas condiciones.

A mediados de diciembre, creo que fue para el 10, nos movieron y compañeras de los pisos 1 y 2 fueron trasladadas a primer piso, me acuerdo que me tocó con Parmenia, teníamos en común que estudiábamos Historia en la facultad, ella con su cuello ortopédico, nos cuenta que se rumoreaba que seríamos trasladadas a cárceles federales, las *cras* de los otros pisos ya se habían enterado.

El traslado fue espantoso, horrible, nos llevaron a una sala en la Penitenciaría, íbamos esposadas con las manos atrás, yo era la primera de la fila, salimos y en todos los techos de la Penitenciaría militares apuntándonos, llegamos a una sala y allí nos vendaron y nos esposaron de a dos, fuimos introducidas en camiones militares, tiradas, los que nos cuidaban no sabemos si eran concriptos, o que, nos llevaron a un lugar descampado (supongo que Escuela de Aviación) cada vez que paso por ese lugar una angustia me recuerda esos espantosos momentos, nos bajaron, y ya estaba allí la gente del Servicio Penitenciario Federal, nos colocaron en el piso de a dos, nos obligaban a estar con la cabeza gacha, nos insultaban, nos pegaban patadas, nos manoseaban, me acuerdo la compañera que había parido en esos días, fue espantoso era plena siesta y en el rayo del sol, por supuesto

los insultos, incluían “guerrilleras inmundas, las vamos a tirar al mar” y cosas por el estilo; nos metieron en los aviones y engrilladas en el suelo y esposadas de a dos, hicimos el viaje, espantoso, los tipos nos manoseaban, nos insultaban, repetían esto de tirarnos al mar a la cordobesas... cosas horribles, yo me desmayé perdí el conocimiento... llegamos, nos metieron en ómnibus todas tiradas, unas arriba de las otras... nos empezaron a contar que íbamos a una cárcel federal, que tendríamos comunicación con nuestros familiares, nos llevaban mujeres del servicio penitenciario, nos bajaron en un lugar que después supimos que era Villa Devoto, nos pusieron en fila contra la pared, ya sería la madrugada, pedíamos ir al baño, a regañadientes nos llevaron todas esposadas y vendadas, ni se dónde hicimos pis, nos tuvieron allí paradas horas, luego nos introdujeron en un salón donde se suponía era la capilla, había imágenes de santos, nos desnudaron por completo, nos requisaron, nos sacaron fotos, y después de todo esto que duró muchísimo tiempo y nos caíamos, nos fueron llevando a las celdas.

Me llevaron a planta 6, al Pabellón 36, allí fui recibida por las compañeras, a mí y a Laura Caballé, a quien nunca más vi; después supimos que diez cordobesas o provenientes de Córdoba, estábamos en planta 6 y el resto de casi 90 en planta 5.

Conocí compañeras de varias provincias, especialmente de La Rioja, de Chaco de Reconquista, de Goya: Mabel Fernández que tanto recuerdo y sé por el libro que estuvo hasta el final, Palmira, Poxi, el grupito de La Rioja tan alegre, chicas tan jovencitas, yo tenía a esa altura 23 años, Peggi, La Sabalera: Elsa Quirós, luego conocimos compañeras de otros pabellones, del 37, del 38, la Gorda Boidi, una gran filósofa, a Marita con quien nos reencontramos el año pasado en el acto en la Peni, Ely con quien mantenemos una hermosa amistad, luego de habernos reencontrado y encontrado por medio de biodanza. Me acuerdo para la fiesta de fin de año, hicimos un *sketch* sobre la relación de la Argentina con EE.UU., Palmira que es alta hizo de Videla y yo petisa y en esa época gordita (de tanto pan) era Carter. Luego pusimos la obra de Federico García Lorca: *Mariana Pineda*.

En esos días en Devoto protagonizamos un hecho muy importante, cerca de Navidad, cuando seguían llegando compañeras a la cárcel, en un recreo todas juntas cantamos la canción que canta Joan Baez: “No tenemos miedo, no tenemos miedo, con amor y libertad, siento con seguridad y amor que vamos a vencer al fin, sólo con justicia, sólo con justicia...”

Por supuesto la reacción no se hizo esperar y estuvimos mucho tiempo incomunicadas con nuestras familias y sin recreo.

En esa época llegaron organismos internacionales, me acuerdo de la Cruz Roja, recibimos la visita de nuestros familiares, llegó mi hermano Luis, era

muy emocionante encontrarnos con los nuestros y los encuentros de las *cras* con sus familiares, por suerte ahí era en forma personal (no a través de los locutorios, a través del vidrio como fue después) se realizaban las denuncias en la Cruz Roja, familiares se organizaban en las colas, podíamos escribir cartas y así motivábamos a nuestras familias a hacer gestiones por nuestra situación y nuestra libertad, mi mamá Carmencita se movió muchísimo aquí en Córdoba, todas las familias iban de acá para allá, eso fue muy importante.

La vida cotidiana comunitaria en esos momentos como en los anteriores fue solidaria, de contención entre nosotras, nos sentíamos muy relacionadas en el afecto con los niños y niñas de las compañeras que eran madres, todas realizamos cartas, dibujos, poesías para hijos e hijas.

El intercambio de todo tipo, cotidiano, político, afectivo, literario, social, me marcó muchísimo como mujer, fue un aprendizaje muy importante para mi vida; la socialización de la vida colectiva, la socialización del dinero que enviaban los familiares.

Hechos importantes protagonizamos en ese lugar: el no bajarnos las bombachas en las requisas, el ir todas a los chanchos del 5° piso, y allí pasamos el terremoto de diciembre de 1977.

Por ese entonces, en las calesitas (rotación de celdas y pisos de las compañeras) nos habían mandado a un grupo de planta 6 a celulares, me tocó vivir con Adita Maza, con Mary y con Albertina Paz a quien llamábamos cariñosamente Josecito.

Me acuerdo de las compañeras de piso, de la Hormiga, de una señora ya anciana que no recuerdo su nombre, de Mónica Carrara que encontré hace muchos años en una feria de artesanías en La Falda, que había podido recibirse de médica, a la señora de Santa Fe con sus hijas, hermosa ella con sus pelos largos, con quienes me reencontré en Buenos Aires cuando cobramos la indemnización. De tantas compañeras con las que convivimos y pudimos sobrellevar esos momentos.

Los momentos fuertísimos: cuando llevaron a compañeros y compañeras de las cárceles federales a Córdoba, como rehenes por la visita de Videla: Alizota, Alicia W.

De los jarreos (golpes dados con los jarros en señal de protesta), cuando falleció una compañera en el hospital y de la reunión que se protagonizó en los pasillos de 3° celular con Galíndez y la negra Beguan, con todas nosotras atrás, de cuando inundamos la cárcel de gente de tribunales por el masivo envío de recursos de amparo a tribunales.

Recibía visitas de mi hermano Luis y también de un obispo, Raspanti, familiar de mi papá, él me fue a visitar en varias oportunidades, era obispo de Morón, ya hacia el final, fines del 77 no le permitieron visitarme más personalmente y lo hizo en los locutorios.

Tuve mi salida a fines del 77, con las casi 400 libertades de Carter, éramos varias compañeras, que nos llevaron a Coordinación Federal, al salir de allí mi prima Estela me había ido a buscar, ella vivía en Buenos Aires, éramos tres compañeras de Córdoba, Nené de Deán Funes y la compañera de Cruz del Eje, que era profesora de Literatura y la que nos amenizaba la vida en la prisión de la Penitenciaría en Córdoba.

Mi prima y su marido les compraron los pasajes para que volvieran a Córdoba, yo me quedé unos días en su casa leyendo los diarios y acostumbándome a la nueva vida.

No quería volver a Córdoba, era una de las normas de seguridad que siempre hablábamos adentro, pero no me animaba a emprender una vida sola y en otro lado.

Volví a Córdoba, a casa de mis padres, a mi amiga Olga Odasso también la liberaron, durante un año estuve en mi ciudad, luego constituí una pareja y nos fuimos a vivir a Bolivia y Perú, me quedé en La Paz, allí empecé a estudiar, en la Universidad de San Andrés, Sociología, había varios argentinos y varias argentinas, me sumé al Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino.

Junto con uruguayos que vivían allí, en lo que se denominaba en esa época la primavera democrática de Lidia Gueiler, realizamos acciones para que Orfila (argentino) no fuera electo presidente de la OEA, colgamos un gran cartel en el frente de la Universidad de San Andrés, "No a Orfila, no a la Argentina", realizamos una gran misa con acto en el anfiteatro de la UMSA, la misa la oficiaba Patrick un cura ex preso que había estado en La Plata, estuvimos con las Madres de Plaza de Mayo, éramos un grupo de argentinos y bolivianas que trabajábamos para que la situación de nuestro país se conociese, recuerdo con gran afecto a Daniel, esposo de una trabajadora social que era de Bolivia y tenía su familia en La Paz, esta pareja me hospedó en su casa, también a una pareja de Ledesma, él, ex preso y su mujer con su bebé, y a Lalo también ex preso e ingeniero en minas, con quien estudiábamos Sociología. También recuerdo a Pedro Claverí y otro compañero que eran profesores de Sociología en la Universidad de San Andrés.

Corría el año 80 y el terror empezó a implantarse en Bolivia, hasta entonces era una fiesta de la libertad, apareció el cura Luis Espinel acribillado a balazos y luego le tocó al Diputado Socialista Marcelo Quiroga.

Eran uno o dos meses antes de las elecciones, que se realizaron, pero luego sobrevino el golpe de Estado de García Meza, muy fuerte y muy duro.

En medio de esta situación con mi pareja estábamos esperando un hijo o hija, pero tuvimos que seguir viaje hacia otros rumbos de libertad.

Inés Bruno

Chichi brujas de las bailarinas

Miro y veo por primera vez.

Escucho al guardia que dice: “Se pueden sacar la venda de los ojos”.

Me destabico y veo borrosamente, debe ser por haber tenido la venda apretándome los ojos estos meses, no tengo mis lentes, los perdí en la tortura acuática y aquí casi no hay luz...

Miro y veo por primera vez...

Apenas alcanzo a distinguir en la fila del frente a otras mujeres ya reconociéndose y abrazándose, a mi lado está Viví, nos vemos y nos reímos tontamente.

Me dice “tenés las cejas un espanto, ¡¡¡¡¡ cómo te han crecido!!!!!!
¿Cómo están las mías?”

Me pregunta con su voz prístina... Después de todos estos meses de compartir en cautiverio es lo primero que me dice, que mis cejas están muy crecidas...

No sé qué decirle.

Durante dos meses, sin hablar mucho compartimos el terror y el consuelo del apretar de manos. Ella vivía en el colchón del lado, a mi derecha. Cuando entraba un interrogador a elegir a alguien para llevarse a torturar o interrogar, nos tomábamos de las manos apretando fuerte. Sentía la de ella chiquita y húmeda. Apretábamos fuerte, con miedo, como si por la fuerza del apretón dependiera que se cumpliera el deseo de no ser nombradas. Al no escuchar nuestros nombres o ninguno, las manos se alejaban, sin hablar, casi avergonzadas del miedo sentido, por el apretón infantil, esperando la noche siguiente cuando regresaban los interrogadores a trabajar.

Qué mala costumbre esa de venir de noche “a trabajar”.

Allí traían los prisioneros nuevos recién secuestrados o gente que trasladaban de otros campos. Aunque a decir verdad allí no había noche ni día, ni tiempo. Estábamos suspendidas entre la vida y la muerte, tal es la suerte del desaparecido; se está y no se está. ¿Dónde se está?

Acabamos de ser trasladadas del campo de detención clandestino, viajamos como sardinas. Los desgraciados te suben al camión, te sientan, manos

atadas por detrás y venda en los ojos “abrí las patas” te ordenan. Te sientan delante de una compañera y en el medio de tus piernas por delante te colocan otra. Así bien apretaditas viajamos, en un camión militar, tapaditas con una lona y con soldados “cuidándonos”.

Nos han traído por la tardecita, atravesando la ciudad, podíamos escuchar otros autos, ruidos de ómnibus, camiones, bocinas, escape de gas, olor a cemento, sentir cuando el camión se paraba en los semáforos. Qué emoción escuchar la ciudad de nuevo ¿Qué pensaría la gente cuando veía este camión por la calle? ¿Qué verían por fuera? Sólo un camión verde con dos o tres soldados por detrás. ¿Qué pensarían si supieran que nosotras, este cargo iba dentro: un grupo de mujeres desaparecidas...?

Llegamos a la UP 1. Nos han dicho que es la cárcel. Nos han bajado y puesto en esta habitación de luz mortecina.

¿Cómo están mis cejas? La voz pregunta nuevamente.

Nos vemos por primera vez. Quiero reconocer en ese rostro la voz de timbre perfecto que me acompañó, la voz que me contaba con un dejo de resignación, cómo fue que la secuestraron a ella, a su reciente marido y reciente cuñada en la fiesta de su casamiento. Cayeron los secuestradores en plena fiesta y los levantaron a los tres.... Qué convidados de piedra.

Me imagino cómo quedó la familia.

Su cuñada compartía el colchón por su lado derecho. En la época que ellas cayeron ya estaba la pieza saturada de mujeres y a veces compartíamos el colchón de a tres, lo común eran dos mujeres por colchón. Se cambiaba de vecina de acuerdo a quién llegara o a quien trasladaban.

¿Cómo están mis cejas...?

Es baja, menudita, huesos chiquitos, tetas grandes; en su rostro triangular y enflaquecido apenas entran dos enormes ojos verdes, la nariz mediterránea y la boca dueña de timbre perfecto.

Las cejas parecen un bosque salvaje, renegridas, robustas, crecidas insolentemente. Se ve que la venda no pudo sujetar el avance desenfrenadote de estas cejas que han gozado de la libertad que su dueña no ha tenido... Ellas encuadran esos inmensos ojos verdes. Su cabello liso, finito, negro, cae como lluvia desordenada, resaltando la blancura de su piel, que como la mía no ha visto el sol por meses.

La ropa le cuelga, un pulóver gris, jeans y las infaltables plataformas, aun así es tan bajita.

Estoy asombrada por el verde de los ojos. “Parecés una bruja que vive en lo profundo del mar”.

Ella esboza una mueca, intenta sonreír, pega la media vuelta y me dice: “Vos lucías mejor con la venda puesta”, “da la media vuelta” y se va a saludar a otra gente, allí quedo parada con la boca abierta y mi visión brumosa. ¿Y eso?

Luego me enteré que había quedado dolida, buscando describir el efecto del verde profundo marino de sus ojos, la había llamado *bruja*, que equivalía a llamarla *fea*.

Presa, desaparecida, peluda y encima fea. También yo, qué bestia, ¿no se me ocurre decir otra cosa?

Irene Martínez,
mayo 2007,
Copy writing 1195629.

Presos por...

En el primer piso estábamos los rehenes que nos trajeron amenazados por el Mundial 78, un día traen a otro preso de nombre Liberal, era Sargento Mayor, lo traen porque buscaban a su hija, pero ella estaba exiliada en Europa.

Otro día traen a otro, era un doctor llamado el Petiso Mora y a un guía del Chateau Carreras, lugar donde se realizaba el Mundial 78 en Córdoba, le preguntamos por qué lo habían detenido y nos cuenta que había turistas europeos y que les interesaba saber qué sería del estadio después del mundial y que él les había respondido –cascote– y por eso fue detenido.

Otro que llegó al pabellón era un trabajador de la limpieza de la ciudad, tenía el pelo largo, se lo cortaron y lloraba diciendo que ya no lo confundirían más con Kempes ni con Luque.

Jorge Marca (Coco)

Paloma con sorpresa

Palomeaba con un preso común que le decían Loquillo, intercambiábamos ropa por tabaco y un día tiró la Paloma y venía muy pesada, ¡venía un gato vivo!; la paloma venía con una nota pidiéndome que se lo cuide porque la requisa se lo quería quitar, que lo había criado de chiquito, que después se lo devolviera. Lo devuelvo y a los días me vuelve a mandar la paloma, pero venía medio gato asado.

Jorge Marca (Coco)

ejemplo. Bien, pero esta situación, nuestra situación, debe servir no para desconsolarnos sino que templarnos. De nada valdría lo primero. Tenemos que transformar la desesperación en alegría.

Me permito decirles que estos meses vividos aquí adentro me han enseñado infinidad de cosas. Mi nuevo hogar (si es q' se lo puede llamar así) pero yo lo asumo como tal, no por casualidad, es porque cada momento están Uds. Conmigo siento el calor del amor de c/uno junto a mi, los llevo bien adentro a todos, en fin son siete meses de separación física, pero 210 días en que hemos estado y seguiremos estando espiritual y moralmente más juntos que nunca. Ni la muerte nos podrá separar. Esta es mi opinión acerca de nuestra situación. Bien, les cuento algo de mi vida, a pesar q'saben bastante. Nos han dado 1 h. a la mañana y 2 hs de pasillo por día y 1 hs de patio por semana; la comida ha mejorado, la atención médica también, como si imaginaran nuestro gran problema es la incomunicación. He aprendido algo de química, electricidad, historia, francés e inglés, como para no perder tiempo. En cuanto a mi situación después q' la vi a Nora no se más nada, me dijeron en esa oportunidad q' me iban a pedir el cese del P.E.N., pero no se ha concretado. Roberto me avisa q' tengo q' seguir esperando. Mi opinión es la siguiente: como puedo salir de aquí 1 mes, puede ser en 1 año y no se cuando, depende de la evolución de la situación. Por eso quiero q' averigüen bien mi situación por intermedio de la persona q'me concedió la visita o quien sea y en caso de no haber novedades concretas de libertad y si estoy únicamente con P.E.N. comiencen a gestionar el permiso u opción para salir del país. Los trámites hay q' hacerlos en el Ministerio del Interior. Recibí la frazada y el calzoncillo. No me hace falta nada. Les agradezco todos los sacrificios y gastos ocasiona dos por mí, les pido q' vean a mis amigos de trabajo a parientes y de parte mía pídanles les ayuden, aunque sea para q' se puedan mover, se q' la actual situación es difícil. Recibí la carta de Carlos me contó q' estuvo en Dolores el Día del Padre. Bueno, a la mami q' no se amargue ni reniegue sino se va a poner vieja antes de tiempo.

Ah, otra cosa, gestionen q' me trasladen a otra cárcel, para estar comunicado. A Roberto y Dorita el más sincero augurio de felicidad en sus "cumple" que mi representante en casa (Sergio) le tire las orejas. A Daniel y Guille me alegro q' colaboren con su trabajo. A Mabelita el Beso más tierno una pregunta ¿ya está en el secundario, no? A Sergio q' siga como siempre, travieso, mimoso, rezongón, malcriado, sinvergüenza, pero q' se cuide de la Dori ---

Un beso grandote a todos - RAUL-

Cartas cedidas por el Archivo Provincial de la
Memoria a pedido del compañero Raúl Sánchez

Para estos menesteres se usaba papel bien fino y biromes o lápices que se mantenían ocultos en "Canutos" (lugares bien escondidos para evitar ser descubiertos). Eran llevadas por los presos comunes a nuestros familiares. Agradecemos su apoyo, para romper la incomunicación.

Estas cartas eran entregadas y devueltas las respuestas por "palomas", sistema de comunicación donde los presos políticos guardaban los mensajes en "caramelos", paquetes bien chiquitos, envueltos en nailon, papel metalizado o bombitas de agua y pegadas con calor de un encendedor.

Esto permitió que nos enteráramos de nuestra situación de detención y a nuestras familias estar informadas de cómo nos encontrábamos.

Higiene y algo más

Aunque no puedo precisar el mes en que ocurrió, sé que fue antes del mundial de fútbol y cuando ya los fríos del otoño cordobés se hacían sentir. Una familia liberada, los Deutsch, cumplió su promesa y generosamente envió termotanques para los pabellones de presos y presas políticas de la UP 1 de Córdoba. Seguramente que la aceptación de los mismos, y su puesta en funcionamiento, tuvo que ver con la visita de la Cruz Roja Internacional, que trajo aparejada una cierta distensión en el régimen carcelario y posiblemente activó nuestro traslado a Devoto el 29 de octubre de 1978.

Bañarnos con agua caliente fue una “fiesta” para nosotras. Pero rápidamente advertimos que no todas eran mieles: nos permitían su uso dos veces por semana y no por tiempo indefinido sino mientras durara la carga de agua de cada termotanque—que nunca supimos cuántos litros tenía. Había que organizar, pues, el “baño de damas” para que las cuarenta de cada piso pudiéramos disfrutar de algo de tibieza.

El baño estaba dividido en tres zonas: no bien se pasaba la puerta de vaivén que comunicaba con el “comedor”, se entraba en el área de los “piletones” de usos múltiples: lavado de ropa; de cabezas; de cargado de baldes para la limpieza, etcétera. A continuación, otro recinto con cuatro duchas separadas por tabiques azulejados en blanco. Finalmente, cuatro inodoros sin tapas y sin puerta en cada cubículo. Los tres recintos tenían en la pared del fondo una ventana de balancín, de vidrios no transparentes que daban al callejón.

Martes y viernes fueron días de ducha, y una compañera, la encargada de coordinarnos. La evoco claramente y con cariño: había sido alumna mía en la universidad y tiene la particularidad de pronunciar de forma marcada las “eses” finales de las palabras. Fue también quien, al momento de ser liberada, se comunicó con mi familia, les dio datos de lugares adonde podían ir a hacer trámites y con igual generosidad les hizo llegar el único colgante de hueso, tallado en bajorrelieve, que sobrevivió a las requisas devotenses y que era el dedicado a mi hija. Su rostro de ojos vivaces, su sonrisa amplia y contagiosa, el pelo corto con algún flequillo, la voz de timbre docente, todo es vivido hoy.

El día antes del baño, preparaba los turnos, escribía los nombres con jabón en la puerta de la celda y preguntaba al pasillo: ¿quién fue la primera en ducharse el baño anterior? ¿quién está indispuesta?, ¿quién alcanzó a lavarse la cabeza? Y con estos datos ¡armaba el fixture! Cada grupo de

doce entraba a la zona de los piletones, dejaba su ropa allí y toallón y jabón en ristre marchaba a las duchas. Se trataba de subgrupos de tres, que entraban al mismo tiempo a una ducha, y al ritmo marcado por las palmas, la primera se mojaba y mientras sonaba el “y uno, y dos, y tres” de esta especie de “madama” que marcaba el ritmo, se enjabonaba para llegar a enjuagarse al sonar la cuarta palmada. Así concretábamos el baño, en el menor tiempo y con la mayor equidad posible. A la sexta palmada cada subgrupo salía de la ducha y ya estaban las del próximo grupo en la boca de la ducha. ¡Qué jaleo! Risas, resbalones, corridas... ¡todo era fiesta! Luego, de a una, las menstruantes, y si quedaba agua, las que se lavaban la cabeza.

La mecánica era simple, ingeniosa y efectiva. Ya el primer día, las que esperaban en los piletones advirtieron que de las ventanas del taller de cestería que quedaba callejón por medio con el pabellón de mujeres, asomaba un racimo de presos comunes, que con los ojos desorbitados nos miraban. Seguramente que las ubicaciones privilegiadas se cotizaban alto! Advertida de ello, la “madama” pidió al pasillo: chicas, rápido, tres frazadas! Se cubrieron las ventanas y el recinto se convirtió en una suerte de sauna, con el vapor llenando el ambiente y el agua chorreando por los azulejos. Y si alguna nostálgica del “afuera” empezaba a cantar, los chistidos la acallaban: había que escuchar las palmas...

Ya secas corríamos a las celdas a preparar los “cañoncitos de queso”, con el pan fresco al que sacábamos la miga y rellenábamos de “queso crema” de producción artesanal. Limpias, tibias, contentas, compartiendo la charla y la merienda (y el mate cuando la entrada de elementos clandestinos se concretó), teníamos una especie de recreo, lleno de humoradas cordobesas, un momento casi humano y placentero.

¿Qué es eso de los elementos clandestinos? Por agosto o principios de septiembre, época en que ya sospechábamos el traslado a Devoto, hubo un afloje en los controles carcelarios junto con una ampliación de nuestras negociaciones con los comunes. De ello surgió una “lluvia” de artículos que inundó el pabellón. Y el baño, por su ubicación privilegiada, se convirtió en lugar de tensiones y corridas.

Una mañana vino una compañera y tendiéndome un mate y una bombilla me dijo: Susana te toca “encanutarlos” (esconderlos) y nadie tiene que saber dónde. Lo hice y sobrevivió airosamente a las requisas! ¿Y la pava y el agua caliente? Bueno, pava, lo que se dice pava, no. Un jarro de aluminio con agua en el que se introducía un par de cables sacados de una caja de luz de una celda vacía. Una compañera que había sacado provecho de las lecciones de Física de la escuela secundaria, sabía cómo disponer los cables;

otra hacía de campana y de a dos mateábamos hasta que se acababa el agua del jarro. ¡¡Qué ricos mates, aquellos!! La yerba llegaba como los demás “comestibles”.

Por la misma época, el fondo de las ollas se convirtió en un pozo de sorpresas. En bolsas de nailon sujetas con los huesos de caracú o una piedra para que no flotara, llegaba yerba, queso, a veces una fruta, caramelos, en fin, una variedad de comestibles o unos lápices y algo de papel para el correo al pabellón de varones. Es cierto que ya desde tiempo antes ese correo funcionaba, ¡y cómo! Gracias a él, una compañera de la que me hice amiga, recibió de su compañero una poesía de Prévert, “Este amor”, que fue durante meses lo único que pudimos leer. Lo copió en la parte lisa y amarilla de un tarro de leche Nido, con su clara letra de arquitecta, dibujada con un alfiler. Recuerdo que traté infructuosamente de memorizarla. Me daba la impresión de que las palabras resbalaban antes de fijarse. Tal vez fue una forma de defensa: el poema me gustaba desde afuera, desde mi noviazgo, y tenerlo presente hubiera sido un sufrimiento adicional, por todos los recuerdos que me traía. Pero algunas siestas le pedía el tarro y me pasaba esas dos horas leyendo, recordando, llorando...

El “correo” provocó un episodio que hoy parece gracioso. Cuando todas las que escribían terminaban de hacerlo, una compañera ponía los papeles en una bolsa de nailon (que creo debe haber contenido también la correspondencia de planta baja, llegada subrepticamente) y por la noche iba hasta la ventana de la cocina, donde con la complicidad de un preso común, montaban un aparejo armado de sogas, desde nuestro pabellón hasta el de los comunes. Y la bolsa cruzaba y llegaba otra con las cartas de los compañeros y generalmente, una “yapa” de caramelos y cigarrillos. Ver volar la bolsa de un pabellón a otro, en medio del silencio y la oscuridad de la noche, hizo que bautizáramos a esta riesgosa operación como “El cóndor pasa”. Todo fue bien hasta que una noche escuchamos gritos, corridas, ruidos de reja y llegó el jefe de seguridad a requisar la correspondencia, castigar a nuestra compañera enviándola a calabozo de castigo durante una semana o diez días, no recuerdo bien. Y a la mañana siguiente, a la hora del recuento, el jefe de seguridad se paseaba indignado por el pasillo, blandiendo la bolsa y gritando como un energúmeno que qué nos creíamos, que no era una simple esquelita sino ¡¡ESTO!!!, y sacudía la bolsa, ¡¡¡bien voluminosa por cierto!!! Todas pusimos cara de póker, y cuando se fue, moríamos de risa, y yo dije: “¡Pero si no parece correspondencia, sino la Biblioteca del Congreso de la Nación! Mientras, ya que no escarmentamos, la compañera aislada recibía mensajes por “palomas”, palomas nocturnas, ¡que le llevaban noticias!

La resistencia adopta formas insólitas: desde bordar, tallar huesos, escribir cartas, hablar con los comunes con lenguaje de señas, fumar a escondidas, bañarnos como he descrito hasta oposiciones fuertes, negativas a obedecer órdenes humillantes... o simplemente reír, reír con fuerza, reír con alegría, ¡¡reír con todas!! ¡¡¡Pero *resistir*!!!

Susana Barco



Lugar para dormir y habitar 22 hs del día con puertas cerradas en las celdas del Pabellón 14 de mujeres en la UP1 (cárcel de B° San Martín).

El mundo que soñamos...

Dedicado a los que saben de encierros: a los desaparecidos y a los que, tras meses de oscuridad, subsistieron. A los que piensan que una vida más justa aún es posible.

A mi vieja, que conoce de resistencias...

A Mechita, Lucho, José, Julio, amigos sobrevivientes, ejemplo de militancia.

Corrían los '70. Aquellos años estuvieron impregnados por la poesía que invitaba a soñar; por las nuevas ideas postuladas por intelectuales... Por el arte que permitía crear nuevas formas... Por la realidad que imponía la historia, que exigía un cambio de mirada, más humana, sensible y solidaria. Toda una generación intentó creer que la utopía no sólo "servía para caminar", sino más aún, marcaba el rumbo a transitar por quienes profesaban, con todas sus fuerzas, que valía la pena involucrarse para generar un mundo mejor.

Resulta difícil, por no decir imposible, intentar explicar, a 32 años del golpe militar, los cambios culturales operados en nuestra sociedad que permitieron y permiten que se sigan perpetuando "valores" que conspiran contra nuestro desarrollo, que se apuntó a destruirnos como nación, a partir de borrar los símbolos de identidad de nuestra memoria colectiva que nos definían como pueblo.

La dictadura, mediante una política de exterminio y terror en todos los ámbitos, impuso un plan económico de concentración y explotación que sometieron al hambre y a las necesidades más elementales a la gran mayoría de la población. No sólo eliminó a la oposición, sino que destruyó los lazos sociales y solidarios naturales del pueblo. Así, sobre esta nueva configuración social se restableció la democracia: con un pueblo debilitado, hambreado, aterrorizado...

Después, una nueva oportunidad. Pocas veces la historia concede a una generación dos oportunidades de torcer la historia. No hablemos de utopías, el camino de la reacción está sembrado de utopías. Hablemos de hechos, de realidades, de lo que fuimos y de lo que no nos dejaron ser, de que la única verdad es la realidad y que nosotros conocimos otra sociedad y otra realidad.

Sepamos que nuestra zona (Cosquín, Santa María y Bialet Massé) fue duramente castigada. Casi cien compañeros fueron presos políticos, hubo

286 cesanteados o declarados prescindibles por razones políticas o gremiales en los dos hospitales y contamos con siete víctimas del secuestro, la tortura, el asesinato alevoso y la desaparición de sus cuerpos.

Y así, comienza a despertar mi memoria, recordando el antes e intentando rearmar el después...

Pocos intuyeron que aquel mes de marzo del '76 cambiaría sus vidas para siempre. Fueron arrebatados de las calles, las universidades, sus lugares de trabajo, sus propios hogares, sin garantías ni derechos... 30.000 vidas humanas desvanecidas... 30.000 sueños distintos... 30.000 historias de vida diferentes quedaron registradas en la memoria colectiva. Muchos de ellos, con métodos propios y perspectivas antagónicas de lo que se consideraba "justo", fueron formando sus ideas con los aires de los 60/70. Otros tantos, nada tenían que ver con esta lucha. Sin embargo, la muerte no hizo distinciones entre los grupos. Los primeros, llevaban la palabra "Revolución" tatuada en el alma. Y "Comunismo" era mala palabra... ser de "izquierda" fue su sentencia. Creían firmemente en gestar un orden nuevo cambiando el ineficaz sistema imperante. Pensaban que el cambio social era posible. Soñaban con una sociedad más justa y equitativa.

Existieron aquellos que volvieron a nacer. Lo hicieron cuando, luego de meses de detención, fueron liberados. "Sospechados de ser sospechosos", fueron llevados a la oscuridad tras un operativo impresionante, para "averiguación de antecedentes". Conocen de libros quemados, domicilios saqueados y tierras revueltas.

Era el día 26 de mayo de 1976. El reloj anunciaba las 8:45 horas cuando numerosos helicópteros, *jeeps* con ametralladoras montadas y soldados de aeronáutica a pie algunos, con perros otros, arribaron al Hospital Colonia Santa María. Allí, en la primera sala del Pabellón C 1 comenzaron los interrogatorios por parte de oficiales de la Fuerza Aérea. El objetivo era claro: 16 guerrilleros y un arsenal... Ese día nos llevaron a una veintena de personas tabicadas y maniatadas quienes fuimos puestas a disposición de las Fuerzas del III Cuerpo de Ejército, Área 311. Destino, el campo de La Ribera.

Totalmente aislados del mundo exterior, en el caso de las mujeres, las detenidas estábamos en pequeñas celdas de menos de 2 metros de largo por 1 metro de ancho; las celdas de reclusión del Pabellón 14 de la Unidad Penitenciaria N° 1; encerradas 22 de las 24 horas del día, sin las más mínimas condiciones de higiene, obligadas a hacer nuestras necesidades en tarros de "aceite cocinero" o sobre la ropa, porque si ensuciábamos la celda nos llevaban a la de castigo, en el segundo piso, a pan y agua. No se contaba con ningún elemento personal propio; con las ventanas de las celdas tapa-

das y raciones alimentarias inferiores a las de subsistencia. En algunos casos, la muerte llegaba tras prolongadas sesiones de tortura, con el agotamiento de los verdugos. Algunos fueron muertos a golpes, tras feroces palizas o estaqueados en el patio de la cárcel en una madrugada de julio con 5 ° bajo cero. Muchas parturientas conocieron sólo el primer llanto de sus bebés y no los volvieron a ver. Pasaron a ser botín de guerra de los domadores.

Con 28 años estaba afiliada al Partido Comunista, era Secretaria de la Asociación de Trabajadores del Estado (A.T.E.) Seccional Santa María. Testaruda y Transgresora... pero nunca obsecuente. Me involucraba, mientras muchos miraban al costado, participando luego de la condena social bajo la premisa de "algo habrán hecho".

Tras ocho meses de latencia, mis ojos volvieron a ver la luz.

Mi hija Yanina, ese ser tan especial nacido en 1977, expresa en un escrito que editó en un periódico local: "Yo te comparo a ese memorable personaje de Richard Bach: Juan Salvador Gaviota. Sos una gaviota distinta a las demás. No te conformas con subsistir y sobrevolar. Buscabas y buscas nuevas formas para superar tu simple condición de gaviota. No querías pelear las migajas, ni volar como el resto de la bandada en vuelo previsible y permitido. Querías que las demás aves abrieran bien los ojos y se animaran a emprender el vuelo alto y libre. Valía la pena correr el riesgo... Ha sabido transmitirme esas mismas ganas de volar.

Leí que Karl Marx, con su materialismo dialéctico afirmaba que las ideas sólo son el resultado del determinismo de las condiciones materiales dadas. Entonces me pregunto si habría sido posible una historia alternativa... Qué lástima que no podamos superar la "síntesis" del proceso dialéctico de antaño. Mi gaviota no perdona ni olvida."

Es verdad, nunca olvidaré los rostros y los nombres que conocí en cautiverio. Recuerdo que, con Yanina en mis brazos, lloré amargamente el goce del mundial. Recuerdo a los que no pudieron gritar con fervor los goles del 78. No comprendí la fiesta de este país en duelo. No comprendí los años de impunidad. No los entendí aún con mis cincuenta y pico de años. Y me pregunto cómo las Madres pasaron a ser Abuelas tan de prisa. Y pregunto qué pasará en Plaza de Mayo en 20 o 30 años, cuando el destino irremediable de la vejez acalle sus voces de reclamo. ¿Se irá con ellas el recuerdo de las víctimas? ¿Quién gritará por justicia? ¿Quién exigirá el NUNCA MÁS?...

Este próximo 24 de marzo, como todos los años, voy a sentir ese espesor tan particular en el aire. Voy a caminar por la calle rodeada de una multitud de fantasmas queridos; y en crescendo, voy a pulsar el compás de

la más maravillosa música. Presa de una nostálgica alegría, voy a ir al encuentro de mis compañeros... Porque

LOS QUE VIVEN EN LA MEMORIA DEL PUEBLO
JAMÁS DESAPARECERÁN
SEGUIMOS LUCHANDO PARA CONSTRUIR EL PAÍS
QUE ELLOS SOÑARON

*"Sin omnipotencias ni humillaciones, es preciso lavarse bien los ojos:
para ayudar a que la realidad cambie, hay que empezar por verla."*

Eduardo Galeano

Marta Angélica Fontana

-2008-

Navidad del 76

La incomunicación era casi extrema; comenzábamos a preguntarnos si también en Navidad sería igual. No era una cuestión de creencias, más bien de tradición, cultura familiar, necesidad.

Pasó el 23, y ningún indicio. El día 24 de diciembre a las 8 de la mañana, abrieron inusualmente las puertas de las celdas del pabellón de presas políticas de la penitenciaría San Martín, el director en persona nos informó que tendríamos visita de familiares, y que disponíamos de artículos de higiene, desodorantes, jabones de tocador, para usar. En un derroche de coquetería, acostumbradas al jabón de lavar del penal, no tardamos en prepararnos; hacer la limpieza, almorzar, todo lo hicimos muy rápido en medio de especulaciones y frases dramáticas tales como parece la última cena, o, entre las optimistas, tal vez cambie el régimen.

A la siesta se instaló a la entrada del pabellón, una suerte de mesa de entrada, en ese momento debimos ingresar nuevamente a las celdas, manteniendo las puertas entornadas. La primera en ingresar, ya que por supuesto espiamos, fue la mamá de Sara.

Perla, una de las más inquietas y locuaces, comenzó a relatar el ingreso de los demás familiares. En un momento dado dijo: ahí viene una gorda con un paquete de Casa Tía grandote, debe ser la vieja de Ana, y sí, era.

Pasó todo muy rápido, tratando de ponernos al tanto de lo que pasaba en el exterior, de cómo estaban nuestras familias, nuestros amigos, preguntarnos si había posibilidades de que cambie el régimen, de traslados. Los familiares compartían sonrisas, se conocían, contaban que compartían colas, que pedían juntos ante organismos internacionales, que se ayudaban, que algunos detenidos no estaban en ningún lado. Contaban además que muchos padres no habían venido porque no se habían enterado, otros estuvieron horas esperando en los alrededores del penal pensando que podía darse una visita, sin ninguna seguridad, ya que no hubo información oficial.

Pedimos permiso para hacer un brindis con todas las compañeras, aún con las que no recibieron visita, ya que continuaban en las celdas, pero no nos autorizaron.

No había emoción, fue extraño, dominó más un sentimiento de triunfo por parte de los familiares, algo como que vieron que nos iban a dar visita, que los íbamos a ver.

Lo más lindo vino después; cuando se fueron los familiares nos sentamos todas juntas a tomar el cocido y a contar una por una la visita, a compartir dulces, cigarrillos, frutas, noticias y esperanzas, tratábamos de armar con los pedacitos de conversaciones sostenidas con los familiares, un pano-

rama de nuestra situación, aunque aún no éramos conscientes de que debía transcurrir mucho tiempo antes de poder conocer lo que verdaderamente pasó durante esos años.

Las puertas se mantuvieron abiertas hasta las 10 de la noche, los detenidos políticos del pabellón cercano nos dedicaron fragmentos de la misa criolla, y atravesando las rejas se escucharon saludos y mensajes afectuosos.

Durante la cena, compartimos los regalos, cantamos y saboreamos el pollo del penal, alguien nos dijo que por una radio habían enviado un saludo para las presas políticas.

En Navidad del 76 nos dimos cuenta de que la historia ya no era sólo nuestra, sino también que los familiares se hacían cargo de nuestras banderas y nos dejaban como regalo una lección de solidaridad a la que instintivamente recurrieron para enfrentar el dolor, la falta de información, la soledad.

Ana Rearte

Trabajos realizados
por Ana Rearte

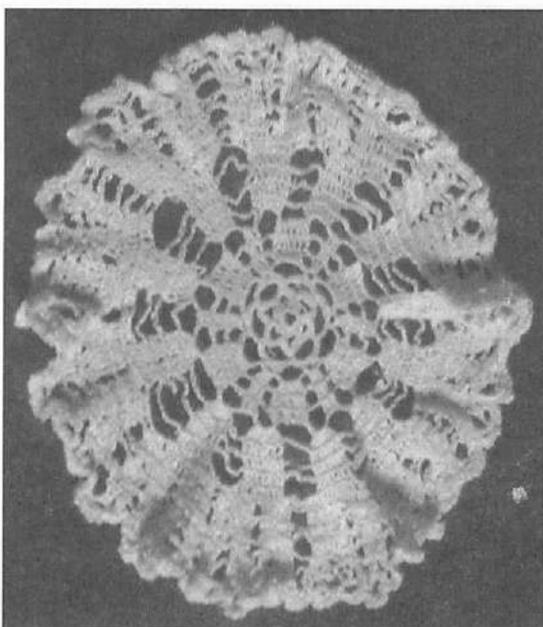


Cigarrera confeccionada con tela de vaquero y bordado con hilo de toalla usando agujas de hueso.

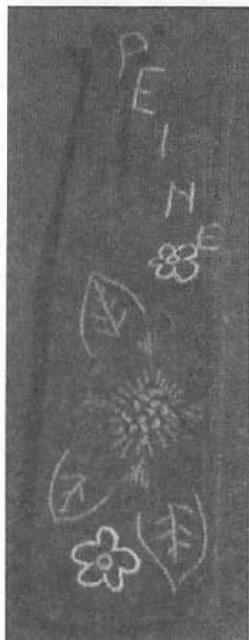


Señalador confeccionado con tela de vaquero y bordado en punto cruz con hilos de toalla y aguja de hueso.

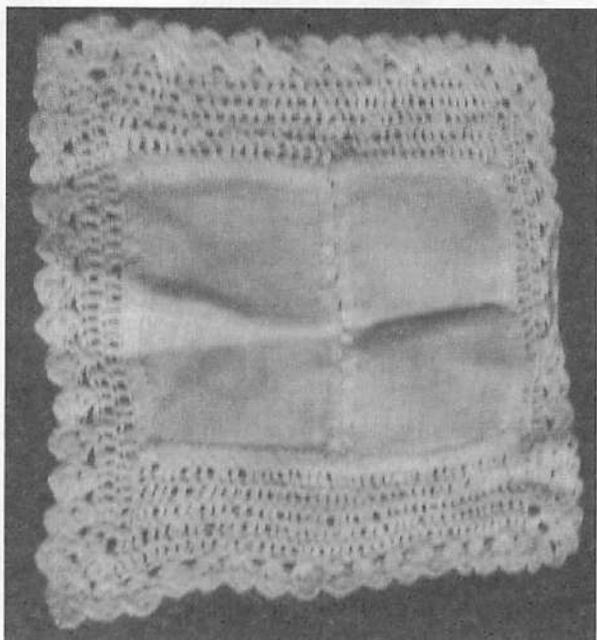
Trabajos realizados por Ana Rearte



Crochet realizado con aguja tallada en un diente de peine e hilos de una prenda destejada.



Estuche para peine bordado en tela de vaquero con aguja de hueso.



Carpeta con vainilla y crochet trabajada con aguja de hueso.

El gran silencio

Cuando intento acordarme de lo que sucedió en la cárcel de Córdoba en el primer año de la dictadura, la primera imagen sensorial que se me viene a la memoria es la del silencio. Un gran, profundo, solemne, sobreco-gido silencio.

En todas las cárceles es habitual el silencio. Pero en el caso de Córdoba, el silencio sobrevenido en el terrible marzo de ese año feroz resultó un contraste muy notorio, ya que hasta el momento del golpe la cárcel había sido (tanto para comunes como para políticos) un lugar bastante ruidoso, abierto (lo que puede entenderse por "apertura" en el encierro), dichar- chero, con mucha comunicación con familiares y amigos, que podían entrar incluso hasta el pabellón. Claro que los muros eran reales, las rejas duras y el dolor de la tortura previa en el D2 tardaba en calmarse. Claro que se sufría, y se soñaba con la lejana libertad perdida y con los ideales que otros llevarían adelante en nuestra ausencia, pero mucho de ese dolor quedaba mitigado por la cálida y tranquila convivencia en el pabellón, lejos de la guardia.

A partir del 24 de marzo de 1976 y paulatinamente en los días siguien- tes, se fue instaurando el gran silencio.

Primero vino la guardia interna y nos quitó discos, libros, material de trabajo, al tiempo que nos informaba que estábamos "hasta nueva orden" incomunicados. Luego, una semana más tarde, intervino finalmente el Ejér- cito.

Lo primero que se oyó fue el ruido del helicóptero. Gustosos como son de la parafernalia, pusieron a dar vueltas sobre nuestro patio a un helicópte- ro artillado, amenazadoramente bajo. Luego, mandaron subir a un soldadito (el diminutivo es mío, y a propósito) arriba de los baños del patio, arañán- dose con los alambres de púa, para apostarse allí con una ametralladora pesa- da. Y a continuación, hicieron salir a los presos encolumnados; para que los oficiales, entonces, iniciaran el rito colectivo de la tortura. Se divertían pe- gando hasta cansarse, mientras dentro del pabellón los encargados de la requisita destrozaban todo, tiraban la ropa a la basura, despanzuraban los colchones, las mantas, las almohadas, y se llevaban hasta el último papel u objeto que pudiera parecerles que nos ayudaba a sobrevivir.

A partir de ese momento, se instauró el gran silencio. Entraban los militares cuando querían, sobre todo de noche, armados con las temibles gomas de "amansar gente", sin olvidar las pistolas (en una ocasión, dando

culatazos, a un tenientito se le escurrió el arma; resbalando por el suelo, fue a parar a los pies de un compañero, quien supo permanecer impassible. Por un momento pensé que buscaban una excusa, como la que en otra ocasión supieron utilizar). Entraban en los pabellones, armados, desgañitándose con sus gritos histéricos pretendidamente marciales, y nos obligaban a cantar sus canciones “patrióticas”, bien fuerte y con voz gutural, acaso para romper, manchar, violar el silencio que nos cobijaba, y a veces se pasaban largas horas sin otra diversión que pegar, pegar y pegar, sin más límite que la madrugada y el cansancio inevitable del torturador. Fruto de tanto ensañamiento, una noche el compañero Pablo Balustra acabó en la enfermería, parapléjico. (Lo que no habría de ser impedimento para que lo fusilaran posteriormente, argumentando que ¡se quiso fugar!).

El silencio es duro como una roca. Sobreviene no tanto por el miedo (en situaciones límite te endurecés, y más aún si has optado por un compromiso militante), como por la sensación de estar desamparado, en medio del temporal, a merced de la bestia, arrinconado junto a los compañeros, con quienes comienza a establecerse un código de susurros, de complicidades secretas, con el supremo objetivo de sobrevivir y salir indemnes del sacrificio.

Había silencio en los pabellones, en la resignada espera de la próxima paliza, restañando heridas. Había silencio público, que aprendimos a romper con el lenguaje de manos, tan propio de los códigos tumberos, y del que muchos llegamos a ser expertos por nuestra necesidad de comunicarnos. Así, por ese canal que acertadamente podíamos llamar “digital”, nos enteramos el 19 de mayo de que habían sacado a seis compañeros (no me olvido el deletreo angustioso de los nombres; entrañable Chicato, mi joven amigo), y que no habían regresado, ni regresarían jamás. El silencio, a partir de entonces, adquirió resonancias huecas de cementerio.

Había silencio en los reclamos. Un compañero pidió una vez ir al médico (padecía una enfermedad crónica), y lo reiteró infructuosamente en varias ocasiones. Los guardias se disculpaban: no tenían autorización. Hasta que llegó un militar: Ordenó salir al quejoso, y lo llevó a la enfermería entre una cortina de golpes, obligándole a hacer saltos de rana, cuerpo a tierra, golpe y más golpe, hasta que al fin llegaron ante el médico. Muy profesionalmente, el solicitado doctor preguntó: “¿Qué le duele?” “Ahora, todo, doctor”, respondió el preso. “Pues tómese esta pastillita”, le recetó el galeno, antes de pasar a la siguiente consulta. El preso volvió al pabellón, bajo otra lluvia de golpes, y cuando por fin se cerró la gran puerta de rejas, se oyó al milico gritar: “Esto les va a pasar a todos los que quieran ir al médico. ¡Muéranse ahí adentro!”.

Pero no le dimos el gusto: No nos morimos. Murieron varios, sí, pero bajo las balas o en la tortura atroz. Nadie, por miedo o por angustia, por la incerteza del mañana, por no saber si amanecería. No nos vencieron con sus gomazos, ni siquiera con sus balas, mucho menos con el aislamiento y la tortura psicológica. Guardamos silencio entonces, pero las palabras se nos quedaron enteras adentro, con todas las ganas de pronunciarlas, y fruto de esa contenida verborragia es, entre otros, este esbozado testimonio.

Había silencio en el patio, a pesar de que los comunes seguían saliendo a jugar al fútbol, y el Manco Cateto la descosía y Sangrecita hacía alarde de músculos. La misma alegría de antes, pero ahora cubierta por una grisácea sábana de silencio ajeno, la vaga tristeza ambiental de un sitio donde hay que mirar de soslayo para no enfrentar la cara del terror y el odio, donde la muerte pasea su sombra imprecisa en el lento transcurrir de las horas.

El mismo patio donde, el 5 de julio, esa muerte cobró forma en el tiro brutal cuya secuencia vi. Desde la ventana, contra el rostro impotente de Paco, y las escobas no podían luego con la cantidad enorme de sangre generosa que llenaba los canalones, la acequia, la pared agredida, el patio entero sembrado de rojo, manchado para siempre.

El silencio lo rompían ellos, cuando entraban a pegar. Contestábamos con silencio, hasta que el dolor atroz nos arrancaba un grito, que luego por consigna debía amplificarse (no por real dejaba de ser espaventoso), con la ingenua esperanza de que tantos gritos de madrugada incomodarían o apiadarían a los vecinos, y eso acabaría por poner freno a la tortura.

Hubo silencio pequeñamente roto cuando el compañero Miguel Ángel Barrera, a quien llamábamos Tarzán, me pidió un favor. Una anécdota extraña, que si yo fuera creyente consideraría un mensaje directo de la Divinidad, haber servido de instrumento involuntario de los inextricables planes de ese Dios, tan caprichoso y cruel.

El asunto fue que a Tarzán (compañero obrero, militante de base del PRT, casi ingenuo en su compromiso transparente de lucha) le había surgido de pronto un cierto misticismo indefinible, y, ansioso por consolidarlo, quería añadirle la savia del conocimiento. Como él sabía que yo tenía algún rasgo religioso en mi pasado, me pidió que le diera unas charlas acerca de la religión, el cristianismo, el sentido de la vida. Yo le dije que podía darle clases "eccléticas", más racionales que místicas, de historia y teoría religiosa, pero él igual lo aceptó complacido.

Comencé entonces mis clases por el relato bíblico, mitológico, de la creación del mundo, la noción del pecado, el exilio primigenio, que a la vez es la raíz del conocimiento, ya que son los hijos de Caín los que desarrollan

la agricultura, las artes, etcétera. Explicué la teología paulina del sacrificio cristiano, como expiación redentora. Y el profundo sentido liberador de la prédica del Nazareno, su mensaje de amor y abnegación. Me di cuenta entonces de hasta qué punto me estaba comprometiendo en lo que estaba contando, cuento o exégesis, teoría o mito, mensaje profundo. "Profe, eso que me cuenta es muy hermoso", me dijo Tarzán. "Habla de amor, de amistad, de nobleza, de solidaridad... de tantas cosas que hacen tanta falta...".

Le expuse entonces la parábola del grano de trigo: Si no muere, si no se rompe bajo la tierra, no germinará ni dará su fruto. Es la teoría cristiana de la muerte sacrificial: dar la vida por los otros, por los compañeros, por el mundo. Quedaba una última lección: El dogma de la resurrección de los muertos, sin la cual el mensaje cristiano pierde (según San Pablo) todo su sentido. No hubo tiempo.

Tarzán tenía un hijito recién nacido, al que no había llegado a conocer. Soñaba con verlo, día tras día. Se le ocurrió, ingenuamente, que para el domingo 20 de junio, Día del Padre, seguramente los milicos ("que no deben ser tan malos"), se apiadarían y nos darían visita, y sobre todo a los padres que podrían ver a sus hijitos. Con esa ilusión se fue a dormir la noche del 19.

En la madrugada del 20, como a las seis de la mañana, resonaron voces en la reja: "¡Prisionero Barrera!", le reclamaban. Con los ojos legañosos, las zapatillas mal atadas, la camisa fuera de los pantalones, se dirigió a la puerta, con las manos atrás. Fue la última vez que lo vi.

Lo mataron en el Parque Sarmiento, en otro simulacro de fuga. Junto a él, mataron al casi niño compañero Claudio Zorrilla, a mi antigua amiga y luego compañera militante Mirta Abdón, y a otra chica de apellido Barberis a quien yo no conocía.

En mi desolación posterior, dentro del más profundo silencio, pensé que tal vez Tarzán murió confortado por el recuerdo de mis palabras, y la promesa de una vida trascendente. O, al menos, que en el último momento pensaría simplemente en qué hermosas cosas pueden contarse en los ratos de soledad compartida. Y eso, es la única verdad. Soy yo el que te digo *gracias, querido Tarzán*.

Germán Ojeda

Historias del terremoto

Me gustan esas historias, dice mi amigo, porque hablás de tipos que uno tiene en la cabeza como números, como datos del pasado que se guardan en paquete, sin ponerle caras o nombres.

Es cierto, le digo, a mí también me pasa en otro sentido. El tiempo hace perder la dimensión de las cosas, o lo pierde a uno en otras dimensiones. Por eso cada tanto cuento esas historias, para que no se pierda el perfil humano. A veces, además, la memoria tiende a preservar el costado trágico de las cosas. Por eso cuento, cada tanto, para recuperar la alegría y la ternura que suele anidar en los actos humanos.

Bueno dale, contate otra, insiste mi amigo. Está bien, tengo muchas, algunas para cagarse de risa, como la del riojano. Y te la voy a contar porque después de veintipico de años, el otro día me llamó el riojano. Resulta que se casó con una mina que es hija de una familia de Rufino, mirá vos. Bueno, te cuento.

No me acuerdo bien qué día era de mil novecientos setenta y siete. Estábamos en una celda de la cárcel de Córdoba. Chiquita era la celda, para cuatro personas, pero nos metían de a ocho. El riojano Scalet era uno de mis compañeros en esa celda, un tipo fornido, de espaldas anchas y cintura estrecha, más o menos de mi edad, unos diecinueve años. El Boxi Menardi era otro; después un oficial retirado de la Marina. El flaco Aspitia, que era sindicalista de Perkins. Y el Negro Tarter, que tenía miastenia y los párpados se le caían como persianas cansadas. De los demás no me acuerdo bien. Cada tanto había revoleo y nos cambiaban de celda.

El asunto es que era el setenta y siete y el general Menéndez nos tenía con las ventanas clausuradas, sin recreos y sin visitas, cagando en tarros y comiendo una sopa aguada. El riojano Scalet igual hacía gimnasia, a pesar de los kilos adelgazados. Ese día tocaron el silbato para pasar lista. Repartieron el mate cocido y, cuando apoyé el jarro sobre la mesita, el líquido verde empezó a derramarse. Las chapas de la ventana comenzaron a trepidar, de las paredes se desprendía un polvillo blanco y se escuchaba un rumor sordo, como de un tren pasando debajo de nosotros.

Tiembla, gritó el vasco Aspitia. Y no le erraba, era el terremoto de Cauce que en Córdoba se sintió con una fuerza de los mil diablos. Los segundos corrían y las paredes del viejo pabellón nueve empezaban a descascararse. Estamos hasta las bolas, opinó el Boxi con su habitual parsimonia, mientras nosotros nos abalanzábamos sobre las rejas, igual que los

demás en las otras celdas, pidiendo a gritos que nos abrieran las puertas. Era inútil, los guardias del pabellón habían abandonado sus puestos y corrido escaleras abajo, buscando seguramente el patio para salvarse del previsible derrumbe.

Nuestras celdas tenían un angosto pasillo, que daba a la puerta de rejas que nos separaba del corredor central del pabellón. Sobre la puerta, a unos tres metros de altura, había un pequeño hueco. El riojano apoyó sus manos y pies sobre las paredes del pasillo. Y se trepó como una araña. Cuando llegó arriba, atravesó el hueco y cayó en el pasillo central del pabellón. Llegó al portón de rejas que separaba el pabellón de la guardia y empezó a gritar como un loco. Tuvo suerte, en ese momento subía un guardia cárcel a la carrera y traía el llavero grande en la mano.

¡Abrinos hijo de puta!, le gritaba el riojano. Ni en pedo, yo me rajo, le respondió el cobani agarrando un portafolio que se había olvidado. El griterío era ensordecedor y el tipo se habrá enternecido. La cosa es que cuando encaraba otra vez para la escalera pegó media vuelta, revoleó el manojito de llaves y se lo tiró al riojano que lo abarajó en el aire, sacando una mano entre los barrotes.

La cara de alegría del rioja con el llavero en la mano, es algo difícil de olvidar. Abrió primero nuestra celda y repartió las llaves, así abrimos todas. Y después las rejas del pabellón para salir disparados en tropel escaleras abajo, rumbo al patio. Desde que empezó el remezón hasta que llegamos a cielo abierto, no habrían pasado más de tres minutos.

Al rato apareció el guardia de las llaves y buscó al riojano entre el centenar de presos que caminábamos en el patio, después de más de un año de no ver el sol. El riojano se encargó de rejuntarlas y armar el llavero, para alivio del tipo que seguro ya se veía compartiendo una celda con nosotros si caían los del Tercer Cuerpo y nos encontraban afuera. Ese guardia no apareció más. Pero se debe haber corrido la bola entre los cobanis, porque el riojano nunca más ligó un caracú en la sopa.

No sé –le digo a mi amigo– si la historia ocurrió exactamente de la manera en que yo la recuerdo. El otro día el riojano dijo que pasaría por Rufino a visitarme. Vamos a esperar que venga y veremos. Por ahí viene con el Boxi, me dijo. Lo que sí me acuerdo es que, medió en joda y medio en serio, en el pabellón decidimos condecorarlo al rioja con la Llave de Oro de la Popularidad. Y le entregamos una llavecita hecha cuidadosamente con miga de pan.

Hugo Basso

Relato extraído con autorización del compañero Hugo Basso de la página de Internet de otro compañero: David Andenmatten.

Con tanto de Memoria y de Vida

Todas juntas como el árbol de la vida... vivimos este pasaje, esperando... sólo esperando...

En el año 1973, cuando detuvieron a Eduardo, mi hermano, comencé a tomar conciencia de una situación política argentina represiva y persecutoria... allí me confronté a una lucha por la defensa a la vida, la de él, y de los otros compañeros que con él fueron detenidos. Gustavo y Héctor, fueron los primeros presos políticos después de la amnistía otorgada por el presidente Cámpora en ese mismo año.

A mí me detuvieron en octubre del año 1975, por pertenecer a la Comisión de Familiares de Detenidos Políticos. Lo que acá escribo son, más que un testimonio puntual de la situación carcelaria, mis vivencias dentro de esa situación... con mis miedos, mis angustias y mis fuerzas junto con un colectivo que ofició de una verdadera matriz de supervivencia, las compañeras, que juntas en ese tejido energético creamos una trama de vida para la vida y el amor... Hoy en libertad y en este presente, estamos de nuevo siguiendo la construcción de esa gran familia y hermanos de la vida.

Alicia Ester Schiavoni

Fui detenida en octubre de 1975 en la ciudad de Córdoba. Salí en libertad vigilada en agosto de 1981, después de 8 meses recuperé mi total libertad.

A partir del golpe militar de marzo de 1976, la cárcel de Córdoba se convirtió en un campo de concentración legal, fue tomado por los militares, oficialidad joven de Menéndez. Duró un año, hasta la centralización de las cárceles a fines de 1976 donde se iniciaron los traslados a Buenos Aires. Nosotras, las mujeres, fuimos a la cárcel de Devoto.

La vida en ese año, fue de pura supervivencia, vivimos en el límite permanente entre la vida y la muerte.

Fusilaron a 29 compañeros.

Años 1973, 74, 75...

Años vividos intensamente... Universidad, trabajo, militancia, pasiones... La visita a la cárcel de los jueves y los domingos...

El amor con el Gallego.

Cuántas locuras encierran los recuerdos.

Allí estábamos tirados, desnudos, tocándonos el alma, imaginando el futuro de familia... un futuro mejor... Allí estábamos en un cubo de

silencio sintiendo su piel endurecida y mis ganas de amar y entregarme a la protección momentánea de su cuerpo caliente con ojos color miel... que recorría cada espacio, cada duda de mi cuerpo. Felicidad dudosa, curiosa... que persiste como un hilo conductor de pasiones, militancia, utopías...

Domingo día de descanso,
de pasiones encontradas...
compañeros queridos
que cubrían de afecto ese encuentro
colmados de miedos, locuras y deseos...
mezcla de vergüenza y de coraje...
mi desnudez la suya ... era demasiado
rápido, casi como un suspiro
quedándome prendida en una nube
hasta la próxima visita... así esperaba
fantaseando y apretando la distancia...

Nostalgia: Luz y sombra...

Cuando me di cuenta de que estaba sentada de espaldas al pasado-presente y futuro.

Me corrió un hilo de luz penetrando en mis recuerdos, esforzados recuerdos, dolorosos, emotivos. Circunscriptos a un pequeño espacio del encierro. Largo cruel salado con olor a humedad con palabras sueltas, incoherencias de una nueva realidad no conocida.

Oscuridad...

Caminaba un día de octubre por la calle Junín, ahí en la puerta de Partido Intransigente, me estaban esperando...

Se me cerró el corazón, entré casi inmediatamente en un túnel oscuro, rugoso... áspero consintiéndome un punto de luz... de vida... pues el coraje pudo más que el temor, quise tocar con mis manos la esperanza, esa que convivía en mí.

Escapar de la sombra
de rostros sin nombres
de la violencia del anónimo...
logré lanzarme al vacío...
me deslicé como un rayo
zigzagueando rostros respiros, silencios...
que por la misma reacción

atónitos contemplaban este
pasaje momentáneo...

Entré por la puerta
ese agujero
que encerraba odios, muertes... dolores...
inmundicias, podredumbres
vestidos de señores
coloreados estereotipos
que fingían, retorcían, exprimían
ideas, sentimientos... utopías...
allí estuvimos hamacándonos en la
oscuridad del silencio más atroz...
unidos en el aliento...

Un cuento... un relato...

Así conviví dentro de estos renglones, tratando de inventarme un camino,
jugando con los límites de la irrealidad...
El protagonista estaba allí, metido en mí...
me alejaba, lo observaba, lo tocaba...
pero él giraba en sí mismo
adolorado...
bailando al compás de la
incomprensión, impotencia
barras de hierro frías y determinantes...
entre el ayer y el ahora... mañana y tantos más...

Viví así creciendo en esa incertidumbre durante 6 años, tratando de
reforzarme, luchando casi cotidianamente entre los opuestos...

Sintiendo tantas veces mi desnudez petrificada en un aliento tenue
casi imperceptible...

la comunión de las fuerzas
la comunión de las ideas
la comunión de los afectos
la comunión de los santos
y el perdón de los pecados
junto mis manos, las aprieto fuerte y pienso...
y sueño y me despierto sintiendo
hoy para ordenar el ayer...

Me estoy viendo con mis miedos, mis corajes mi gran rabia... me calmo y camino siempre entorno a la mesa todo cemento que divide el corredor:

CAMINO-CAMINAMOS...

Tocándonos, mirándonos, apretándonos la suerte
de estar juntas
jugar a las escondidas de la verdad verdadera...

Año 1976

Incomunicación-Comunicación

“Sólo un número... un nombre sin apellido sin palabras
sin ideas... sin historia...”

Perder la identidad en el gris del cemento
ellos lo querían, lo decidían así...
nosotras continuábamos pintando una rosa...
desterrando la soledad
creando fantasías
con pequeñitos seres vivientes que alimentaban
nuestros sueños...

...hormiguita josefina sé dónde estás... sale y saludame...
...y tú enséñame a tejer tu paciencia, en un ángulo cualquiera
de este cubo frío, sin color sin olor... arañita de la suerte...

Quizás no encuentro las palabras justas para describir esa experiencia.
Un año de incomunicación, de encierro, de vivir cada día como si fuese
el último...

la muerte estaba presente de día y de noche... ellos no tenían horas,
rompían el silencio con violencia... y así con violencia y odio se llevaban a
una de nosotras impunemente y sin retorno... recuerdo que dormía vestida
esperando... quizás la próxima era yo...

manos insaciables...
manos del mendigo...
manos del silencio...
manos del terror...
manos de la meditación...

manos del grito...
manos de protesta...
manos de la ira...
manos de la ternura...
manos del miedo
manos de las lágrimas
manos de la esperanza...

Libertad a tientas...

El ruido del candado, de uno, dos tres... el último y de repente una bocanada de aire, ruido, luz, gente...

Barrio Devoto, barrio popular, de vecinos sensibles curiosos que alargaban la mirada para atravesar el muro que nos dividía, que nos impedía compartir la rutina... del saludo, la mirada cómplice... de algún comentario callejero.

Tuve ganas de caminar por la vereda, esa que miraba todos los días por la ventana de mi celda, para decirle algo, decirle por ejemplo, que era yo la que lo saludaba todas las mañanas a las 7:30... que era yo la que gritaba para denunciar, para explicar quiénes éramos y qué queríamos y qué sentíamos... y decirle también que a mí me gustaba tomar mate sentada en la vereda... y acariciar el niño del vecino que jugaba con su triciclo de una esquina a la otra... el deseo de querer un cambio y creer en utopías... defender principios fundamentales de vida en mí y en los demás... explicarle qué quería y qué quiero... y qué significaba mi libertad... esa que acababa de recibir... y cuál era el sentido de mi vida... y cómo viví todos esos años que me robaron, cómo distribuía mi tiempo y decirle que como mujer comprendí que debo seguir luchando por un espacio, por mis ideas, por el equilibrio de los opuestos y decirle también que podríamos encontrarnos para descubrir afinidades y diferencias... y qué sé yo... tantas otras cosas más... que me salían de mi cabeza como un torrente cargado de energías... a pesar de mi dolor por esa libertad que era a tientas... me faltaba mi hermano... murió en la cárcel de Caseros en julio de 1981.

Y que le agradecía ese hábito suyo de sentarse con la misma silla en el mismo lugar a refrescar su torso desnudo... que me ayudaba a tocar con la imaginación la realidad cotidiana de la gente común... aliviaba el peso constante, permanente de los uniformes que me martillaban la cabeza con horarios, órdenes y oscuridades...

¡Gracias por haber existido atrás del muro hombre común!

El viaje en tren

Iris y yo juntas en el silencio del reencuentro. Un viaje largo de Buenos Aires a Córdoba... jugábamos a esconder nuestras inseguridades... de esa cotidianeidad, después de seis años de ningún contacto con gente de la calle... y así comprando, pagando y riendo llegamos a destino... La observaba, silencios rotundos rompían esa imagen de alegría cada una masticando su futuro...

Ella masticando la incertidumbre de esa libertad destrozada por la ausencia de E., a quien no verá nunca más, sabía sí, que continuará sintiéndolo en los sueños, como un ángel protector, como un amante... compañero. Tendrá que madurar el recuerdo... mantenerlo intacto así, con la sonrisa ingenua, con la bondad en la mirada, con la disponibilidad... con el coraje... Mi querido compañero amigo hermano, porque los tres fuimos cómplices de esa búsqueda para mejorar y fortalecer utopías... con los miedos que la clandestinidad imponía... Casi tocándonos los hombros nos mirábamos con la alegría de poder manejar, sin ningún control aparente, nuestras emociones y sentimientos de esa experiencia fuerte y rápida como la velocidad del tren que nos llevaba a reunirnos con nuestros familiares...

Y allí estaban esperándonos la familia de Iris y mi madre y hermano... también ellos contenidos, temerosos, inseguros del mañana sin saber qué cosa era una libertad vigilada, qué se podía y qué no... Así cada uno con su pensamiento y preocupación nos reunimos, abrazándonos fuerte dejando que la emoción nos invadiera hasta quedar sin respiro.

Entré en mi casa...

todo estaba en el mismo lugar...

todo quedó parado en el tiempo...

recorrí en silencio cada ángulo, cada objeto

sentí el miedo de la verdad de la muerte

nos esperaban a los dos...

¡¡cuánto peso sentí en mis espaldas!!

¡¡Sólo por existir!!

Alicia Ester Schiavoni

Quisieron callarnos, no lo lograron

No quisiera repetir lo que cada uno que pasó por Informaciones, la D2, La Perla, ya se sabe lo terrorífico que fue. Y otros lo conocen por los testimonios de nuestros compañeros. Pero cada militante trata de sobrevivir sin perder la dignidad, mientras está secuestrado o aislado de las compañeras en la cárcel.

Uno piensa en todo lo que quedó en la calle, en cada casa, en cada rincón; sabiendo que tiene una familia con desesperación que te busca, sin obtener respuesta, una sabe qué es eso de golpear puertas de cuarteles, policías y hospitales sin obtener respuesta. Esa familia y el alma revolucionaria o luchadora hace buscar en tí misma algo para estar bien a pesar de todo; mi motivo fue pensar en ese momento que tenía mis hijos, que luchaban por saber de mí y de mi salud. En ese momento yo tenía dos nietitas a quienes cuidaba mientras la mamá estudiaba; una hija de 10 años que en esos momentos me necesitaba y dos hijos que vivían fuera del país. Sólo pensar en todos ellos me daban ganas de seguir viviendo a pesar de todo.

Luego, cuando te pasan al régimen de ojos abiertos y manos sueltas, significa que estás en la cárcel y es cuando conocés a tus compañeras de lucha, donde una arma su familia con ellas en el lugar que está.

A mí me detienen en mi domicilio particular, en septiembre del 78; me llevan junto a mis hijas; la mayor con sus dos hijas pequeñas –mis nietitas– y mi hija de apenas 10 años. Nos llevan a “la División Informaciones”, que funcionaba en la calle Mariano Moreno, colindante al Comando Radioeléctrico de la Policía de Córdoba. A mis hijas, después de varias horas las liberan. Aún recuerdo el llanto de mis nietitas a causa del hambre y la situación por la que estábamos pasando. Las volví a ver en la visita de “¡una hora!” por año, que daban para Navidad, encima ese año no querían darnos “ese gran beneficio” y gracias a la lucha de nuestros familiares la tuvimos unos días después, pero no en Navidad.

Después de más o menos unos ocho días me trasladan de la maldita D2, luego de tenerme unos cuantos días, me llevan aislada a la UP 1.

En la cárcel de barrio San Martín, la UP 1, continúo secuestrada porque soy aislada desde mi ingreso en el 2° piso. Recuerdo que desde allí vi el traslado casi masivo de las compañeras a fines de octubre del 78, también recuerdo que el 2° piso del Pabellón 14 era el de castigo.

Del 2° piso me sacan para llevarme a La Perla donde soy torturada durante más o menos un mes, me reintegran a la UP 1, pero ya me llevan a la planta baja junto a las compañeras.

Allí una está contenida o mejor dicho te contienen, aprendés a querer de otra manera y también a compartir nuevas realidades, lágrimas, risas, emociones que te hacen sentir más que bien, escuchás, cantás, recitás, contás cuentos, anécdotas, puchos clandestinos compartidos y de vez en cuando un mate que algún solidario te pasaba; la yerba y el mate también clandestino. Aprendés a hacer agujas de crochet con los dientes de los peines, colgantes con los huesos de caracú, con los hilos sacados de los toallones o de nuestras ropas, cordones.

Luego viene el otro paso a la "Gran Cárcel" —el penal de Villa Devoto—, donde conocés a otras luchadoras y es tanta la solidaridad que cada una enseña lo que sabe, yo aprendí francés, también a pasar las fiestas lejos de la familia (Navidad, Fin de Año, cumpleaños), pero allí encontrás todo lo que te falta, lejos de los seres queridos.

Estos nuevos seres queridos tienen tu misma tragedia y las hacés íntimas.

Aprendés a hacer con la grasa sacada de los sancochos que te daban de comer, manteca; con el huevo duro pisado y el pan convertido en harina mezclado con la leche, que te dan de vez en cuando, hacés una torta, bueno, ésta es una de mis anécdotas de fin de año, que yo tengo y no puedo olvidar, es que hay infinitudes de maneras de cómo hacer el pan con leche, azúcar y grasa, luego lo servís junto al mate y parece factura, y al pucho compartido.

Cuando te dolía algo y lo manifestabas a las "autoridades" del lugar sólo te recetaban Hepatalgina, te doliera la cabeza, un pie o un riñón...

Y cuando tenías diarios y revistas eran compartidos, donde también podías aprender inglés, francés o italiano.

En fin comidas, fiestas de fin de año, aprendés a hacer manjares con la comida que todas sabemos que no era buena; una aprende a guardar y hacer facturas, tortas y todo lo que ni te podés imaginar, y ni te cuento los adornos que se ponían por ejemplo en Navidad, Año Nuevo o en los cumpleaños. Allí todo se hacía en función de salir enteras, y se logró ya que todo pasa y la cárcel también pasó.

Me dan la libertad el 9 de julio del 80, pero en realidad nos sueltan el 28 de julio del 80.

Ellos no pudieron callar nuestra lucha, sí pudieron atrasarla.

Pero hoy a treinta años estamos aquí para decirles: QUE NO NOS CALLARON Y QUE QUEREMOS JUSTICIA Y CASTIGO.

Rosa Noto,
Córdoba, noviembre de 2007.

Hasta el día de hoy...

Noviembre del 76. Me trasladan de la D2 donde fui torturado brutalmente, a la vieja cárcel de barrio San Martín. Al llegar, alguien que oficiaba de médico me revisa superficialmente, observa los machucones y con desprecio me pregunta si me duelen...

De ahí soy llevado al pabellón, si mal no recuerdo era el N° 8 –a la izquierda–; ya era de noche. Al entrar, todos los que allí estaban me rodean, haciéndome infinidad de preguntas, una de las cuales era “¿Qué pasa afuera?” En ese momento poco pude contestar, la situación vivida me lo impedía.

Al día después los compañeros me cuentan todo lo que han vivido desde la llegada de los militares, lo que más recuerdo es el hecho que retiraban compañeros de la cárcel para aplicarles la famosa “ley de fuga”.

Recuerdo alguno de los nombres de los que estaban en la celda: Baronetto, Negro, García, Cornejo ¡qué sé yo! ¡Eran como treinta!

Fines de noviembre, sábado, celda del fondo del Pabellón N° 8. En la celda teníamos pedacitos de espejos para vigilar la reja de entrada al pabellón. Se supone que el sábado es un día tranquilo, por lo que los compañeros me encargan la vigilancia con el espejito. Aquí debo aclarar que soy muy miope y encima me habían quitado los anteojos, yo, más que ver, oía si se abría o cerraba el portón. Cuando escucho el cerrojo le aviso a un compañero, él comienza a golpearse los hombros alertando al resto que dormían la siesta, todos se levantan rápidamente, vistiéndose con la mayor cantidad de ropa. Después supe que era para protegerse de los golpes que les daban los militares.

Ese día el que llegó era un gendarme, que nos vino a quitar una inocente Biblia que teníamos, vociferó “que ni siquiera eso podíamos tener”, nos hizo hacer una serie de flexiones de piernas y se retiró. ¡¡¡La sacamos barata!!!

Recordar todo esto después de treinta años ¡no es fácil! No sólo por el tiempo transcurrido, sino por el dolor que causa tanto horror y muerte. Pero debo reponerme y seguir mi historia.

Diciembre del 76, traslado a Sierra Chica, a pesar de lo terrible que resultaba ir a parar con los huesos a esa cárcel, lo preferíamos a quedarnos aquí, por el peligro que representaba para nuestras vidas estar en manos de Menéndez y su grupo.

A esa altura eran 29 los compañeros ejecutados.

Pero... no todos partimos... Los que quedamos, que no éramos pocos, pasamos al Pabellón N° 9; allí pasé dos años. ¡¡¡Y qué dos años!!!

Vivíamos hacinados, ocho compañeros en celdas para cuatro, para colmo no teníamos baño nos daban unos tarros de 5 litros. Como se sabe, son angostos de boca y en ese lugar teníamos que hacer nuestras necesidades fisiológicas.

Para colmo "la comida" era ¡un asco!, por lo tanto siempre había alguien que estaba descompuesto. Convivíamos con los olores más diversos. Pero no todo era tan malo, los carceleros cuando llegaba el día y después del mate cocido, sacaban a dos compañeros para que retiren los tarros y los vacíen ¿Dónde? ¿;En los baños!? Porque había baños, pero no nos dejaban usar, hasta después de la primera visita de la Cruz Roja.

Las requisas eran simplemente BRUTALES: golpes y manoseos por parte de algunos guardiacárceles; destrucción total de los colchones, casi siempre para robarnos los trabajos que hacíamos en huesos. Tallábamos todo tipo de figuras, recuerdo haber hecho para mis hijas de 10, 8 y 6 años. Para la mayor una niña virgen, para la del medio, que es morochita una hormiguita viajera y para la más chica, una hermosa gordita, un conejito. Los dibujos eran de algún compañero que sabía hacerlos, no recuerdo bien si fue Virga o Iratí el que los hizo, yo los tallaba. ¿Las herramientas? Eran pedazos de alambres o clavos que afilábamos, raspándolos en el piso. En la única visita del año 77 que tuvimos para Navidad. ¡¡¡Que fue sólo de 25 minutos!!! Les entregué a mis hijas estos regalitos.

Ellas, alegremente se los colgaron al cuello. Pero cuando terminó la visita los guardiacárceles se los quitaron.

Dejo para la imaginación del lector el estado en que quedaron mis ne-nas.

Algo que me quedó grabado para siempre, fue el terremoto que devastó al pueblo de Caucete en la provincia de San Juan. Aquí, en la ciudad se sintió muy fuerte, pero en la vieja cárcel de barrio San Martín ¡¡¡fue algo aterrador!!! Nosotros estábamos en el primer piso, así que el movimiento era comparable a estar montado en un potro salvaje, con la diferencia que éste no hubiera hecho el semejante ruido, que hicieron las rejas. A todo esto, los guardias desaparecieron de la famosa "lorera" (así llamábamos el centro de los pabellones donde hacían guardia), los ruidos y los gritos de todos nosotros conformó ¡¡¡un cuadro terrorífico!!! Por la noche, con las réplicas que se producían, recién se dispusieron a sacarnos al patio, pero ya no pasaba nada.

Varios meses después, cuando me acostaba, tenía la sensación de que el piso se me movía.

Era toda una aventura ir a la enfermería, fingiendo una enfermedad y para conseguir algunas pastillas para reforzar la medicación de los que realmente estaban enfermos. La orden era tomarla frente al enfermero, que nos daba el vaso de agua; y lograr que las pastillas nos quedaran en la boca, cosa difícil, ¡¡¡pero lo lográbamos!!!

También se podía conseguir con la misma práctica, regímenes especiales de alimentación, que consistían en un bife acompañado de verduras. Estos regímenes eran compartidos para equilibrar la dieta carcelaria, la cual era muy pobre en proteínas y vitaminas.

Como cárcel no era tal, sino un "depósito de personas".

El régimen no controlaba los horarios de descanso, así que aprovechábamos para contar cuentos, películas, jugar al ludo y ajedrez, en juegos contruidos con jabón, pedazos de estopa de los colchones, palitos, etc. Pequeñas cosas que hacíamos para sobrevivir a tan cruel encierro.

Un día, antes de que llegara la Cruz Roja Internacional, entraron al pabellón con una lista. Empezaron a nombrar compañeros, para que prepararan el "mono" o sea, las pertenencias que teníamos para dormir.

¡Todos pensamos que era un traslado! Cuando llegamos a la zona de los locutorios, nos hicieron dejar los equipos. Nos vendaron los ojos y nos ataron las manos en la espalda. Nuestro optimismo por la idea del traslado cayó a tierra; la sensación fue que eran nuestras últimas horas que nos quedaban en este mundo. ¡Bien conocida era la fama del Tercer Cuerpo!

No fue así, sólo fue un viaje en camión hasta el Campo de La Ribera.

Allí nos esperaba alguien que nos amenazó para que no contáramos nada de lo que ocurría a la Cruz Roja Internacional, cosa que por supuesto no acatamos.

Cuando nos entrevistaron les contamos con pelos y marcas todo lo vivido y padecido.

Hay un hecho que no sé si asociarlo al anterior o fue por otro motivo. El caso es que una noche entró la Gendarmería y ¡¡¡nos dio un palizón tremendo!!! Nos sacaron por celda, siempre acompañado por un guardia cárcel que les indicaba a quién debían pegarle más; por lo que en esa oportunidad cobré con aguinaldo y licencia juntos, trompadas y patadas para hacer dulce. En otra oportunidad, detuvieron a un grupo muy grande de gente de los medios y comerciantes. Se dedicaban ¡a vender discos! de Mercedes Sosa, Horacio Guaraní, entre otros.

Entre los detenidos había locutores muy conocidos como Darío Martel, Enrique del Campo, en total eran más de veinte.

Antes de llevarlos a la cárcel alguien los arengó: "Ahora van a ver, los vamos a poner junto con ¡los terroristas!", cosa que los impactó, porque cuando llegaron al pabellón ninguno quería hablar.

Lo recuerdo porque ese día me había tocado salir al pasillo a retirar los tachos. Yo los saludaba por su nombre a los famosos locutores. Pero ellos no contestaban, estaban aterrados, les decíamos que había comerciantes muy conocidos de toda la ciudad, como Alejandro Deutsch o Jaime Lockman, presos con nosotros, pero ellos no contestaban. Hubo uno que sí me dirigió la palabra, diciéndome: "Idish..." Como no le respondí me volvió a decir "Idish..."—recién ahí reaccioné diciéndole que no lo entendía—. Me di cuenta que era su idioma. Este señor creo que tenía algo que ver con La Suiza una firma comercial.

Recién al día después comenzaron a hablar. Había desesperación en ellos, creo que sólo estuvieron tres días.

Me fue difícil comprender, siendo católico, aunque no practicante, la actitud de algunos miembros de la Iglesia Católica. Todas mis hijas fueron bautizadas en la Iglesia Católica, y yo siempre observé mucho respeto por ella.

En una oportunidad fuimos visitados por un capellán del ejército que creo se llamaba Gallardo. Me presenté ante él pidiéndole ser confesado; no ocurrió tal cosa, porque él no estaba dispuesto a hacerlo.

Pero conversamos un rato, al preguntarle por qué a nosotros se nos tenía en este estado, siendo que en mi caso sólo fui un delegado fabril, me contestó que "no éramos peligrosos físicamente, pero sí lo éramos y mucho por lo que pensábamos".

Si hasta ese día tenía alguna duda de la complicidad de sectores de la Iglesia Católica con la Dictadura, ¡terminaron!

¡¡¡Tantas cosas podría contarles!!!

Me voy a referir en forma breve, al traslado a la cárcel de La Plata U9 en la provincia de Buenos Aires.

Cuando llegó el día pasaron lista y nos sacaron de las celdas; nos bajaron, como de costumbre, nos vendaron los ojos y nos ataron las manos a la espalda, creo que con cables.

Nos cargaron a todos en camión u ómnibus, nos llevaron a la Escuela de Aviación. Estuvimos mucho tiempo sentados en el suelo. Luego nos cargaron en un avión militar Hércules y nos pusieron de a dos, acollarados y sujetos al piso de la nave. Yo viajé con el compañero Strzelecki.

Como para terminar les digo que con nosotros viajaba un compañero llamado Pinto que era epiléptico, sufrió un ataque. Las bestias que nos custodiaban en vez de ayudarlo, lo molieron a golpes. Murió a los pocos días de llegar a la U 9 de La Plata. Esta parte del viaje duele hasta el día de hoy...

Yo estuve preso desde noviembre 76 hasta agosto del 83.

Enzo Sacco,
Delegado Gremial Metalúrgico,
Militante Peronismo Auténtico



Foto del Archivo Provincial de la Memoria. Ex CCD D2 (Departamento de Informaciones de la Policía de la Provincia de Córdoba) Muro derribado en marzo de 2007. Sitio reconocido por ex presos políticos como construcción posterior a la Dictadura Militar.

Larguirucho
Federico Bazán

Ricardo Tramontini compartía mi celda, la número seis, en la Unidad Penitenciaria N° 1 en Córdoba, con unos 20 compañeros. De él recuerdo un acontecimiento muy fuerte: su asesinato.

El acontecimiento, sucedió el 20 de agosto de 1976, a las tres de la mañana. El año del golpe dictatorial de Videla, Massera y Agosti.

Esta no quiero que sea una historia con mayúsculas, sino la de un ciudadano común de aquellos años de plomo, de muerte y de grandezas. La historia particular y acotada en el tiempo mío y de Ricardo. De esa época mucho se conservan los recuerdos de los primeros y algún destello de las segundas.

Después de marzo de 1976, las condiciones de vida en la cárcel de San Martín, el barrio cordobés, fueron de más en más empeorando: sin libros, sin revistas, sin radio ni TV, sin vidrios en las ventanas, con mala comida, sin salidas diarias como no fuera a bañarnos en 1 minuto con agua fría y lavar nuestras ropas, o al médico o dentista a palos, sin visitas de familiares; se añadían las golpizas diarias y los “traslados”. Nombre eufemístico para retirar compañeros detenidos legalmente y llevarlos a la muerte, al asesinato.

Cada vez que escuchábamos esas palabras, “hay traslado” o “viene el traslado” y sucedió más de treinta veces, los prisioneros sentíamos un sudor frío en nuestras espaldas. Traslado.

Ricardo Tramontini había caído prisionero en agosto de 1975 con motivo de un acto que hizo un grupo guevarista para recordar los fusilamientos de Trelew del 22 de agosto de 1972.

Allí uno de los policías que lo detuvo, le dijo: “¡No me olvidaré nunca de vos, algún día te voy a matar...!”

Esto pasó en el gobierno de Isabel Perón, y López Rega que con la Alianza Anticomunista Argentina, las Tres A hacían reinar el terror en la Argentina, antes del golpe militar de marzo de 1976.

Una vez instaurado el golpe, cada vez que hablaba con Ricardo me comentaba ese hecho. Y lo repetía como una premonición de muerte: “A mí me van a matar en el aniversario del golpe de Trelew... a mí me van a matar el 22 de agosto de este año 1976”.

“No creas en premoniciones: la situación es dura pero no se van acordar...hay miles de presos... vos sos uno entre ellos...” –le decía yo para alentarlo.

De todas maneras en las celdas manteníamos una guardia de compañeros que cada dos horas en la noche se turnaban y quedaban despiertos para anunciarnos si entraban los militares, con unos minutos de avanzada. Cada celda tenía en su puerta metálica una mirilla, por donde con un sistema de espejos veíamos cuando alguien entraba al pabellón. De ese modo al menos teníamos unos minutos para despertarnos y esperar lo que venía: golpes o traslados. O los dos combinados. Lo que se mira de cada hecho es declinado en palabras y los puntos de vistas difieren. Alguien vio los ojos azules del oficial. Del lado nuestro el guardia nos avisó la entrada al pabellón a las 2 o 3 de la mañana del 20 de agosto de 1976. Un oficial, abrió la puerta, prendió las luces y gritó: “¡¡Tramontini. Preparar sus cosas. Traslado!!

La palabra maldita. ¡Traslado! ¡Traslado! Las cosas, eran un atado con ropas, siempre listo al pie del camastro. Nada que llevar. Sólo el cuerpo.

No pude despedirme de él. Nadie lo pudo. Sólo escuchamos su respuesta de gestos, no de palabras, conscientes de que era su despedida de la vida y que no iba a volver nunca más. Que iba hacia la muerte.

Alguno, quizás vecino de su camastro, le extendió la mano en su imaginación, pero no estoy seguro de eso, pues el terror y el silencio nos tenían mudos, con la cabeza y la mirada bajas, por órdenes de los militares que no querían que los miráramos. El silencio terror, era tan denso que se podía cortar con una navaja. Era un silencio pesado, preñado de palabras, de lágrimas, de convulsiones, de deseos que no se pueden explicar. Lo real de la cosa, del significante mayor allí presente entre nosotros. “El resto es silencio”, decía Hamlet antes de morir, sus últimas palabras.

Entereza, resignación, entrega, búsqueda fóbica de estar allí, en el lugar más peligroso, no sé. Esas ideas poblaban al menos mi mente, la de Ricardo no sé. ¿Cómo interpretar su silencio, su partida sin quejas, sin gritos, sin osar decir una palabra...? A pesar de compartir ese hecho juntos veinte hombres prisioneros, cada uno estaba sumido en su individualidad más cerrada, pues la cosa nos rodeaba, nos oprimía.

.....

Año 2002, en algún mes, 25 años después recibo un llamado telefónico de Clarisa. Yo no sabía que Ricardo tenía una hija, que antes que se cierre la prisión a los familiares en marzo de 1976, fuera a visitar a su padre con seis meses de edad llevada por su madre.

Por teléfono, sabiendo que Ricardo había compartido las últimas horas de su vida en esa celda seis, pidió verme. La cité en mi casa en Buenos Aires, donde había regresado luego de 25 años de cárcel, de exilio interno y de exilio en Francia con mi compañera.

Mi impresión fue de alegría por saber que un ser hijo de Ricardo seguía vivo, y de reminiscencia de aquellos momentos, de esa experiencia de haber rozado la muerte. De sorpresa pues físicamente era de la altura de Ricardo, con sus mismos rasgos, una mujer joven y bella con una tristeza profunda y contenida.

Describí ese acontecimiento de agosto de 1976 ante Clarisa lo más minuciosamente que pude, pues se trataba de su hija, que vivió una infancia sin su padre, en una búsqueda de alguien que al principio ella la asimiló a la un desaparecido. Otra palabra maldita de esa época. Ella buscaba El Nombre del Padre.

Los otros adolescentes con padres desaparecidos, que se agrupaban para organizar su dolor la recibieron al principio con la solidaridad de hermanos huérfanos, pero luego enterados de su historia, le dijeron: "Tu padre no está desaparecido. Estuvo vivo y preso en la celda seis. Muchos fueron testigos. Fue sacado de la cárcel. Fue asesinado por los militares. Le entregaron el cadáver a tu madre. Podés visitar su tumba."

Pascal decía que el corazón tiene razones que la razón no entiende. Esa búsqueda de Clarisa (nombre que tiene que ver con Trelew, pues una de las participantes de la fuga se llamaba Clarisa Lea Place y Ricardo que murió por oponerse a aquellos asesinatos de Trelew, y por lo que le llegó la muerte, se lo atribuyó a su hija).

Fue y es para Clarisa la búsqueda de su padre, del nombre de su padre que es el suyo.

Supé que ella se interesaba por el teatro, luego de su experiencia frustrada en Hijos, y que esa práctica la ayudaba a sobrevivir con su dolor, y a poner palabras a sus recuerdos remotos y a las vivencias que le trasmitían los compañeros de esa celda seis. Yo fui uno de ellos.

Y si escribo estas páginas, es para restituir de alguna manera otra verdad. Ya sé que no se la puede decir toda, pues las palabras faltan. Al menos los veinte que compartíamos esa celda en 1976, podríamos lograr una aproximación quizás de ese pasaje de la Muerte y la Vida en nuestra celda. Quizás haya impresiones dudosas, pero no en lo fundamental: a las 3 de la mañana del 20 de agosto de 1976, en la celda seis, fue la última vez que vimos a Ricardo Tramontini, un joven de 18 a 20 años, alto; no sé si había terminado

el secundario, o si había comenzado una carrera universitaria; sí que tenía una compañera y una hija: Clarisa; y que tenía unas ganas tremendas de vivir, que fueron interrumpidas.

El disparador de este relato anterior, perdón por la metáfora militar de disparador, fue este relato encontrado en un sitio de Internet.

.....

"Para vos, todos somos personajes... porque tu mundo, es un mundo de historieta". (Federico Bazán a "Larguirucho" Tramontini. Unidad Penitenciaria P1, celda 6, Córdoba, 1976.)

Algunos días más tarde a Larguirucho lo mataron. Estábamos presos. Vinieron tres oficiales del Ejército, poco después de las nueve de la noche. Él era muy alto. Sobresalía entre los militares, le ataron con una soga sus manos a la espalda. Sus manos de violoncelista. Yo lo vi, pues me tocaba dormir frente a la puerta de la celda, donde con 20 compañeros más estábamos prisioneros de la dictadura. Los ojos azules de un oficial brillaron bajo la franja negra que proyectaba el casco. No los olvidaré jamás. Federico, cuando salió, se fue a Europa. Según me dijeron, llegó a filmar con Costa Gavras."

Buenos Aires, 29 de diciembre de 2007.

La historia de la familia Casas **LA HISTORIA DE MUCHAS FAMILIAS**

Somos 12 hermanos de madre y padre, más ocho hijos de mi papá, en total veinte. Desde el interior de Catamarca, Cordobita, departamento Tinogasta, donde mis padres trabajaban como agricultores cultivando comino, pimentón, maní, trigo..., llegamos a la capital de la provincia buscando mejorar nuestra calidad de vida. Allí mi padre comienza a trabajar de placer, tenía a su cargo la Alameda, la segunda plaza más importante de Catamarca. Mi mamá trabajaba en casas de familias limpiando y en la casa siempre hubo Unidad Básica Peronista, mis hermanos más grandecitos trabajaban como lustrabotas y canillitas.

Vivíamos a tres cuadras de la cárcel y cerca de la Alameda. La única que pudo terminar el secundario fue mi hermana mayor Teresa, se fue a Buenos Aires a estudiar enfermería, se recibió, se casó y se quedó a vivir allá. Néstor y Dionisio empezaron el secundario pero no lo terminaron porque se fueron a trabajar en la construcción. Teresa se llevó a Huguito a vivir con ella para que hiciera la primaria. Luego estudió perito contable y se empleó en la primera fábrica de televisores Cordobeses, en barrio Pueyrredón y terminó el secundario.

Teresa y su marido que trabajaba en Gas del Estado pidieron el traslado de Buenos Aires a Córdoba, y más tarde se vienen a vivir con ellos Dionisio y Néstor que comienzan a trabajar en la empresa de gas. Luego vengo yo con Laura a trabajar de niñeras, mis dos hermanos habían comprado un lote y estaban construyendo unas piezas. Se vienen Rosa y Elena que comienzan a trabajar en la fábrica de galletitas Lía.

Por 1966 o 1967 se viene a Córdoba desde Catamarca toda nuestra familia, y la casa que construían mis hermanos pasó a ser la casa paterna.

Los más chicos, Carlitos, Fany, Gladis y yo terminamos la primaria y comenzamos el secundario.

Empezamos a realizar trabajo barrial, logramos centros de salud comunitarios, participamos en la reglamentación de las leyes de guarderías y salas de primeros auxilios en las fábricas que debían tener como mínimo un médico y una enfermera las 24 horas; el tiempo de lactancia para las compañeras que estaban amamantando; la reglamentación de los centros vecinales.

En el 73 Hugo entra a trabajar en la Municipalidad de Córdoba, yo en la guardería del S.E.P. –Sindicato de Empleados Públicos– y llegué a ser subdelegada porque para ser delegado debíamos ser como mínimo 50 trabajadores y nosotros éramos pocos. Carlitos trabajaba en la planta de gas de barrio Marcelo T. de Alvear, era trabajador petrolero privado.

Organizamos nuestra unidad básica que se llamó al principio Evita, pero a partir del fusilamiento de los presos políticos de Rawson, en Trelew el 22

de agosto del 72, pasó a llamarse Mariano Pujadas, formábamos parte del Consejo de Unidades Básicas que funcionaba en la Sec. 7°.

En todo trabajábamos juntos y solidariamente con los vecinos de los barrios Centro América, Villa Azalais, Panamericano y Marcelo T. de Alvear. Nos ayudaban a pagar el alquiler del local.

Allí se acercaron y conocimos a los padres de Mariano Pujadas, compañero asesinado en Trelew.

Nosotros éramos un grupo independiente y pluralista. A fines del 73 comienzan a actuar en Córdoba los grupos de ultraderecha como el Comando Libertadores de América; es allí cuando comenzamos a charlar con los compañeros de Montoneros, César Córdoba y Marcos Osatinsky, a fines del 73 y principio del 74, algunos nos integramos a Montoneros, otros compañeros optaron por seguir solos.

La mayoría de los militantes de entonces estudiábamos y trabajábamos, eran los menos los que sólo trabajaban.

Ya empezaban a aparecer compañeros asesinados y caer los primeros presos políticos.

Estábamos considerando a fines del 75 que se venía el golpe de Estado, que llegó en 1976, el 24 de marzo, y había que resguardarse. Hubo gente conocida, amigos y compañeros muy solidarios que acogían a compañeros mientras lograban salir de Córdoba o del país, hasta aportaban los medios económicos. Así se salvaron muchos compañeros.

A mi casa de barrio Marcelo T. de Alvear llegan militares y civiles, secuestran a seis miembros de nuestra familia: mi madre Obdulia, mis hermanas Teresa, Elena con su esposo Rubén, Laura y Fany, los llevan al Campo de La Ribera; saquean la casa llevándose prácticamente todo y luego la incendian. Hugo, Carlos y yo nos salvamos porque los vecinos nos avisan lo que estaba pasando, se los llevan a ellos porque nos buscaban a nosotros tres.

A partir de entonces mi madre vivía cambiando de casa y nosotros tres sobrevivíamos como podíamos, al igual que el resto de compañeros. Carlitos y Huguito consiguen trabajo en la construcción, realizaban una casa y yo consigo trabajo para limpiar casas de familia, así estuvimos hasta el 19 de agosto de 1976 en que secuestran a mis dos hermanos, Hugo y Carlos, de la casa que construían en barrio Argüello. Yo me salvo porque los compañeros deciden que me mudara de la obra a una pensión, de ahí en adelante sobreviví como pude o como lo venía haciendo hacía mucho, no había tiempo para el dolor o el llanto, no había tiempo para el duelo. Había que seguir adelante tratar de no caer y continuar vivos.

Mi madre se reunía en aquellos tiempos, a partir del golpe del 76, clandestinamente con otras madres, padres, esposas, hermanos y parientes de presos y desaparecidos. Lo hacían en iglesias donde los curas eran solida-

rios con nuestra causa como: el Padre Nasser, el Cura Vasco, Padre Marcelo, Felipe Moyano Funes. Así la que había sido la comisión de Familiares y amigos de presos políticos, estudiantiles y gremiales, pasó a ser la comisión de Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas de Córdoba. Ellos se habían ido conociendo en las antecámaras de los tribunales, comando del ejército, servicio penitenciario o en las distintas cárceles del país. Forman la Comisión Nacional de Familiares al conocerse en los penales nacionales o en el Ministerio del Interior donde pedían nuestra libertad o la aparición con vida de los compañeros secuestrados, como se los llamaba al principio, los que luego serían llamados hasta hoy *Desaparecidos*.

A principios de 1978 me vuelvo a vivir con mi madre y mis hermanos Laura, Juancito y Fany.

Mi secuestro

Hasta la casa de mi madre llegan militares y civiles en la madrugada del 13 de abril de 1978, me llevan a un lugar, que luego supe era el Campo de Concentración La Perla, allí me torturan, me llevan a la cuadra donde estoy junto a otros compañeros, desde el 13 de abril hasta el 18 de julio. Durante todo el Mundial de Fútbol 78 oíamos que salían a buscar compañeros que no ingresaban a la cuadra. Allí estábamos Hilda Saldaño, Santiago Lucero, Carlos Vadillo, Toto López, María del Carmen Pérez y yo -Irma Casas-, también pasaron en esos meses el Dr. Mora, un soldado tucumano de apellido Aivar, dos hermanos a los que llamábamos Los Carmona: Raúl y Ricardo, otro compañero mayor de edad, de apellido Viotti y otro Juan Carlos, los fueron trasladando a todos. Llegó una compañera Ilda Cardozo, salteña. Fue secuestrada en la ciudad de Rosario, de allí la trasladan a la ESMA y de la ESMA a La Perla, de allí la trasladan a los pocos días de terminar el Mundial de Fútbol 78, su estado físico y psíquico era lamentable estaba quemado su cuerpo y el cabello por la picana, cigarrillos... En la ESMA la separan de su pareja y a ella le dicen que lo habían matado, Ilda aún permanece desaparecida.

El 18 de julio nos trasladan a los pocos que quedábamos en La Perla a la Escuelita de Malagueño, seis en total. Allí además de tenernos vendados nos atan las manos por la espalda, unidas a los tobillos. Acababan de levantar La Perla como campo de concentración y siguió funcionando como centro de tortura e interrogación. El jefe de Malagueño era alguien siniestro al que llamaban HB, una noche golpeó brutalmente a un compañero que se había escapado de la cuadra para ver si alguna de nosotras tres era su esposa.

Después lo sacan a HB y vienen otros represores de La Perla, más o menos cerca del 20 de agosto. Nos sacaban de a uno o dos de la Escuelita de Malagueño y nos llevaban en auto vendados para interrogarnos. Nos llevaban

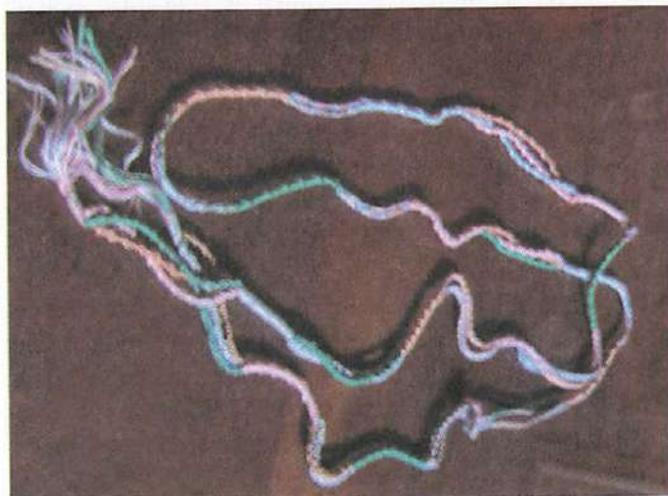
a un lugar cerquita por el tiempo que duraba el traslado. El lugar era una casa común, cuando entrabas, a un lado había dos cuartos con puertas al pasillo y entre sí se comunicaba por otra puerta, al fondo un baño, al otro lado un lugar como si fuera un comedor con un bar de ladrillo y la parte de arriba una madera muy gruesa de algarrobo, al lado del bar un escritorio con una máquina de escribir y unas carpetas. Allí frente al policía federal, de civil, me senté, me preguntó los datos personales y de mi familia, y siguió escribiendo. Me regresan a Malagueño y a los pocos días, el 29 de agosto del 78 nos trasladan a la U P1 de barrio San Martín, al Pabellón 14 de mujeres.

Recién en mayo del 79 nos dan comunicación: visita de contacto, correspondencia, diario, libros... En agosto del 79 me hacen un consejo de guerra y me condenan a 18 años de prisión. El 29 de mayo de 1980 me trasladan en una avioneta con las manos esposadas al piso, junto a María del Carmen Pérez, hasta Campo de Mayo o el Palomar, y de allí al penal de Villa Devoto; estoy un mes aislada hasta que me bajan al pabellón junto a las demás compañeras.

Mientras estaba en Devoto me inicia una causa la justicia federal. Nos trasladan en el 83 a todas las presas políticas de Devoto al penal de Ezeiza. Desde Ezeiza me trasladan a la Cárcel del Buen Pastor en la ciudad de Córdoba, salí en libertad y sobreseída de la Cárcel del Buen Pastor el 28 de febrero de 1984.

Mis hermanos Hugo y Carlos Casas permanecen desaparecidos, mi madre Obdulia falleció y yo sigo reclamando justicia.

Irma Casas,
Córdoba, 2008.



Trabajado en distintos puntos de macramé realizado con hilos de seda que podían ser ingresados al levantarse la incomunicación como consecuencia de las presiones de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (C.I.D.H.) de la O.E.A.

El terrorismo de Estado y los trabajadores

Fue antes del Mundial, junio de 1978.

Mucho se ha hablado de la represión a los presos políticos de la Penitenciaria, de la política de aniquilamiento llevada a cabo por la Dictadura contra los militantes populares, sus organizaciones, instituciones amplias, organizaciones de base o representativas, también de los distintos sectores populares, sindicatos, centros vecinales, etcétera. Pero hay una faceta menos abordada, poco analizada, más relacionada con una estrategia de más largo plazo de los sectores dominantes, ejecutada por los militares y demás fuerzas represivas: nos referimos a los distintos modos que utilizaron ellos para imponer el terror en la sociedad, golpeando en forma arbitraria, tanto individual como colectivamente a distintos sectores, cuyo común denominador era ser trabajadores o intelectuales o estudiantes, y por ende potencialmente peligrosos.

Queremos en estas pocas líneas recordar dos cosas que vivimos en la UP 1 (Penitenciaria), y que son emblemáticas de lo que estamos hablando: la detención masiva de obreros de la construcción sacados de una obra en el centro de la ciudad en octubre del 77 y la detención también masiva de dueños, empleados y clientes de distintos comercios, ubicados en la peatonal de Córdoba, dedicados a la venta de discos, etc.

El Pabellón 9 de la UP 1, hacia fines del año 1977, albergó aproximadamente a un centenar de Presos Políticos. El régimen de vida era el equivalente al de un Centro de Detención Clandestino: no había comunicación con el exterior ni con el resto de los pabellones, no existía ningún beneficio, ni libros, ni papel, ni actividades recreativas de ninguna naturaleza, ni tabaco, ni nada que le permitiera a uno sentirse cercano a la libertad. Es decir, la política carcelaria perseguía los mismos objetivos que los militares y las fuerzas represivas en general reservaban a los secuestrados para su aniquilamiento físico y psíquico. El pabellón 9 (al igual que el 14 de mujeres), era un auténtico campo de exterminio.

Era a este infierno adonde los militares llevaron a un grupo de 15 obreros de la construcción de la obra en la cual trabajaban en la Avenida Maipú. Los cargaron en un camión del ejército, los depositaron en la Penitenciaria, en el Pabellón 9, los tuvieron en esa situación por 48 horas. Y luego los trasladaron a la Cárcel de Encausados, donde los retuvieron aproximadamente 3 meses.

El segundo hecho, de características similares en cuanto a modalidad, se refiere a la detención en la peatonal en los primeros meses del 78, de un

grupo aproximado a la veintena, entre dueños, empleados y circunstanciales clientes de comercios de venta de discos. El motivo, un viernes a la noche, el mando militar del III Cuerpo sacó una resolución por la cual se prohibía la exhibición y venta de un listado de discos, cuyos autores y temas, los militares los definían como potencialmente peligrosos y desestabilizadores. El listado incluía desde Mercedes Sosa hasta Los Trovadores.

El día sábado a la mañana un nutrido grupo de soldados a bordo de camiones militares, recorrieron las disquerías, deteniendo a aquellos (dueños, empleados y clientes) que no habían acatado la Resolución del día anterior, en relación a los títulos mencionados.

El sentido de este breve relato, es poner de manifiesto cómo la estrategia de la Dictadura Militar y los grupos de poder que fogonearon y apoyaron el golpe, iba más allá del aniquilamiento físico y psíquico de la militancia, apuntaba a la desarticulación social, para reconstruirla sobre una nueva base, nuevos valores y nuevos parámetros: el régimen neoliberal que cristalizó con el Menemismo en la década del 90, en sus raíces, en los oscuros campos de exterminio como la UP 1, de la dictadura del terror, impuesto a sangre y plomo, al conjunto de la sociedad.

En este marco es que podemos intentar entender, no sólo la ferocidad, sino centralmente, la integralidad del proyecto represivo.

El conjunto de la sociedad era un inmenso laboratorio y en los centros como la UP 1 tanto los albañiles como los empleados de las disquerías, se transformaban en "voceros" del infierno. Ellos se encargaban de contar lo que vieron "allá abajo", si es que lograban superar el terror de la experiencia vivida.

El poder y la impunidad de la que gozaban las Fuerzas de Seguridad, los llevaba a mostrar obscenamente sus crímenes, gracias a la convivencia complaciente y al silencio cómplice de las instituciones, particularmente la Justicia.

Rodolfo Novillo

Soberana de mis sandalias

Mi nombre es Rosa Salinero. Fui detenida por la policía de la provincia de Córdoba la fría mañana del jueves 23 de junio de 1977. Formé parte de una causa inventada por los represores junto a otras 15 personas con las que teníamos en común haber participado alguna vez en actividades del Peronismo de Base. Al cabo de 20 días de sufrimientos indescriptibles fui trasladada junto con otras compañeras a la unidad 6 de Encausados de Río Cuarto. Allí convivimos 11 meses entre 11 y 13 chicas. Estábamos en una pieza grande de unos 6 por 6 metros. Dormíamos en cuchetas y no podíamos salir jamás al patio. Durante el día nos abrían la puerta para que entrara aire y la cerraban a la noche. La comida era pésima y escasa. De vez en cuando los guardias que traían el pan de un depósito nos daban una tira, que devorábamos con muchísimo gusto. Las actividades allí eran contar cuentos, películas, anécdotas, hacer actuaciones o cantar. Con los hilos de las toallas bordábamos trozos de sábanas, hacíamos pequeñas esculturas con miga de pan y jabón de lavar la ropa, fabricábamos pequeños regalos para las añoradas visitas que finalmente nunca nos dieron. Fuimos trasladados un grupo entre varones y mujeres, éramos los 16 de la causa. Esto ocurrió en el mes de mayo de 1978. El traslado lo hicieron en unas camionetas. Íbamos sentados y con las manos atadas. Nos bajaron en la penitenciaría de Córdoba. Posterior a la requisita y a la identificación de entrada nos condujeron por unos callejones polvorientos que parecían de una película del oeste. A los costados había toda clase de basuras y escombros y sonaba a lo lejos un golpe sordo permanente, parecido a las campanadas de un reloj de péndulo. Íbamos con las manos atadas a la espalda y corría viento. Recuerdo en aquellos momentos haber tenido pensamientos como que algún día voy a volver y seré millones, esto no va a quedar así... o cosas por el estilo, para canalizar la impotencia...

Nos condujeron al famoso Pabellón 14. La primera impresión fue de asombro ante la palidez de las compañeras que estaban allí. Esto se debía a la falta de patio, de aire, al sufrimiento al que eran sometidas.

Las compañeras fueron tremendamente solidarias, al conversar con ellas sentí como que tocaba el cielo con las manos. Nos empezaron a enseñar toda esa cultura carcelaria que les había permitido sobrevivir a ellas. Muchas cosas parecían estar en el mundo del revés. Por ejemplo, el envase vacío de los dentífricos era más valioso que la pasta misma porque dándolos vuelta tenían una especie de grafito que nos permitía escribir y el soporte de aquella escritura eran las tapas de los tarros de leche nido. También podía-

mos escribir con ese grafito las puertas de las celdas. Después de tanto tiempo en que se nos prohibía la escritura aquellos elementos fueron maravillosos. También recuerdo una vez en que llegué a la celda y encontré un jarro con leche, no sabía de quién era... pensé que se habían confundido, dudaba... pero tenía tanta hambre... que me lo tomé casi sin respirar, cuando justo entró una compañera que me dijo tómalo tranquila, acá repartimos la dieta de las enfermas también y te tocó hoy ese jarrito de leche... eso amenguó un poco la vergüenza de esa sensación de haber robado comida... me parecía que estaba asistiendo a un milagro ya que lo pésimo de la comida del penal y mi afección al hígado se llevaban muy mal por lo que mi dieta era escasisima. Sé que estaba extremadamente delgada, pero no tengo recuerdos de mi imagen, puesto que los espejos estaban prohibidos. Las compañeras nos pusieron al tanto de lo que pasaba en la Argentina ya que de alguna manera los presos comunes les hacían llegar noticias. No lo podíamos creer. Allí nos enteramos que existían campos de concentración y miles de desaparecidos (asesinados)... Que el mismo Menéndez le había reconocido a monseñor Primatesta que los tiraban al lago San Roque. Hasta julio estuvimos con las compañeras compartiendo actividades, afectos, alimentos y todo lo que era posible compartir.

Posteriormente a esa fecha nos trasladaron al piso de abajo porque nos iban a hacer un consejo de guerra y los militares querían que estuviéramos incomunicados durante el juicio.

Allí nos encerraron en celdas de uno por dos con escasa ventilación y sólo nos dejaban salir al baño una vez por día. Teníamos un tacho de 5 litros en el que hacíamos nuestras necesidades y lo vaciábamos cuando nos dejaban ir al baño. No nos dejaban bañar casi nunca. Sólo recuerdo que una vez con una temperatura bajo cero nos dejaron lavar la cabeza y bañar con agua helada lo que me produjo una gripe y bronquitis crónica que me duró meses, tal vez años.

Las salidas al consejo de guerra eran imprevisibles y no sabíamos si regresábamos. Una vez nos dijeron la famosa frase "traslado con efecto" y tuvimos que hacer un atado con nuestra ropa, lo que pensábamos era que nos iban a llevar para matarnos a algún campo. A mitad del camino pararon y hablaban entre ellos y cargaban y descargaban las armas para que pensáramos que nos iban a fusilar. Más tarde estuvimos en el edificio de la Brigada de Paracaidismo en la farsa de juicio donde había siempre un grupo de espectadores militares de la escuela de paracaidismo que se reían a carcajadas de todo lo que decíamos. Sólo recuerdo que me preguntaban si yo tenía novio, si tenía relaciones con mi novio, si había salido del país, si sabía que mis amigos habían matado a la hija del general Viola a lo que yo respondía incoherencias porque no tenía idea de lo que estaban hablando.

Cuando nos llevaron de nuevo al penal las compañeras ya nos daban por desaparecidas. Entonces me puse a cantar bien fuerte "Balada de marzo" de Mercedes Sosa y cuando escucharon mi voz las chicas empezaron a llorar porque se dieron cuenta de que habíamos vuelto y estábamos vivos. Nos gritaban desde las ventanas y nos alentaban y también por el espacio entre pisos donde estaba la reja que separaba las escaleras.

Una vez terminado el juicio nos comunicaron con las demás compañeras, allí teníamos un coro increíble, ensayábamos en el baño y todos nos escuchaban, después actuábamos frente a las demás que nos escuchaban de nuevo, con una bondadosa paciencia y con disimulado asombro las canciones que ya habíamos ensayado cientos de veces.

En octubre de 1978 decidieron llevarnos a Villa Devoto, había pasado el Mundial y nos habíamos salvado una vez más de que nos mataran ya que la consigna había sido en un momento que si pasaba algo durante los partidos que se jugaran en Córdoba especialmente si le pasaba algo a Videla nos iban a matar a todos los presos políticos de la Penitenciaría.

En Río Cuarto, de memoria, y en Córdoba, usando el envase de dentífrico como lápiz, compuse algunos poemas: éste en Río Cuarto. Les puse música y los canté cientos de veces. Tal es así que al día de hoy los recuerdo perfectamente:

Soberana de mis sandalias

· Soberana de mis sandalias
Dueña y reina de mis ideas...
No hay reinado que se compare
Al reinado de ser la dueña
Del propio vuelo.

Siempre hay flores en mis paisajes y en el fondo hielos eternos

No hay reinado que se compare
Quién podrá cercar este cielo...

Ya me elevo sobre las rejas y del encierro no me acuerdo

Quién podrá cortarme las alas
Quién podrá interceptar mi vuelo...

Anhelo

Quisiera ser tierra al costado
De un manantial duradero
Y descansar algún día
Bajo la sombra de un duraznero.

Tarde de invierno

Está el aire cargado de presagios.
El cielo gris y un solo pájaro
Por el laberinto de sonidos
Un sendero muy delgado
Me acerca voces de criaturas
Estertores, chubasco...
Las sombras caen antes de tiempo
¡Qué mansedumbre ahogante!
Dejar penetrar la noche
Sin rebelarse

Separación

(Metáfora por el asesinato del compañero Juan de Dios Vila.)

Rumbo al atardecer
Vuelan dos pájaros fuertes...
El fuego del día se desvanece...
Invisible uno de ellos cae al suelo...
De la dulzura de los campos
Sube un perfume hacia el cielo
Es hermosa la armonía del río pequeño
Lástima que sobre la Tierra quede un pájaro muerto...
Que nadie lo nota...
Que nadie lo cree...
Porque no aparece...

Homenaje a algunos de los compañeros de Río Cuarto que pasaron por la cárcel de Córdoba, fallecidos después de salir en libertad.

Lidia Querín

Lidia, la Negrita como la llamábamos todos, parecía una hormiguita viajera. Su gran bondad y honestidad no tienen comparación alguna con persona conocida. No es una exageración Lidia siempre prefirió la felicidad de los demás a la suya propia, nos enseñaba francés y nos hacía soñar con que algún día viajaríamos a Francia a defender los derechos humanos de la Argentina. Maestra de alma, alfabetizadora con los métodos de Paulo Freire fue una luchadora incansable por la justicia y la dignidad de los que menos tienen.

Siempre impecable, recordábamos en rueda de amigos su celda, con la pava y las ollas brillantes, la única perfumada ya que sus hermanas amorosamente volcaban litros de perfume en la ropa que le mandaban. Salió en libertad una Navidad, en 1982.

Consagró su vida después de la cárcel a la educación. Fue madre de muchos niños que fueron sus alumnos y a los que ayudó sin medir esfuerzos.

Un invierno muy duro, el 30 de julio de 1991, nos enteramos que nuestra gran amiga había muerto de un paro cardíaco. Su corazón demasiado generoso para esta tierra no pudo más y estalló. Lidia tenía sólo 47 años.

Liliana Zorzín

Fue detenida en Río Cuarto a fines de junio de 1977. De carácter fuerte, esforzada, luchadora.

Salió en libertad en noviembre de 1978.

Estudió Magisterio y Ciencias de la Educación, destacándose como excelente docente. Conoció a quien la acompañaría hasta el final, su esposo y se fueron a vivir a San Luis donde tuvieron dos niñas. Liliana falleció de cáncer de mamas en el año 2003 a la edad de 48 años.

Néstor José Rodríguez (Chirola)

Trabajador municipal en Río Cuarto, de condición muy humilde vivía con su familia en el barrio El Acordeón. Cuando fue detenido no se le dio explicación a nadie de su familia. Su esposa Marta peregrinó llamando puertas para averiguar sobre su paradero hasta que un policía le previno que tuviera mucho cuidado, que la podían meter presa también y torturarla, como habían hecho con otra vecina del barrio, la compañera de Roberto Flores, Soledad, hoy fallecida. Con el tiempo se enteró de que la causa por la que se habían llevado a su marido era política.

Néstor salió en libertad a fines de 1978. Fue reincorporado como empleado municipal, empleo que desempeñó 42 años. En 1985 se le hizo un homenaje en su lugar de trabajo, reconociendo sus méritos. Militante gremial, era discutiador y solidario. En su casa tenía una máquina de soldar y con ella arreglaba toda clase de cosas que le venían a pedir los vecinos, no importaba la hora porque el Chirola era un hombre extremadamente generoso. Recto, de una sola palabra, no prometía cosas que no pudiera cumplir. Había aprendido a leer en el servicio militar, pero tenía una gran cultura general y podía hablar de todos los temas, buen conversador caía bien en

cualquier grupo. Mucho tiempo sufrió de un dolor en la espalda que él pensaba que era de una patada que le había dado “un milico” en la época de la prisión. Murió de un tumor en el pulmón el 19 de mayo de 1998 a la edad de 58 años.

Alejandro Massa

Falleció a la edad de 60 años por una cirrosis hepática.

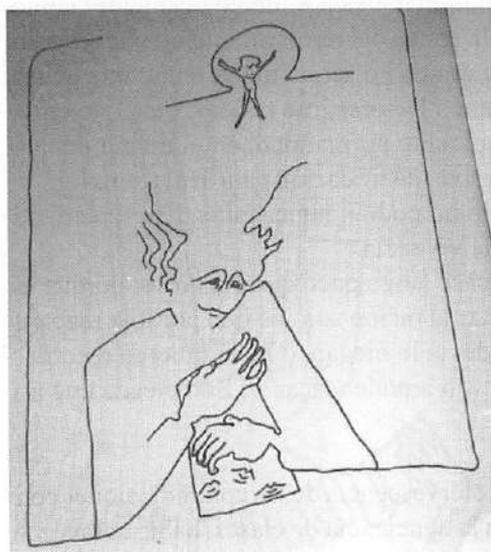
Alejandro, El Gordo, para todos sus amigos, fue un militante muy renombrado de la juventud universitaria peronista, en la Universidad de Río Cuarto, años 1972-1975.

Conocido por defender causas justas, a su manera particular y sin hacer caso a los convencionalismos ni a las poses, hizo ostentación de un sentido del humor formidable.

Padeció siete años de cárcel injusta por subversión ideológica, ¡cáspita! Era muy inteligente para andar suelto en los años de plomo.

Nos dejó, hace unos meses, sorprendidos por su muerte repentina, nos había acompañado en la Asociación de Ex Presos Políticos desde sus comienzos en Río Cuarto.

Los que conocimos a estas excelentes personas pensamos que de no haber estado en la cárcel y de no haber sufrido aquel trauma tremendo, es posible que estuvieran todavía con nosotros acompañándonos y con buena salud, no podemos probarlo, pero lo sentimos así. Los llevamos siempre en nuestro corazón.



Rosa Salinero

Dibujo realizado por Héctor Assadourian en papel dibujo y tinta negra, en la cárcel UP1, año 1984. Se permitía el ingreso a partir de 1979(año que viene la CIDH, motivo por el cual la incomunicación se levanta y se permite el ingreso de otras cosas, como materiales para dibujar).

La memoria histórica de los pueblos

La memoria histórica de los pueblos tiene que ser escrita con la verdad, yo quiero hacer un humilde aporte. Porque soy parte de esa historia. Cuando niño, vivía en Alta Córdoba que fue la zona central de las confrontaciones armadas entre Rebeldes y Leales en la Revolución del 55 y con escasos años vi desfilar montones de muertos.

En la adolescencia y siendo estudiante secundario, en el barrio Clínicas vivencí el Cordobazo; ya como adulto me tocó la dictadura del 76.

En el Yo interior después de 30 años, todavía está encofrada una parte de mi vida; ése es un espacio que contiene una carga explosiva de violencia, angustias, temores, sufrimientos psíquicos y físicos deshumanizantes, ante tamaño abuso de poder al que me sometió la dictadura.

Hoy mi vida tiene la serenidad de los años vividos, y quiero abrir ese cofre de sueños rotos, ideas perdidas, lágrimas derramadas mías y de mis queridos.

Por eso quiero pedir disculpas antes de empezar a escribir porque no sé si voy a poder volcar mis vivencias con claridad.

Del bagaje de mi "cogito" interior voy a tratar de exhumar lo que hay de lo emocionalmente captado en esa época con el pensamiento cognitivo actual.

No es fácil haber pasado por la persecución, la humillación de la tortura y la cárcel donde nos quisieron aniquilar física e ideológicamente; como persona que pasó por el horror en la época del terror, mi mente y mi cuerpo sufrieron modificaciones y no soy el mismo ser, también tengo mis dudas sobre cómo va a llegar a los distintos lectores, me refiero a los que en la época del 76 al 83 vivieron una aparente normalidad, en el marco de una presión ideológica de justicia represiva, justificación para la paz interior.

Aquéllos que no habían nacido no podrán nunca entender en plenitud porque les falta la esencia que es la vivencia.

A los que pasaron por donde pasé tengo poco que contarles, porque lo vivieron. Quienes tienen que prestar atención son los que por una razón u otra vivieron lo sucedido y hoy todavía lo niegan, o no lo quieren recordar (¿¿La pueden esquivar pero no la van a poder sacar??) Son ciegos que no quieren ver.

Transcurría el año 1975 plena efervescencia de las contradicciones con el sistema, emergía en todas partes la conciencia de clases, había comenza-

do el resurgir de la cultura política en la masa de trabajadores, los campesinos tradicionales, los estudiantes.

En ese entonces era un obrero asalariado de una fábrica de autopartes, el 12 de noviembre del 75 fui llevado hasta la siniestra D2, de Informaciones de la Policía, junto a mi compañera: nos tiraron en un patio con los ojos vendados y esposados donde permanecemos unas 24 horas sin agua, comida, ni nada.

Recuerdo un hecho anecdótico: se había jugado un partido en la cancha de Instituto y a la salida un hincha triste por la derrota, tuvo la mala suerte de que se le cruzara un Falcon verde delante de él y éste le dio un golpe al techo, de inmediato un par de Itakas se apoyaron sobre su cabeza para terminar junto a nosotros en la D2; se había cruzado con la patota de los Falcon. ¡Esa noche recibió más trompadas y patadas que Bonavena en toda su carrera!

En poco tiempo ingresé al penal de barrio San Martín, en compañía de El Francés y de José P. En el viaje el puchinbol de la patota fue El Francés que pasó directamente a la enfermería; así comenzó mi viaje en manos de los represores.

Para aquél que no conoce la cárcel de San Martín, tiene pabellones concéntricos cuyo centro es una garita de guardias —a la que llamábamos “lorera”—, me alojaron en el Pabellón N° 8, el de presos políticos. Allí transcurrían mis días de bonanza, llegaron algunas visitas y los reacomodos, el pabellón N° 6 pasó a ser mi nuevo hogar, pocos días previos al golpe.

El 24 de marzo del 76 a la madrugada comencé a oír por la Spica —radio— que tenía debajo de mi almohada y sonaba toda la noche, los bandos militares de la junta militar; habían legalizado el terror; ya no fue lo mismo para ninguno de nosotros, porque a unos les llevó la vida y a otros consecuencias indelebles para el resto de sus días.

Hoy a tantos años los recuerdos no dejan de surgir y muchas preguntas aún están sin respuesta, amigos que no he vuelto a ver como a uno muy grandote que le decían El Chiquitín y entre los recuerdos de este grandote fue una gran paliza que le propinó el cabo Pérez: cuando nos estaban bailando y con la goma dando, que suena a Dios rogando y con el mazo dando. Entre cuerpo a tierra y cuerpo a tierra partía la goma en busca de esa espalda magullada que no encontró, era tal la furia que la goma se le soltó al cabo Pérez y voló hasta los retetes, eso enardeció más al sádico golpeador, que terminó propinándole una paliza individual para saciar su morbo y dejarlo tendido como semimuerto.

Es muy difícil entender que cada tres horas, en cada cambio de guardia, y durante las 24 horas donde los de uniforme se divertían y los detenidos pasaban por un infierno escalofriante; como el Infierno del Dante.

Pasaron casi cinco años hasta que me reencontré con las personas que habían quedado atrás, ahora comenzaba a quedar en el pasado la UP 1, Sierra Chica, La Plata, mi mente llevaba la carga de los propósitos y objetivos bien definidos y a largo plazo de la dictadura. En lo emocional y afectivo me siguieron los fracasos, en lo laboral –económico– con un certificado de mala conducta en mi mano, fue imposible que alguien se arriesgara a darme trabajo formal como el que una vez tuve; la dictadura logró uno de sus objetivos en mí y es: QUE NUNCA LOS OLVIDE.

Soy uno más entre tantos... ¿A veces siento vergüenza?, tristeza y mis respetos a todos los que no pudieron volver a la vida y quedaron en el camino...

Amigo busca la montaña
de mentes desperdigadas,
donde el silencio es bulla
y la bulla libertad.

Silencio que acongoja
de seres sin palabras,
nos dejaron sus nombres
que no se pierda nada.

Antonio Alcázar
Córdoba, 2008.

Una de las tantas historias... de mi país

...Nací por 1941, épocas de guerras mundiales. Fue en familia, un pueblo que con los años dará que hablar por la represión que sufrió por una dictadura militar, que generó un genocidio en la Argentina.

A los nueve años vivía en la ciudad de Tucumán a dos cuadras de la Casa de Gobierno, fue en ese entonces que vi una gran manifestación, eran obreros de los ingenios azucareros, con inmensos carteles y al grito de ¡¡¡Perón!!! ¡¡¡Perón!!! llegaron al edificio de la Fotia, que quedaba en Congreso y Gral. Paz, consiguieron un 50% de aumento en su lucha, hubo incidentes, el gobierno les echó la culpa a los comunistas. En mi niñez era la primera vez que escuchaba esa palabra *comunista*, no le veía nada raro al chico vecino que lo detuvieron por comunista.

En 1951 mi tía era costurera, tenía un salón de costura con nueve máquinas y trabajaban ocho empleadas, vino una crisis económica muy dura, cerraron muchas tiendas de los turcos que compraban los vestidos –batones– al por mayor, mi tía se quedó con tres máquinas de coser y dos empleadas.

En esos tiempos nos divertíamos con Gori, Pichina, el Ruso, pequeña barra, nos gustaba el cine matinée de los domingos por serie; teníamos que tener los deberes y buenas calificaciones en el colegio de los curas de Sto. Domingo para no perderse la continuación de las series, recuerdo que de lejos nos gritábamos... “¿qué películas vas a ver?...” “el pelao con trenzas” ¡ja! ¡ja! ¡ja!... y yo la “fuga del paralítico” ¡¡¡¡huuijaaaaa!!!!... La fuga del paralítico...

Me vine para Córdoba, estudiaba para joyero relojero; viviendo en barrio Cáceres me hice de amigos, jugábamos al fútbol juntos en una canchita del Hospital Misericordia (Hospital Antituberculoso de Mujeres) el “Bebe”, “Tata”, “Carlos” todos Rodríguez, César y el Omar Córdoba, Medina entre otros, luego tomábamos una Vidú Cola en el centro vecinal, nunca hablamos de política. Sin embargo, con los años nos encontramos en diferentes frentes de lucha.

Entré a trabajar en una fábrica de relojes Argenta luego Kaiser, ya estaba la Libertadora, milicos con fusiles.

Aprendí como obrero a defender mis intereses de clase junto a los trabajadores en su conjunto; pertencí al gremio de SMATA, metalúrgico y estando en el gremio de petrolero privado fui detenido un 24 de mayo.

En el Pabellón 3 de la Cárcel de Encausados, pabellón de los presos políticos, llegó un *compañero* del gremio de Obras Sanitarias, presidente del Cuerpo de Delegados: Pablo Balustra. Un *compañero* peronista que colaboró para limar asperezas que por posturas políticas tenía y teníamos dentro del pabellón.

Ya en la UP 1 de San Martín con el golpe de Estado, nos sacaron al patio porque los guardias hacían una prolija requisa dentro de las celdas del pabellón, dejando solamente las camas, entramos en un aislamiento total, encerrados y hacinados.

A los cros peronistas los pusieron en las celdas para 12 camas en donde convivían 32 personas todos peronistas. En las celdas 3, 2, *compañeros* del PRT. Con 35 camas vivían 100 personas y así las celdas 4, 5 y 6 respectivamente con *compañeros* gremialistas e independientes.

Los milicos entraban de noche a los pabellones, en silencio total y, a los gritos en la oscuridad golpeaban a diestra y siniestras con bastones de gomas, puñetazos y patadas. Torturaban y se retiraban, dejando un tendal de *compañeros* mal heridos y sin atención médica.

Todas las noches elegían celdas diferentes o se ensañaban con una. Lo recuerdo siempre al "Diablito" Tristán Funes, lo sacaron junto a otros *compañeros* para fusilarlo. Volvió solo a la celda, mejor dicho lo devolvieron. Se salvó porque el cupo estaba lleno. La segunda vez que lo sacaron lo trajeron de nuevo, con un mensaje para todo el pabellón de amenazas de muerte. La tercera vez que lo sacaron, lo abrazamos, y mientras caminaba por el pabellón con las manos atrás saludaba en voz alta: "Chau *compañeros*, chau *compañeros*".

Sí, esta vez lo fusilaron. Ya lo habían matado tres veces.

Estábamos aislados totalmente.

Los comunes o los presos comunes no tenían contactos con nosotros, salían al patio del recreo, la verdad, con la experiencia carcelaria que tienen más su solidaridad, a riesgo de su propia vida entraban como volando algunos cigarrillos sueltos por un agujero de la reja, se guardaban rápidamente para repartirlos en el momento adecuado equitativamente.

Fue en una requisa espontánea y sorpresiva, los milicos encontraron un cigarrillo debajo de un destrozado colchón. En una feroz golpiza querían saber de quién era el cigarrillo. Hablar significaba la muerte.

Los sacaron a todos, los de la celda 1, y los pararon contra la pared. Estuvieron 38 horas parados, mientras los golpeaban.

Pablito Balustra estaba allí. Recibió un golpe en la cabeza con una bota de los milicos, cayó al suelo. Tuvo que ser transportado al hospital del penal porque por más que lo golpeaban para que se levantara no lo podía hacer.

Pablito Balustra, presidente del cuerpo de delegado de Obras Sanitarias, por los golpes quedó paralítico.

Nos trasladaban a otro penal en una madrugada, con las manos atadas hacia atrás con alambre. Parados en el pabellón oí que un milico decía me falta uno. Contaba y recontaba y le faltaba uno, preguntó “¿¿Quién es Balustra??” “¿¿¿Quién es Balustra???” alguien en susurro le dijo algo, “¡¡¡tráigalo!!!” al rato sentí como una camilla que depositaban en el suelo, no podíamos ver nada, todos estábamos vendados.

“Así yo no lo llevo, vuélvalo” dio la orden.

Trajeron a otro compañero para reemplazarlo, compañero que hoy vive.

Al compañero Pablito Balustra lo mataron por intento de fuga.

La verdad que Pablito Balustra, presidente del cuerpo de delegado de Obras Sanitarias en 1975, fue fusilado.

Pablito estaba paralítico.

La fuga del paralítico. En mi niñez era una broma, una alegría.

Hoy la fuga del paralítico me llena de tristeza. Pablito Balustra presidente del cuerpo de delegado de Obras Sanitarias de Córdoba fue cruelmente asesinado por la dictadura militar, al mando del asesino más grande de Córdoba, el genocida Luciano Benjamín Menéndez.

Mi familia, mis amigos y compañeros de mi niñez, todos peronistas, como Balustra.

Yo, más conocido como Mateplata, P.R.T.

Carlos “Mateplata” Ávila

Extender mi embarazo...

Me llamo Elgoyhen, Elsa Margarita. Hoy debo hacer un relato en pocas líneas sobre un período de mi vida: cinco años y algo más que estuve detenida, primero en un campo de concentración y luego en dos unidades carcelarias que no se diferencian mucho de los campos de concentración.

La verdad es que me cuesta hacerlo... y mucho.

Es que se recuerdan muchas situaciones en las que sufrí muchísimo.

Fui detenida junto a mi marido, Soria, César Roberto cuando tenía 19 años de edad; me encontraba embarazada con un mes de gestación.

Nos detuvieron el 11 de noviembre de 1976 personas de civil, sin identificarse, las que alocadamente y en forma desahogada nos tiraron al piso del bar en el que nos encontrábamos, nos vendaron, nos ataron y nos llevaron en autos a La Perla, campo de concentración de la provincia de Córdoba.

A mí me tuvieron allí un día, tirada en colchoneta, vendada y esposada, sin comer y separada con biombos de otras personas detenidas que vivían lo mismo que yo.

Escuché varias veces gritar a mi marido, es que lo torturaron muchísimo, tortura que días después le ocasionó su muerte.

De La Perla me llevaron al Campo de La Ribera, (siempre vendada y atada) donde encontré muchas chicas más que estaban en las mismas condiciones que yo. Demás está decir que fueron días espantosos que realmente no sé como pude sobrellevar... me pregunto cómo pude subsistir ante tanto dolor, ante esos momentos, horas... días... años que tuve que vivir.

El paso siguiente, luego de más o menos tres días fue mi traslado a la Penitenciaría N° 1 de la ciudad de Córdoba, donde encontré muchas chicas con las que iniciamos una convivencia de un año y medio. En esta unidad penitenciaria pasé todo mi embarazo encerrada en una celda individual de más o menos dos metros por uno. Pasábamos horas en esa situación sin tener acceso al baño ni a un patio. Estábamos incomunicadas del mundo externo, sin la atención médica que a todo ser humano le corresponde, alimentándonos muy mal y sin ningún tipo de contacto con nuestros familiares. Todas allí estuvimos inmersas y sumergidas en días de dolor, con muchísima incertidumbre, con constantes amenazas de muerte...

Yo embarazada al igual que otras chicas.

A medida que pasaban los meses, cuando ya se acercaba el noveno mes, surgía en mí un tremendo deseo de extender eternamente mi embarazo, para poder así retener a mi bebé junto a mí, es que no quería ser nueva-

mente separada de un hijo, ya lo había sido en el momento de mi detención con mi pequeña hija Cecilia de tan sólo un año y nueve meses de edad. Pero la naturaleza pudo más, y, por lógica, nació mi hija Daniela. La tuve conmigo sólo cinco días, hasta que mi familia pudo buscarla en el penal. Sabía yo que con mi familia estaría en manos seguras, pero ese dolor es indescriptible... es que me quitaron a mi bebé.

¿Por qué subsistí? Es la gran pregunta.

La respuesta es: por la gran solidaridad que existía en el grupo, por ese apoyo que nos brindábamos, por inventar juegos o narrar anécdotas, etcétera, que nos contábamos a través de las mirillas de las puertas.

Así pasaban los días. Después llegó el momento en el que me trasladaron junto a otras chicas a la cárcel de Villa Devoto, en Capital Federal, donde estuve hasta el 23 de junio de 1982, en que recuperé mi libertad.

Así comencé a vivir de nuevo, junto a mi familia, ya no con mi marido cuya vida quedó truncada a sus 22 años de edad por la maldita tortura que le aplicaron y no resistió.

Elsa Margarita Elgoyhen



Bordado por Oscar Laconi sobre tela de vaquero con hilos de toalla y agujas hechas de alambre al que se le calaba el ojo con una punta de gilette ("la interminable") a la que se hacía girar ajustada a un palo o cabo de birome.

Alegría

Cuando llegué a la Penitenciaría de San Martín, ya había pasado por lugares de detención clandestinos, semilegales, más o menos legales, más que menos clandestinos, en fin, algo así como “has recorrido muchacha un largo camino ya”, así que el traslado a la *Peni* representó un cierto alivio.

¡Estúpida ilusión!

Ya desde afuera sabíamos que ocurrían “cosas” (la pérdida irreparable de amigos, familiares y compañeros me lo había hecho saber) pero la verdadera magnitud de lo que allí pasaba no la tuve hasta no estar inserta en esa realidad. Yo sé que aún no puedo dimensionar cabalmente lo allí vivido, pues cuando llegué, ya los milicos no entraban a los pabellones, pero su sombra tenebrosa no daba respiro. Eso lo sentía en mis compañeras que – como al despertar de una pesadilla– dudaban si la pesadilla había terminado o si continuaban durmiendo, y aquello era sólo un paréntesis en el mismo sueño. El miedo se sentía por todos los poros. Se olía en el ambiente. Quizá no tan nítido como en La Perla o en La Ribera, posiblemente atemperado por una mezcla de orines y sudores, pero inconfundible para quien lo experimentó en su propia piel.

Entré al pabellón 14 a la noche, no tengo idea a qué hora, pues hacía varios meses –tampoco puedo decir cuántos, el día se dividía en luz y oscuridad, y eso, después del tiempo en que la venda estuvo tan ajustada que no alcanzaba a notar la diferencia. Decía que llegué de noche. Mi atención, obviando el espacio lateral que funcionaba como comedor, living, patio, quincho, escenario y todo lo que a la imaginación se le antoje, fue captada por el fríasimo, penumbroso y acerado pasillo. ¿Acerado? Pensándolo bien no recuerdo que hubiera acero en dicha construcción, ni recuerdo siquiera el color del piso, pero sí recuerdo perfectamente que la impresión era de superficies aceradas.

Como de una mesa de carnicería.

Una celda, en la zona central del pasillo a la izquierda, tenía la puerta abierta. Quizá tendría que haberme sentido halagada de que alguien esperara por mí, pero estaba demasiado asustada para pensar en esos protocolos. Un impacto profundo, que aún hoy después de casi 31 años me sigue provocando estremecimiento fue encontrarme parada frente a esa puerta abierta. Me quedé petrificada, sin poder avanzar: ante mí había un espacio de 2,5 metros por unos 80 cm, con un nicho como para que quepa un ataúd en la parte inferior de la pared.

El panteón donde descansan los restos de mis abuelos es más espacioso que ese lugar.

Al fondo y adosado al piso: un banquito y una mesa de las medidas casi exactas de una carpeta de dibujo, ambos de chapa gris. También al fondo, una ventana, cuadrada, tipo balancín, de vidrios esmerilados y con hilos de acero en su interior, que en esa primera mirada no alcancé a percibir.

Siempre pienso que si mi llegada hubiera sido durante el día, la luz natural atravesando los vidrios le hubieran dado otra profundidad a esa celda y posiblemente mis recuerdos, y por ende este relato tomarían otros carriles. Pero llegué de noche y mis piernas se negaban a meter a mi cuerpo en ese lugar y ahí estaba, tontamente parada frente a la puerta, mi corazón latiendo acelerado y con mucha bronca de no poder tener, como correspondía, un comportamiento heroico. Creo haber visto piedad en los ojos de la mina cuando me dijo: "Tiene que entrar". Avancé unos pasos medio sonámbula, y simultáneamente con el ruido de la puerta cerrándose a mis espaldas, se descolgaron impertinentes dos gruesos lagrimones.

Ni bien los pasos de la guardiana se alejaron por el pasillo y aún sin poder vencer la rigidez de mis músculos, escuché chistidos y voces sigilosas que me llamaban. Me asomé al pasillo por un hueco toscamente cortado en la chapa de la puerta, que después supe llamaban pasaplatos. Frente de mí había un rostro sonriente del otro lado del pasillo, preguntando mi nombre. No consigo recordar el nombre de esa compañera, pero su cara sigue nítida en mi memoria y también la sensación de estar ante la cosa más bella del mundo: su sonrisa.

¿Qué es una sonrisa? Es cuando los labios se estiran levemente hacia arriba, a veces dejando entrever las puntitas de los dientes, otras veces los labios quedan juntos, otras se arman hoyuelos, otras apenas es un gesto de la boca. Pero lo que no puede faltar nunca en una sonrisa verdadera es que se rían los ojos, porque su luz ilumina toda la cara. Yo pensé que si esa sonrisa podía estar a mi alcance con sólo asomarme al pasaplato, ese lugar quizá no fuera tan tremendo.

Después noté que también asomaban compañeras de las otras celdas. Sólo podía ver las que estaban en el ala del frente, pero sabía que todas estaban ahí. No llegaba mucha gente a la cárcel en esa época, los más quedaban en los campos, y hoy sus nombres integran las listas de desaparecidos. Creo que fui de las primeras en llegar después del golpe y eso fue en octubre o noviembre del 76. Teniendo en cuenta que los presos políticos quedaron incomunicados el 24 de marzo, es de entender que hayamos quedado cuchicheando toda la noche.

Con el tiempo, y la ayuda invaluable de las compañeras, aprendí cómo moverme allí para hacer más llevadera esa situación. Aprendí que el “corpiño” era en realidad la ballena del corpiño que se usaba como pinza de depilar y que viajaba de celda en celda enfundada en su estuche original: un soutien blanco de algodón. El “espejo” era un jarrito de aluminio, nuevo, que estaba prohibidísimo colocar con la base apoyada para no rayar lo poco de espejado que tenía su superficie. La toalla era la portadora de los “hilos de bordar”, si tenías la suerte de ser la feliz poseedora de una aguja. Más fácil, si tenías inclinaciones por las manualidades, era tejer crochet con un diente de peine, además pasaban desapercibidos en las requisas.

Dicen que el ser humano en sus primeros tres años de vida aprende la mitad de las cosas, y que la otra mitad lo hará en el resto de su vida. Creo que la mitad de mi aprendizaje carcelario (que duró casi 8 años) ocurrió en los pocos meses que permanecí en la cárcel de Córdoba. Pero lo principal es haber encontrado una forma de vivir. Seguramente surgió, al principio, para tapar con risas ese profundo dolor por tanta pérdida. Poco a poco fui notando que reír, aunque fuera histéricamente, no sólo me aliviaba a mí, sino también al resto y así fue como empecé a ser el payaso del pabellón. Con el tiempo y ya en Devoto tomé muy en serio esto de trabajar el aspecto recreativo. Porque entendí, tal como dice *El libro de las mutaciones*: “Tan grande es el poder que la ALEGRIA ejerce sobre los hombres que su efecto hará que asuman de buen grado todas las circunstancias penosas, más aún, que no se arredren ni siquiera ante la muerte”.

El Lirio

En el Pabellón 14 de la Penitenciaría las ventanas se abrían sólo al anochecer. El objetivo era ventilar, no sólo la celda sino el pabellón, ya que las celdas del ala del frente no tenían autorizado abrir sus ventanucos porque daban a un callejón por donde solían desplazarse los presos comunes. Las órdenes eran incomunicarnos, no sólo con el exterior sino también con los demás presos. Sólo ventilar, porque ver..., quedaba una ranura de unos 15 cm en la parte de abajo. Además no había nada para ver: el piso polvoriento de un patio sin pisadas ni risas, unos cascotes resecos, posiblemente de revoque caído o algún contrapiso, descascarado y más allá, al costado de mi punto de observación, unas maderitas sobresaliendo del piso.

Esas maderitas las descubrí una noche de luna, apoyada en el marco de la ventana, tratando de evadir, en el aire de la noche, los olores de la prisión y, soñando ahí reclinada, o quizá, dejando volar la mente en un no pensar. Las maderitas llamaron mi atención: vértices de un triángulo escaleno. No

conseguía encontrar yo, qué construcción había allí en sus orígenes. Es difícil lograr la demostración de un teorema cuando uno de sus datos está oculto, no como quien destruye pruebas, sino, simplemente uno no sabe que tal dato existe. Porque esa construcción fue un cuadrilátero: la figura imaginaria frente a mis ojos, tenía cuatro vértices y no tres como yo estaba viendo. Me pregunto: ¿Si esa noche hubieran estado ahí, los *cuatro clavos de madera marcando los cardinales*, yo podría haber descifrado el enigma de las estacas?

Seguro que no. No estaba mi cabeza aún habituada a los horrores a los que fuimos sometidos durante esa etapa de nuestra historia.

El relato de las estacas lo escuché de boca de mi vecina de celda y seguramente vio incredulidad en mis ojos, porque para corroborar lo que decía cantó: *Érase que se era una risa, un gorrión, un lirio en el patio y en la ventana el sol...* El poema relata lo que pasó ese día. La canción me impactó, y mientras repetía mentalmente sus versos me preguntaba el significado de *que no se muere con un lirio en la frente*. En un principio lo atribuí a una construcción poética, ya que descarté, dado lo yermo del patio, que se tratara de un lirio real. Además no hay lirios en julio. Pero no, el lirio apareció en ese páramo, después de que retiraran el cuerpo sin vida del compañero. Todavía hoy me estremece semejante homenaje de la naturaleza. La tibieza que fue perdiendo el corazón del Turco al ser regado con escarcha, se transmitió al polvoriento suelo y engendró el lirio. No sé... Prefiero asociar el lirio al milagro de la VIDA venciendo a la MUERTE. Que es también el milagro que producimos con la memoria: rescatamos del olvido a tantos seres, con sus pensamientos y coherentemente su accionar. Y nos identificamos: son nuestros mismos pensamientos, nuestras mismas acciones y logramos el milagro de nuestra reconstrucción. Por encima del aniquilamiento que pensaron para nosotros.

Irene Beatriz Bucco

Nota: Los textos en negrita son fragmentos de un poema carcelario donde se relata la muerte de José Moukarzel (el Turco) al ser estaqueado en el patio del pabellón de mujeres el 14 de julio de 1976.

Historia de Olindo

Soy Olindo Luca Julio Durelli, nacido en Cruz Alta el 10 de enero de 1929, pero la historia que quiero contarles comienza en 1952, año en que empecé a tener taller propio, en Las Heras 121 de Monte Buey (Córdoba). Allí llegué a tener muy mucho trabajo; formé matrimonio en 1954, pero en 1962 por problemas de incompatibilidad nos separamos y yo me fui con parte del taller a la ruta N° 6 al km 200 del mismo pueblo. Ahí hice la casa, el taller, etcétera. Comencé de nuevo y las cosas anduvieron cada vez mejor; mucho trabajo, muchos clientes que me traían trabajos. Muchos repuestos que compraba al por mayor y que luego vendía a colegas de otros pueblos. Prosperé mucho. Hasta aquí todo bien, pero en el 64 hubo un problema: recibo una carta "apriete" que decía que tenía que poner X dinero en una parte del ferrocarril y tapado con pasto, envolviéndolo con algo impermeable. Enseguida llevo el escrito, hecho con birome roja, al Juez de Paz, don Atilio Monteverde; no por su cargo, sino por la amistad que teníamos de hace años.

—Vamos a Marcos Juárez a hacer la denuncia —me dijo.

— ¡No, no, esperemos — le dije yo.

A los 40 días más o menos me mandan una más fuerte, con amenaza de muerte, y Atilio pudo observar que la letra y la birome eran las mismas.

—Bueno, ahora vamos a Marcos Juárez —dice mi amigo.

— ¡No, no, esperemos —le vuelvo a decir yo—, ¡ahora les pago, y listo!

— ¡Pero es mucho dinero, que vos no tenés!

— ¡Atilio! Yo el dinero lo consigo "de a kilo"; no te hagás problema.

Saqué el cálculo y los billetes que me piden son más o menos *tres kilos y medio*...

Atilio se quedó mirándome, y yo le dije "ya vas a ver quiénes son". Yo llevé el "dinero" un miércoles (el viernes se vencía el plazo que me habían dado), puse el paquete donde me lo pedían y me retiré. Volvimos a montar guardia de lejos con Atilio en una camioneta, hasta que vimos un auto y 3 o 4 tipos bajarse y llegar hasta donde estaba el escondrijo; arranqué y justo cuando pasamos cerquita tiro por la ventanilla un paquete con más "dinero".

— ¿Cómo tiraste así el dinero? ¿Y lo otro?

—No, no, Atilio, no era dinero: eran *tres litros y medio* de nafta, con un activador de retardo que les tiré ahora...

No terminé de hablar y vimos que se había hecho una flor de explosión, y un fuego como de 8 metros de diámetro justo cuando sacaban el paquete.

Corrían desesperados al auto; Atilio no podía contener la risa. A todo esto mi amigo había detectado que el autor de los escritos era, por la letra, un tal Escudero, inspector de la policía; ese mismo Escudero se había presentado meses atrás en mi taller con un rollo de 100 kilos de caño de cobre, y yo le había dicho: "¡No tengo ningún interés!". Un verdadero atorrante.

No sé si relacionar esto directamente con lo que pasó mucho después, pero la cosa es que un día viene a traerme el auto para arreglar Nelson Zallocco, abogado, y cuando le termino el trabajo, se para y me dice:

—Durelli: en estos días va a haber un gran movimiento político. Si te pasa algo vení a verme...

En febrero de 1976 vino una persona desconocida de civil, preguntando cosas de mí en una actitud rara, me dijeron; yo justo no estaba en ese momento. Entonces tiré todos los hilos: fui a la policía, a Zallocco, etcétera; yo me veía venir la cosa. Hasta que el 3 de junio de ese año llegaron 7 tipos de civil armados con ametralladoras. Me ponen contra la pared de la cocina y así me tuvieron hasta las 11; después me llevan al taller y más luego a la costa del río, y me tiraban cerca de los pies con una 22 que era mía (también se habían llevado una escopeta del 12 y un Remington del 32, que de tan viejo estaba para museo); a la 1 de la tarde me trajeron de vuelta al poblado; me pasearon preguntándome mil cosas hasta que me pusieron en un calabozo de 80 x 80 con el piso regado hasta las 21 horas, hora en que me llevan adelante esposado y vendado, pero mal, y podía ver que el "mormón" Castro escribía a máquina y ponía lo que le parecía; cosas como que "me ponían a disposición de la CIA y del SIDE".

Poco después me pusieron en una celda más grande. Alguien me mandó un colchón, 3 frazadas y una almohada. "Esto se lo manda un amigo", me dijeron: había sido el cura Díaz. A los pocos días me llevan a la cárcel de Villa María. Allí pude hablar con Heriberto Rodríguez, que pude ver que estaba en el pabellón de enfrente, y al rato todos sabían que yo también estaba allí; éramos más o menos 25, entre los que estaban Lacreu, Silvia Lacreu, Bordone padre y dos hijos, etcétera. A la segunda mañana viene a buscarme el sargento Rojo y me llevan a Córdoba, a La Perla, y por último a La Ribera; 40 días y noches atado y vendado. Un día me tuvieron todo el tiempo bajo el rayo del sol y a las 21 horas llegó un camión Mercedes Benz, y el interrogador de acento chileno (matón) nos cargó boca abajo y nos empezó a llevar de un lado para otro, hasta que al fin nos deja en la Penitenciaría de barrio San Martín, en el pabellón 10. Allí sería el peor baile; sin vendas ni atadas las manos, pero nada de sol. Lo más impactante fue el chico estaqueado, Moukarzel que lo tuvieron toda una noche helada tirando-

le agua, hasta que a la mañana murió. Varias veces sacaban 1, 2, 3 o más, y después aparecía en los diarios que “en un encuentro con las fuerzas armadas habían sido abatidos”. Allí han matado a mucha gente. Yo tengo el brazo izquierdo con problemas de codo, un golpe en el derecho y por último un golpe en la columna a la altura de la 4ª y 5ª vértebras que me hice en una caída, en esos tantos “bailes” que nos daban. Menos mal que gracias a médicos presos allí se me acomodaron un poco. Pero el silbido en la cabeza no se me fue más. Nos tenían como a animales; nos daban de comer poco y malo. Cuando me llevaron pesaba 106 kg; al regreso pesaba sólo 69,5 kg. Veía doble y con gran problema psicológico. Me acuerdo que después de salir, la primera cena la hice sentado en el suelo; me había acostumbrado a eso. A menudo pensaba: “Habremos hecho algo muy grave al mundo para que se nos tenga de esa manera”. Recuerdo que había un guardia, un tal Acevedo, muy buena persona (lo tuvieron que jubilar por desequilibrio psicológico), pero no era así el “Colorado”. Claramente: ese otro tipo era un asesino; ni los hitlerianos eran como este verdugo, matón y torturador... Bueno, después de 30 años no es fácil acordarse de esa época, pero guarda que se puede repetir otra cosa: “Las olas van y vienen”, como en el caso de los hitlerianos matando a 6.000.000 de judíos; después a los soviéticos que eran arrasados hombres, mujeres y niños, y cuando despertó el pueblo soviético, volvió y no dejó ni un hitleriano vivo; disparaban como ratas. Yo lo sé bien porque mi tío Hernando Paverini fue prisionero de los alemanes en un campo de Polonia, y todos los días mataban a 400 o 500, hasta que llegaron los soviéticos a liberarlos, y encerraron a los nazis en un gran galpón. El general les dijo a los que habían sido prisioneros que allí estaban encerrados los alemanes que los habían estado matando, y dijo “tienen 48 horas para hacer lo que quieran de ellos”, y yo le pregunté al tío “¿qui i fato? Él me contestó: “sensa parole”... (sin palabras).

Además de todo el daño físico y psicológico que me hicieron está también el económico: en el campito que tenía cuando me llevaron había entre madres y chanchos unos 250: desaparecieron todos, también unos vacunos y un tractor Zetor U25. Del taller desaparecieron todos los repuestos, máquinas, herramientas y una moto Guzzi Falcone de la Segunda Guerra Mundial. He intentado que se me devuelva lo robado o el dinero, pero hasta ahora ni noticias.

Bueno, así estaba en el año 1977 cuando salí, con 26 kg menos y un desequilibrio total, físico y psicológico. También discriminado, rechazado por mucha gente. Al principio el único que venía cuando lo invitaba a comer un asado era el cura Modesto Díaz, y se quedaba todo el día; él sabía que yo

era medio ateo, pero como respeto a todos él se sentía cómodo y hablábamos de todo; de los misterios del universo y muchas más cosas interesantes.

Nuestro hijo, Lucas Eduardo Durelli, en la primaria anduvo bien; al pasar al secundario ITAI de Monte Buey empezó a andar mal; en el segundo año sacó notas bajas en tres materias y tuvo que repetir el año. Ahora está estudiando para rendir. Yo quisiera ver si es un problema psicológico por el motivo de que a mí me habían tenido un año los militares. Todo eso sumado a lo que es el sistema educativo de ahora que no sirve.

Nosotros –mi mujer Teresa y yo– somos los padrinos de la escuela Los Madrejones, en el Chaco; este año les llevamos, entre ropa, alimentos y herramientas una carga de 9.000 kg. La escuela no tenía luz eléctrica, le pedimos a Kirchner tres placas solares o bien un tendido de línea de unos 20 km. Mandó las placas solares, pero en lugar de 3 mandó 8; ahora tienen luz y 220 voltios para computadoras, TV, etcétera. Yo les llevé 2 equipos BLU para que estén comunicados con la Comandancia Frías. La Directora de la escuelita es Edith Frías de Soto; su esposo es Juez de Paz en la Comandancia. Ella con toda la paciencia del mundo es profesora, cocinera, enfermera, partera y tantas cosas más; por tal motivo el pueblo de Monte Buey, Justiniano Posse y otros más juntamos tantas cosas para llevarles. También llevamos plantas de limonero, naranja, mandarina; unas 10 plantas de vid Frambua Isabella, semillas de toda clase y colmenas.

También quería contar que en 1975 había inventado una máquina –una inventiva a nivel mundial– para producir en gran escala litargirio, capaz de hacer una tonelada por hora. Cuando me vinieron a buscar los paramilitares yo la había desarmado para hacerle unos retoques; los que quedaron en el taller la vendieron por fierro viejo... tengo más de 27 invenciones para desarrollar, algunas hechas otras desmanteladas, pero si *reúno fondos* me pondré a hacer todo de nuevo.”

Olindo Luca Julio Durelli

N. de la R.:

Olindo Durelli sabiendo que estábamos escribiendo un libro, se acercó a traerme un cuaderno con muchas hojas escritas por él, me lo dejó, y dijo Sara: "sacá lo que quieras, ojalá sirva". Me trajo también unas radiografías, prueba de las torturas que recibió. No llegó a ver el libro, falleció en julio de 2008, por lo cual su obra quedó inconclusa. Pero su vida misma fue un ejemplo de trabajo incansable, creatividad y solidaridad. Nunca bajó los brazos y los que lo hemos conocido jamás lo olvidaremos.

Militancia en la Liga Argentina por los Derechos del Hombre

Yo he militado desde muy joven en las filas del Partido Comunista, nunca tuve la suerte de pasar por la Juventud Comunista (FEDE). Desde muy joven comencé la militancia. Después del Cordobazo, me salvo de la colimba y en ese mismo año me detienen. Estuve en Informaciones luego me llevan a la cárcel de Devoto. Allí permanezco un año. En esa oportunidad, me juzga la Cámara del Terror, que era un organismo inventado por la dictadura de Onganía, Lanusse, creada para juzgar los delitos subversivos.

No tenía esta cámara un espacio físico, deambulaba por todo el país. Estaba constituida por algunos jueces de la misma calaña que los militares golpistas.

En aquella oportunidad, nos juzgaron en Buenos Aires a la vuelta del Teatro Colón. Habían montado una sala como las que se ven en las películas yanquis, eran juicios públicos y me absolvieron. Salgo en libertad, regreso a Córdoba para reintegrarme a la lucha barrial y fabril.

Se produce el golpe de Estado del 76 y paso a la clandestinidad, sigo la militancia. En junio del 78 detienen y hacen desaparecer a un medio hermano mío, entonces vino mi padre a verme y me aboco a su búsqueda. El partido me da la oportunidad para que yo pase a militar en lo que era la Liga Argentina por los Derechos del Hombre que se sostenía a duras penas. Trabajo con un grupo de compañeros muy valiosos en Córdoba, la función era tratar de colaborar con la organización de los familiares de los Presos Políticos y con los familiares de los Desaparecidos. Una de las tareas era conseguir dinero para las familias de esos compañeros y también para hacerles llegar a los presos políticos una ayuda. Este dinero se conseguía del aporte de gente de nuestro pueblo. Los gastos eran muchos. Realizábamos denuncias en el Episcopado, consulados. Había que actuar con rapidez, hacerlo manifiesto, cuando detenían a algún compañero. Otro de los objetivos que teníamos era de promocionar el Instituto de Hábeas Corpus con algunos compañeros del interior. Viajé mucho al interior de la provincia por este tema, hacía base principalmente en Villa María, recuerdo que llegaba a las 8 de la mañana y regresaba a las 24 horas, esto lo hacía todos los días, hasta que un buen día, el 21 de septiembre del 78 llega a mi casa a la 5 de la mañana el grupo de tareas, un grupo de civiles, había mujeres y hombres, me encapuchan y me llevan al centro clandestino de detención La Perla.

Detuvieron a un grupo grande, como de 30 personas entre compañeros que estábamos militando en la Liga Argentina por los Derechos del Hombre y

de Familiares. No cae toda la gente de la Liga. Creo que nosotros tuvimos suerte porque Luis Reinaudi era periodista y la Asociación Internacional de Prensa se pronunció enseguida por la libertad de este compañero y de los otros detenidos. También el Colegio de Abogados de Córdoba respondió rápido y pidieron por los compañeros abogados detenidos y por todos nosotros.

Recuerdo nuestros lugares de reunión: uno era una oficina de un compañero del Partido Intransigente en la Avenida Olmos, otros eran las oficinas de los abogados de la Liga como Luis Yankilevich y Luis Reinaudi. La Liga se mantenía en una semiclandestinidad, porque en muchas ocasiones teníamos que poner la cara, lo hacíamos como familiar o amigo de los que eran detenidos y/o desaparecidos. Los abogados nos enseñaban a hacer los Hábeas Corpus tipo. A mí me tocó realizarlos en Bell Ville por unos compañeros que habían caído en Marcos Juárez, Bell Ville y Villa María. Me tuve que enfrentar a uno de los peores esbirros de la dictadura, era un juez de Bell Ville, quien iba a tomar declaraciones a los compañeros cuando eran torturados, al lado de la picana. Tenía un crucifijo en su asiento de Juez que era más grande que él, era de baja estatura. Después los van llevando a La Perla.

De los 30 que éramos iban liberando a algunos y quedamos ocho compañeros en La Perla. Los que quedamos fueron Luis Reinaudi, Luis Yankilevich, que eran los abogados de la Liga, José Lariza (activista de la Liga), Sajario Feldman que era de la Liga y también familiar, la familia de su esposa, los Colman estaban desaparecidos. También quedó detenida Virginia Roa de Bollosqui, Peremulter, compañero del PC quien estaba ligado a los estudios jurídicos de Buenos Aires y del interior del país, pertenecía a la Liga, designado a todo lo judicial, trabajaba con todos los abogados del país, era un cuadro político muy importante y en el momento de su detención llevaba un portafolio lleno de papeles, eran las causas. Lo torturan muchísimo, estábamos tirados uno al lado del otro, en colchonetas de paja, con los ojos vendados, era tal la tortura que había recibido que comenzó a delirar, tenía mucha fiebre y hablaba, los guardias pensaron que hablaba conmigo por lo que me comenzaron a pegar, incluso había una detenida que actuaba de doctora y me atendió por una fisura en el pecho, se me había hinchado por los golpes que recibí con la culata de una ametralladora en el momento de mi detención. La compañera Virginia, era una señora mayor como de 60 años, también fue muy torturada. Recuerdo que a la noche cuando se iban los civiles, los gendarmes que nos cuidaban nos permitían bajar las vendas, nos soltábamos las manos. Como yo estaba cerca de la puerta me pusieron a servir la comida al resto de los compañeros. Como Virginia estaba mal yo le daba la comida en la boca, veía a los gendarmes, se ponía muy nerviosa y no quería comer más.

También trajeron a otro compañero que acababa de salir en libertad con sus dos hijos. Lo volvieron a detener, era un abogado de Bell Ville, Luis Bondone, lo trajeron por su vinculación con la Liga, por su solidaridad con los presos políticos, era del PC, lo trasladan a la cárcel y de allí recupera la libertad.

Recuerdo que me realizan un juicio en La Perla y me condenan a muerte, diciéndome que al otro día me fusilan y me empiezan a gatillar en falso en la cabeza. Recuerdo que me acerco a mi compañero Sajario Feldman y le comento que me iban a fusilar. Sajario me dice: quedate tranquilo que mañana el partido lo sale a denunciar. Me tranquilizó, creo que ése fue su objetivo.

Se llevan a todos los compañeros. Y me dejan con Larissa, con tabiques de por medio. Pensé que cumplirían con el juicio, que me fusilarían, pero nos tuvieron un día más y nos llevan a la cárcel de barrio San Martín, allí me encontré con varios compañeros, con mi medio hermano que había estado detenido en La Perla Chica. Al mes y medio me llevan trasladado a la cárcel de La Plata

En la cárcel UP 1 estaba en el Pabellón 9, era el único que quedaba con presos políticos, había otro pabellón en el que estaba detenido Lumello, secretario general del gremio de gaseosas y Bondone. Lumello es trasladado con nosotros, en el traslado sufrió muchísimo, padecía de Mal de Parkinson. Fue un traslado muy feo, hubo compañeros que sufrieron convulsiones.

He participado del reconocimiento del CCD La Perla, testimonié toda vez que fue necesario y lo seguiré haciendo para contribuir a la Memoria, a la Verdad y la Justicia.



Fidel Castro

Foto tomada en el Ex CCD La Perla. Cuadra en la que estaban los compañeros detenidos.

Homenaje a mi Padre Florencio Díaz

Con gran placer y orgullo participo de los testimonios que acompañan este libro. Como militante del campo popular y habiendo pasado por circunstancias iguales o similares a la de muchos cumpas haré un poco de historia carcelaria, aun cuando me cueste elegir un momento de los tantos. Me llamo María Cristina Díaz, estuve detenida desde el 8 de septiembre de 1978 hasta el 12 de diciembre de 1982.

Tengo el orgullo de ser la hija de un gran hombre y militante, mi padre fue detenido y encarcelado en febrero de 1976, hasta que lo asesinaron al igual que a otros 28 compañeros, alojados en la UP 1 de barrio San Martín de la ciudad de Córdoba. Su nombre Florencio Díaz y a él voy a dedicar estas líneas para rendir un homenaje más a su memoria que todavía reclama justicia.

Cuando ingresé en la Penitenciaría estuve incomunicada más de tres meses del resto de las compañeras; fue una experiencia que tuvo algunos matices graciosos, obviamente para mí, no para una celadora, llamada Liliana, jefa de una de las guardias; ella me atendía con una sonrisa que denotaba sarcasmo. Las compañeras siempre me mandaban todo lo que podían, por ejemplo jabones, como me sobraban, porque no permitían más que 15 minutos para limpiar la celda, el tarrito de leche nido e higienizarme, decidí utilizar el jabón en algo entretenido: me alojaron en una celda de cucheta baja, en el hueco comencé a dibujar un hermoso Bambi, en medio de una pradera, quedó espectacular, un día cuando viene esta señora y abre la celda, al ver mi hermoso dibujo (debo aclarar que tenía suficientes colores de jabones) dijo: “¿¡¡QUÉ SIGNIFICA ESTO!!?”; “un dibujo”, dije. “Pero, ¿cómo se permite una cosa así, a dónde cree que está, en Bellas Artes?” “No”, le dije, “en una celda muy aburrida”. Como era de esperarse, balde, un trapo y a borrar, aun así las marcas del Bambi quedaron estampadas en la celda, ese día lo sentí como mi primer triunfo porque era obvio que no podía castigarme más de lo que estaba.

En otra oportunidad me pescó hablando en Morse con un compañero, debo aclarar que en esa época en el pabellón 14 había varios compañeros en el 2º piso, esta vez se enojó tanto que me cambió a una celda del frente, también le pregunté cuál era la diferencia, a lo que ella contestó: “Con usted no se puede, menos mal que vino ahora, si no le hubiera ido muy mal”. A lo que agregué: “¿Le parece que me va bien...?”

Cuando me integraron con las demás compañeras comenzó la parte de compartir, sobrevivir, solidarizarnos, acompañarnos, en fin, la etapa que nos

ayudó a mantener nuestros sueños, aquellos por los que aún luchamos, un abrazo grande como la patria que anhelamos, justa, libre y soberana.

Cristina Díaz

¡Viva la Patria Carajo!

Era una noche fría y lloviznaba, recuerdo que dormía en mi casa, cuando siento un feo golpe en mi estómago, que me hace saltar.

No sé, a lo mejor si puedo calificar que habían venido a buscarme, no precisamente amigos, de quién puede tratarse cuando llegan a una casa de familia a la madrugada con golpes y gritos, sino de los salvajes asesinos que actúan de noche cuando la oscuridad y el descanso de la población hace que nadie se entere de esta acción. Bien, era esa noche el 9 de agosto del 75, aproximadamente a las 2 de la mañana y, como decía, venían por mí. Qué delito había cometido para que eso ocurriera, en este, nuestro país. Estaba absolutamente prohibido tener pensamientos que no acuerde con lo del sector hegemónico, por esta razón y no por otra, cualquier argentino que pensara de esta manera pasaba a ser un delincuente, o como ellos acostumbran a decir (delincuentes terroristas peligrosos). Recuerdo que gritaban e insultaban y yo les respondía que dejaran de gritar, que primero dijeran el por qué de este procedimiento, la respuesta por supuesto era más golpes, insultos y gritos. Nuevamente yo les decía que no gritaran porque no estaban en su casa, respuesta: más gritos, insultos y golpes, agregando que ellos gritaban donde se les dieran las reputas ganas, vuelta a insistir que respetaran la casa de ciudadanos argentinos que tenían todo el derecho a disentir con quienes "ostentaran el poder", poder que los argentinos les habíamos conferido, pero no para que se nos atropellaran nuestros derechos de vivir en libertad y democracia.

Luego, a los golpes y exigiéndome que les entregara los fierros, yo les digo que sí.

—¿A dónde los tenés? En el patio les respondo. Me sacan a los patadones (en ese momento nosotros teníamos una fábrica de bloques de cemento y la máquina para producirlos era de fierro).

Los conduzco hacia donde estaba esta máquina y les digo: acá están los fierros.

—¿A dónde?

—Allí ¿qué no los ven?

—Qué, ¿sos pícaro?

No, o acaso no preguntaron dónde tenía los fierros, bueno estos son fierros que tenemos, somos trabajadores.

De nuevo patadones, insultos, escupitajos y amenazas de muerte. Seguramente que quienes lean esto creerán que se trata de una novela, y no esto sucedió en la realidad oscura de nuestro país. Entonces se preguntarán:

¿y cómo, no tenías miedo?, yo les digo que no, que estaba recagado de miedo, pero yo siempre he sostenido que de nada vale quedarse con el miedo, debo aclarar que no era un inconsciente que no sabía dónde estaba parado. Esto es lo que me hace actuar de esta manera.

Después de estar detenido desde aquella noche y ya acabado el tiempo de gobierno democrático, más precisamente un 29/04/1976, la Penitenciaría de barrio San Martín se convertiría casi en un centro de detención clandestino (como el CCD Campo de La Ribera, la D2 y el CCD de La Perla). Los presos políticos pasamos a ser rehenes de los milicos del III Cuerpo. Nos habían retirado y prohibido diarios, libros, correspondencia, visitas... quedando absolutamente incomunicados con nuestras familias y abogados.

Es la dictadura militar que, pasado el tiempo, conoceremos como la más sangrienta y terrorista de toda la historia argentina.

Quiero contar una anécdota de cómo vivíamos nuestro cautiverio (en general con la entereza de verdaderos patriotas): sucedió ese día, como tantos otros en ese año, privados de los elementos más imprescindibles para la vida humana. Nos sacan de la celda y nos dan una paliza de tremenda ferocidad y sin embargo, luego al entrar de nuevo a la celda digo irónicamente: muchachos estoy cagado, me contestan los compañeros que me quedara tranquilo porque todos lo estaban, yo insisto, pero estoy cagado (literalmente estaba cagado) los efluvios darían cuenta de lo que me sucedía. Cuento este suceso y sin vergüenza alguna, no diré que estábamos contentos, obviamente, pero lo que quiero decir es que “Vivíamos” así dicho con mayúscula, éramos verdaderos hombres.

Eso hacía que los cagones y miserables milicos se enfurecieran, porque su método por inhumano que fuera no lograba su objetivo, ni aun con los fusilamientos de nuestros compañeros lograron quebrarnos.

Por eso hoy siento el orgullo de contar estas historias y gritar a los cuatro vientos: “Hemos vencido”.

¡VIVA LA PATRIA CARAJO!

Sebastián Cannizzo

Treinta y nueve celdas cerradas

Me acuerdo de cuando caminaba con todas las compañeras atrás. Creo que fue entonces cuando sentí eso de que el cuerpo es más que la pura materia, que se estira y convive con algo que lo desborda. Por el pasillo del Pabellón 14, ellas —que ya no estaban—, seguían gritando, susurrando, cantando. Yo, caminando de espaldas a las rejas, escuchaba: “Estamos juntas, fuerza, en Devoto vamos a denunciar esto”, etcétera. Las treinta y nueve celdas cerradas marcaban una perspectiva de líneas grises repetidas, rítmicas, iguales, puntos de luces en las mirillas, rectángulos de sombras en el piso. Un alargado cuadro de composición abstracta.

Llegaba al fondo y giraba. El mismo pasillo, desde otro punto de vista. Sólo había tres colores, pero yo veía la paleta completa recordando ese día, en los tiempos de 22 horas de encierro individual, cuando acordamos disfrazarnos, cosa que —como casi todas— estaba prohibida. A las 12 (o quizás a las 12:20, siempre sospeché que nos robaban tiempos) cuando nos abrieron las puertas, el pabellón fue un espectáculo. Quedé deslumbrada. Las colchas eran capas esplendorosas; las medias convertidas en corbatas, guantes o brazaletes; una remera era turbante; una sábana se movía aleteando en un vestido de princesa. Al mirarnos acumulábamos risas clandestinas, que explotaban —incontenibles— en carcajadas (reírse también estaba prohibido). En esa envoltura andaba yo sin ver las cuatro bichas tras la reja y los cobanis de la lorera que custodiaban éste, el pabellón de máxima seguridad. ¿Nos sancionaron esa vez? No me acuerdo.

Cuando llegaba a la celda N° 40, la única abierta, daba la vuelta, otra vez con el cuerpo ensanchado. Ahora con canciones que salían de la N° 10, donde había estado —hasta el segundo traslado— la Negra Lucía. Fue nuestro retruco en la Navidad del 76, cuando Braulio, el chango de Los Olimareños, desde la ventana del 9 (¿o del 11?... se me hizo un lío de pabellones) nos hizo trepar por el aire con “La niña de Guatemala”. La respuesta vibró con pentagramas alados: “Cantando con tu recuerdo, florece mi corazón”... lalaralalarala... Todo el penal, presos comunes, sus visitas, guardias, celadoras, y perros, guardaron silencio absoluto (o no tanto, pero a mí me parece que así fue) mientras los cantos atravesaban rejas, patios, pabellones. Cuando el eco de la última frase aún retumbaba en los muros, golpes de cerrojos y llaves acompañaron los gritos: “¡Silencio!” “¡Cierren las ventanas!” Supongo que eran las 12 de la noche, por los cuetes que sonaban afuera. Nosotras estábamos encerradas cada una en su celda, pero también estábamos en

ese espacio que el alma nos había habilitado, juntas y con los compañeros. Una celadora se asomó a la mirilla para decir algo así como Feliz Navidad.

Al girar en la otra punta, ya estaba con las doce o trece compañeras que se llevaron en el último traslado. A la mayoría nos imponían Consejos de Guerra (éramos mujeres civiles juzgadas por tribunales militares), con unas causas tan rimbombantes que sumando lo que pedían de condena acumulábamos ¡más de 200 años!... Mi memoria se detuvo en un día lluvioso... de esos que hacían aparecer las ratas... Estábamos charlando en un espacio al que bondadosamente le decíamos comedor, alrededor de unas mesas grandotas de hierro gris, y ¡horror, apareció una! En segundos, entre gritos y corridas, estábamos todas arriba de los bancos, también de hierros grises. Y la verdad, no podría afirmar si fue por consenso, por decisión propia, o por una especie de *delegatura* —a las que éramos asiduas—, lo cierto es que de pronto estaba, escoba en mano, al lado de la Cristina Guillén, que, con otra de esas armas mortales, avanzaba a paso medido, conteniendo la respiración. Mirábamos a uno y otro lado. Con mucha precaución nos acercábamos al objetivo... de pronto... chan chan chanchannnn... La susodicha se para en dos patas, y mirándonos, emite un sonido lastimero y sollozante. Quedamos paralizadas. Nuestra terrible peligrosidad subversiva se conmovió de compasión por el pobre roedor acorralado. Bajamos las escobas y subimos al banco a esperar que el monstruo siguiera su camino.

Llegué de nuevo al final del pasillo. ¿Cuántas vueltas? Solía caminar contando los metros. Sumando tres vueltas era una cuadra. En general me proponía hacer cuarenta, digamos que desde la plaza San Martín hasta la Jerónimo del Barco. Giré y volví custodiada de recuerdos. Frente a la puerta de la Nº 4 escuché mi propia voz contando una escena de “Zorba el griego”, en el momento en que la Boubulina pone champán en la bañera. Era domingo, el día que contaba películas. En la noche anterior yo “preparaba los rollos”. Escena por escena, repasaba cada detalle. Caracterizaba los personajes, describía los ruidos, las acciones, reinventaba los diálogos. El relato duraba más de una hora. En una de esas proyecciones, —creo que la de barrio Chino—, relaté una secuencia en estos términos: “Y entonces entró una vieja en la habitación”. La Marta —que estaba cinco celdas más atrás—, casi reprochando mi descuidada descripción, me pregunta: “¿Una vieja de cuántos años, Turca?” Yo, con mis lustrosos 20 de referencia, respondí contundente: “Una vieja de 30”. No puedo reproducir los reproches que elevaron las compañeras que por entonces pasaban esa edad. Hace poco cumplí 50, y rememoré la categoría de “vieja” con la que había rotulado a una —ahora comprendo— juvenzuela de 30. Me doy cuenta de que la soltura y la insolencia tienen un desarrollo en relación inversa a los años, ¿no?

En la siguiente vuelta, cuando iba llegando al comedor, la Jacinta sacó su flauta de peine y papel celofán (que había que preservar de las requisas, porque tener papel estaba prohibido), y empezó a tocar el “Hava Naguila” (o como se llame). Cuando ella hacía esa música, yo bailaba. Inventaba pasos y movimientos como si supiera danzas árabes. Tal vez algún gen ancestral me dictaba, tal vez la energía de las compañeras en ronda me guiaba. Jamás volví a sentirme tan cerca de esos ritmos. El peine sonaba a orquesta, un pantalón pijama con unas sábanas hacían los siete velos, un pañuelo colorido los chinchines. Yo pasaba del rask sharki al baladí con una cadencia que me venía de lejos (quizás de las fiestas familiares en el sirio libanés) y las compañeras eran un público maravilloso, envidia de cualquier artista encumbrado.

El ruido del rancho me trajo al presente. Febrero de 1981. Habían trasladado a todas las compañeras a Devoto, menos a mí –la lógica dictaba que había quedado en calidad de rehén del *reich* del Tercer Cuerpo.

En ese pasillo largo de 40 celdas, caminaba sola de punta a punta, pero –para que no se note–, andaba con las compañeras.

Las celadoras se pegaban a las rejas. Y estoy convencida de que ellas también las percibían, o al menos advertían sus fosforescencias, notaban ese halo invisible, pero real. Para ser sincera, hasta hace poco no me animaba a contar esto, temía que creyeran que la cárcel me había aflojado un tornillo, pero recientemente leí un libro de filosofía, en el que encontré una proposición alumbradora: “Por nuestra capacidad de percibir, y más específicamente de ver, nosotros brillamos mucho más allá de nuestro cuerpo: hasta las estrellas”.

En ese tiempo de penumbras yo tenía mis lucecitas, y ahora que han pasado tantos años, siguen latiendo en un lugar que me empuja hacia adelante. Es que la velocidad de la luz genera esa lógica: deja una estela atrás, pero alumbrando el porvenir.



Ana Mohaded

Pabellón 14 de la UP1. Lugar de detención de las mujeres.

Crónica de mi secuestro

En marzo de 1978 fui secuestrado, cuando trabajaba como encargado en una obra ubicada en la calle 27 de Abril 375.

Desde el golpe del 76, en la casa de mis padres, donde tenía fijado mi domicilio, habían allanado tres veces, dos de ellas buscándome a mí y en las dos últimas los habían llevado, dos veces a mi padre y una a un hermano menor que se negó a que fuera solo y él lo acompañó. Los trasladaron al pasaje Santa Catalina y ahí mientras los obligaban a ver cómo torturaban a un militante les gritaban que si no “cantaban” les pasaría lo mismo: “Dale profesorcito, si no mirá lo que te va a pasar”, se le burlaban a mi viejo que era docente.

Antes, entre el 74 y el 75 yo trabajaba en la ferretería El Obrero, organizábamos con los compañeros, clandestinamente una elección de delegados por primera vez en ese lugar y a dos nos fueron a buscar gente de civil, armada, a los domicilios de nuestros viejos, afortunadamente no estábamos. La elección se descubrió y nos despidieron. Tuvimos que pasar una semana escondidos. A mi próximo trabajo también fueron a hacer averiguaciones.

Así las cosas, mi padre y yo —ambos pertenecíamos al Partido Comunista pero estábamos alejados desde el 77 por diferencias políticas— vivíamos advertidos, a él lo despidieron, apenas se produjo el golpe, de todos los colegios donde impartía clases. El papel que recibió del Ministerio decía que se lo dejaba cesante por ser un “elemento potencialmente subversivo”, a los pocos días le “aconsejaban” que se fuera del Museo de Ciencias Naturales donde trabajaba como investigador.

Aquel día me levanté como todos, cargado de presentimientos, pero esta vez más intensos, escondí la pistola 22 con la que dormía debajo de la almohada —le había pedido a mi esposa que si me buscaban no se levantara ni despertara a los chicos, porque apenas abriera la puerta iba a empezar a tirar aunque me mataran (no soportaba la idea de ser ultrajado frente a los míos). Miré por la ventana y estaba ahí, con tres personas adentro, el Opel amarillo que había visto a la noche cuando llegué.

Ni bien llegué a la obra los invité a Romano y al “Negro” (contratistas y compañeros de trabajo) a tomar un café al bar del frente. No habían pasado cinco minutos cuando dos hombres de civil se presentaron a la mesa como policías y sin mediar credenciales me levantaron de ambos brazos y me metieron en un Peugeot 504 color crema, sin patente, que esperaba al lado del cordón.

Siguieron derecho por 27 un trecho y luego perdí la noción de por dónde seguían. Yo iba en el asiento trasero con la cabeza contra el suelo apretado del cuello por uno de los que me había sacado del bar... Ni bien entró el coche al lugar me metieron a un cuarto a empujones y trompadas. Me hicieron sacar las cosas de los bolsillos, de espaldas, me sacaron el cinto y me pusieron las esposas con las manos atrás y luego dieron varias vueltas de una venda ancha sobre los ojos. Yo oía que gritaban, de un lado y de otro y me llevaban a patadas y empujones, amenazándome que me iban a matar, hacia un lugar oscuro, luego a un patio, después un lugar lleno de bancos, ahí abrieron una puerta de rejas y me empujaron adentro.

Con la cabeza derecha podía ver el piso y si la elevaba un poco una pared de un metro y arriba un colchón, atrás la reja que daba a algo así como a un aula con bancos y pizarrón. Estuve por treparme al colchón pero sentí olor a mierda y me quedé parado.

Escuché una puerta y me puse alerta, en ese sector parecía que no había nadie. Me habían llevado a una sala de grandes dimensiones, oscura, me hicieron sentar al lado de una mesa grande y al levantar instintivamente la cabeza para ver bajo la venda ligué un culatazo de arma larga que me volteó. “¡Vos no tenés que mirar!” me gritaron. Me di cuenta de que eran varios.

“¿Conocés esta foto?”, me dijo uno, alcancé a reconocerla antes de la próxima trompada: la habían sacado el día que vino el ex presidente de Cuba, Dorticós, un compañero y yo sosteníamos la bandera del partido parados sobre una tapia medianera, (¿cómo iba a olvidarlo?).

Parecía que me hubiera despertado, no recordaba casi nada y no quería recordar. Estaba tirado en el piso frío, no podía verme ni tocarme pero me sentía todo golpeado y transpirado.

Sentí que lo mejor era pensar mucho en mis hijos, en mi compañera y así lo hacía, pasaba largas horas pensando en ellos y sólo me levantaba con dificultad para moverme.

Me meaba encima y sólo una vez, después de mucho gritar me sacaron al baño para que pudiera ir de cuerpo, en la letrina de al lado tenían a un muchacho al que le gritaban que diera nombres mientras le metían la cabeza en el inodoro, una y otra vez, tirando la cadena cada tanto, lo oía jadear y querer gritar pero se ahogaba.

Estuve tres días y tres noches.

Cuando fui al baño tomé mucha agua de un pico, nunca me dieron comida. Cuando empezó a anochecer –yo lo sabía por un ventanuco que estaba bien alto y por donde se escuchaban ruidos de la calle– un montón de

gente empezó a entrar como una tropa, se acercaba a la reja y me escupían algunos, otros me golpeaban a través de los barrotes. Tomaron asiento en los bancos; un “profesor” encendió las luces y empezó a escribir en el pizarrón. Se trataba de un “Curso de capacitación para la lucha antisubversiva” o algo así, los “alumnos” hablaban despectivamente y con odio de los “Guerr”, para referirse a los militantes y combatientes. De a ratos se acordaban de mí y me tiraban algo o me amenazaban los que estaban más cerca, mientras el profesor les explicaba técnicas para matar, para interrogar, para averiguar... etcétera. Los tres días funcionaron esas “clases”.

Yo seguía tirado en el suño y trataba de no oír, de evadirme, sentía que en cualquier momento me llevarían para “boletearme”, así que procuraba aprovechar las horas recordando a los seres queridos —como si eso fuera a eternizar el tiempo— pero, me parece que me dormía muerto de frío, sin darme cuenta de mucho. Lo que sí escuchaba, todas las noches, cuando ya se habían ido los “alumnos” era una radio, un radio transmisor.

Entonces, empecé a parar la oreja, la noche siguiente, como queriendo escuchar algo importante. No sacaba nada, hablaban en clave.

Esa noche me sorprendí. Me paré, quise sentarme y me acordé que estaba lleno de mierda ese colchón. Esta vez, estaban hablando, era como una conversación, aunque no podía comprender más que algunas palabras. De pronto oí mi apellido y me quedé petrificado, pero agudicé el oído, volvió a repetir mi nombre y apellido.

Era muy tarde, las dos o tres de la madrugada.

Mientras abría la reja le pregunté “¿a dónde me lleva?”. Me hizo dar vueltas y sin sacarme las esposas ni las vendas me apoyó un arma en la espalda: “¿A dónde creés que te llevo?”

Y me hizo caminar, cruzar el patio, entrar a un cuarto grande... Me sacó las vendas mirando hacia un escritorio, allí estaban mis cosas.

Corrí como un animal desbocado, haciendo zigzag, tratando de ir por las calles en contra mano, hasta que llegué a mi auto que permanecía estacionado en la Cañada. Me di cuenta de que había estado en lo que era entonces el Comando Radioeléctrico, en la calle Mariano Moreno.

Cuando llegué a mi casa estaba ahí el Opel amarillo con las tres personas adentro.

Todo lo que quedaba de esa noche lo pasamos con mi compañera embalando cada pequeña cosa de la casa para irnos.

A los dos días empezábamos a querer vivir de nuevo, esta vez en Villa de Soto.

Jorge Alfredo Torriglia

El último telegrama

Desde el mismo 24 de marzo de 1976, fuimos reclusos en el Pabellón número 2 de la cárcel de Villa María, desocupado ese mismo día y reservado a las personas detenidas y a detener por las fuerzas militares y de seguridad.

Los presos comunes fueron distribuidos en el resto de los pabellones. Durante 133 días más de 30 compañeros y compañeras permanecemos encerrados de a uno en celdas a puertas cerradas, durmiendo en el suelo durante 2 meses, totalmente incomunicados con el exterior y entre nosotros también.

Durante los primeros días veíamos por algún intersticio llegar compañeros vendados y ensangrentados, o a los milicos con FAL e Itakas que iban y venían por dentro del pabellón.

La imagen de Trelew se nos aparecía a cada rato. La mayoría de los que fuimos detenidos después del golpe, no teníamos experiencia carcelaria aunque muchos habíamos tenido varias caídas durante la dictadura de Onganía-Levingston-Lanusse, y estábamos fichados como activistas, “agitadores”, militantes sindicales, peronistas, comunistas, socialistas. Nunca en cada detención estuvimos más de 10 días presos, con la excepción de un compañero ex preso del Plan Conintes durante la década del 60.

Las condiciones de incomunicación entre nosotros producía un gran agobio al principio, lo fuimos rompiendo de a poco con el Morse a través de las paredes, o con los presos comunes a través de las ventanas de nuestras celdas, hasta que llegaron “las palomitas” hechas con papeles de cigarrillos escritos con el grafito extraído de las pilas de las radios a transistores que desechaban los presos comunes, que eran bajadas de una celda a otra con las medias anudadas de la ventana del piso de arriba, a la ventana del piso de abajo.

Como las rígidas condiciones de encierro impedían que laváramos nuestras ropas, se permitió que nuestros familiares retiraran la ropa sucia y las volvieran a ingresar al penal una vez limpias. En esas idas y venidas uno de los compañeros notó “algo” en la bragueta del pantalón recién lavado, sólo bastó un leve tirón para que se descosiera el dobléz y apareciera un papelito con un mensaje, la noticia se difundió rápidamente entre nosotros y nuestros familiares. Rápidamente se estableció una comunicación con el exterior que mejoró considerablemente nuestro estado de ánimo. Comprábamos papel para armar cigarrillos, aun los que no fumaban, aguja e hilo de coser, con el grafito de las pilas viejas que nos seguían tirando al patio los presos comunes, se estableció una imparable ida y vuelta de “telegramas”.

Esta situación se mantuvo hasta los primeros días de agosto, fecha en que se levantó la incomunicación interna. Las puertas internas del pabellón

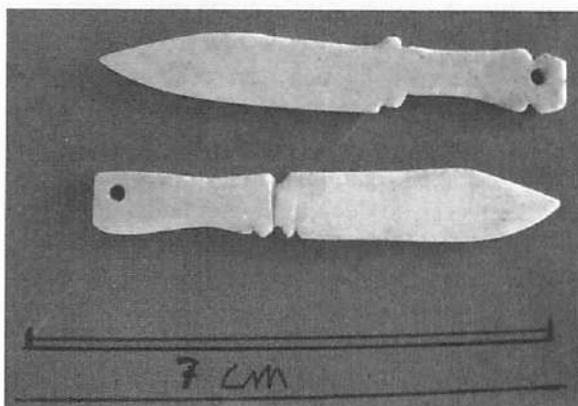
permanecían abiertas durante el día y cerradas únicamente durante las horas de sueño.

La jefatura del penal había permitido que ingresara, todos los mediodías, la comida especial por razones de salud para el compañero Hortencio, y así durante un tiempo la comunicación con el exterior estaba totalmente cortada.

Puntualmente a la hora del almuerzo llegaba la compañera de Hortencio con la comida para el flaco, que tuvo una corazonada y empezó a buscar un mensaje entre los niños envueltos que compartió con otro compañero, sin que apareciera ningún mensaje, siguió con la compota de pelones, un poco desanimado pero tampoco apareció nada. Cuando iba hacia la punta del pabellón donde estaban los tachos de residuos se guardó los carozos en el bolsillo, y al llegar a la mesa rompió dos y en el tercero apareció un mensaje que creó un sobresalto entre todos nosotros, que armamos un *scrawn* alrededor del flaco para leer el mensaje. La imaginación y la creatividad de la querida Turca no tenía límites, había abierto el carozo, había puesto el mensaje en uno de ellos, lo había vuelto a pegar con pegamento y ponerlo dentro del almíbar.

El contenido del mensaje era el siguiente: Hace unos días “el Gaita”, Eduardo Requena, fue chupado en pleno centro de Córdoba, no se sabe nada de él, en La Rioja murió en un “accidente” Monseñor Angelelli. En el pabellón a partir de ese momento reinó el estupor y el silencio que duró un par de días, tuvo el mismo efecto como cuando los presos comunes levantaron el volumen de sus radios para que nos enteráramos que el “Robi” Santucho había caído en Buenos Aires.

Pocos días después seríamos trasladados a la UP 1 de barrio San Martín, Córdoba, donde al ingresar, al ver el estado que presentaban los compañeros allí detenidos me pareció estar ingresando en el campo de Auschwitz.



Hugo Ferradans

Dos mondadientes hechos con los huesos del puchero de la cárcel de Sierra Chica, réplicas de los cuchillos David Crockett – Jim Bowie. Lograron permanecer a salvo de las requisas y salir en libertad. El secreto fue: tenerlos colgados del cuello con un hilo de coser todo el tiempo.

Monólogo para mi amigo Luis Ricardo Verón

Hola Ricardo,

—¿Quién dispararía la bala que nos privó de tu buena onda?

—Me gustaría contarle que seguramente no le guardás rencor, al fin y al cabo, así se repartió el poder en esos días y vos entraste por la puerta grande de la historia, sin contar que nunca fuiste de cultivar sentimientos mezquinos.

—Te recuerdo la tarde en que nos separamos, entonces no sabía que sería la última, llevábamos buen tiempo de conversación y nos habíamos despedido varias veces y varias veces habíamos reanudado la conversa, es que cada vez algo nuevo se nos cruzaba por la mente sobre el qué hacer o cómo interpretar algún hecho, es que sucedían tantas cosas y tan rápido...

—¡Qué hacer ante tanta corrupción y tantas injusticias! Pareciera ser que siempre ganan los malditos de la historia...

—Pero fe y decisión de intervenir, “por una instancia superadora” —tus palabras—, no nos faltaban.

—Ah, sí, finalmente nos separamos, estabas preocupado por comprarle un triciclo o una bici a tu ahijado.

—En esta ocasión se espera que escriba algo en tu homenaje. ¿Qué homenaje necesitás?: ninguno.

—Los que necesitamos recordarte somos nosotros, porque fuiste un buen tipo como tantos y en lo que te distinguiste es en no esquivar el llamado de la historia y al hacerlo lo hiciste desde un lugar digno y luminoso que por tal será siempre referencia de donde estuvo alguna vez el coraje, el honor y el amor a la patria.

—Compartimos tu tiempo con otros amigos que como vos hoy merecen ser recordados por su compromiso con “los que sufren hambre y sed de justicia” y esto ya se sabe pinta entero lo bello y grande a que puede aspirar un ser humano, que lo demás es hojarasca que se traga la vida.

—Y quiero nombrarlos aquí, aunque no sean parte de la memoria de la UP 1.

—Compartimos esos tiempos de fraternidad esperanzada con el viejo Navor, Navor Gómez, ¿te acordás?

—Y ¡cómo no! Si era un ejemplo de vida dedicada a lo mejor que puede hacer un hombre, luchador incansable, siempre del lado inobjetable, nunca un desliz hacia el costado de los acomodados, las trapisondas, traiciones o manejos turbios; en él hallábamos inspiración y ejemplo.

—Otro grande el Lito Levín (Raúl Osvaldo), tipo transparente y buen amigo, soñaba ser escritor y no sé por qué capricho fantaseaba con tomar un café con Cortázar.

—¿Qué eso no es tan extraño?

—Pues sí, lo extraño es que en su fantasía le sentaba una sonora trompada sin aviso ni motivo evidente.

—Recuerdo que tenía un vicio, los viernes pasaba por alguna librería y se compraba novelas policiales —las de la serie negra—, varias etiquetas de cigarrillos —que no fumaría, pero eran parte del circo— y hacerse dos litros de café —que sí tomaría— y pasarse la noche leyendo y escribiendo.

—¿Qué escribiría?

—¡Qué buenos recuerdos! Esto es lo bueno de esta historia, está llena de tipos grandiosos como ustedes, de pequeñas cotidianas anécdotas —que son las que aquí mencioné— y de otras que se corresponden con los valores que ustedes defendieron tan bien y por ello siempre recordables y proclamables. ¡Qué distinto al silencio mafioso de quienes se cobraron vuestras vidas!

—¡Brindemos por eso!

Nota: Luis Ricardo Verón, asesinado cobardemente por alguna patota que sólo merecería ser recordada como rea. Navor Gómez y Raúl Osvaldo Levín, ambos desaparecidos, formaron parte de la Juventud Trabajadora Peronista-Bancarios.

Monólogo para quien disparó esa bala

Y te diste cuenta

Por eso el miedo...

Y te diste cuenta

Por eso la vergüenza...

Y te diste cuenta

Por eso el horror

Y te diste cuenta

Por eso, por eso este silencio

Por eso este silencio...

Y te diste cuenta

Te dejaron solo

Con tu miedo, tu vergüenza, tu horror y tu silencio...

Dijeron, sí, que asumían la responsabilidad
La responsabilidad de lo actuado...
¿de lo actuado?

Sí,

De lo actuado conforme al código...

Y te diste cuenta
Te dejaron solo...

Tal vez soñaste un destino heroico

Tarde comprendiste

Que el lugar del héroe es el lugar de quien lucha
en desventaja.

Que a quien tiene poder

le corresponde el lugar de la generosidad,
del renunciamiento,
de la compasión.

Encadenado a tu silencio,

mordaza que otros imaginaron para tí,

aún tienes una carta de triunfo;

el heroísmo es una opción y no estás obligado a ella,

tu silencio

es otra...

Luis Acosta

En la cárcel se aprende

Tengo 75 años. Muchos de estos años los dediqué a la militancia, a la lucha por mejores condiciones laborales de los trabajadores y del pueblo en su conjunto.

Fui trabajador industrial y delegado desde el año 57 al 72 en la U.O.M., desde el año 72 al 76 en SMATA, desde el año 76 al 81 fui preso de la dictadura.

En libertad me reintegro al trabajo y fui delegado desde el año 83 al 93 en SMATA hasta mi jubilación.

Fui preso político, en varias oportunidades anteriores a 1976.

Siempre fui un preso legal, cuando me detienen en 1976 paso por la D2 (Departamento de Policía de la Provincia de Córdoba). De allí a los días me trasladan a la cárcel UP 1.

Tengo recuerdos del trato humano de algunos guardiacárceles, que siempre nos ayudaron en lo que podían, aun cuando peligraban sus puestos de trabajo o corrían riesgo de que los metieran presos a ellos, es bueno recordarlos porque también fueron parte de la realidad.

Yo siempre fui militante político sindical, al principio milité en la Juventud Comunista, posteriormente me incorporé al Partido Comunista, después me aparté del mismo y me afilié al Frente Grande, siempre con mis ideas marxistas. Participé en muchos frentes y alianzas políticas buscando y luchando por la justicia social. Justamente esta mañana me encontré con otro amigo con quien participamos en la Alianza Popular Revolucionaria que se constituyó en 1973 que encabezaba Alende-Sueldo, alianza que integraban el Partido Intransigente, el Partido Revolucionario Cristiano y el Partido Comunista; también fui candidato por esta alianza.

Fui comunista porque mi padre y mi madre lo eran. Se conocieron en Montevideo, eran sindicalistas y políticos y ambos estuvieron presos en distintas dictaduras, por lo tanto vengo de una familia comunista y continuamos en esa línea.

Mi padre fue dirigente de la Federación Obrera Local en 1917 y el 6 de enero de 1918 se funda y mi padre forma parte de este hecho, el Partido Socialista Internacional que adhiere a la Internacional Comunista. En 1921 toma el nombre de Partido Comunista por resolución de la Internacional Socialista.

Mi padre participó, como representante del movimiento obrero, de la Reforma Universitaria de 1918, hecho que marca la confluencia de obreros y estudiantes.

Mi padre estuvo con Ho Chi Min en 1924 en Moscú en una reunión de la Internacional Comunista como delegado argentino. Mi padre fue secretario de la Confederación Obrera Latinoamericana en aquellos años. Bueno, de ahí viene mi historia.

Estuve detenido como veinte veces. En 1976 fue el mayor tiempo de detención, recién recuperé la libertad en 1981 en que salí con libertad vigilada. En las otras oportunidades fueron detenciones por algunos días.

Haciendo un poco de historia yo pienso que la guerrilla no podía prosperar en la Argentina porque éste es un país muy rico y me parece que lo demuestran el fracaso del Ejército Guerrillero del Pueblo en Salta en 1964 y lo mismo le pasó al Che en Bolivia, los pueblos no aceptaban esta vía revolucionaria. Estaba más allá de la conciencia del hombre común. Para nosotros no bastaba con ser un grupo revolucionario, honrado que no pretendía robar o encaramarse en el poder, sino que no lo iba a acompañar el pueblo, entonces esta revolución no tenía posibilidad. Hoy tengo la convicción de que debemos formar un frente común de las distintas corrientes que queremos la justicia social para nuestro país y para el mundo, para terminar con la pobreza y con el capitalismo salvaje, expoliador y esclavista.

La experiencia carcelaria me afectó como a todos. Sabía que mis ideas tenían sus riesgos y pude respaldarme en ellas. Además conté con el apoyo de mis afectos, padres, esposa, hijos, etcétera, eso fue valiosísimo. Hubo compañeros que no tuvieron este apoyo porque sus familias habían sido destruidas por el terrorismo de Estado, y en otros casos no quisieron o no pudieron acompañarlos.

Quiero destacar que muchos compañeros en la cárcel aprendieron política porque al ser detenidos no sabían mucho o casi nada y terminaron conociendo.

Estoy en la Asociación de Ex Presos Políticos desde su constitución como Asociación, porque considero que es una herramienta solidaria para con muchos compañeros que están con problemas de salud y trabajo, y por su edad no pueden resolverlos, como cualquier otro ciudadano.

Miguel Carlos Contreras

El Diablito

La celda 4 también fue golpeada por los traslados, esa “selección” diabólica que sobrevolaba nuestras noches.

Una de esas noches se escuchó el ruido característico de la patrulla de militares, que a tales horas venían a “retirar” gente. Cuando esto sucedía, corría por todo el pabellón un presentimiento funesto, esas cosas que se intuyen, que traen la muerte. Esta vez el guardia no se paró en las primeras celdas, llegó hasta la nuestra y todos contuvimos la respiración esperando el nombre.

—Funes. Prepárese.

A Funes lo llamábamos “Diablito” por sus evidentes signos faciales, era considerado, antes de ser detenido, uno de los nexos entre las dos organizaciones mayores. Él no confirmaba ni desmentía esta versión, para cubrirse de un aire de misterio y de respeto. Era taciturno y reservado, pero con esa alegría escondida que suelen tener nuestros criollos. Tenía mucha relación con los comunes, que lo aprovisionaban al margen de las dos organizaciones predominantes.

El Diablito Funes se levantó y se vistió lentamente. Él también se daba cuenta de lo que sucedería. A esa hora había un solo lugar a donde ir. Se lo llevaron antes de que pudiéramos reaccionar. Nos quedamos cada uno con nuestros pensamientos, era inútil hacer comentarios.

Pero antes de que nos durmiéramos, Diablito volvió.

—¡Diablito! ¿Qué pasó? —Todos estábamos aliviados por su retorno. Pero él, no.

—No estaba el director para firmar mi salida, pero me dijeron que no me haga ilusiones, que mañana vuelven y me llevan —se tiró en la cama y se quedó mirando el techo, inexpresivo.

Tratamos de darle ánimo y de convencerlo de que, quizás, era sólo una amenaza, una nueva forma de torturarnos, de no dejarnos tranquilos. Pero no había mucha convicción en nuestros argumentos.

Al otro día, Diablito dividió sus cosas: “Esta colcha, para vos..., este pantalón, para vos...”. Hizo unas líneas para su madre, para que se las hiciéramos llegar a través de los comunes. En la celda reinaba un aire de dolor y de impotencia, como en un velorio. Manteníamos una pequeña esperanza de que no pasara nada.

Pero no. A media mañana escuchamos el ruido de la patrulla en la reja de entrada, e inmediatamente después un grito: “¡¡Funes, prepárese!!” El

Diablito se puso la campera y esperó delante de la puerta de la celda a que el guardia viniera a abrirle.

—Chau, Diablito; chau, Diablito...

Y se fue caminando por el pasillo, saludando suavemente con la mano a los que lo despedían desde las otras celdas.

Cuando el guardia trajo el pan, pedimos también el de Diablito, como se hacía cada vez que alguien no se encontraba momentáneamente en la celda, y la respuesta del guardia fue una confirmación: “Funes no necesita más el pan”.

Diablito no volvió nunca más. Chau, Diablito...

Un año después me encontraba castigado en el pabellón 12 de Sierra Chica y me dieron un pedazo de diario viejo para limpiarme cuando lo necesitara. Antes de usarlo, lo leí completamente, esforzándome debido a la poca luz que había. Era el diario del dos de julio de 1976. Mis ojos cayeron en un pequeño recuadrado: “Terroristas abatidos: Cuando eran trasladados desde la cárcel penitenciaria de Córdoba a dependencias del Tercer Cuerpo de Ejército para ser interrogados, los delincuentes subversivos José Cristian Funes y Marta Rossetti de Arqueola intentaron darse a la fuga. Al no responder a las repetidas voces de alto, fueron abatidos por las fuerzas del orden”. Era la versión oficial del asesinato del Diablito Funes.

Daniel Esteban Pittuelli,
Turín, Italia, 10 de mayo de 2007.

Fui detenido el 1 de abril de 1976, pasé por Informaciones D2 y fui llevado a la Penitenciaría el 7 de abril (creo). Fui trasladado a Sierra Chica con el primer traslado de octubre de 1976. Salí con la opción el 7 de septiembre de 1979 con destino a Italia, donde vivo actualmente.

No teníamos nada y teníamos todo

Lapiceraaaaaaaa..., ¿será posible que nunca haya una lapicera en esta casa?

Cada vez que digo esto, no puedo evitar pensar en aquellos tiempos de cautiverio...

Estábamos presas en la Penitenciaría UP 1, San Martín, en Córdoba, en celdas individuales, aisladas, incomunicadas, sin ningún tipo de elementos, mucho menos una lapicera o un lápiz para escribir, pero eso no era un impedimento para hacerlo. ¿Por qué?, pues porque para eso teníamos jabón o pedacitos de ladrillos recogidos del patio cuando salíamos una vez por semana (después que vino la CRI), escribíamos en la mesadita que teníamos en la celda: poesías, cartas. Y en el piso: desarrollábamos derivadas, integrales, teoremas y fórmulas químicas. Teté que estaba en la celda del lado hacía lo propio y comparábamos resultados; qué lío se armaba cuando no nos daba lo mismo!..., a revisar todo y a fundamentar por qué era de una forma y no de otra. Una integral nos llevó toda una tarde hasta que logramos encontrar el error, nuestra celda tenía las cuchetas altas, el inter estaba alto y desde el piso donde tenía cada una su pizarra no nos escuchábamos muy bien la voz, gritar no podíamos, así que ante cada corrección había que saltar a la cucheta contar el desarrollo y volver al piso a seguir analizando el ejercicio, ¡qué placer cuando lo lográbamos!

No a la aguja de acero. Sí a la de hueso. ¡Qué costuras y bordados hicimos!, verdaderos tapices en punto cruz, puntillas, filtiré, frivolité, etc.

No había bobinas de hilo, pero sí hermosas toallas a “destripar” de las que obteníamos variados y hermosos colores.

No teníamos pinza de depilar, pero habíamos obtenido unas chapitas geniales cortadas de unas trabas que tenía la caja de luz (intercomunicador) que iluminaba dos celdas, en realidad era un instrumento multiuso porque también era una de las herramientas para el tallado de huesos. Cabe aclarar que el intercomunicador que mencionamos era una caja de luz embutida en la pared que dividía dos celdas, allí había un foco de luz y de un lado como del otro estaba tapado por un vidrio, corriéndolos después de haber cortado las chapitas mencionadas más arriba, podíamos ver la cara de la compañera y charlar durante horas, mientras la celadora no entrara al pabellón.

No a organizarse, no a comunicarse y entonces llegó el Mundial 78 y el traslado de compañeros de diversas cárceles a la Peni. Según decían “rehe-

nes de guerra”, “por cada uno de ellos cinco nuestros”. A nuestro piso trajeron a la Negra Bazán, la Tucu, y la hija de Brígida Torres, no recuerdo el nombre, desde Devoto. Siempre se comentaba mucho de las bondades de esta cárcel y llegar allá era según decían llegar “al paraíso”, así que quisimos saber cómo era, entonces a la noche pasábamos al baño y nos escabullíamos en la celda de la Negra. Nosotras éramos presas más nuevas y teníamos información más reciente de los últimos acontecimientos y ella nos transmitía todo lo que tenían en la cárcel vidriera y las distintas formas de organización que se daban, todo muy interesante, pero llegó la hora en que la celadora hacía su entrada y no tuvimos tiempo de regresar a nuestra celda, no nos habíamos dado cuenta de cómo había pasado el tiempo, la Tucu se acostó totalmente estirada y pegada a la Negra, tapada con la colcha y yo me coloqué como si fuera su almohada. En nuestras camas habían quedado puestas las almohadas debajo de las colchas, fueron los segundos más largos de mi vida, ni respirábamos pero estábamos tentadas, hicimos un gran esfuerzo para no largar la carcajada. Ni bien “la bicha” pasó la puerta de la celda hacia delante, vemos que María, mi mamá, pasaba hacia la celda de Marta, quien se había dado un gran golpe en la cabeza, para ver cómo estaba. Fue la oportunidad que aprovechamos y picamos cada una hacia su celda. Cuando la celadora llega a la reja y abre la puerta, la ve y le dice: “¿Qué hace doña Castillo... deliberando con su Pueblo...? Camine a dormir...?”, nos solidarizábamos, nos organizábamos, nos comunicábamos.

No teníamos arcilla, pero la miga de pan resultó ser muy útil a la hora de fabricar figuras para hacer adornitos y que nos servían para las clases de francés o de inglés para conversar en esos idiomas indicando los objetos, también sirvieron para el aprendizaje a falta de pizarras y tizas, unos repasadores que tenían diversos paisajes.

No teníamos queso de ningún tipo, pero si dejábamos cortar la leche de un día para el otro, obteníamos un queso untable, ¡¡delicioso!!

No teníamos cine, ni televisión, ni radio, pero teníamos excelentes relatoras de películas: Susana, Isabel y Marta capaces de transmitir toda la emoción y el suspenso que pueda uno imaginar. Marta relataba diversos capítulos de la novela de aquella época *Piel Naranja* y era como estar mirándola por la tele, Solita Silveyra y Arnaldo André tenían sus dobles ahí. ¡¡Genias!!

El armonipein (peine envuelto en un papel celofán) reemplazó la armónica y Laurita tocaba unas melodías maravillosas, no teníamos el Winco pero con esta música armábamos el bailongo.

Cremas o pomadas de zapatos, ¡no! La panceta del guiso o locro para esa función.

Sí a la gimnasia, que nos reconfortaba el cuerpo y el alma, y nos hacía sentir libres.

No al frío, el baño de agua helada a las 6 de la mañana y las colchas colocadas como poncho nos hacían pasar el frío. Hoy, como me lo advertiría Teté en su momento, mis huesos me pasan la factura.

No teníamos psicólogo, pero sí la oreja de la compañera del otro lado del "intercomunicador" que nos escuchaba hablar sin cesar, sacando todo, contando todo, hasta la última de nuestras anécdotas, hasta el último acto militante, todas nuestras miserias, *todo*. Sólo debíamos correr ese vidrio y ya sabíamos lo que le estaba pasando a nuestra cumpa.

¡¡¡Cuántos no!!!: no a nuestra militancia, no a nuestro estudio, no a nuestro trabajo, no a nuestro ritmo vertiginoso, y entonces nosotros decíamos sí a ejercitar todo lo que en nuestras vidas habíamos aprendido, para no anquilosarnos para no olvidar, para no perder de vista quiénes éramos, qué queríamos. Quisieron convertirnos en entes, destruirnos, que seamos incapaces de discernir entre el día y la noche, pero en todo lo que hacíamos dejábamos registrado el paso del tiempo por ahí, por eso jamás olvidé ni el día que me secuestraron, ni el día en que me trasladaron de La Perla a La Ribera, de La Ribera a la Penitenciaría y de la Penitenciaría a Devoto y de Devoto a la Libertad.

Había mucho por qué llorar, pero siempre elegimos todo para sobrevivir y reír, para recordar con alegría todo nuestro compromiso de lucha, para jamás arrepentirnos, para recordar con inmenso cariño nuestra militancia y a cada uno de nuestros compañeros, para no sentirnos jamás derrotados y seguir recorriendo el camino para alcanzar la Victoria.

Adriana Beatriz Corsaletti

Más allá de los sinsabores...

Volver 32 años atrás, no es fácil... El 5 de septiembre de 1977, una noche negra como no hubo otra, pero... ¿Qué pasó? Mamá cabra tenía dicho a sus cabritos que a su llegada debían dar tres golpecitos, no nos dimos cuenta, no fue lo programado, fueron golpes fuertes, muy fuertes...

De ahí a La Perla, La Ribera y la cárcel de San Martín. En La Perla, la Negra pedía sus apuntes porque tenía que rendir el viernes una materia; yo tenía que hacer mis ventas para cubrir los cheques el lunes, hoy recordarlo me da tanta gracia porque pedíamos por días posteriores, sin saber que quizás, no llegábamos al otro día. En La Ribera juntábamos piedritas y jugábamos a la payana. En la cárcel ya éramos muchos, pero cada cual tenía una historia de vida y de militancia, trabajos barriales con la gente y sus necesidades cotidianas.

Los compañeros que contaban películas eran tan graciosos mientras algunas compañeras le sumaban música de fondo, tan insólita.

¡¡¡Cuánto se aprende de estos jóvenes tan maravillosos, con una visión muy clara del futuro!!! ¡¡¡Cuánta imaginación!!! En mi caso hice una muñeca, ¡pobre!, ¡era tan fea!!! que cuando la requisa se llevaba todo de las celdas la pasaban por alto, creo que hasta le tenían miedo, a lo mejor pensaban que era un maleficio. Cuando jugaban a la pelota en el patio me solía reír mucho, porque había quienes ponían la traba, como por ejemplo la Paragua. Recuerdo que cuando llegamos a la cárcel de San Martín estaban rezando, y mi hija Adriana dijo: "Se murió alguien mami" y yo respondí: "No hija, en la cárcel y en los hospitales se reza". Era Dora, una compañera que tenía el templo en su celda adonde íbamos varias compañeras a rezar, pero, en realidad, haciendo largas charlas, y cuando pasaba la celadora decía: "Cuando pasé, estaban en el quinto sacramento, vuelvo y siguen en el mismo". Entre sacramento y sacramento tomábamos mate cocido, que era como el mejor brebaje, y por supuesto las famosas cremitas: leche en polvo batida con azúcar; que luego nos generaba una pesadez estomacal de aquellas. Por eso después Dora decía: "Nos llevan los diablos" refiriéndose al tema de las cremitas, esa gorda tan pícara que ya no está entre nosotros...

Tantas historias diferentes, pero todas juntas, por un mundo mejor y para todos.

No fue en vano, ésta, nuestra lucha, y más allá del gran esfuerzo hecho y todos los compañeros desaparecidos, que están muy dentro de nuestra alma y mente, *¡no nos han vencido!*

María Beatriz Castillo

Sentirnos libres

El hombre se adapta al medio más agresivo, a pesar del miedo. Esto lo viví en la UP 1 cuando lo matan al Paco Bauducco; fue el momento más negro de todo mi paso por las cárceles, porque siendo él, primo de Massera (que pensaba yo), mañana nos matan a todos nosotros. La supervivencia fue la llave para mantenernos bien. En el Pabellón 6 venían los milicos a apalearnos y al rato algún compañero tenía una ocurrencia y ya nos matábamos de la risa, contando cuentos o cantando. El caso de Pájaro Loco, un compañero que era profe en Agronomía, tenía una forma de relatar las películas que nos trasladaba a la escena... O el del flaco Lage, un hombre que era andinista y había viajado, sus descripciones eran perfectas en colores y perfumes, que nosotros escalábamos con él.

La cosa fue distinta cuando nos cambiaron al pabellón 9, ahí entraban los gendarmes (estaba considerado de mayor peligrosidad) y era la tortura, porque se desplazaban a gomazo limpio. Yo recuerdo en una oportunidad que no bien salieron de golpearnos; me puse a cantar un bolero, "Angelitos Negros". Esto luego se transformaba en una peña, después venía un compañero que ahora está en Catamarca, imitando a Landriscina, otro que aportaba sus trinos, era el viejo Díaz, que era un gran cantante de tangos. Cada uno aportaba lo suyo y era consciente de que era la forma que teníamos para mitigar los apremios y el encierro; el fin era la supervivencia y ser libre; estaba en uno.

Recuerdo una vez en Sierra Chica que yo recibía comida de régimen, un bife con una papa hervida y con esto me hartaron todos los días. Y un cumpa riojano me pidió si podíamos cambiar la comida, yo le dije que sí, al otro día el compañero me comentó que estuvo buenísimo a lo que yo contesté que mañana iba a mejorar, y da la coincidencia que al otro día el menú del penal era milanesa con ensalada rusa, lo que llevó al compañero a preguntarme ¿cómo yo sabía que iba a mejorar el menú?

A lo que respondí que "UNO VE MÁS ALLÁ DE LAS PAREDES, PORQUE ES LA FORMA DE SER Y SENTIRSE LIBRE".

Carlos "Monito" Palacios

Eslabones de Unidad

Madrugada del 26 de marzo del 76, mis 19 años reposaban vestidos en la cama para recuperarse de las intensas actividades normales de un joven de esa edad, y de los primeros efectos psicológicos de un golpe subversivo militar.

Tuve un sueño premonitorio, en el que vi con claridad que la represión golpista me venía a detener y que no podía cumplir con la cita que acordamos con mi primera novia formal en la primera confitería bailable de la ciudad. Con ella nos conocimos como estudiantes de Ingeniería de la UTN de Villa María, y entre charlas de números y poesías un tímido apretón de manos y un beso inició nuestro noviazgo.

Yo era delegado de primer año y miembro del Centro de Estudiantes (uno de los leones, según el rector Elías). Me despertaron los golpes en la puerta y el ruido de vehículos. Cuando abrí la puerta comprobé que el sueño se estaba haciendo realidad. Fue grande el desagrado de enfrentarme con el esbirro fascista Antonio Castro encabezando un pelotón de policías y militares.

Este me preguntó: “¿Usted es Pablo Álvarez?”. Respuesta: “Sí”. “¿Secretario Gremial de los trabajadores municipales de Bell Ville?”, preguntó también. Respuesta: “Sí”. “¿Usted en una asamblea llamó a resistir el golpe militar?” Respuesta: silencio.

Poco tiempo les llevó requisar mi casa de 30 metros cuadrados donde encontraron las armas más peligrosas: libros de Marx, Lenin, Engels, del Che, Mao Tse Tung, etcétera, y muchos números de periódicos “No transar” de Vanguardia Comunista. Creo que ese arsenal de pensamientos e ideas y mi militancia como delegado universitario y secretario gremial del SUOEM para ellos justificó mi detención, porque hasta ese momento aunque estábamos dispuestos no realicé ni siquiera un “disparo de nieve”.

Luego desde el trayecto de mi casa hasta la Comisaría inventé el “verso” para no delatar a compañeros en la tortura, tortura que comenzó apenas llegamos a la comisaría, luego de la primera sesión de torturas, yo pedí a gritos que me mataran “hijos de puta”, a lo que la respuesta de Antonio Castro, quien comandaba la tortura, fue: “Vos tenés que vivir para sufrir, comunista de mierda”.

Luego vino la segunda sesión de infinito dolor, obligado a arrodillarme con las piernas abiertas me pegaban machetazos de goma en los testículos. A los dos días vino el traslado a la Comisaría de Villa María, otra sesión de

torturas, hasta que nos llevaron a nuestro nuevo hospedaje, la cárcel de Villa María, donde comenzaron los interrogatorios del teniente Martínez y del teniente coronel Fornari.

Luego vino la resistencia a la tortura del encierro, el total aislamiento, resistir para mantener la integridad psicológica, física e ideológica (tuvimos gestos solidarios de los presos comunes y algunos cobanis). Después de los 6 meses vinieron los traslados: UP 1, Sierra Chica, luego me pusieron a disposición del PEN y la "libertad vigilada" desde el 24 de diciembre de 1977.

No quiero detenerme en relatos sobre los ingeniosos métodos de resistencia que nos surgían en estos viajes de sufrimiento y de terror, donde por ejemplo ver una estrella a través de los pocos agujeros de la ventana de chapón de las celdas de Sierra Chica, nos daba alegría porque nos hacía sentir vivos y parte del universo.

Lo que sí quiero contar y remarcar es que en las cárceles del fascismo nos encontramos compañeros de todas las extracciones e identidades políticas: de izquierda marxista, no marxista, y del campo nacional y popular, por ejemplo PRT-ERP, Montoneros, Partido Comunista, Vanguardia Comunista, Cristianos por la Liberación, etcétera. Todos sufrimos al mismo enemigo y la situación meritaba grandes gestos de solidaridad a nivel humano individual y de organizaciones, pero en el momento de los análisis y debates políticos surgían nuevamente las diferencias.

Eso creo que me dejó más huellas de dolor que el encierro y la tortura. Creo que todos los sobrevivientes que estamos comprometidos en concretar nuestros ideales de libertad y justicia, continuando el camino de nuestros compañeros físicamente ausentes, todavía sentimos dolor por la aún presente división. ¿Por qué aún siguen los sectarismos, los dogmatismos, los individualismos y otros ismos? ¿No aprendimos sobre la necesidad de la unidad en las cárceles? ¿No aprendimos que el enemigo se une para golpearnos e imponernos sus intereses? ¿No aprendimos todavía que para realizar nuestros sueños debemos llegar al gobierno "con poder" y que eso sería más fácil y rápido si lo construimos juntos?

Creo que es posible y es un deber construir eslabones de unidad que nos permitan ser libres, justos, amar nuestro planeta, cuidarlo, y formar el hombre nuevo. Emprendamos de una vez y para siempre los caminos de la unidad, solidaridad, alegría de vivir, la fraternidad y la verdad. Aprovechemos también los vientos de aire fresco que soplan por Nuestra América, derrumbando paso a paso lo perimido del sistema. ¿Acaso no debemos disfrutar, sin bajar la guardia, del inicio del derrumbe del imperio? ¿Por qué no sintonizamos con esta onda de energía y aire fresco?

Creo que recién ahora, con mis 52 años, logro entender en profundidad lo que dijo nuestro amado Che Guevara quien es el que mejor simboliza a nuestros compañeros que no están físicamente, pero sí con su ejemplo y sus sueños que hoy están más vigentes que nunca:

“...todos somos aliados aunque a veces tampoco lo sepamos, aunque a veces nuestras propias fuerzas las dividamos en querellas internas, a veces en discusiones estériles, dejamos de hacer el frente necesario para luchar contra el imperialismo pero todos, todos los que luchamos honestamente por la liberación de nuestras respectivas patrias, somos enemigos directos de ese imperialismo”. (Mensaje a los argentinos, Ernesto *Che* Guevara, 25 de mayo de 1962, Cuba.)

Pablo Alejandro Álvarez

“Les vengo a comunicar que todos ustedes están condenados a muerte. Pero no se pongan contentos, pues morirán uno a uno muy lentamente, de manera que se arrepientan de haber nacido”.

AMENAZAS
Y
ENTRADA
DE
ORGANISMOS INTERNACIONALES
Y
CONADEP NACIONAL

Entrada, no es palabra puesta al azar sino que así llamamos al logro alcanzado por quienes, desafiando al terror con su movilización y denuncias, “se le impusieron” al régimen obligándolo a aceptar la inspección de los organismos.

Compañera Alicia Wieland

Queremos compartir con vos este libro, sobre todo este capítulo. Cuando te llamamos para que participes en esta reconstrucción de la memoria, porque fuiste una de los rehenes de la dictadura, allí estuviste. Pero lo más importante es que fuiste libre de pensar y soñar un mundo grande como tu sonrisa. Gracias por regalarnos tu solidaridad hasta tus últimos días.

Mail de Alizota: Mis queridos amigos, amigas, reenvío esto que me llegó, hasta su introducción representa todo lo que hubiese dicho y diría para tal día, los quiero mucho y les deseo lo Mejor, Alicia...

Se busca un amigo

No necesita ser hombre o mujer, basta que sea humano.

Basta que tenga sentimientos, que tenga corazón. Necesita hablar y saber callar, y sobre todo oír.

Tiene que disfrutar de la poesía, de la madrugada, del sol, de la luna, del canto de los vientos y de la canción de la brisa.

Debe tener un gran amor, o de lo contrario sentir la ausencia de ese amor. Debe respetar el dolor que todas las personas llevan consigo.

Debe guardar secretos sin sacrificarse; pudo haber sido engañado (todos los amigos son engañados).

No es necesario que sea puro, ni del todo impuro, pero no debe ser vulgar. Debe tener un ideal y miedo a perderlo.

Debe sentir pena de la persona triste y comprender el inmenso vacío de los solitarios.

Debe ser Don Quijote sin despreciar a Sancho.

Que sepa conversar de cosas simples, del rocío, de las grandes lluvias, de los recuerdos de la infancia.

Se busca un amigo para no enloquecer, para escuchar la noche o lo que se vio bello o triste durante el día.

Los anhelos y las realizaciones, los sueños y la realidad.

Se necesita un amigo para llorar, para asomarse al pasado en busca de memorias queridas.

Un amigo que nos abrace sonriendo o llorando, pero que nos abrace.

Vinicius de Moraes

En esta despedida tus compañeros y amigos te dicen...

Alisota: ¡Hasta la Victoria Siempre!

Los militares quisieron humillarnos, convertirnos en seres no pensantes, anularnos como persona pero ningún eslabón de la cadena se cortó, pese a que hubo muchas situaciones límite.

2 de Abril de 1976

Retrotraer el tiempo hacia ese 2 de abril de 1976 ¡se hace tan difícil!... Se agolpan las imágenes. Los sentimientos...—recuerdo, era un día soleado—, de pronto irrumpieron montones de soldados con sus armas, corridas, gritos ¡afuera todas! ¡las manos en la nuca! ¡al patio!

El llanto de los niños...dolía, ¡qué impotencia!
¡todo parecía tan irreal!

Llegamos al patio. El oficial a cargo dijo: ¡todas contra la pared... ¡desnudarse! ¡pongan su ropa al costado!

Y allí con un tibio sol de la mañana... desnudas, custodiadas por los soldados apuntándonos... quietas... en silencio

Escuchando el llanto de los niños, retenidos por las bichas. Miré el cielo y pensé: nos matan... se agolparon todos los sentimientos de odios, de broncas, de impotencias, de miedos reprimidos, escondidos muy dentro nuestro, ellos no debían darse cuenta. El amor sí, hacia cada una de las compañeras, todas en silencio dándonos fuerza, esa fuerza inquebrantable, que nos acompañó durante todos esos años.

Los milicos le ordenan a las celadoras que nos requisen... esto en el patio, cuando estábamos desnudas, las celadoras no sabían qué hacer y sólo atinaron a revolver un poco el cabello de algunas. Luego... que pareció un tiempo eterno... nos hacen regresar al pabellón, estaba todo dado vuelta, sacaron de todo, nos dejaron con lo puesto. Comienzan nuevamente los gritos del oficial: “se les terminó el hotel 5 estrellas, ustedes son reclutas. Se acabaron las visitas, los recreos, la correspondencia. ¿Alguien tiene algo que decir?”...

La turca, preguntó ¿qué pasa con las que tenemos libertad otorgada por un juez?

—“¡No habrá ninguna libertad!, si alguna vez alguna de ustedes queda con vida...”

También dijo que los familiares debían retirar a los niños lo más pronto posible... “si no se los llevan, nosotros decidiremos qué hacer con ellos”...

Así con un simulacro de fusilamiento, comenzaron las atrocidades del día a día, buscando todas las formas posibles de destruirnos, como seres humanos, como mujeres. Pero teníamos que sobrevivir a ese infierno porque éramos una parte de las otras...

La Turca era nuestra compañera Mirta Abdón de Maggi, quien luego sería sacada de la Penitenciaría y fusilada en los mentirosos “intentos de fuga”.

Stella Grafeuille

Viaje de Videla a Córdoba

*A pesar de estos muros
que me oprimen el pecho,
mi corazón palpita con la
estrella más lejana*

Nazim Hikmet

En una de esas tardes tan iguales que existen para que unos hombres ejerzan poder sobre otros, me encontraba trabajando sobre unas latitas, haciendo figuras en relieve, cuando el carcelero de turno de apellido Ponce me llamó a la puerta.



Creo que se había quedado con bronca conmigo después de una requisa, oportunidad en que me asestó un fuerte golpe con un palo de escoba sobre las costillas, cortándome el aliento. Todo por no ponerme los calzoncillos para vestirme más rápido, cuando dieron la orden de hacerlo.

- Venga conmigo. Las manos atrás —expresó.
- ¿A dónde me lleva?
- Ya lo verá.
- Me gustaría saberlo ahora.
- No abra la boca y marche callado.

La mirada de un sádico no se puede describir, hay que verla para saber cómo es. Pero en la de éste resaltaba el odio hacia todo lo humano. En una oportunidad que nos llevaba por la tarde a la enfermería se dirigió a uno de los detenidos y le espetó:

- ¿Quién es el boludo, yo o usted?
- A mí me parece que ninguno de los dos.

Quedó blanco con la respuesta y no supo qué decir.

Transpusimos varias puertas caminando por largos y sombríos pasillos. Las paredes daban evidencia casi a los gritos que estábamos en una cárcel. El aire, el clima, las miradas, los tonos de las voces, todo indicaba que era un lugar de encierro, de padecimiento para seres humanos. La sociedad creó las cárceles para sacarse de encima todo lo que le molesta. Cuando las contradicciones se manifiestan en un nivel violento, hay algunos que llevan la peor parte dentro de lo peor, tal es el caso de todos los detenidos políticos.

Llegamos a la parte de adelante del edificio. Junto a otros dos prisioneros. Uno era una blanca y deslucida mujer con cara desabrida –nos pusieron de cara contra la pared. Era de suponer que no se podía tratar de nada bueno, desde el momento que nos juntaban a razón de un detenido por cada uno de los pabellones en los que había exclusivamente presos políticos. Instantes después nos hicieron entrar al despacho del director de apellido Torres, el cual era rengu. Lo acompañaba un subcalde de cabellos plateados. Estaban muy serios.

Dijo el director:

-Por orden del Chacal Menéndez, los matarán a todos si le pasa algo al presidente cuando vaya a Leones, a la Fiesta del Trigo.

-¡Todos! –dije- ¡Qué barbaridad! ¿Por qué?

-Yo no sé nada. Sólo cumplo órdenes.

-Cualquier detenido se merece un juicio y hay mucha gente que no tiene absolutamente que ver con nada, como es el caso de algunos menores de diez y siete años, o ancianos con más de setenta que están aquí.

- No lo sé, ni me interesa. SÓLO CUMPLO ÓRDENES.

- Está bien. Si puede pídame la salida del país.

- Sólo puedo anotar su apellido y pasar el mensaje.

- Hágalo.

Manifestó la chica:

- ¿Cómo hago para avisarles a las otras mujeres que están en los otros pisos de esto que usted nos está informando?

- No sé, no es mi problema –contestó Torres. Usen las palomas¹. Ustedes saben cómo hacerlo.

- ¿Por qué señor? ¿Por qué? –dijo el otro hombre con rabia.

- Ni me preocupa ni sé el por qué, ni me interesa. Son órdenes del

¹ En referencia al “método” de comunicación entre presos de distintos pabellones, consistente en el envío de objetos o noticias por medio de un largo hilo.

Chacal. Pueden salir.

- Contra la pared –se escuchó al carcelero Ponce.

- ¿Nombre por favor? –le susurré al detenido del otro pabellón y luego repetí el mío.

Volví muy demacrado a mi celda e inmediatamente avisé con las manos a los detenidos de las otras, después de contar lo sucedido. Durante una semana estuve pensando que vendrían a sacarme para tirarme en algún zanjón o yuyal. En esas circunstancias la pasé cantando tanto en voz baja como alta aquella hermosa canción de un poeta uruguayo²:

Ya no vivo, pero voy en lo que andaba soñando,

mi tumba no anden buscando

porque no la encontrarán.

Mis manos son las que van

en otras manos tirando.

No me pregunten la edad

tengo los años de todos.

Yo elegí entre muchos modos

ser más viejo que mi edad.

Y mis años de verdad

son los tiros que he tirado.

Nazco en cada fusilado

y aunque el cuerpo se me muera

tendrá la edad verdadera

del niño que he liberado.

Y sepan que sólo muero

si ustedes van aflojando.

Por que aquél que murió peleando

vive en cada compañero.

Relato extraído por el autor y compañero Norberto Negro de su libro “Sólo Cumpló Ordenes”.

² Popularizado por el conjunto “Los Olimareños” bajo el nombre de Milonga del Fusilado.

Testimonio de Estela Leal

Debe haber sido allá por febrero de 1977, la verdad es que no me acuerdo la fecha exacta, pero tengo en cuenta la fecha que todos los años se realiza la Fiesta nacional del Trigo en Córdoba, no debo estar muy errada, habrá sido media mañana y la «bicha» desde la reja, grita “Escobar, prepárese a salir”.

Mil conjeturas, y una sola pregunta «a dónde me llevarán», estoy embarazada de siete meses, es mi mayor preocupación.

Cuando llegamos a la Dirección del penal, me encuentro con dos compañeros uno mi pareja Cacho Leal, el otro no recuerdo, además del director del penal Torres.

Sin mucho preámbulo nos dice: Ese fin de semana el presidente Videla asistirá a la Fiesta Nacional del Trigo en Leones, así que avisen a sus compañeros afuera “por cada bomba que pongan, fusilamos a dos de ustedes”. Le preguntamos ¿qué podemos hacer, si estamos incomunicados? Nos responde que ése es problema nuestro, que él tiene conocimiento que tenemos canales de comunicación con el afuera.

Dicho esto nos despacha y regresamos a nuestros pabellones, donde varios días vivimos con la incertidumbre de lo que podía pasar. Llegado el día los comunes nos cuentan que no había pasado nada.

Viaje de Videla a Tucumán

En junio de 1977 trasladan a la UP N° 1 de Córdoba a unos veintidós presos políticos sacados de las cárceles de La Plata, Sierra Chica y Devoto. Según les informaron, el motivo era el viaje de Videla a Tucumán. Permanecieron en calidad de rehenes del Tercer Cuerpo durante tres meses.

Los viajes de Videla demandaban ese protocolo. “Por orden del chacal Menéndez, los matarán a todos si le pasa algo al presidente cuando vaya a Leones, a la Fiesta del Trigo”, había dicho Torres, el director de la UPI en ese entonces, a tres presos políticos llevados a su despacho. Dos varones y una mujer puestos contra la pared escuchaban la frase que se repetiría en cada viaje, con la misma amenaza y el mismo apodo de referencia.

Algunos familiares que hacían cola, para hacernos llegar el paquete, también recibieron la amenaza y les dijeron que se encargarían de difundirla.

Testimonio de Alicia Wieland

El 14 de Junio 1977 nos trasladan desde Devoto a la U. P. N° 1. Volver a la cárcel de Córdoba era encontrar nuevamente la presencia de tantas vejaciones y torturas. Los ruidos de candados en la noche, me traían el recuerdo de aquel agosto de 1976 cuando sacan a Liliana de su celda de castigo, quien no regresa más con nosotras, ver el patio seco ya iniciado el invierno y aún sentir allí al compañero René Moukarzel soportando la estaqueada en pleno frío, regado con agua helada. Nosotras aún recordábamos los suaves quejidos y los gritos desaforados de esas botas militares disfrutando del sufrimiento.

Aquel pan migo y esos olores del ollón con guiso aumentaba los horrosos momentos vividos.

Desde mi detención, en noviembre de 1975, hasta diciembre de 1976 había permanecido en la cárcel de Córdoba, y conocía con total precisión todo lo que tuvimos que vivir ante la soberbia y autoritarismo del los que ya se creían dueños de nuestras vidas: el Tercer Cuerpo de Ejército. Desde diciembre estuve en Villa Devoto, lugar apreciado por las detenidas políticas ya que contaba con un régimen de visitas de familiares, organismos internacionales, y, en algunos casos, de la Justicia Federal, que otorgaba un marco de “legalidad” en las garantías de vida que trataban de evitar los señores dueños de poder, es decir los militares de turno.

¿Qué estaba sucediendo para volver a este lugar? ¿Quién lo disponía?

En el marco de legalidad de Devoto y ante un anticipo de traslado frustrado ya estábamos en preaviso que esto sucedería. Buscamos en todos los estratos oficiales (Director de Penitenciaría, jueces federales etc.), la respuesta ante otra arbitrariedad del Tercer Cuerpo. Nadie ofreció responsabilidad sobre el hecho. Indiferencia y sumisión ante el poder de turno, poder hermético y con el terror como su brazo derecho con sus cómplices en cada uno de esos estratos.

Pero existía algo que nadie pudo doblegar, y es lo que aún me maravilla de aquella época tan oscura: una solidaridad entre nosotras, una fortaleza que se transmitía, una lealtad y fidelidad en la justicia que trascendía cualquier terror o violencia impuesto por la fuerza.

Ante el traslado eminente, empezaron a vibrar las paredes de Villa Devoto con aquellos jarros latosos, los gritos de denuncias hacia fuera del penal, y, cuando abren mi celda, las co-habitantes hacen un pseudo frente, que sólo con la fuerza las retiran. Ya tocándome a mí el retiro, en el pasillo quedaban zapatillas perdidas en camino al calabozo.

Esas zapatillitas de la compañera Graciela fueron todo un símbolo para mí... ya estando en Córdoba, recordaba esa imagen entregándome la fortaleza que necesitaba, aún me zumbaba el jarreo y anuncios de mis pares allá en Devoto, sabía que esto significaba grandes sanciones, pero aun así, defendieron mi vida, la de Elsa Narváez de Bazán y Lilia Fernández, las tres trasladadas.

Ese 14 de Junio, a la noche me retiran vendada, me llevan a un lugar con paredes húmedas donde nos tienen contra la pared junto a presos varones y leen la gran proclama que nos coloca en una nueva categoría en el Tercer Cuerpo: sus REHENES.

El golpista Rafael Videla, hacía un viaje por la zona de Tucumán (parte del 3er. Cuerpo de Ejército), y si algo le sucedía, los 25 trasladados seríamos fusilados, y así seguía una lista descendente de cargos militares, policiales y hasta empresarios que responsabilizaban sobre nuestras vidas. Tal proclama estaba firmada por "El Chacal Menéndez", repetido varias veces y por supuesto "avisen a sus pares"... nos regresan esa misma noche a la Penitenciaría.

Nos aislaron del resto de presas y entre nosotras también. Sólo nos veíamos en el momento de aseo. No puedo dejar de insistir en cómo los actos solidarios nos fortalecían. Una fuerza tan intensa y profunda que aún hoy nos hermana en la difícil lucha cotidiana. Nuestra interrelación estaba

despojada de todo color, formalidad o materialidad que empaña la esencia del ser humano, esencia inquebrantable aún en aquel terror empujado por prepotencia, violencia, autoritarismo. Supimos llenarlo de ironía, alegría y risas en todas las oportunidades posibles y por sobre todo creatividad en la supervivencia.

Testimonio de Nicasio Barrionuevo (Chingolo)

En junio de 1976 me detienen en la ciudad de La Rioja, desde donde junto a un grupo de más de 70 detenidos políticos somos trasladados el 4 de octubre del mismo año al Penal de Sierra Chica, en la provincia de Bs. As.

Estando en ese penal, en una madrugada de los primeros días del mes de junio del 77 soy sacado de la celda y llevado al pabellón de aislamiento (castigo) que era el N° 12. Ahí me encuentro con otros compañeros de distintos pabellones, con los que posteriormente somos trasladados en camiones celulares a un aeropuerto de la zona. Luego de vendarnos los ojos nos suben a un avión, el que a poco de tomar vuelo aterriza en una pista de Bs. As., que en ese momento suponíamos El Palomar o Aeroparque. Ahí percibimos que suben más personas, entre las que distinguimos también voces femeninas. Eran compañeras y compañeros detenidos que provenían de Villa Devoto y de la Unidad 9 de La Plata. Luego de otro tiempo de vuelo aterrizamos en la Escuela de Aviación de la ciudad de Córdoba, donde luego de bajar nos encadenan de a dos o de a tres y nos suben a camiones "Unimog". Luego de la voz de "¡¡¡motores en marcha!!!" que ordena seguramente algún oficial del Ejército, se pone en movimiento lo que parecía ser una columna de vehículos con un agregado que nos sorprendió, un helicóptero que por el ruido de su motor que claramente escuchábamos, sobrevolaba la columna. Esto nos hizo posteriormente, hacer el jocoso comentario de que "a estos milicos les encanta jugar a los cowboy", sobre todo cuando nos comentaban los detenidos que estaban en el penal de Córdoba, que no podían imaginar a quiénes traían, que por su peligrosidad requiriera tantas medidas de seguridad. Claro, esto era parte de lo que tan bien sabían hacer, sembrar el terror en la población.

Al llegar a la Unidad 1, hoy 2, nos hacen el trámite burocrático de identificación en dependencias interiores y luego nos llevan a un pabellón de un primer piso, que si mal no recuerdo era el N° 6. Nos ubican en dos celdas contiguas y comenzamos a reconocernos y a presentarnos entre nosotros, los recién llegados. Recuerdo entre otros, al "Chango" Cardelli, al "Negro" Vera, el "Biqui" López, Fermín Rivera, el "Dico" Assadourian, "Lucho" Pihen, Isaac Rudnik, todos ellos de Córdoba, al "Nene" Zamorano, un muy

joven cañero de Santa Lucía, Tucumán, el “Pelado” Bazán, que había sido decano de una facultad de la Universidad Nacional de Córdoba, a Pedro Ramírez, de La Banda, Santiago del Estero, a los jujeños Samán (de Ingenio Ledesma) y Felipe Noguera, que había sido trasladado por equivocación, ya que a quien querían era a un homónimo riojano detenido en Córdoba que también estaba en la cárcel de La Plata. En ese pabellón de la cárcel de Córdoba me encuentro con dos conocidos, el “Bicho” Scalet, un chilecoteño con quien habíamos militado en la UES y el “Negro” Haymal, cordobés que había conocido en la cárcel de La Rioja y que formó parte del traslado a Sierra Chica, de donde había sido sacado sin saber nosotros a dónde lo llevaron.

A poco de estar en la Unidad 1 supimos el por qué: necesitaban un “plantel” de rehenes para eventualmente ser fusilados, y para ello estábamos ahí unos 22 o 23 presos políticos, la mayoría varones y unas 3 o 4 mujeres, entre ellas, la “Negra” Narváez de Bazán, esposa de un ex Decano de la Universidad Nacional de Córdoba que estaba con nosotros. La comunicación “oficial” de nuestra condición la conocimos cuando al segundo día sacan 5 o 6 compañeros y los llevan vendados a un lugar, en donde una voz de neto corte marcial les dice, palabras más, palabras menos: *“en los próximos días la plana mayor del gobierno nacional encabezada por el general Videla realizará una gira por algunas provincias del Tercer Cuerpo y culminará en Tucumán el Día de la Bandera... De parte del “Chacal” Menéndez, les digo que queremos que avisen a sus compañeros de las organizaciones que están afuera, que si algo le pasa al presidente los boleteamos a todos ustedes”*, y luego dio una especie de tabla descendiente, sobre cuántos de nosotros “perdíamos” si moría alguien de menor jerarquía. No pasó absolutamente nada y los temores que guardaban, según informaciones que posteriormente nos llegaron, se debían a dificultades de la interna militar, reflejadas en esa época en diarios del exterior. Si bien toda la situación nos alarmó y preocupó, durante la obligada estadía en Córdoba mantuvimos hábitos de detenidos políticos, a fin de conservar nuestra disciplina y una correcta actitud ante los compañeros y ante los carceleros. Ello consistía en hacer gimnasia, en el permanente debate y análisis de la situación internacional y nacional, el estudio y la preparación en base a la información que nos brindaban los compañeros más capacitados, la permanente solidaridad hacia la población del pabellón y también la distracción, como el hecho de organizar una peña folclórica en la que a escondidas de la guardia cantábamos “a capella”; la peña se llamó *“El Taita en la resistencia”*, nombre que le puso un chilecoteño detenido en Córdoba que conocí allí, Pedro Nolasco Gaetán, “el Negro”. Todo esto

nos ayudó a sobrellevar organizados y con buen ánimo las distintas contingencias que debimos pasar. Estuvimos en la cárcel cordobesa hasta el 7 de septiembre de 1977, día en el que nos trasladaron —a los que habíamos llegado más algunos que ya estaban en esa cárcel— al penal de Sierra Chica. Aquel día, una vez salidos del pabellón y aún en dependencias de la cárcel, personal uniformado del Ejército nos ató las manos atrás, vendó los ojos y amordazó, lo que nos llevó a pensar que finalmente iban a efectivizar sus amenazas de fusilamiento. Luego nos subieron a un colectivo, y así, luego de unos 40 minutos llegamos a un lugar en donde estacionó. Ahí nos “verduguearon” con algunos golpes intrascendentes amenazando con “hacernos boleta”; preguntaban a gritos a otros que estaban fuera del vehículo si “¿ya están listos los pozos?” y cosas por el estilo. En un momento quien vociferaba se retiró y luego de varios minutos de silencio escuchamos una voz que, palabras más, palabras menos nos dijo: “Muchachos: soy un colimba, estoy de guardia, no se preocupen, los están amenazando nada más, estamos en la Escuela de Aviación y esperan un avión que va a trasladarlos”. Finalmente (y luego de un intento fallido por el mal tiempo), el avión llegó y regresamos a Sierra Chica después de 3 meses de total y absoluta inseguridad y aislamiento, ya que no se permitían visitas y se vivía en un clima de extrema tensión por las circunstancias del momento y también por la negra historia represiva vivida en esa unidad carcelaria después del golpe de estado. Pero esta historia de rehenes no terminó allí, más bien comenzaba, ya que para la época del Mundial de Fútbol de 1978 volvieron a llevar compañeros de distintas cárceles, y ahí fue asesinado el “Tordo” De Benedetti (reconocido militante rosarino), en un fraguado “intento de fuga”.

Quiero recordar a algunos de los compañeros detenidos en el pabellón, el “Negro” Pelusa, el “Toti” de Arquitectura, el “Boga” González, Oscar Valdez entre otros con quienes compartimos momentos y conocimos sus problemas.

Entre muchas anécdotas destaco tal vez la primera que vivimos, cuando el primer o segundo día llegó un detenido común con unas herramientas simulando estar en el pabellón para arreglar la bomba de agua. Discretamente, porque lo acompañaba un guardiacárcel, se llegó a la reja de las celdas que ocupábamos y nos dice: *“muchachos, a ustedes los trajeron para boletearlos, dénme la lista de nombres, el lugar de donde son y un número de teléfono, así avisamos a sus familias”*. Mi madre en La Rioja recibió una noche ya bastante tarde, un llamado que nunca supo (ni supimos) de quién, avisándole que con otros compañeros, yo estaba en la Unidad Penal de Córdoba como rehén.

Primera Entrada de la Cruz Roja Internacional a la Cárcel UP1 de Córdoba

En abril de 1978 la Cruz Roja Internacional (C.R.I.) obtuvo finalmente el permiso para entrar a la U.P. Nº 1.

Un día antes, unos 15 presos políticos fuimos trasladados por orden del Tercer Cuerpo hasta el campo de concentración “La Ribera” para aterrizarlos, concretamente nos dijeron que si contábamos –a los delegados de la C.R.I.– algo de lo visto o vivido, nos matarían.

Algunos de los portadores y portadoras de la amenaza:

a) del Pabellón 14

María Isabel Giacobbe
Sara Liliana Waitman
Ana María Mohaded

b) del Pabellón 9

Sebastián Leal (Cacho)
Luis Urquiza
Enzo Sacco
Raúl Monzón
Guillermo Puerta
Hugo Dutto
Oscar Mesa
Ricardo Enrique Strzelecki
Germán Ojeda
Flaco Virga
Renolito Carrasco

Secuestrada después de la entrevista:
Liliana Deutsch

Memoria coral

Para traer las memorias y compartirlas de un modo menos fragmentado que la que cada uno pudo guardar, algunas y algunos de los que habíamos vivido esa amenaza quisimos reunirnos. Cruzamos mates, recuerdos,

chipacas, apuros cotidianos, buscamos viejos y nuevos relatos desde este tiempo presente.

Fuimos poniendo mojonos, desmalezando el tiempo, limpiando las muletillas y los tartamudeos, pujando cada uno su versión hasta parir el dato buscado. Estos son algunos de los diálogos, palabra más palabra menos.

Del grito al canto:

Enzo Sacco - Los guardiacárceles entraron con una lista de más o menos quince compañeros. Gritaron los nombres y dijeron que preparemos el mono (algo de ropa y elementos de higiene, lo necesario). La verdad es que en ese momento nos sentimos aliviados porque pensábamos que era un traslado. Cualquiera otra cárcel, por más dura que fuera, significaba salir del dominio de Menéndez y su grupo. Con esa esperanza salimos del pabellón. Nos pintaron las manos, hicieron que dejáramos los monos y nos vendaron. Ahí se nos acabó la alegría del traslado, y empezamos a pensar que era nuestro último día en la tierra. Teníamos frescos los supuestos “intentos de fuga” en los que mataron a nuestros compañeros.

Sara Waitman. - A nosotras nos sacaron vendadas desde el pabellón. Éramos tres, Isabel, la Turca (por Ana) y yo. Estábamos las tres en planta baja. Apenas pasadas las rejas nos vendaron los ojos y ataron las manos. También nos llevaron a un lugar y nos tuvieron un rato. Me acuerdo que hablábamos tratando de entender por qué nos sacaban. Aclaremos que jamás nos informaban a dónde nos llevaban, o cuál era nuestra situación. Ante la incertidumbre nos dábamos aliento y fuerza. Y en esos diálogos empezamos a suponer que la sacada tenía que ver con la llegada de la Cruz Roja.

Ana Mohaded - Es que veníamos notando “cosas raras” en los días anteriores: entregaban productos de limpieza, detergente, lavandina, jabones (cosas que nuestras familias depositaban en la administración del penal pero que rara vez nos llegaban)... Disculpen la digresión, pero ¿se acuerdan del jabón “la Perdiz”? lo usábamos para lavar la ropa, bañarnos, shampoo, desinfectante de heridas, etc. Decíamos “9 de cada 10 presas lo usan...”. Volvamos al relato de las cosas raras: nos dieron el mate cocido con leche, la carne para las embarazadas llegó sin gusanos, cambiaron colchones podridos por otros más secos –eran de estopa–. Algo extraño sucedía. Entre elucubres y bombas de todo tipo, sumado a la carta de algún familiar entrada clandestinamente, y al mensaje de un preso común que, –hablando a escondidas con el lenguaje de las manos–, nos confirmó el rumor: la Cruz Roja Internacional llegaba a Córdoba.

SW- Yo digo que no daban puntada sin hilo. Nada era casual. Por ejemplo mira a quiénes eligieron para sacar. Yo tenía mi compañero desaparecido, habíamos sido detenidos juntos, después de dos días de estar en el CCD La Ribera se lo llevaron, después supe que a la Perla y nunca más apareció. La Chabela (por Isabel) también tenía su compañero desaparecido y había tenido su hijo atada a una camilla, en la maternidad, y la Turca (Ana) había sido terriblemente torturada.

ES- ¿No nos estamos yendo del tema? La cosa era contar la sacada.

AM- ...y esto forma parte. Buscábamos encontrar alguna lógica, tal vez especulábamos de más por falta de información. En dos minutos hacíamos veinte presunciones. Uno siempre trata de comprender lo que sucede.

ES- Bueno... pero sigamos. Atados y vendados nos subieron a un ómnibus sin asientos, con el esqueleto de hierro. Cuando empezamos a andar otra vez nos pusimos contentos porque salíamos para el lado de la Fuerza Aérea y aún teníamos la esperanza de que fuera un traslado. Pero al llegar al Boulevard San Juan doblaron a la izquierda: no íbamos al aeropuerto militar. Otra vez el cagazo de lo que se venía...

SW- ¿Cómo sabían por dónde nos llevaban? Nosotras no teníamos la menor idea del camino.

ES- Es que yo iba sentado al lado de un compañero más alto que se le había aflojado la venda y podía ver por abajo. Al final llegamos al Campo de la Ribera. La persona que ahí estaba nos conocía a todos, porque nos iba nombrando y decía datos de cada uno de nosotros.

AM- Yo creo que uno de los que estaba es Barreiro, en aquel momento recordaba aún su voz y me espeluznaba por lo vivido en La Perla. Hace poco Guillermo Puerta me contó que a él le levantaron la venda y efectivamente lo vio. Otro que sí estaba era el que le decían el Gordo de la Ribera. Nos pusieron contra una pared como en una ronda de espaldas. ¿Se acuerdan? Al principio nos decían cosas cargadas de una agresión grotesca, burlesca. Luego elevaron el tono y llegaron los golpes.

SW- A mí se me acercó uno y me dijo: "así que tu papá y tu hermana son del PC" (Partido Comunista). Como yo no le contestaba, me tiran el cabello y dicen "a vos te estamos hablando, ustedes, los del PC, son la madre de todos los borregos, vos sos afiliada del año 0 (cero)", tenía en ese momento 22 años. Cuando salí en libertad mi viejo me contó que en una entrevista con un milico, pidiendo por mi libertad, él le dijo "yo y mi otra hija somos del Partido Comunista y somos buenas personas". En ese momento yo desconocía esta situación, por la incomunicación a que éramos sometidos en la UP1. Donde nos tuvieron parados, escuchando sus amenazas,

tiene que haber sido una sala grande, y creo que por la luz que se veía a través de la venda era de tubo fluorescente. Voy seguido a la Ribera y recorro buscando el lugar. En alguna de las escuelas que funcionan hoy, estuvimos esa noche, vendados y atados.

ES- El personaje que estaba mandando todo, gritó: “el que crea que es inocente que dé un paso atrás”. Y yo di un paso atrás. Entonces el tipo vino y me estampó la cabeza contra la pared, mientras decía “¡qué vas a ser inocente vos gringo de mierda!”. También me acuerdo que les pegaron a otros compañeros. Recuerdo que a la Turca la golpearon y la tiraron al piso. Y después empezó la amenaza.

AM- La verdad ahora no me acuerdo el argumento que usaron para la golpiza que yo ligué, sí que fue *in crescendo*, y que —con los ojos vendados y las manos atadas— uno estaba en absoluta disponibilidad y aunque lo esperabas, el golpe te sorprendía. La verdad hasta me había olvidado que me tiraron al piso, cosa que la Chabela y otros compañeros también se acordaban. ¿Cuántas cosas nos habremos olvidado?!

Isabel Giacobbe: Yo me acuerdo que, como teníamos las manos atadas atrás, en un momento uno de los represores puso su pene sobre ellas, yo grité y entonces otro preguntó “¿qué pasa?”, a lo que este degenerado y genocida respondió “nada”. También me preguntaron “¿y vos no estabas embarazada?” Respondí que ya había tenido a mi hijo. Hacía un mes, todavía estaba en cuarentena. También me preguntaron si no estaba loca, porque cuando me secuestraron en La Perla, después de una de las sesiones de tortura, me tiraron en las caballerizas y creo que permanecí inconciente como 8 días. Mi hijo nació el 5 de marzo del 78, yo tenía una mano y una pierna atada con cadenas a la cama, y estaba custodiada por el comando radioeléctrico. También recuerdo que ese día en La Ribera nos hicieron gritar “*somos todos pelotudos*”. Y nos obligaban a gritar más y más fuerte. “No se escucha”, decían.

AM- Entre golpe y golpe, arengaban con un discurso nacionalista. Acentuaban que los de la C.R.I. eran gringos, yanquis e imperialistas, y que como nosotros decíamos ser patriotas no debíamos hablar con ellos!!! Amenazaron diciendo que tenían micrófonos puestos por todos lados, y que cuando los delegados se vayan, otra vez estarían ellos reinando en la vida y en la muerte. Así que —según lo que habláramos— seguiríamos presos o, definitivamente, “no van a contar más ningún cuento a nadie”.

ES- Uno de los mandamases decía que teníamos que hacernos cargo por lo que le dijéramos a la Cruz Roja. Pero después, con desprecio, remarcó “bah, total, hasta el Papa sabe lo que aquí pasa”, como insinuando que no

íbamos a decir nada nuevo, que todo el mundo conocía la situación y aun así no pasaba nada.

AM. Y en medio de ese escenario tenebroso nos atrevimos a resistir: el canto del himno ¿se acuerdan?

SW. ¡Cómo no acordarse! ¡Fue maravilloso! Nos quisieron obligar a cantar el himno y nosotros dimos vuelta la cosa.

AM. ¡Qué cambio de emociones! “A ver apátridas, ni la letra del himno saben.” Empezamos despacito, no queriendo hacer lo que nos obligaban a hacer y al escucharnos nos inundaba una fuerza indescriptible. Y entonces empezamos a cantar porque era nuestro canto.

ES. ¡Cantábamos cada vez más alto! Nos querían hacer callar y seguíamos más y más.

AM. Fue un momento de muchísima energía colectiva. Las voces crecían y cada verso nos unía y agigantaba: Oíd mortales el grito sagrado libertad, libertad, libertad.

ES. ¡Y cada vez lo hacíamos más y más fuerte! Ellos locos queriendo callarnos. Se ve que querían jodernos y les salió mal.

SW. Fue un encuentro entre los presos y las presas que estábamos allí ¡Y ese final gritando: ¡Oh juremos con gloria morir! Nos gritaban que nos callemos y nosotros nos sentíamos más y más fuertes con cada estrofa.

AM. Para mí es un momento inolvidable. De pronto pasamos de estar cada uno en su indefensión total, vendado, atado, maltratado, con los gritos de ellos atropellándonos, a ser un canto entero y colectivo. Y no cualquier canto: ¡el himno! Ese símbolo negado, lo estábamos enarbolando y nos daba energía. Era nuestro. Ellos gritaban y nosotros cantábamos. Estábamos en un campo de concentración, nos estaban amenazando y golpeando y nosotros cantábamos “coronados de gloria vivamos o juremos con gloria morir”. Aun hoy, cuando escucho el himno no puedo evitar las lágrimas.

SW. Yo también, siempre me emociono. En los actos en que se entona nuestra canción patria, siempre me acompaña ese recuerdo, esas sensaciones y las lágrimas. Es una de las cosas que siempre cuento, porque para mí fue muy fuerte. Nos decían que éramos “apátridas”, qué equivocación, siempre quisimos una Patria para todos, compartida y solidaria.

ES. Y, bueno, al final nos volvieron a subir al ómnibus sin asiento y nos regresaron a la cárcel. Cuando llegamos, los compañeros ya no nos esperaban, así que ni pan teníamos, se lo habían repartido porque todos estaban convencidos que era traslado... y como el pan nunca alcanzaba... Al otro día, cuando llegó la Cruz Roja por supuesto que no acatamos la amenaza y denunciarnos todo.

La denuncia

Liliana Deutsch: A ustedes las sacaron los milicos como a la una de la mañana. Las que quedamos en el pabellón elucubrábamos a mil. Algunas pensábamos que eso confirmaba los rumores de que la C.R.I. estaba cerca, para otras eso quería decir que se habían retirado. Además estaban esos movimientos extraños. Por ejemplo, sacaron de la UPI a los 22 rehenes que habían traído desde otras cárceles en febrero de ese año, amenazados con el Operativo Independencia, y los repartieron en los campos de La Ribera y La Perla. Otra cosa fue que a las presas del Pabellón 14 nos dividieron. Un grupo, las que no estaban a disposición del Poder Ejecutivo, sin causa, y que estaban clandestinas, las pusieron en el segundo piso, quedando un piso vacío de por medio. Todo indicaba que “algo raro” pasaba. Aunque las movidas acentuaban las certezas, cuando las tres sacadas volvieron al piso, hubo un suspiro generalizado.

SW - Yo tengo idea de que recién a la mañana siguiente comentamos lo que había pasado, porque esa noche regresamos tardísimo y las celadoras nos controlaron todo el tiempo. En el pabellón nos habíamos organizado para denunciar todo. Nos habíamos repartido los temas: algunas se encargarían de reclamar más horas de puertas abiertas (estábamos en celdas individuales encerradas todo el día), otras pedirían salida al patio, visitas, correspondencia, manualidades, lecturas, atención médica y alimentación adecuada, diarios, y así, cada una denunciaría un aspecto general y su caso particular: como familiares desaparecidos, el trato con las compañeras embarazadas, nacimiento de hijos en cautiverios, problemas de salud graves.

AM- Y decidimos pasar el relato de la amenaza para la mañana, porque la noche siempre es más tenebrosa ¿no? Mejor masticarla con luz de día y con menos control de bicherío (celadoras). Y además porque había que debatir: ¿qué resolvíamos con la amenaza de por medio? ¿Todo se discutía! Al final seguimos con la organización, con más fuerza, y la mayoría más convencida de que debíamos denunciar porque si nos amenazaban era “porque les preocupaba”, -decíamos-.

LD- Cuando los de la C.R.I. vinieron al pabellón, midieron las dimensiones de las celdas, entradas de luz, miretearon un poco, y, nada más. No subieron al segundo piso donde estaban las otras compañeras, y como parecía que se iban yendo, los interpelamos y les preguntamos “¿esto es todo? ¡hey! ¿y a nosotras no nos van a entrevistar?” Y respondieron que ese día empezaban con los varones, que calculaban que en tres días lo harían con

nosotras. “Quédense tranquilas, las vamos a entrevistar individualmente”, dijeron. A los dos días me llaman a mí, me dicen “adelante, a judiciales”. Y me llevaron adelante con la C.R.I. Me entrevistó uno que era español y otro con acentito europeo, sueco o nórdico. La charla que se dio fue más o menos así:

-¿Por qué me entrevistan a mí sola?

- Nos permitieron entrevistarte primero porque te llevan de aquí.

-¿A dónde me llevan?

- Al campo de la Ribera o a La Perla

- Pero... ¿ustedes saben que esos son centros clandestinos?

-Sí, sí lo sabemos.

-Y entonces ¿qué pueden hacer por mí?

-En general nada, salvo hacerle saber al Tercer Cuerpo que nosotros sabemos que usted está siendo llevada, e ir preguntando por usted y su integridad cada tanto.

-¿Por qué no vinieron antes?

-Desde el primer día del golpe queremos y pedimos entrar a esta cárcel, pero antes no hubo permiso. Ahora el acuerdo es que la información que obtengamos no la podemos difundir, sino que sirve de archivo. Solamente nos sirve para negociar con el gobierno.

No recuerdo qué parte de la denuncia me tocaba de lo que nos habíamos repartido, pero hice la exposición de lo general, advertí que había compañeras ilegales en el segundo piso y hablé de mi caso familiar y personal. Estaban detenidos mi mamá, papá, dos hermanas, y yo (el loro quedó en la casa). A la salida me pusieron una chaqueta verde y me llevaron en la parte de atrás de un jeep, sin vendas. Iba chusmeando la ciudad. Me llevaron al Campo de La Ribera.

AM- La ausencia de la Lili la “leíamos” con dos alternativas: que la C.R.I. hubiera intercedido porque toda su familia había estado detenida, o que la llevaran a los campos. Todo era posible.

SW- Al final seguimos con el plan de denuncias. Cuando me tocó el turno, en el momento que realizaba la entrevista, entró el jefe de seguridad, llamado Carranza, yo me callé y me levanté para mostrar mi incomodidad ante semejante presencia. Entonces el delegado de la Cruz Roja le solicitó que se retire. Allí denuncié la desaparición de mi novio, Carlos Alberto D’Ambra (Nona), las torturas a las que fui sometida y los problemas de alimentación, que era lo que me tocaba en el reparto. Ah, y también que habíamos sido amenazados por su llegada a la cárcel.

AM- Yo recuerdo que nos llevaban en grupos de cinco o seis, en fila sin hablar. Cuando una entraba los guardias tomaban el tiempo que tardaba en la entrevista. Una sensación importante es que era la primera vez en años que alguien nos trataba correctamente! Era extraño, el saludo, que nos ofrecieran sentarnos, que nos convidaran un caramelo o algo así! Pasado el asombro, también hablé de las reivindicaciones que me tocaba, de las chicas del segundo, algo de lo personal y agregábamos la preocupación por la Lili. Recuerdo que, en relación a la amenaza, ellos dijeron que a poco de llegar se habían dado cuenta, el “olfato” les advirtió el tipo de tensión que había en la cárcel. Pregunté si dejaban algún tipo de control, algo, que no nos dejaran tan regaladas. Y No. No podían hacer gran cosa. Había que confiar en la fuerza de la lucha, y a lo hecho pecho. Igual, era tal la movida, que estábamos confiados en nosotros. Desde el golpe que no se daba una situación de esa magnitud. ¡Era un primer triunfo! Un hito en la cárcel.

El turs de los campos

LD: En el campo de La Ribera me instalaron en lo que era el viejo comedor de oficiales, que tenía un techo caído. Estaba en desuso, y me parece que dormí en una mesa. Me controlaban gendarmes. En otra sala estaban los 22 rehenes trasladados de otras cárceles. Y creo que en otra habitación lo tenían confinado a Eduardo Porta. En algún momento me “bailaron”, aburridos, pelotudiando. Ahí debo haber estado una semana. Una noche nos maniataron, vendaron y nos llevaron en un camión del ejército. Tipo sardinas, nos cagaban a culatazos y a patadas en todo el viaje. Reconocí que íbamos camino a La Perla, porque se subía a unas vías de tren y luego un camino sinuoso. Yo ya había estado allí con mi familia. Esta vez nos pusieron a cada uno entre biombos. Un día sentí que llegaba una milicada, y que a cada uno le preguntaban algo de su situación. Cuando me toca a mí, el de la voz cantante me dice “y vos por qué sos tan importante” y yo le contesto que no se de qué me está hablando, y me dice “vamos, no te hagas la boluda, te están pidiendo del exterior”. Mis viejos habían sido liberados en marzo, aunque yo no lo sabía, y me reclamaban vía Estados Unidos. Después me preguntó si yo tenía algo para denunciar a la C.R.I., y le digo que sí, porque no había una situación legal correcta, hubo maltrato físico, estaba incomunicada, etc. “¿Qué maltrato físico?”, y detallé lo del último traslado. Entonces el tipo dice “bueno, yo voy a supervisar que en cualquier otro traslado usted vaya bien cuidada”. Esa noche me subieron a un camión, me ataron los brazos desde la muñeca hasta el codo, me acostaron en el centro,

me ataron de una pierna a una esquina del camión, de los hombros a otra esquina, y me pusieron una soga al cuello. Hecha un salamín. Pero no me tocaron un pelo. ¡Luego de casi un mes de campos llegué a la UP1! Se decía que iban a acondicionar La Perla porque llevarían a los de la C.R.I. de visita. Mientras seguían jugando a las escondidas.

Germán Ojeda: en un momento de aquel traslado por la llegada de la Cruz Roja Internacional a la UP1, recuerdo que los milicos le dijeron al flaco Virga, parafraseando sin saberlo a García Márquez en “El otoño del patriarca”: “Vos no sos zurdo, pero ahí donde estás, te vas a hacer zurdo, así que jodete”. Y que pase el que sigue.

Amenazas para el Mundial de Fútbol 78

En junio de 1978 fueron trasladados unos veinte presos políticos desde **Resistencia, Rawson, Sierra Chica, La Plata y Devoto**. Alojados en la terrorífica e incomunicada UP1, lugar elegido para mantener a los rehenes de todo el país.

Luego de unos tres meses los regresan a las cárceles comunicadas, pero en el trayecto los responsables del Tercer Cuerpo matan a uno de estos compañeros: Osvaldo Sigfredo De Benedetti.

Mientras, también continúan con la tradición de sacar presos políticos de la cárcel para llevarlos a los campos de concentración, esta vez al Campo de Malagueño o Perla Chica.

Testimonio de Roberto Eduardo Díaz

Más de ochenta días estuvimos de rehenes en Córdoba para el Mundial '78, época en que el Chacal Menéndez decidió sacar de las cárceles federales presos políticos que dependiéramos del Tercer Cuerpo, "para garantizar la vida" del dictador Videla.

Al regreso lo sacaron al Tordo De Benedetti, que provenía de la U6 de Rawson, lo fusilaron en Tucumán, dicen que el dictador Bussi le hizo la venia como reconociéndolo del ejército enemigo y lo fusilan. A los demás nos llevaron a la cárcel de Caseros (monumento del horror que hoy están demoliendo).

Luego de casi un año me trasladaron a la U9 de La Plata, después a la U6 de Rawson, hasta el 23 de diciembre de 1983, que levantaron Rawson y fuimos trasladados a Devoto. Debo decir que la unión y seguridad de que los compañeros, el pueblo argentino y nuestros queridos familiares... no nos olvidarían jamás, nos mantuvo íntegros. Gracias a ello pudimos salir enteros, con la frente alta a sumarnos nuevamente a la lucha por una Argentina mejor...

En febrero de 1984 soy liberado, luego de 9 años y seis meses de prisión. Fui detenido el 8 de octubre de 1974, con Rojitas, Shajer y la compañera Negrita, mientras que su compañero fue muerto en el momento de la detención...

Mi recuerdo por los que ya no están y que conocer la historia ha de servirnos.

Un abrazo del "Grandote"

Testimonio de Jorge "Coco" Marca

Fuimos trasladados en un avión Hércules, salió desde la cárcel de **Resistencia** (Nasser y Medina), pasó luego a la de **Rawson** (Tordo De Benedetti, Bulacio, Carlos Zamorano, Vara, Garyulo, Gutiérrez y Sinkievich), a **Sierra Chica** (Jorge Marca, Ricardo Sosa, Díaz y Rojas), también a la cárcel de La Plata (Jorge Rulli, Nadalich y Rocha). Y traían a tres compañeras de la cárcel de Villa Devoto. Puedo olvidarme de algún nombre. El destino final fue Córdoba.

El objetivo de este traslado era amenazarnos y hacer salir la noticia a los familiares, que si algo ocurría durante el Mundial de Fútbol del 78, nosotros seríamos asesinados. La cárcel de Córdoba estaba incomunicada por lo tanto creaba más inseguridad, a nosotros y a nuestras familias.

Cuando volvemos del traslado —que por supuesto se hacía con los ojos vendados—, esposados de a dos, nos suben a un camión del Ejército y nos tapan con lonas, una de las compañeras que estaba a mi lado lloraba, entonces le pregunté por qué lloraba y me dijo "nos llevan para matar igual que al Tordo De Benedetti, yo le respondí que como ya terminó el mundial nos llevan nuevamente a las cárceles de donde veníamos, le agarré fuerte la mano con mi mano que no estaba esposada y ella se apoyó en mi hombro, cuando un militar ve esto dice "se está haciendo el novio" y comienza a pegarme gomazos, esta compañera gritaba que no me pegaran más, como era de esperar, más me pegaban, ellos no entendían de la solidaridad, el compañerismo nuestro que nos permitió sobrevivir y fortalecernos con el afecto diario, esa fue y será nuestra práctica.

Testimonio de Alicia Wieland

Sobre el Mundial de Fútbol

Desde siempre se conocen en la historia innumerables ejemplos de manipulación de masas por parte de un poder tiránico. Uno de los más típicos es el uso del deporte según el apotegma romano de pan y circo. Ligar el orgullo nacional a una justa deportiva borra temporalmente las divisiones sociales, encolumnando la población ciegamente detrás de los amos del estado, erigiéndose en factores directos o indirectos del triunfo. En medio de la algarabía popular se olvidan los gritos de terror, los miedos cotidianos, se exaltan los ánimos al cielo y se entra en la eternidad. Se produce una suerte de síndrome de Estocolmo a nivel masivo, un enamoramiento entre tiranos y súbditos. Todos somos uno, fundidos y confundidos en un griterío amorfo, en

donde el todo es más que la suma de las partes. La religión ya no es un efectivo opio del pueblo, en su lugar, el fútbol toma el relevo.

Algunos intelectuales locales ya han señalado este comportamiento triunfalista y venal por parte de la población argentina, y han tratado de excusarlo describiéndolo como micro tácticas de sobrevivencia por parte de una población agobiada por la dictadura. Otros han sacado conclusiones basadas en la Escuela de Frankfurt acerca de la patología de masas bajo el fascismo, etc. Hasta el presente no existe un estudio serio de este período y del uso del deporte comercial como divertimento político. Después de todo, todos los pueblos son manipulables.

Pero no todos coinciden con estas apreciaciones. Un pueblo que ha sufrido mucho puede caer en negaciones. Pero es éste el caso del pueblo argentino en la época del Mundial 78.

La tarea de la represión en Argentina tiene semejanzas y afinidades con la de otros países del cono sur en la década del setenta, pero también diferencias. Mientras Pinochet en Chile aplastó a la izquierda social chilena, es decir a la clase trabajadora, la dictadura argentina hizo un trabajo más fino, liquidando a sectores progresistas que históricamente nunca han prosperado demasiado en las clases bajas, sino en las capas medias, con muy débil inserción en sectores fabriles y el campo. El pueblo peronista se identificó con la burocracia sindical, la cual prácticamente no sufrió represión en comparación con la izquierda marxista o montonera. El sector peronista ortodoxo cayó sin pena ni gloria, sin combatir por su gobierno y hasta aceptando el golpe. El pueblo miró caer a Isabel con una mezcla de alivio y frustración. Pero ése es precisamente el peronismo con el que el pueblo peronista se identifica.

La prueba de esto es que al retorno de la democracia, Alfonsín apenas si le pudo ganar raspando a un pueblo peronista que llevaba como líderes a Luder y Herminio Iglesias, los cuales ya habían pactado con los militares antiperonistas.

En cuanto a la mayoría de la clase media no comprometida políticamente, ésta dio la bienvenida a la dictadura que traía el orden, y rápidamente aceptó el reinado de la plata dulce, los viajes a Miami, el deme dos y otras lindezas de la época.

En ese marco, quién se iba a preocupar por el exiguo sector social consciente, víctima de la represión. No, la actitud de la inmensa mayoría de la población no fue de sobrevivencia, sino de indiferencia. La misma que siguió en años sucesivos, en el triunfalismo de Malvinas, en el golpe de

semana santa, en la Tablada, la resignación del final de Alfonsín, la aceptación de Menem, la histeria impotente del corralito y un largo etc.

El mismo circo exultante del mundial78 se repitió en Malvinas. Galtieri, el majestic general de los yankees, pasó a ser Gardel, pero sólo mientras la guerra parecía un juego de amagues. Cuando hundieron al acorazado General Belgrano, el ambiente no era de odio antiimperialista, sino de estupor. Ahora iba en serio, y el fervor dio paso a la incertidumbre. Después de la derrota, de nuevo la indiferencia. Al mes ya se podía escuchar de nuevo música en inglés por las radios y televisores, y por supuesto, fútbol. Mientras haya fútbol y asado, nada cambiará esencialmente en la Argentina.

Lo único positivo de la aventura de Malvinas fue la caída de la dictadura y la liberación de los presos políticos, el único sector político que había tenido razón sobre la naturaleza del imperio. Pero nadie nos dijo que estábamos en lo cierto, ni nos felicitaron por ello. Encima tuvimos que lidiar con la teoría de los dos demonios, inventada por el radical Tróccoli.

Los juicios a los militares resultaron una farsa, con el gustito de que algo es mejor que nada.

Se mueren de viejos en sus domicilios. La herencia de estupidez colectiva que inauguraron en el Mundial 78 sigue vigente, hoy más fuerte que nunca.

Rehenes del Mundial

1978. Año del Mundial, ya previsto cuatro años antes y el gobierno militar no podía desperdiciar semejante oportunidad para distraer de los planes de exterminio que ya se habían iniciado. Distraer por un lado pero implementar otra vez más entre los luchadores populares más represión de la ya establecida.

Desde el 75, que me detienen, pasé paulatinamente, a ser una presa política y una codiciada rehén para los caprichos políticos del ya conocido, por entonces Tte. General del 3er Cuerpo, Luciano Benjamín Menéndez. Durante el 76 vivimos el retiro y luego asesinato de varias compañeras nuestras del pabellón de la cárcel de Bº. San Martín; también escuchamos los últimos suspiros tras una larga tortura de estaqueada en un crudo frío de invierno de Moukarzel, además de los ultrajes cotidianos cuando ingresaban las diferentes patrullas y ejecutaban sin límites, sean gritos, amenazas, insultos, golpes. No es aquí mi intención de extenderme en tales detalles, sino sobre las condiciones de rehenes a que estábamos sometidos.

A fines del 76 nos llevan a la cárcel de V. Devoto en Buenos Aires. Llegar ahí era recuperar la comunicación y claro, muy apreciado. Además estaban otras compañeras del resto del país y ello fue el inicio de lo que hoy muestra la gran consolidación solidaria entre nosotras, dando como fruto más reciente el proyecto colectivo del libro "Nosotras presas políticas".

Pero estar a disposición del 3er Cuerpo era algo muy distinto, a pesar de depender del Juez Federal Zamboni Ledesma, era lo mismo que nada. Zamboni Ledesma un simple pelele del poder de turno, a pesar de haber jurado tantas veces durante su carrera de defender la Constitución y la independencia judicial.

Este criterio de rehén, continuó en el 78. Era el Mundial, la televisión a colores, la imagen ante el mundo. Los campos de concentración ya estaban dispersos a lo largo y ancho del país, miles de luchadores desaparecidos, muertos, pero no era suficiente, nuevamente me traen.

Diferente al año anterior, me ubican entre las presas que estaban en la Penitenciaría de Córdoba. No puedo olvidar aquellos rostros cuando me recibieron, vivían totalmente aisladas, con un poco de misericordia tenían una breve visita en Navidad, todas llegaban de los campos de concentración, habían vivido la brutalidad del régimen. Pero la fuerza interior que habían formado tampoco la puedo olvidar. Era impresionante cómo con semejante aislamiento habían logrado romper reglas y con los presos comunes solidarios lograr todo tipo de comunicación y también en especies, azúcar, chocolates, etc. Sus métodos ingeniosos superaban a cualquier imaginación posible. Era sorprendente ver ese espíritu de supervivencia.

También otros presos varones estaban en igual condición, la amenaza de rehén no la recibo yo directamente, sino a través de otra presa, que sí la retiran del pabellón para ese fin.

Supimos luego que el Chacal había cobrado otra vida más, la de De Benedetti.

La dureza del total aislamiento es difícil de explicar, pero los valores sobre la vida es lo que nos mantuvo. No se lo puede explicar de otra forma. Así estuve otros 104 días, y me regresan a Villa Devoto. Por las ventanas llegaban las bienvenidas, o el feliz cumple que celebraba ese día, mis queridas compañeras no lo habían olvidado.

El avance de los organismos internacionales, permitió calmar la categoría de rehén, no fui otra vez retirada de Devoto, ni otros compañeros. Lo que sí deseo es volver a repetir que la fuerte solidaridad de quienes me fueron acompañando en el transcurso de esos años, me permitió transitar con integridad por la vida y hoy contar y aprender para nuestro futuro. Y también les agradezco haberlos/las conocido.

Testimonio de Roberto Regalado

Una semana antes del Mundial de Fútbol del 78, a eso de las 11 de la noche, estando detenido en la UP1 de Córdoba, irrumpen los milicos en nuestro pabellón, sacando unos 5 compañeros de distintas celdas, recuerdo que iba a mi lado el Petiso Laconi, traían los nombres concretos y nos llevaron esposados y tabicados. Nos subieron a un camión y nos encontramos con una compañera que fue parte de este traslado, todo entre gritos, trompadas, empujones y la oscuridad de la noche.

Luego de andar en el camión un buen rato, nos bajan a todos, nos hicieron caminar un rato, ahí nos dimos cuenta que estábamos en medio del campo, todo era oscuridad y cagaso. De repente, una voz de milico nos dice a todos "La semana que viene llega a Córdoba el presidente de la Nación, Jorge Videla, a presenciar el partido que jugará nuestro equipo argentino en el estadio Chateau Carreras y queremos advertirles a Uds. presos, para que se lo transmitan a sus compañeros de las organizaciones armadas que están afuera, que si hay un atentado, por cada militar que muera, sacamos 5 de Uds. y los ejecutamos. Así que ya saben, el preso que quede vivo esta noche, sea mujer o varón, vuelva a la celda y de esta información al resto"

Apunten, y fuegooooo!!! se escuchó una balacera y debo confesarlo me oriné y cagé encima, no sé los demás, pero estaba vivo y al ratito de estar reponiéndonos veíamos que no había muerto ninguno, entraron a cagarse de risa los milicos, de vuelta a caminar, subir a un camión, llegar a la cárcel y respirar de nuevo.

Testimonio de Oscar Hugo Laconi

Mi recuerdo sobre la amenaza cuando llegó el Mundial 78 es que nos sacan de noche de la cárcel UP1, con un trato poco cordial, a mí no me golpearon. Lo que sí me acuerdo es que me tiraron como una bolsa arriba del camión, vendado y con una capucha. El camión hace su recorrido y me voy ubicando por donde estamos por los ruidos, por las luces, creo que íbamos por la Av. Colón arriba, agarra por quien va a La Calera y entra en un cuartel a mano derecha. Los que íbamos en el camión y yo recuerdo eran Roberto Regalado y Ana María Mohaded, iban dos o tres soldados o suboficiales, alguien que nos custodiaba. Uno de ellos empezó a manosearla a Ana María Mohaded, el gran custodio de la patria, le preguntaba a la Turca si no le gustaría hacer el amor con él a lo que nuestra compañera sin tener miedo pero sí con mucha bronca por la situación le respondió: "A mí

me gusta hacer el amor, pero con un Hombre, pero no con alguien que se aprovecha de esta situación donde estoy vendada, atada, encapuchada”, y en ese momento este tipo deja de manosearla.

El camión sigue y nos bajan en un cuartel. En una sala iluminada había unos cuantos guardias y aparece un superior, que por el ruido a papel, supongo que lee y nos dice que ante el inicio próximo del Mundial de Fútbol le comuniquemos a todos nuestros compañeros de cárcel, pero sobre todo a los que estaban afuera, **por los Métodos que ustedes ya conocen y tan bien utilizan, de que ante cualquier acto o atentado que perjudique el normal desarrollo del evento, serán sacados de la cárcel y fusilados inmediatamente.**

Volvimos a la cárcel esa misma noche. Les transmitimos a los compañeros lo sucedido... A la mañana siguiente por los métodos de comunicación clandestinos de los presos políticos, ayudados por los presos comunes, pasamos toda esta información a nuestros familiares, para poner en conocimiento de lo sucedido y denunciar estas amenazas.

Testimonio de Ana Mohaded

Primera amenaza

La verdad es que en mi memoria esta amenaza se produjo unos meses antes. Había un viaje de Videla, y el Mundial se hacía presente como proyecto de la dictadura para mostrar que los argentinos “somos derechos y humanos”. En Córdoba se estaba construyendo el famoso estadio. Pero lo cierto es que eso sucedió aunque en nuestra cronología del terror no podamos asegurar si fue en junio o en febrero del 78. Sí fue la amenaza. Y nuestros relatos seguramente variarán en esos detalles que extrañamente cada uno memoriza sin saber por qué alguien recuerda un olor y el otro un grito, uno de la golpiza que le dieron al de al lado, y el otro viceversa. Aporto mi fragmento.

Me sacaron en medio de la noche. Venda y capucha, ataduras y camión militar. Me tiraron en el piso entre las botas. Olor apestoso a transpiración tapada con perfume que apestaba. Mal trato. Intento de abuso. El camión anduvo un buen tiempo. Me di cuenta que había otros rehenes, que luego supe eran Oscar Laconi y Roberto Regalado. Nos bajaron sin mucha alharaca y nos hicieron caminar por un campo. Había hedor de agua podrida y entre los yuyos sorteamos una zanja (uno en esos casos piensa que es una fosa). Llegamos a una construcción con luces prendidas (me acuerdo del destello entre las tramas que aprisionaban los ojos), supuse que

estábamos en el Campo de la Ribera. Tal vez tuve otros indicios que ahora no recuerdo, quizás el olor, los ruidos cercanos, el tipo de vereda en la que en un momento nos hicieron subir, o la sinuosidad de las curvas y pozos que sentí en el camino. Nos leyeron la famosa proclama con la lista de la revancha que se iban a tomar. Lamento nuestra dificultad para reconstruir ese discurso violento, atroz y ridículo, sería una pieza de la semiótica del horror digna de inscribirse en el nunca más colectivo. Pensemos en la escena: unos milicos armados rodeándonos, dos o tres tipos que supongo de civil (era el modo de accionar de las AAA) leyendo a los gritos, en firme tono militar, la lista de los países a degüellos que nos esperaba, y en el medio nosotros, los tres encapuchados, tratando de entender algo y que el corazón no nos abandone en el galope! También recuerdo un episodio, que en ese momento sostenía con pavor y ahora me da risa. Cuando terminaron de leer preguntaron-gritaron “¿entendido?” Obviamente que no era para iniciar un diálogo, sino para cerrar el acto con el clásico “sí señor”, pero a mí me asaltó la imprudencia y dije “no señor”. No les vi la cara, pero imagino desconcierto y mal humor. Hicieron algún gruñido que me habilitaba a explicar que no entendía, respondí que no podíamos avisar porque estábamos incomunicados, y pregunté ¿cuándo nos iban a levantar la incomunicación y ¿cuándo iban a dejar entrar caramelos?!!!!!. Mi debilidad por los dulces no menguó ante el horror, pero además nos habíamos propuesto que ante cada autoridad que se nos parara al frente reclamaríamos la comunicación...y bueno... La respuesta fue feroz, sólo recuerdo con certeza los gritos. Y nos golpearon o hubo simulacro de fusilamiento o algo que de tanto miedo lo olvidé.

Volver a la celda fue entrar al lugar más añorado de mi vida. Al día siguiente previa deliberación con las compañeras del 14, decidimos llamar al jefe de guardia (creo que era Rojo), dijimos que era urgente, que teníamos un mensaje de los militares. A los dos minutos estaban todos los jefes (a ellos la palabra “militar” los hacía ponerse firmes y obedecer). Relatamos la amenaza, y pedíamos que –como nosotras estábamos incomunicadas– el penal se responsabilizara de informar, so pena de no cumplir (el penal) con el mandato de los militares.

A tantos años sigue enorgulleciéndome darme cuenta que en esas condiciones fuimos capaces de responder así. Salimos del lugar del miedo a la amenaza, para ponernos en el lugar del reclamo a derechos que nos asistían.

Y la vida siguió. Pero el primer día del Mundial, volvieron a sacarme, esta vez sola. Al campo de La Perla Chica o Malagueño donde me tuvieron varios días secuestrada.

Inauguración del Mundial

Segunda amenaza

Hipótesis y variables

Día 1º de junio de 1978. El Ejército me acarreo fuera de la cárcel San Martín.

Los vigilamuros imponían su incomunicación, mientras perdidosos solidarios abrían rendijas filtrando retazos de noticias. Nos enteramos que había un mundial de fútbol en nuestro país. Y, según parece, ése era un asunto importante para la dictadura y los dictadores, que –todo indica–, gustaban de andar pateando las pelotas (una de las cosas que aprendí en el encierro es a usar el método inductivo de razonamiento).

Los traslados eran situaciones con más incógnitas que investigación exploratoria, el pavor destrozaba cualquier esquema lógico, y los antecedentes decían que, en un alto porcentaje, estas expediciones podían terminar con un agujero en el cerebro. El Tercer Cuerpo era un territorio donde la facticidad terrorista del Estado se explayaba sin disimulo. La indistinción entre hecho y derecho que caracteriza a los campos de concentración reinaba también en la cárcel. Así que, cuando la jefa de guardia gritó “¡Mohaded prepárese!”, escuché que traía colgada la vibración de la amenaza. Un eco imperceptible e inconfundible a la vez, el sonido seco, con timbre cerrado, sin alternativas (no se me ocurría decir “no, ahora no tengo ganas”, por ejemplo). La celadora me apuró con aire de “yo no tengo nada que ver” ¿Sería un justificativo para ella o un mal augurio para mí? Cuando me llevó hasta la puerta ¿abrió grande los ojos o no los pudo cerrar? ¿Era de susto o de asombro? El gesto era una clave en la que uno buscaba descubrir indicios. ¿Me sacarán por algo del fútbol? ¿Cómo se jugará la política en estos partidos? ¿Volveré?

Aunque no hacía frío, me puse el pulóver blanco que me había regalado un compañero de la escuela de artes, y que yo usaba para esas ocasiones porque era grueso, apto para amortiguar el tiempo, ablandar las cortaduras de los golpes, y –como me fue dado con amor– me protegía y acompañaba.

En las oficinas del director me enfundaron con una capucha que olía a miedos vomitados y exudados en varias capas. Entre empujones y saludos de mando terminé en el piso de un camión atada como fiambre. Cada traslado tenía su particularidad, y las hipótesis se abrían con los divagues más sensatos y estrafalarios que la situación propiciara ¿Me envolvían con una colcha para que el disparo no haga ruido o porque hacía frío? ¿Me sacaban sola para que no haya testigos, porque eligieron una de cada cárcel, porque

es conmigo la cosa, porque me tocó en la tirada de monedas? No es para justificar el desconcierto, pero la lógica de los milicos siempre me fue esquivada, y, encima, el acontecimiento en sí era un despropósito para la cordura.

Atenta, con los sentidos que tenía destapados, me di cuenta que me sacaban de la ciudad por un camino sinuoso, atravesado de ramas que arañaban las lonas del techo. ¿A dónde me llevaban? La tierra y su olor se me pegaban a la cara. No era una ruta transitada. Al cabo de una hora —más larga de lo normal— el camión se detuvo. ¿Me convenía que pararan o no? “¡Bajáala, boludo!” ¿Era una orden metafórica o literal? Corrían y vociferaban. Capaz eso fuera de rutina, pero para mí era especial. En ese tiempo, que una persona anduviera amordazada como un matambre en el piso de un camión militar era común (ya se sabe, las prácticas naturalizan situaciones de lo más extrañas), pero cuando el sujeto es uno, lo general se vuelve particular, y cada segundo es nuevo aunque se haya pasado por lo mismo antes. Agudizaba mi escucha, expectante para advertir cuál era mi destino, especulando... ¿Lo harían ahora? ¿Qué sentiré? Mi imaginación no fue muy original, apelé al cine como referencia, y, ya se sabe... las películas siempre dicen lo mismo: que algo te quemará y luego te da frío.

Pero un nuevo desconcierto, una nueva particularidad vino a abrir variables inesperadas ¡El himno nacional! Sonaba fuerte, como si viniera de altoparlantes (lástima que no esté el Eduardo, él podría ayudar a reconstruir este pedazo). Al compás de “sean eternos los laureles” me desenrollaron sin grandes alardes. Como si estuvieran entretenidos en otra cosa. De pronto me convertí en un paquete intrascendente. No me golpearon ni insultaron ¿Qué les pasaba? ¿Qué querría decir eso? (qué cagada, capaz que ya no existo y no me di cuenta). La venda me impedía ver lo que luego deduje: el Mundial los hacía más derechos y humanos.

Con los ojos vendados arrastrada por los gendarmes de turno atravesé un galpón, que supuse con piso de cemento. Me encerraron sola. Atrapada por la necesidad de memorizar —con la esperanza de pasar el dato—, moviendo un poquito la venda, anoté: una rajadura en la baldosa, un firulete de color rojizo, persianas amarillas de dos hojas, armario a la derecha, no hay ruido de autos, tampoco muchos pasos. ¿Me darían comida? ¿Me llevarían al baño o tendría que hacerme encima? De pronto, otra vez gritos, botas que se chocan en ese saludo tan varonil que les salía con golpe de brazos al compás, siempre rítmico. Taco y golpe. Taco y grito. Taco y armas. ¿Ensayarían frente al espejo? Alguien entró a mi calabozo-celda-cuadra-pieza (los campos de concentración no tienen muy definido el nombre de los lugares, ni importa, son para desaparecer). Este alguien me ordenó que me

parara, y sin demasiados preámbulos me dijo que si “pasaba algo” en el Mundial me iban a matar. Nada más. Cerró la puerta y se fue.

¡Ah! ¡Bueno! Entonces me podía quedar tranquila. Sólo debía preocuparme si “algo” pasaba. ¡Y pensar que a mí el fútbol nunca me atrajo! Unos amigos, a los que sí les gustaba, pero que percibían las verdades ocultas entre las noticias del momento, me contaron que cada gol les agujoneaba de impotencia y les hacía llorar en los rincones. ¡Lo que debe haber sido el Mundial para ellos!!!!

Cuando pedí que me llevaran al baño, escuché la voz de Eduardo Porta que llamaba al gendarme –obviamente para que yo lo escuché–, entonces también dije algo –para que él me escuche– y el guardia nos gritó a los dos –para que nos calláramos–. Pero yo ya sabía dónde estaba: en Malagueño, la Perla Chica. El “nuevo” campo de concentración. Las últimas detenidas llevadas a la cárcel habían pasado por ese lugar, y hablaban de un preso que hacía meses tenían allí. Contaron que las vendas le habían gastado las cejas, y que a veces sus ojos se llenaban de pus. También me enteré que un día querían obligarle a arrodillarse y rezar. El se negó. Entonces –dicen– lo golpearon, y él empezó a cantar La Internacional. Y le volvieron a pegar una y otra vez... El Eduardo era grandote, tenía mucho cuerpo para almacenar palazos... Al final se murió de un infarto, fuera de la cárcel, en 1990, a poco de nacer su hija Sofía. Era, creo, el momento más feliz de su vida, y su corazón tan apaleado, tan dolido –por fuera y por dentro– no resistió la dicha. Se murió de una pena que no se cura con Pervinox.

Malagueño era un campo de concentración que, para nosotros, estaba estrenándose. A veces me pregunto cuántos relatos nos faltan ¿Y si éste fuera el lugar donde mataban a los trasladados de la Perla? ¿Y si recién lo conocíamos porque recién había quienes salíamos con vida?

En la noche, el pulóver se convertía en acolchado, pero quedaba medio corto y el piso enfriaba su dureza. Metida en el cuerpo de veintidós años me acurruqué en la pose más amigable con las baldosas. Entonces, un sonido lejano empezó a crecer y con él lo demás pasó a ser una pichincha sin importancia. Sirenas –que obviamente no venían para rescatarme– se acercaban...venían...se iban...volvían... Y... las elucubraciones me atropellaron sin respiro. ¡Pasó “algo”! “Algo” grave, seguramente. Las sirenas eran equivalentes a helicópteros, perros, tiros... Ahora sí. Se terminó. ¿Qué diré en ese momento? ¿Viva la patria? ¿Hasta la victoria siempre? ¿Me saldrá bien o será un grito finito? ¿Quién me va a escuchar?

¿Por qué se demoran? ¿Por qué no vienen? Vencida por el sueño y la tensión me dormí. Al otro día, un gendarme me dijo que hubo un incendio en

un campo, o algo así. Aún no entendía nada. El mate cocido amargo me certificó que estaba viva. ¿Qué les darían de tomar en los campos de Chile? Porque el mate cocido es un signo de argentinidad pura ¿No? ¿Qué les darán a los presos de Guantánamo? ¿Y ahora, a los que llevan por portación de cara? Para mí, el yerbio tiene un sabor asociado a la infancia, con una azúcar quemada al carbón en invierno, con poleo en primavera. Y sigue siéndolo. Por suerte, hay cosas que no lograron contaminármelas y el recuerdo de lo bueno supera al del horror.

A los días me volvieron a la cárcel. En el trayecto escuché bocinas y gente que cantaba algo así como ¡Argentina! ¡Argentina! ¿Habrían levantado el estado de sitio?

En el 86, sin botas ni capuchas, otro Mundial me invitó a salir a la calle. Y fui. Con mi cámara de fotos registré argentinos embanderados, borrachos de alegría, a puro bombo y papel picado (que cantaban ¡Argentina! ¡Argentina!). En la esquina de Colón y Gral. Paz bailé y grité a coro los goles contra los ingleses (por Malvinas, el empréstito Baring Brothers, las invasiones de 1806, los quebrachales, etc...). A la noche soñé que había mate cocido con poleo y azúcar para todos. ¿Estará lejos ese día?

Otras entradas

Segunda entrada de la C.R.I.

El 4 de septiembre de 1978 una delegación de la CRI entra nuevamente a la UPN° 1. En la mañana recorre los Pabellones N° 9 y 14 y por la tarde realiza las entrevistas individuales. Luego de esta segunda visita se verifican pequeñas mejoras en las condiciones de la prisión, tales como dos horas de patio por semana y la designación de fagineras diarias para la limpieza del pabellón y la distribución de raciones.

También hubo una modificación en el modo del encierro en celdas individuales del Pabellón 14. Permanecíamos encerradas pero con la puerta sin llave durante el día. La mejora consistía en la posibilidad de ir al baño, con la autorización de las guardias por supuesto. Antes de esto, el piso de la celda o un tarro -en el mejor de los casos- hacía de sanitario.

La incomunicación total y absoluta con nuestros familiares permanecía infranqueable.



COMITE INTERNACIONAL DE LA CRUZ ROJA

TEL. 86-7227 89-9250
TEL. 87-9807 85-7739

DELEGACION REGIONAL
PARA AMERICA LATINA
CONO SUR

MORENO 3365
BUENOS AIRES

OPINION DE LA DELEGACION

Buenos Aires, 18 de setiembre de 1978

Señor
Alfredo Mohaded
Esquíú Dpto. La Paz
5261 CATAMARCA

Estimado señor :

Nos es grato comunicarle que delegados del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) visitaron el 5 de setiembre del corriente, en la Penitenciaría de Córdoba, a la señorita Ana María Mohaded, quien no expresó problemas de salud y le manda cariños. Por otra parte, quisiera tener noticias de su familia, lo que usted puede hacerle llegar por medio nuestro, siempre que se trate de asuntos estrictamente familiares. Además, desea saber dónde están los trámites de opción.

Muy Atentamente.

G. I. D.
G. Isoz
Delegado

Tercera entrada de la C.R.I.

El 9 de abril de 1979. Como siempre, dos días antes los guadiacárceles aparecían con algunos productos de limpieza y nos sorprendían con un pedazo de carne en la comida o una leche con chocolate en el desayuno! Las "bembas" descifrando la razón de tan bondadosa actitud tomaba el centro de la atención inmediatamente. Acontecimientos de ese tipo suce-

dían solamente para algunos 9 de Julio o, ya nos habíamos percatado, cuando venían los de la C.R.I.

Tres días de cierta tranquilidad. Pero la incomunicación no se tocaba. Hacía más de tres años que en la UP N° 1 no teníamos visitas, cartas, fotos o información alguna de nuestros familiares. Y tampoco podíamos acceder a información acerca de nuestra situación legal.



COMITE INTERNACIONAL DE LA CRUZ ROJA

TEL. 88-7227 88-6290
TEL. 87-6887 88-7739

DELEGACION REGIONAL
PARA AMERICA LATINA
CONO SUR

MORENO 2365
1200 BUENOS AIRES

OFICINA DE BUSQUEDAS

Buenos Aires, 8 de mayo de 1979

Señor
Alfredo Mohaded
5261 - Esquíú
Dto. La Paz
CATAMARCA

Estimado señor:

Nos es grato comunicarle que, el 9 de abril ppdo., delegados del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) visitaron, en la Penitenciaría de Córdoba, a la señorita Ana María Mohaded, quien manifestó que se encuentra bien de salud y de ánimo.

Por otra parte, la detenida desea hacerle saber que tuvo Consejo de Guerra por lo que quisiera que usted averigüe su actual situación legal; además le pide que continúe con los trámites de opción.

Muy atentamente

L. Niccicé
Delegado

Inspección de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos

Cárcel Penitenciaria N° 1

Testimonio de Ana Mohaded

La contraseña

En la cárcel las épocas se marcaban por más o menos aplicación de “ley de fuga”, horas de celdas clausuradas, golpizas militares, posibilidades de higienizarnos o gusanos en la comida.

Para ser sincera, septiembre del 79 no fue la etapa más negra. Eran tiempos de “terror-blando” -como parodiábamos entonces-. Por esos días el Dr. Néstor Galina, abogado de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, que tomó la defensa de mi causa, podía entrar a la cárcel y entrevistarme. Defender presos políticos significaba arriesgar la vida. Galina mostraba una enorme sensibilidad humana y un claro compromiso político. En sus visitas respirábamos una complicidad comunicacional que diluía los barrotes. Un día, en un descuido del guardia me dijo que había llegado al país la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, que haría una inspección en la cárcel, pero que tenían les mostrarán presos falsos, por lo que estableceríamos una frase clave de contraseña que solamente ellos y nosotros supiéramos. Volví al pabellón sintiéndome responsable del éxito de una acción tipo “agente secreto 007”.

El 13 de septiembre, cuando los miembros de la CIDH franqueaban las rejas con el séquito de guardiacárceles y milicos, un funcionario que encabezaba la comitiva se adelantó y dijo “¿Dónde está Ana Mohaded?” Recuerdo la escena como una ceremonia radiante, el gesto aliviado de ellos, las sonrisas victoriosas nuestras. Pronunciar la contraseña era confirmar el triunfo de la vida y de la lucha.

Nos entrevistaron en grupos y en pequeños diálogos individuales, Nos dieron lapiceras y unos formularios en los que podíamos registrar denuncias. Nada era fácil. Escribir imputaciones estando encarceladas, incomunicadas, dictactoriadas, y firmar un papel a un organismo sin poder de presión sobre el gobierno era una decisión que, al mismo tiempo, potenciaba nuestros testimonios y exponía nuestra fragilidad.

Así que, con las palabras atascándose, seleccionado qué momentos del horror era el apropiado para que entraran en esos formularios de pocos

renglones, y seguramente con muchos desaciertos para la oportunidad, cada quien hizo la denuncia que mejor pudo.

A los pocos días saboreábamos el gran logro de la lucha compartida con los familiares y quienes volvían a animarse: se levantaba la incomunicación impuesta desde hacía más de tres años para las y los presos políticos alojados en la Unidad Penitenciaria N° 1 de Córdoba!.

Testimonio de Sara Liliana Waitman:

Recuerdo que para esa fecha, septiembre de 1979 yo ya estaba en Libertad. Sabía de la visita de la CIDH, lugar para denunciar: Hotel Crillón en la ciudad de Córdoba. Era un hecho político muy importante para la época, estábamos en dictadura, se seguían produciendo detenciones y desapariciones de compañeros. No podía faltar a la cita, al compromiso de denunciar lo que estaba ocurriendo en las cárceles, también hacer la denuncia de lo que me había tocado vivir durante la detención: campos de concentración, tortura, cárceles donde se violaban todos los derechos humanos, desaparición de mi novio Carlos Alberto D'Ambra.

Cuando termino la denuncia me preguntan a dónde la quiero enviar, me dieron tres posibilidades: Justicia Federal, Ejército y a los organismos de Derechos Humanos. En ese momento dije a los tres. Después supe que otros no lo hicieron con el Ejército. Reflexioné si estaba bien haberla hecho, yo creía que sí, que había que denunciar en todos lados.

Para el año 84 soy citada a través de una carta a la Cuarta Brigada Aerotransportada, camino a La Calera. Me presento, me hacen pasar, el militar que me recibe me da la mano, me lee la denuncia. No sé de qué color me habré puesto cuando me preguntó ¿se acuerda del N° de camión que la detuvo en la Terminal de Ómnibus?, le contesté que era un camión militar. También le interesaba saber cómo era el militar que nos detuvo, sus rasgos. A lo que le respondí varias de las señas particulares, a esa altura del interrogatorio ya me quería ir, no me bancaba un minuto más esa entrevista ridícula, formal y mentirosa. No pude pronunciar palabra por bronca e indignación.

Cuarta entrada de la C.R.I.:

Testimonio de Ana Mohaded

En los primeros meses de 1981 trasladaron a Buenos Aires a la mayoría de las presas políticas de Córdoba. Quedé sola en el P 14. Al mes, aproximadamente, con otra compañera recién detenida, nos encierran en una parte de la cárcel que no puedo distinguir aún. Y luego, otra vez sola, en abril me trasladan al Buen Pastor y me ubican aislada en una celda cercana a la cocina del penal.

Las condiciones de la prisión eran muchísimo mejor que la tenebrosa San Martín, pero estaba sola, hasta que en enero de 1982 me trasladaron a Devoto.

Un día me sorprendió un alboroto. La monja directora abrió la puerta de mi celda y junto a ella entraron unas cinco personas. Dijeron ser del Servicio Penitenciario. Uno de ellos, que claramente era autoridad ante los otros, alardeaba sobre mis "inmejorables" condiciones, "demasiado para ser presa subversiva" y de la burla agresiva pasó a la advertencia: repetía frases completas de las cartas que yo enviaba a mis familiares (que pudimos hacer desde la visita de la OEA) y de las que ellos me enviaban a mí, en un claro mensaje de control. De a poco la voz fue tornándose amenazante...y el timbre me sonó conocido... ese rostro, o el gesto me alertaban de una peligrosidad oculta... algo me resultó conocido... lo había visto por segundos... en un flash que no quería olvidar... allí estaba... el torturador de la Perla... era él... sí, era Manzanelli.

Y, casi sin pensarlo, le dije: "usted no es del Penal, es de la Perla. Usted es Manzanelli, un torturador"

En ese momento llegó corriendo un guardia: "Ahí vienen, ahí vienen", les decía. Y salieron de la celda en un orden presuroso, con un dejo de clandestinidad. Quienes llegaban eran los comisionados de la CRI. Cuando entraron les señalé la reciente y "casual" visita. A veces creo que estaban tan cebados de impunidad, que certificar su reinado -en el mismo momento que un organismo de contralor internacional se la desnudaba-, era intrínseco a su existencia misma. Una lógica del terror que resulta difícil comprender desde una dimensión simplemente humana.

Quinta entrada de la C.R.I.:

El 23 de septiembre de 1982 la CRI entró nuevamente a la UP Nº 1. La atención del organismo se centraba en el grupo de compañeros prisioneros que por causa de sus ideas políticas permanecían en el penal.

Visita de la CONADEP NACIONAL (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas) a la Cárcel Penitenciaria N° 1 de Córdoba

“La cuestión de los Derechos Humanos trasciende a los poderes públicos y concierne a la sociedad civil y a la comunidad internacional”, según se expresa en el primer considerando del Decreto 187 del Poder Ejecutivo Nacional del 15 de diciembre de 1983, mediante el cual se creó la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas,

Testimonio de Cecilio Manuel Salguero

LOS ULTIMOS PRESOS POLITICOS de la TIRANIA GENOCIDA en CORDOBA

“Mientras estábamos alojados en la UP 1, los últimos presos políticos, a fines de 1983 y los primeros meses de 1984, vino a entrevistarnos la Dra. Susana Aguad de la CONADEP Nacional (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas), quien recibió las denuncias de familiares, ex presos políticos sobre lo ocurrido durante el terrorismo de Estado. Córdoba tuvo su Delegación.

Cabe aclarar que la Dra. Aguad fue siempre defensora de presos políticos desde la dictadura de Juan Carlos Onganía (1966/1973) junto a Susana Buconic, Mario Hernández, Eduardo Luis Duhalde, Roberto Scinigaglia, Gustavo Roca, Ortega Peña, etc., ellos conformaban la Gremial de Abogados..

Muchos de ellos están desaparecidos o asesinados por las AAA. Ante ella pude testimoniar sobre mi secuestro por parte de la patota de La Perla, al mando del ex capitán Acosta (hoy condenado en el juicio que se llevó a cabo en la provincia de Córdoba y que concluyó con la sentencia el día 24 de julio de 2008 junto a Luciano Benjamín Menéndez), las torturas que había vivido en La Perla, La Ribera, la D-2 y la UP1 y demás cárceles.

También sobre mis 4 familiares desaparecidos y lo que había padecido Marily Piotti de Salguero.

Ya había asumido como gobernador el Dr. Eduardo César Angeloz en la provincia y el Dr. Raúl Ricardo Alfonsín como presidente de la Nación.

El nuevo director de la Penitenciaría, hoy Capitán Retirado Ricardo Yamier, en una audiencia que nos concedió nos dijo: “Ustedes no son presos

políticos, son delincuentes subversivos". También nos negó mejoras en nuestras condiciones de vida carcelaria...

Así nos enteramos que los radicales aplicaban y difundían la teoría de los "dos demonios" inventada por Raúl Ricardo Alfonsín y también por el escritor Ernesto Sábato (Prólogo del libro Nunca Más -Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas) y que tantos años nos costó y nos cuesta desterrar...Modificado en la Edición del 30 Aniversario del Golpe de Estado por la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación, con fecha de marzo del 2006.

También vino a visitarnos una delegación de la Legislatura provincial que al dialogar con nosotros nos manifestó que apoyaban la teoría de los "dos demonios" y que no estaban de acuerdo con la liberación de los últimos presos políticos que quedábamos.

Según ellos debíamos cumplir las condenas dadas por la "justicia" de los jueces federales de la última tiranía militar...

En esos meses nació mi tercer hijo JUAN SALVADOR, que desgraciadamente falleció después de una operación al corazón en mayo de 1984...a los tres meses de edad...

Fue un golpe muy terrible, porque habíamos esperado que él sea la luz que guiara nuestra nueva vida en libertad y sin tiranos...

Conseguí, en diciembre de 1983, un abogado, el Dr. Miguel Ángel Aguirre y comencé la querrela contra Menéndez y el terrorismo de Estado.

La misma, hoy patrocinada por la Dra. María Elba Martínez, forma parte de las numerosas causas que esperan para condenar a los genocidas en los próximos meses en Córdoba.

Durante esos meses fuimos visitados por nuestros familiares, un numeroso grupo de presos políticos liberados, organismos de DD.HH., periodistas, abogados defensores, el capellán padre Luchessi y el Pastor Metodista del MEDH (movimiento ecuménico por los DD.HH. de Córdoba).

Quiso venir el cardenal Raúl Francisco Primatesta pero lo rechazamos por ser principal cómplice de Menéndez.

No vinieron a visitarnos el Dr. Angeloz, el Dr.Grosso, ni jefes de partidos políticos locales, tampoco dirigentes sindicales, ni curas del "tercer mundo", ni dirigentes estudiantiles..., tampoco vinieron autoridades universitarias de la nacional ni de la católica.

Un vacío político se organizó alrededor de nuestra situación, "éramos una braza ardiente", nos marginaban y discriminaban. No teníamos cabida en la nueva etapa de esta democracia controlada por los empresarios neoliberales de la Fundación Mediterránea que arreglaban con los militares

y curas verdugos... leyes de amnistías, punto final, obediencia debida, indultos y reconciliaciones fraudulentas...

Los nuevos dirigentes decían por debajo "si están presos por algo será"...

La empresa dueña del diario "La Voz del Interior" fue cómplice de toda esta situación y agitó la teoría de los "dos demonios", hasta el 24 de julio de 2008, cuando logramos la condena a perpetua de Luciano Benjamín Menéndez y 7 de sus cómplices...

Los canales de TV y las radios locales siguieron los pasos del diario radical-gorila-católico que colaboró con el terrorismo de Estado...

Finalmente mediante la ley del "2x1", dada por el Congreso Nacional, donde te computaban 2 años por cada 1 cumplido salí en libertad el 24 de julio de 1984 con 40 años de edad, 4 familiares desaparecidos, 1 hijo fallecido y más de 2500 días de tortura sistemática...

Habíamos derrotado a los tiranos fascistas-católicos-integristas, con nuestra Resistencia inclaudicable, desde las cárceles, junto a todo el Pueblo, recuperando la Democracia (imperfecta) y levantado bien alto la bandera de los Derechos Humanos que nos guiará UNIDOS y SOLIDARIOS a la victoria final.

Será en memoria y honor de todas/os las/os compañeras/os que dieron la vida por una Argentina más justa, más digna, más soberana y más libre.

La Argentina que heredarán las generaciones futuras y que estamos construyendo, hace 25 años, día a día con nuestros familiares, abuelos, hijos, nietos y bisnietos... y con todo el pueblo argentino...

**LA LUCHA NO HA SIDO EN VANO...NO NOS HAN VENCIDO...
CONTINUAMOS EN EL CAMINO UNIDOS Y SOLIDARIOS...**

Cecilio Manuel Salguero
(20 de junio de 2009)
Córdoba, Argentina

CUENTOS
Y
RELATOS

Memoria

Hay datos significativos (memoria e historia) que facilitan el relato en primera persona de experiencias personales, de vivencias subjetivas.

Memoria: es nuestra huella existencial, que deja una “vivencia” en su recorrido (psíquico-corporal y social).

Historia es memoria de hechos y fechas y, para completar el entendimiento de lo que pasó, el por qué de su existencia y el cómo pudo ser hecho, hay que reconstruir lo ocurrido, recordar el pasado, en su contexto social.

Recurro a estos referentes, ya que pretendo recordar a nuestras compañeras fusiladas por el genocidio militar acontecido en la Unidad Penitenciaria (UP 1) de barrio San Martín, en 1976, que sirvan de testimonio histórico para las nuevas generaciones y fundamentalmente para que nunca jamás se repita.

Pertenezco a la generación comprometida con las luchas sociales de Liberación. Nuestra época marcada por reiterativos golpes de Estado, con dictaduras proscriptivas que, para implementar sus fines dominantes recurrió a la persecución política de trabajadores y estudiantes que compartieron huelgas y movilizaciones, fueron perseguidos, encarcelados, asesinados.

Así el terrorismo de Estado se fue dando gradualmente, de manera predecible, concretizado el 24 de marzo de 1976.

Cinco días después, el domingo 29 de marzo me detienen junto a mi madre, hermana y mi novio Hugo, previo allanamiento y usurpación domiciliaria.

Nos llevaron a dependencias del Cabildo Histórico, el Departamento de Informaciones (D2) de la Policía, vivenciado, ya que era acostumbrado, como un “pasaje inicial” ritualizante de torturas que silenciaban las campañas eclesíásticas cercanas, cubriendo gritos y gemidos de los compañeros.

Al finalizar la primera semana de abril nos dejaron en la Penitenciaría, allí nos recibieron la calidez solidaria de nuestras compañeras. Ávidas de noticias, ya que allí se comenzaba a quitarles derechos: comunicación, visitas de familiares, diarios, radios, etc. No obstante, por unos pocos días, pude compartir la convivencia maternal con sus pequeños hijos... Charlas, teatro, cantos... junto a Ester, Liliana, Diana, Marta y tantas otras...

Diana-inimaginable despedida, bailando “Zorba el Griego”, Marta embarazada haciendo “piruetas” que consistían en poner la cabeza en el piso y

elevar piernas arriba, Marité... con largo y pasado embarazo... como si su hija se negara a nacer, presintiendo... lo que pronto nos ocurriría... desde este mes hasta fin de año: impregnaron de fusilamientos...

Me quedo con el aliento que nos brindaron estas mujeres para sobrellevar situaciones tan dolorosas, producto de convicciones políticas.

Me quedo con el recuerdo de esa capacidad inventiva que prevalecía ante tanta crueldad.

Me quedo con el compromiso de retomar el camino de los que ya no están, para que lo sucedido no haya sido en vano, para no repetir.

Para ello, la memoria es el mejor instrumento de la ética.

Sin ella, perderíamos nuestra identidad y es nuestro deber mantenerla vigente.

Silvia Martos

*"Cuando pensar era sospecha y la inteligencia un delito.
Y de esto no hace mucho.*

Crónica de un espacio

Me apresuro a pensar que es una imagen. Me preguntarán si la obsesión de esa imagen es una especie de locura.

Si son complacientes para conmigo, me dirán que no.

Entonces pienso. Dispongo de mucho tiempo.

Con la frente apoyada en el cristal de la ventana atisbo el frío matinal. Los abrigos multicolores de los esquiadores resaltan sobre el fondo blanco de los cerros nevados; el humo gris de una chimenea se alza en oleosos rizos; los pinos surgen como puntas de lanzas y los copos de nieve desafiándolos los cubren con un manto de blancura.

De pronto, una lágrima se desliza suave, desgarrante, con su velo que me ciega, me aturde; aterido retrocedo, cuatro pasos, más no puedo; entre cuatro paredes y en la abertura, una reja. Tan pronto como razono, me doy cuenta de que no son mis ojos los que lloran, es el cristal de la ventana, que se empaña por el calor de mi aliento.

Me los he aprendido de memoria. Quizás de tantas veces de subirme al camastro y de allí mirar por la ventana. Que es algo que no se debe hacer. Está prohibido. Uno de los detalles es que entre el dintel de la ventana y el muro, hay una franja azul. Por algún tiempo he pensado que era la prolongación del muro con otro color. Hasta que descubrí que entre el muro y el azul camina un guardia armado.

Por la mirilla de la puerta, el verdugo me ha descubierto, trepándome al camastro.

Su ojo ha seguido todo movimiento, cada flexión de mi cuerpo, pegándome a la pared y estirando el brazo al máximo hasta tocar la reja con la punta de mis dedos.

Quizás, para su deleite, haya cambiado de posición para espiarme con el otro ojo y no perderse detalle, cuando me bajaba del camastro, si me acostaba, o me quedaba en un rincón acurrucado, con la cabeza apoyada en mis rodillas y abrazarme las piernas con mis brazos.

Sin embargo, yo no he visto otra cosa que un pedazo de cielo, entre el muro y el dintel de la ventana. Entre un ojo que me acusa y a metros de tiro de un fusil.

Me han cambiado de lugar; castigado por.

Mis conocimientos matemáticos me dicen que en una tabla de multiplicar de menor a mayor, las cifras se amplían. Aquí es de mayor a menor y las cifras se reducen a las actuales condiciones. En un espacio más reducido y sin ventana.

El lugar es oscuro, lo que no me permite ver los mosaicos del piso; entretenerme sumándolos o multiplicándolos por.

Entonces pienso.

Con la frente apoyada en el cristal de la ventana atisbo el frío matinal...

Y la imagen, obsesiva, estalla en mi mente como un volcán en erupción.

Me sacudo envilecido y me dejo caer al suelo, muy cansado; cada mueca me produce un dolor punzante. Mi respiración es un eco que se agiganta, una súplica que se desvanece.

Pensar es un estorbo, y sin embargo pienso.

Quisiera relajarme, abandonar las tensiones que me produce caminar por los pasillos largos de estilo colonial, de escaleras empinadas, de voces que no se entienden, de risas morbosas.

Este lugar está lleno de ratas y cucarachas. Si grito, sería abrir la boca para que estos animales horaden los tejidos de mi cuerpo.

Mejor pienso en un día soleado. En hacerme sombrilla con la palma de mi mano y con displicente propósito hacer filtrar un rayo de luz, por entremedio de mis dedos; que la bola de fuego me haga entrecerrar los ojos y pensar en las patas de gallo indisimuladas de mi rostro y por qué no pensar en tí, mujer, si tus suspiros vienen a mí, yo sé quién eres. Dame tu mano. Y sentir el calor de tu piel, la caricia lánguida de tus dedos por mis mejillas y me cierras los párpados y yo dormido te beso en sueños.

Tengo los ojos húmedos de lágrimas. La puerta se abre y me da de lleno una luz amarillenta. Mis párpados tiemblan, gelatinosos.

Me causa cierto placer tocar las paredes frías con mi cuerpo empapado de sudor. Donde la pusilanimidad y el dolor rebotan en las paredes cargadas de locura y de miedo. Unos brazos rodean mi cuerpo, unos chorros potentes de agua me estampan contra las paredes grises que ahogan mis gritos y me desintegro en una agonía de muerte endiablada.

Me han vuelto a trasladar de lugar. Es un lugar más reducido que el anterior. Castigado por. La imagen que me he creado es concomitante y me acompaña en las actuales circunstancias. Pero es imposible que me manden a otro lugar más reducido. Es imposible que haya otro techo más bajo que éste. Es imposible porque he llegado a cero.

Lo que deduzco es que ahora se puede multiplicar de abajo hacia arriba y llegar donde me tuvieron la primera vez y mirar ese pedazo de cielo.

¡Claro que sí! Gradualmente, la sumatoria del proceso me llevaría a eso. Es más fácil, desde luego, los números se irían desencadenando por más.

¡Por más!

¡Aleluya!

Y desde luego una mirilla, para que mi verdugo me vea y lo consigne en su foja de servicios y por sus méritos sea ascendido por.

¿Cuánto tiempo más tendré que esperar? ¿Se habrán olvidado de lo más fácil?

¿Tengo que pensar que se olvidaron de multiplicar por más, de tanto hacerlo por menos?

Me aferro a pensar que bien puede existir un proceso inverso.

¿Por qué, para ellos no?

Tiene que haber un por qué. Ya ni me puedo mover por. Tengo una distrofia por. Sufro por. Siempre por.

Barajando una posibilidad, sería, el círculo del cero ha descendido por una escalera hasta el último peldaño. La escalera gira siguiendo las agujas del reloj... ¡No, no sirve!

Porque al completar el giro me encontraría en el mismo lugar en el que estoy.

¡Ah, un momento! Tonto no soy. Si la estructura de la escalera gira en sentido contrario hasta noventa grados, el círculo rodaría la pendiente cumpliendo un nuevo ciclo, y así en forma pendular, siempre.

¡Genial!

La cuestión es no dejarse llevar por la abulia. Existe otra alternativa y la propongo. El círculo del cero es un espejo de agua. Si se tira un objeto pequeño produciría ondas que se van ampliando. Si el objeto tiene peso, puede salpicar. Sólo se requiere de un pequeño esfuerzo. ¿Quién tira la primera piedra?

¿O es que les salpica el olor de mi carne purulenta?

Voy a dejar los fríos cálculos matemáticos para razonar en términos filosóficos. Veamos, soy generoso y los invito a pensar conmigo. Gentilmente, a ustedes que no han sido condescendientes para conmigo.

Un razonamiento seductor e inteligente sería: en el borde del abismo todos esperamos el milagro.

¿No me darán una ventana que se empañe por el calor de mi aliento?

¿O soy una ménsula para sostener el dolor por el tiempo que me queda?

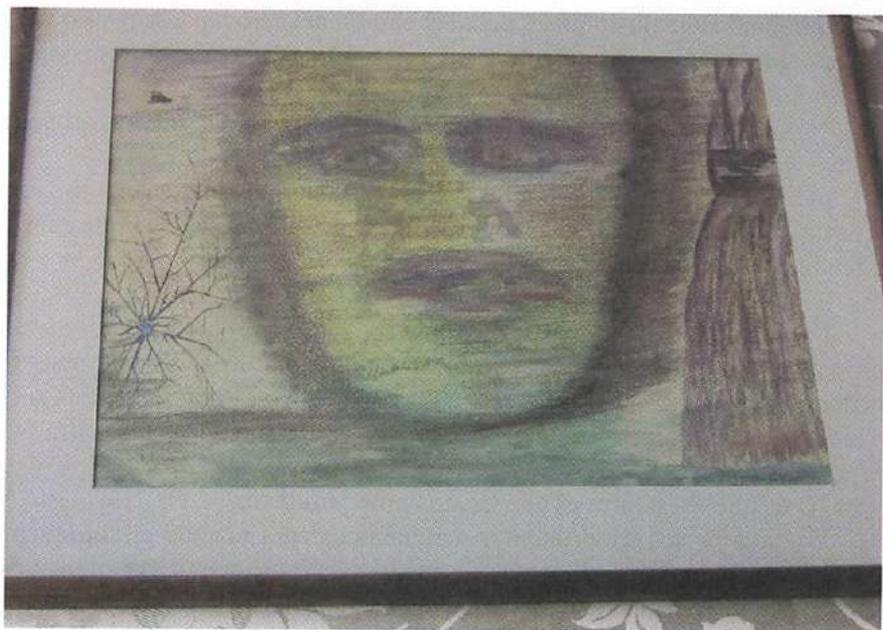
Cómo se emputece todo cuando se llega al estancamiento, a la inseguridad, a la confusión.

He perdido la noción del tiempo y el espacio. Creo que me he quedado encerrado en el círculo del cero. Al igual que mis detractores no pueden multiplicarlo por. Ni mucho menos razonar por.

Ronda silencioso mi fantasma. Ronronea alguna sustancia misteriosa.

Me martirizan las ideas de mi furia. Tranquilidad es una factura que no encaja. Ya ni explicarme puedo confesión, inconfesada. Y se adueña de mí una vorágine que me consume y me sumerge ya abatido, como un gusano insaciable y me despidе nauseabundo por mis poros, anunciándome la muerte.

Juan Carlos Álvarez,
noviembre, 1998.



Dibujo realizado por Juan Carlos Álvarez con lápiz y témpera 1981.

“Ni la más dura mazmorra pudo matar la imaginación.”

A la memoria de mis hermanos Juan y Claudio.

A mi cuñado Jorge, “El Chivo”, que supo soportar con dignidad la tortura.

A mi sobrino Carlitos Arana, “Cantariño”, por su entrega y entereza.

A los 30.000 COMPAÑEROS DESAPARECIDOS.

Noche de duendes

Cuento autobiográfico

Como mata de chilca junto a la vertiente, mi pueblito había nacido junto al cable carril y al establecimiento minero, por donde venía la poquita plata que se gastaba generosamente en los boliches del lugar.

En uno de esos nidos de ese matorral nací. Y fueron las calles las que vieron crecer mis canillas flacas y chorreadas, protagonistas de mis andanzas de sabandija.

Y yo no había nacido, y mis padres tampoco, cuando los ingleses comenzaron a construir el edificio.

Al que los pobladores le dimos en llamar el “Establecimiento” y la “Usina” que suministraba el escaso caudal energético para la población. Por lo demás, era una instalación fuera de lo común, que quedaba cerquita de las casas y que se convirtió en nuestro solar preferido.

Juancito que era el filósofo e historiador del grupo decía: “Miren todo el oro que regaló ese jetón Rivadavia”, en alusión al presidente que había hecho el negocio con los ingleses.

Allí, cuando no se trabajaba, cruzábamos el portón y éramos los dueños absolutos del lugar, en donde nos abastecíamos de piedras preciosas y de unos libracos grandes que pesaban una barbaridad; la soledad; el silencio; la extraña forma del edificio: con sus dos enormes chimeneas y un montón de chirimbolos rarísimos. Para nosotros parecía que flotara en el ambiente ¡un encanto particular y misterioso! Aquí, pensábamos, “El Gritón” estaría como en su casa y tan convencidos estábamos que si se nos hubiera aparecido, nos hubiera dado EL SUSTO más natural.

Por aquellas épocas contar cuentos de aparecidos era el furor de los viejos pobladores y la “Mama Pancha” era una actriz narrando, sus gestos y la forma en que los contaba le daba una veracidad, que se nos ponía la piel de gallina.

Y para nosotros si El Gritón llegaba a aparecer por el pago, lo más lógico era que entrara por cerca de la chimenea grande y luego se metiera en la Usina atronando con sus gritos.

¡¡¡¡Voy a la casa de la tía Valentina!!!!... Era el argumento y la hendija por donde colábamos al mundo de las historietas, a las que con mucha imaginación convertíamos en libretos de nuestras aventuras, que en más de una ocasión terminaron con una soberana paliza... ¡¡Cómo me gustaba ir a la casa de la tía Valentina!! Además de eludir el rigor de la autoridad paterna, casi siempre tenía que hacer algún mandado, lo que me daba la oportunidad de montar el Colorado. ¡El Colorado carajo! Era un caballito criollo, que a veces hacía de percherón y si la ocasión lo aconsejaba en alguna cuadrera era un buen parejero.

Pero, cuando lo montaba tenía la propiedad de metamorfosearse; andando por el campo podría ser: el brioso corcel del Llanero Solitario o el Rocinante de Don Quijote de La Mancha. Y si ocasionalmente llegaba a pasar por la casa de una de las cuatro novias que tenía, entonces, hasta de color cambiaba, para transformarse en Zaino o Rocillo u Overo; compadreando aunque el enfrenado fuera un freno mulero y tuviese una bolsa de arpillera por mandil, pasaba serio, sin saludar y rogando que ella, mi novia ¡me mirara!... Y que el Colorado no se bosteara como era su costumbre de hacerlo inoportunamente arruinando la mayoría de mis desfiles imaginarios.

La verdad, es que más que nada, me sentía gaucho y hombre, hasta que una noche la tía Valentina puso a prueba mi hombría: “M’hijo, va tener que ir a buscar el doctor”.

Mi pobre tía sufría desde un tiempo atrás una enfermedad incurable, al menos por aquella época. ¿Se anima? (me dice) “Bueno” (le digo); vaya, pídale permiso a su padre. Nunca demoré tanto en hacer una cuadra y media a la casa de mis padres.

Chilecito no queda lejos, apenas una legüita y media... ¡pero a esa hora! Y para colmo tenía que pasar por frente *el pimiento*, en donde se aparecía El Gritón.

Llegué a mi casa y fue la primera vez en mi vida que esperé con regocijo la negativa de mi padre, al permiso que ahora le estaba pidiendo. Mi padre me solivió con una mirada suficiente y con una sonrisa de orgullo y aprobación. ¡¡Me fulminó!!

El orgullo por la confianza depositada en mí, no alcanzaba a neutralizar la sensación de vértigo que se apoderaba de mí ante semejante desamparo; ingrávido, parecía flotar en el aire; esquivando el papelón, me largué corriendo hacia mi destino tenebroso.

Un rato antes de la media noche salí al trotecito; llevaba la desolación atragantada y el miedo acoquinaba mis rodillas, pero el amor propio no me dejaba recular. ¿Cómo habré estado de afligido? que ni cuenta me dí de que había llegado y que ya venía de vuelta.

Solito y boyando en la oscuridad, dejándome llevar por el Colorado que sabía el camino de memoria.

Toda mi atención estaba puesta en *el pimiento* maldito, que ahora estaba a mi derecha un poco adelante. Al llegar en donde desemboca el canal, la marcha se había reducido a paso de hombre, y como la luna a su planeta, yo seguía dándole la cara al *pimiento*, a medida que me desplazaba, al pasar frente al monstruo vegetal hamacando pesadamente su follaje, en un abrazo despreciable. Y ya zafaba un pequeño repecho, cuando a mis espaldas ¡¡¡siento un grito!!! que me inyectó la rigidez del miedo “con la tortícolis insuflada por el pánico (me volví lentamente), entonces de reojo miré”. ¡¡¡El Gritón!!! Y emberije un rebencazo al caballo, que más que una orden, era un ruego; una súplica para que corriera con todas sus ganas; así lo debe haber entendido el Colorado porque partiendo de estampida, ahora “volaba” cuesta arriba.

Yo no podía ver la polvareda, ni los postes (que pasaban como tejo), sentía la noche aplastándome la cara, empujando las lágrimas que me resbalaban sobre las orejas y mis taloncitos eran como los nudillos de la abuela Pancha a la tabla de lavar, se refregaban a medio costillar en el afán instintivo de acicatear al animal.

Empecé a sentir el alivio de la salvación, al ver que el coche del doctor volvía de nuevo y como para cerciorarme y de paso ver mejor —lo que contaría al otro día—, miré para atrás, al hacerlo toda mi historia fantástica se desintegró. “El Gritón” se convirtió en un pacífico “hombre que pedaleaba la bicicleta”, como loco en su afán de darme alcance.

Su capote negro que lo cubría del frío, hizo ver en mí la figura terrorífica del mandinga; sofrené la carrera, y junto con el tierral ¡me envolvió un sentimiento de chasco abochornante!

Al costado del camino mi caballo resoplaba agitado; allá abajo, *el pimiento* recortaba difusamente su figura amenazadora y no me dejaba volver a juntar las caronas que habían quedado desperdigadas en el camino.

Al tranco llegué a la casa, me apuré a desenfrenar para ocultar la pérdida del apero y desprecié los elogios de mi tía, para esconder la congoja y un poco de vergüenza; íntimamente sabía que mi hazaña estaba empañada por el fracaso y no pude dormir.

El amanecer me encontró en el escenario “del gran escape”; llevando mi parejero de tiro iba camino abajo, aquí estaba un cojinillo, un poco más

lejos había caído un sobrepuesto. Sin apuro sacudí las caronas contra el alambrado (y junto con el polvo volaban resquicios del susto humillador).

Al acomodarlas sobre el lomo del caballo, la desventura vivida traspasó el umbral del inconsciente; un trecho más abajo me esperaba una alpargata jetona y bigotuda, con una mueca que era la expresión de la angustia sufrida.

Me calcé las únicas chonguitas que podía lucir por entonces y seguí bajando a buscar lo único que me faltaba encontrar. Al llegar "al pimiento" lo hallé envuelto en la mordaz insinuación de "que en aquella noche había crecido de golpe".

Ya no sentía miedo, pero eso no tenía importancia, a mis pies estaba lo primero que había tirado. Allí, entre una jarilla, estaba "mi rebenquito colincho" y, a pesar de mi corta edad, estaba viendo en él un símbolo y una revelación.

EL PODER DEL HOMBRE Y SU IMPOTENCIA ANTE LO DES-
CONOCIDO.

Cárcel de Sierra Chica, invierno de 1978.

Dedicado a mi hijo Gustavo

(Mi agradecimiento a los compañeros Germán Ojeda y Caro Medina, por enseñarme a ser mejor.)

Pedro Gaetán

Manifiesto del regreso

En el fondo del alma de cada compañero, en las distintas situaciones que padecimos, frente a la tortura o la muerte, en el silencio gris de los centros clandestinos, en las cárceles, durante los años que nos tocó sobrevivir; una consigna sostenía y daba valor a nuestras convicciones.

“Volveremos, volveremos, volveremos, otra vez”...

Sabíamos que la lucha debía continuar.

Sabíamos que como en el 69 volveríamos otra vez a pelear en las calles de nuestra memorable Córdoba, rebelde, combativa y revolucionaria.

Una y mil veces nos prometimos regresar.

Volver para enarbolar nuestras tozudas utopías, porque para eso sirve, para creer en que es posible cambiar el mundo.

Una y mil veces nos dijimos que la memoria de nuestros compañeros caídos, estaría presente en cada grito de rebeldía y lucha.

En cada espacio reconquistado a la muerte, al silencio y al olvido. . Volver a pisar los lugares del horror y muerte, donde sostuvimos la dignidad de nuestra generación y de nuestro pueblo en lucha, es un deber irrenunciable.

Volver a los lugares donde quisieron desaparecer nuestros sueños, es todo un símbolo de esta época.

Y volvimos luego de 30 años para hacer de estos lugares, sitios de la memoria y conciencia de lucha, para que en nuestra sociedad fructifiquen los ideales de justicia e igualdad para nuestro pueblo...

Una “V” y el puño cerrado, símbolo invencible de la historia de nuestro continente.

En la UP 1

Mirar desde el afuera esa inmensa mole gris -hoy blanqueada para lavarle su siniestro rostro- con sus cuencas oscuras y con medias y camisas colgadas en las ventanas, de palomas paradójales, de alguna maceta cultivada con su flor de la esperanza, es una imagen que se grabó en nuestros ojos al regresar por vez primera a la Cárcel Penitenciaria del barrio San Martín.

Emociones incrustadas en la piel de cada sobreviviente, familiares y amigos, invadieron nuestra memoria aquel día en que regresamos otra vez. Plantamos una bandera indestructible, señalizando ese lugar, como un mojón de nuestra historia.

Desde entonces todos los años iremos horadando silencios y olvidos con nuestra presencia militante en homenaje a los compañeros y compañeras asesinados.

Nuestra resistencia y compromiso es y será el regreso con Memoria para la Vida, para profundizar los ideales y valores de los militantes por una nueva sociedad, más justa y solidaria, que distribuya la riqueza producida por los trabajadores.

La D2

Treinta años de obstinados reclamos, movilizaciones y lucha de los organismos de Derechos Humanos y del pueblo de Córdoba, dieron el mejor fruto conquistado en Democracia: la Ley 9286 – ley de la Memoria- aprobada por unanimidad en la Legislatura el 22 de Marzo de 2006. Desde entonces la ex D2 (División de Informaciones de la Policía provincial) –hoy sede de la Comisión y el Archivo Provincial de la Memoria, es nuestro primer territorio libre, conquistado y reconocido por el Estado provincial.

Da cuenta de las significaciones profundas de nuestra generación. Ese regresar y volver al sitio del horror, conmovieron el alma de los que sobrevivimos y de los que pasaron antes y después del golpe del 76. Siendo hoy, uno de los lugares que recuerda a los que están ausentes, pero presentes en la memoria histórica.

Recordar, era la consigna, había que volcar todo lo acumulado durante tantos años.

Sólo pisar el pasaje Santa Catalina –con sus centenarios adoquines, traspasar una a una, puertas y pasillos, habitaciones, patios, calabozos y escaleras.

Mirar las paredes, de antiguos adobones, detenerse en “el tranvía”, fue como instalar en el corazón el orgullo del regreso en las propias catacumbas del pasado.

Todo el edificio transmite olores que se reconocen inconfundibles en la memoria.

Los fantasmas recorren sus infinitos espacios y se instalan en los sentidos. Aun de aquéllos que hoy visitan por primera vez el lugar. Escuchar las campanas de la Catedral nos retrotrae a la paradoja de volver a pensar en aquello de “¿por quién doblan las campanas?”.

En las idénticas complicidades de los poderes políticos, económicos y clericales, del entonces, de hoy y de siempre.

Regresamos también con nuestra Memoria Militante a la Ex D2 de la calle Mariano Moreno, los testimonios de compañeros y el trabajo incansable del Archivo Provincial de la Memoria permitieron reconocer el lugar. Historicidad que nos diferencia rotundamente de la hipocresía de la sociedad de clases.

Campo de la Ribera

Rodeado de arboledas y espacios verdes, cercanos al silencioso río. A un costado de los barrios de trabajadores y desocupados de la zona, se alzan los edificios de la antigua cárcel militar, luego convertida en Centro Clandestino de Detención y Exterminio, para pasar después a ser tres escuelas provinciales. Pensar que allí mataron a nuestra compañera docente, ya jubilada, Amelia Nélica Insaurrealde. Militante comunista, amiga del Gringo Tosco, ella permitió que el Gringo tuviera un lugar para esconderse cuando era perseguido por las 3 A.

Una vez regresada la democracia, en esa zona cercana al cementerio de San Vicente no había escuelas. Se organizó la comunidad para solicitarlas al entonces gobernador Eduardo César Angeloz. Salgan y busquen les dijo a los padres. Terrenos había de sobra. Pero lo más fácil fue ocupar un lugar ya construido, borrar las marcas del terrorismo de Estado.

No hay registro preciso de cuántos compañeros pasaron por allí. De cuántos fusilados y torturados dejaron sus marcas indelebles. De cuántos sobrevivieron.

Sin embargo la memoria no duerme.

Comienza a despertar en los recuerdos lejanos de sus habitantes. Los niños, jóvenes y la comunidad toda indagan, preguntan, curiosean, comentan, hay relatos y leyendas. Vamos construyendo la memoria colectiva. Otra dimensión de los Derechos Humanos se abre paso lentamente en la conciencia de sus habitantes.

Hoy, todos soñamos y llevamos adelante proyectos, fantásticas utopías del ayer y del futuro cercano y mediato.

Cada conquista —como las escuelas nuevas— es arrancada por la persistencia y tozudez de los que sabemos que nada se logra sin organización y unidad en la lucha. No se puede educar a nuestros alumnos conviviendo permanentemente con el horror, con las huellas del terrorismo de Estado, que se niegan a desaparecer, como bandera del NUNCA MAS.

La decidida participación de la comunidad en la red social de la 5ta. y otras organizaciones, auguran un futuro distinto.

Hospital Colonia Nacional* “Santa María”

“CENTRO CLANDESTINO DE DETENCIÓN Y DE TORTURA;... Y DE MUERTE?”

Un espejismo, un acto último de ilusionismo es ver desde la Ruta Nacional N° 38, la maravillosa secuencia de edificios que emergen del pie puro de la sierra chica.

Ingresar bajo los álamos de Carolina que coronan la entrada, se parece a caminar bajo la sombra que proyecta la justicia, y sin embargo, algo tiembla, el corazón ya no resiste, regresa el aire irrespirable del aquel 26 de mayo de 1976.

Brota el musgo del golpe y la tortura en los muros del Pabellón de Administración; del Pabellón por entonces de milicos oficiales, paralelo al de los colimbas, los maestros, como un recinto reservado a los indigentes.

Invaden los imborrables vestigios del odio, del Pabellón C-1, del Comedor del C; del Pabellón C-4. Y vemos las pupilas rotas por la tortura infame a que nos expusieron juntos a los compañeros y compañeras.

Y en ese día de sol; en esa noche de estrellas frías, nos fueron alejando de la reliquia que databa del siglo pasado, y nos perdimos. Fuimos parias en lúgubres lugares donde nos hacinaron, desde donde nos torturaron y después,... nos asesinaron..?.

Ya sabemos qué tiembla, ya sentimos qué tirita en la oscuridad donde se ampararon los criminales: tiembla el gran amor por recuperar el sitio, este lugar tan nuestro que ya comenzamos a quitarles de sus manos espurias; tiritan los marcos, los doseles, las puertas, las paredes, los bancos de piedra, el magno fuego que soporta al monumento, que hoy en ruinas, nos vio con un solo pasaje de ida, sin regreso.

Hasta hoy, cuando buscamos las identidades destrozadas; cuando encontramos intacto el corazón de los compañeros y compañeras, íntimamente supimos este 26 de mayo de 2009, que VOLVIMOS Y QUE SIEMPRE VOLVEREMOS!!!.

La Perla

Ex Campo de Concentración, Tortura y Muerte, reza una señalización al costado de la ruta a Carlos Paz, a pocos kilómetros de la ciudad de Córdoba.

*Actual Colonia Santa María. Punilla. Sierras de Córdoba

El tristemente célebre campo, conocido internacionalmente, es la mayor conquista -junto a la ESMA- por la lucha denodada de los organismos de DD.HH., sobrevivientes y el pueblo movilizado incansablemente, instrumentada por el único gobierno nacional que reivindicó a nuestra generación fusilada.

Hecho que afirmó la política de Estado en materia de DD.HH., refrendada con la presencia el 24 de marzo del año 2007 del entonces Presidente de la Nación, Dr. Néstor Carlos Kirchner.

A pesar de la intensa lluvia, miles de cordobeses nos movilizamos para ocupar una de las emblemáticas fortalezas del máximo represor del III Cuerpo de Ejército; el “Chacal” Menéndez y sus secuaces. Hoy juzgados y condenados, llevados a la cárcel común por el genocidio cometido en Argentina.

Los cánticos llenaban nuestros corazones con tristezas y alegrías:

“Esta lluvia de mierda
No quiere parar
Esta lluvia de mierda
No quiere parar
Es Menéndez
que no para de llorar”

Una compañera cuenta que esa música la retrotrajo al momento en que era torturada, estaba de moda por esos años del 70, la ponían fuerte los represores para ocultar los gritos

El amor como el viento
Un día se va
El amor como el viento
Un día se va
Como el viento
que se va...

La fuerza, la emoción, el dolor y la bronca por tantas vidas que quedaron en ese Campo de Concentración y exterminio y nuestra Memoria con Resistencia nos encontró junto a nuestros compañeros, que vinieron desde distintas provincias: Santa Fe, Buenos Aires, Tucumán, Santiago del Estero, San Luis, Jujuy, La Rioja, Entre Ríos, Mendoza, y el apoyo a la distancia, de otros compañeros que por el exilio aún permanecen en otros países como México, Suiza, Suecia, Italia, Francia, España, etc.

Así nos sentimos al traspasar los límites prohibidos de aquellos años, donde la oscuridad y el miedo taladraron la piel de los compañeros y compañeras, que hoy recordamos como banderas victoriosas e invencibles de la historia.

Desandar las calles y avenidas, las distancias de los tiempos, con el grito hecho consigna en las gargantas, hemos regresado otra vez para insistir con nuestros sueños de la Patria Liberada.

*"Volveremos, volveremos, volveremos otra vez"
Una y mil veces volveremos, cantando victoriosos:*

**A los compañeros
¡¡Presente!!
¡¡¡HASTA LA VICTORIA SIEMPRE!!!**

Relato colectivo



Ingreso de los ex presos políticos a lo que fue el ex CCD La Perla. Día 24 de marzo de 2007. El gobierno nacional hace entrega a los organismos de Derechos Humanos y al Archivo Provincial de la Memoria del hoy sitio de memoria, reflexión y construcción colectiva: La Perla.

Levantás la persiana

Autobiografía

(Relato de un fragmento de historia, que sigue su historia.)

De pronto, como un relámpago, tus recuerdos te sacuden. Te diste vuelta y ahí nomás, el presente de la nostalgia, el dolor de lo perdido, el gesto inolvidable de un amigo... Te invaden sin permiso.

Levantás la persiana y te ves...

Llevabas el mundo por delante; cuestionabas todo.

Formabas tus ideales, tus amistades sin reservas.

Pensabas estudiar medicina...

Viajar a un pueblito del Impenetrable, o tal vez, correrte del mapa y con el polvo del caminante, llegar al mundo de los olvidados ranchitos.

Niños desnutridos y descalzos, de este Norte: Quena, Pachamama y Salamanca. Norte que coléricamente, hoy se va muriendo y despertando.

Querías... Sí, simplemente querías, con todas las letras, volar gaviotamente. Curar heridas, sobre todo esas del alma... Producto de todo: de la postergación, del olvido, de la miseria...

Estabas creciendo. Pestañeándolo todo, mirada adolescente.

Y aconteció un día, sin rutinas ni cotidianeidades. Levantaste... Y cielo buitre, feroz y despiadado cubrió tu Docta, tus calles, tu Cañada... Y como un mal presagio, te encadenaron las alas, los sueños; te separaron de los libros que te nutrían; del Winco y Los Beatles; de Sui Generis, de Vox Dei y La Biblia; de las chupinas y americanas.

De Luis y Primo. Del paraíso aquel, que guardaba tus secretos en las siestas de verano.

Oscurecer tu magia: el objetivo.

Por suerte, comprobaste que el instinto de supervivencia existe, te aferraste a las buenas cosas, a los afectos. Esos que perduran a exilios, cárceles y flores blancas arrojadas al San Roque.

Ellos no saben que la oscuridad te dio más luz.

Que tu fortaleza, fue consecuencia de la impunidad.

Que aprendiste a descubrir lo bello de un gorrión, al multiverde árbol cuadrículado, que espías en tu mundo de paredes que tenían alas...

Que te volviste piedra, corazón.

Los años pasaron, y si te encuentro a la vuelta de una esquina cualquiera, tengo la certeza: sé que estás ahí, entera gaviota soñadora.

Que sigues desplegando aún, sueños y esperanzas. Tal vez, porque el camino hoy, no tiene solo una huella. Van contigo las de tus hijos, la de los que ya no están, las que han de venir...

Y tal vez, porque hoy sabes, lo que significa MEMORIA.

Stella Molina,
Córdoba, 1993.



Foto tomada en el 30 aniversario (Dic. 2006) del fusilamiento de nuestros compañeros en la UP1 (Unidad Penitenciaria N° 1). Ex Presos Políticos del otro lado de las rejas.

La cita escondida

Fue como un sonido disonante, como un estertor, ahogado en un silencio profundo. Mis sentidos taladraron las paredes agujereadas de miedo. Mi respiración entrecortada suplicaba al menos, prudencia, cuando a mi alrededor bordeaba un abismo helado.

¡Ayuda!, pude haber gritado y mi saliva se quedaba en la garganta. ¡Ayuda!, esta vez con más esfuerzo de mi mente atolondrada, horadaba aún más el silencio. Llené los pulmones y sentí el dolor como dagas clavándose en el intersticio de mis huesos.

Condenado a proferir escuálidos murmullos, era un ausente encapuchado. Abordé la anatomía de mi cuerpo y presentí un aliento súbito.

Un pasatiempo en una dimensión emocionante, saltando en un pentagrama, aleteando por las calles y ver mis siluetas en las veredas.

Asombrado me pregunto: ¿cómo puedo estar seguro de mi muerte si todavía no he vivido lo suficiente?

Un impulso por rebelarme y salir corriendo cayó sobre mis pies engrillados y una costra anillada me lamía los huesos. En el oscuro sótano la muerte espera.

¡Silencio! Está llorando el silencio. Está en el paladar con sal de los ojos.

La oscuridad es ciega, irreverente, los ojos ahuyentan a la muerte que está cerca.

Los ojos se cierran por cansancio y también por sueños, por muchos sueños. Estoy pensando en ellos, se los transmito, estamos tan cerca. Mi aliento se escapa buscando refugio y se irá con el sueño. Sueño.

Creí que había muerto, pero la angustia en su frío rezago miserable perdura: ¿Por cuánto tiempo? ¡Ayuda! Bosqueja el silencio. Se ahuyentan las frases rompiendo un candado.

¡Muerte! Se ciñen mis sienes anudando el lienzo.

Una burbuja de aliento palpita en la costa, aún está viva y espera...

Juan Carlos Álvarez,
julio, 2007.



Imagen realizada por Juan Carlos Álvarez con témpera 1982

Usá la memoria

Usá la memoria –me dice–, usá la memoria.

– Tengo dos hijas rubias, una, el pelo un poco más oscuro como la madre.

La más chica tiene los ojos color caramelo y un lunarcito arriba de la comisura de los labios, del lado derecho. La más grande va a ser una mina espléndida.

¡Lástima que no voy a poder estar para cagar a escopetazos a los guachos que se la van a querer tumbar apenas cumpla los doce!

– No voy a estar porque de acá no salgo.

– Me duele una barbaridad, acá, debajo de las costillas, como si algo adentro se hubiera roto.

– ¿Vos estás hecho mierda como yo, no? Pero no pensés en eso, no pensemos.

Usá la memoria. Sólo los recuerdos te salvan del presente.

– Tengo una mujer que siempre me dice, acordate que te amo. Y siempre me acuerdo.

– Ahora me acuerdo más que nunca. Ahora que necesito los recuerdos para escaparme de acá.

– Vos seguro no tenés mujer, porque sos muy pendejo. Y si tenés acordate que te quiere. Se te pasan los dolores, vas a ver. El ardor de la máquina y ese nudo atado en la panza.

– Si sentís los pasos del guardia, avisame, porque acá está prohibido hablar y si nos pescan, nos cepillan.

– ¡La puta madre!, tengo una pierna quebrada.

– Una vez tuve un perro, uno marca perro. Me seguía cuando iba a la escuela y me esperaba a la salida; era marrón y blanco.

– Me acuerdo de cuando murió: sentí los gritos. Así deben sonar los gritos nuestros cuando nos ponen en la parrilla.

– Prefiero los gritos míos, ¿sabés? No soporto los alaridos de los otros.

– Hace un rato sentí los tuyos. No pensés en eso.

– Cuando puedas volver a hablar me contás algo que te haya hecho feliz, un recuerdo.

– Por debajo de la venda te puedo ver un poco. Si estirás la mano te alcanzo un pucho prendido.

– A veces, acá, te dan un pucho los gendarmes que reparten la comida. A veces son buenos tipos. Nada que ver con los interrogadores.

– ¡Estirá la mano! Ahí está, terminalo.

Siento el humo entrando en mis pulmones y el silencio de él.

Un silencio de quejidos en sordina para que yo no lo escuche, supongo.

– Soy de un pueblo de veredas amarillas –le digo– y en verano las mariposas salen en torrente por las calles a la hora de la siesta.

– Los pibes del barrio pelábamos ramas de paraísos y las cazábamos.

– Antes de todo esto, me gustaba salir para el centro a la tardecita.

Mientras caminaba, podía darme vuelta y ver la luna redonda, gigantesca, trepando hacia la punta de la noche.

– Mujer no tengo, tenés razón. Tenía una novia que se fue con otro tipo. Antes de que me secuestraran pasé una noche con una mujer.

– La primera vez en mi vida que pasaba toda la noche con una mujer.

– Te parecerá una boludez, pero si me van a matar, es como si hubiera hecho algo que tenía que hacer antes de morirme. ¿Sabés que tenés razón?, te cuento estas cosas y el dolor se me va pasando. En mi pueblo hay un puente de hierro que pasa por arriba de las vías. Si te sentás en las escaleras podés ver el atardecer, mientras pasan los trenes.

– Si tenés suerte y un poco de imaginación te puede parecer que el sol se pone de acuerdo con algún maquinista.

– El tren pasa hacia el poniente y el sol se va cayendo; cuando la locomotora se pierde allá a lo lejos, el sol llega al horizonte. Los vagones se van metiendo en la pelota de fuego, se los come y desaparece. Cuando salgamos de acá te voy a llevar para que los veas.

– Yo no voy a salir –me contesta con un hilo de voz–, pero igual te agradezco que me lo contés.

– ¿Viste que nos hace bien? La cabeza es una cosa de locos. Te podés escapar de cualquier lado usando la cabeza.

La memoria es como una estantería, vas y sacás el recuerdo que más te gusta.

– A mí no me enseñó nadie, es instintivo, como todo lo que vale la pena. Como dice Malraux.

– ¿Nunca leíste a Malraux? En una novela de él, un personaje dice que lo único que le gusta de la gente es lo instintivo; el odio; el amor; la inocencia.

– Me hubiera gustado escribir como Malraux. Novelas sobre las Epopéyas, la Revolución China, la Guerra Civil en España.

– Pero bueno, el tipo las escribió porque se las contaron, igual tiene cosas muy buenas, frases que valen todo el libro.

– “El valor también es una patria”, dice Malraux. Y es así. Yo no te conozco casi pero compartimos eso, la patria y los recuerdos.

– Ahora hay que callarse porque viene la ronda.

Al otro día me despertó un ruido de taconazos.

Por debajo de la venda vi que una bota “empujaba el cuerpo”, pero no se movía.

Lo levantaron por las piernas y sentí que lo arrastraban.

Me quedó eso de usar la memoria como una estantería. Y me sirvió para escaparme muchas veces, de muchos lugares.

La imagen de él, justamente me había quedado en un lugar de los anaqueles que se estaba llenando de telarañas.

Por alguna razón, revolviendo en los recuerdos encontré el suyo.

Ya leí a Malraux, que escribe sobre tipos que se juegan la vida y pierden.

Son casi todos iguales, de la misma patria.

El escritor no lo dice, pero supongo que todos cuando los acecha el odio, el amor o la muerte, recurren a la memoria.

Se escapan en el tiempo y evitan que los chupe ese inmenso agujero negro que a veces parece abrirse delante de uno.

Hugo Basso,
Santa Fe, 2007.

A Tita Rivetto de Cardozo

Siempre fuiste un ejemplo como trabajadora, comprometida y empapada con todo lo que pasaba en el país. Creciste en un hogar de padre socialista y panadero!... sabías defenderte y marcar las injusticias. Empezaste a trabajar siendo una niña. Tenías 13 años cuando te sentaste por primera vez delante de una máquina de coser, vivías en una casa con techos altos, altísimos... y allá arriba estaba la lamparita de la luz, tenías que poner la silla sobre la mesa y sentarte allí para ver mejor y hacer los trabajos con prolijidad. No te gustaba coser, llorabas de rabia con los primeros trabajos. Pero por esas cosas de la vida, la necesidad de aportar económicamente, te propusiste salir adelante y así lo lograste. Más tarde cuando llegaron los hijos esto sería un ingreso importante para el apoyo a sus estudios. Un orgullo para vos que tu hija fuera a la universidad, que estudiaran, cosa que vos no habías podido hacer.

Tu compañero de ruta y padre de tus hijos, Glicerio, no menos luchador, perseverante, callado, nunca supo decirte con palabras cuánto te quería. Claro, con el tiempo entendiste que lo decía haciendo cosas para la casa, alguna mejora en el jardín. (Aunque te hubiese gustado de vez en cuando una flor).

Con tus hijos grandes, la mesa era un debate político permanente. Glicerio muy peronista, tus hijos con ideas de hombre nuevo y vos, discutías cualquier idea, cualquier postura. “Primero hay que saber ganarse el pan” —decías— “no depender de nadie” “aprender un oficio” “después la gente los va a escuchar” “¡miren la pinta que traen!”.

Y así fueron pasando los días, como todas las madres y todos los padres deseando lo mejor para tus hijos. No eras indiferente a toda la situación que se vivía en esa época. Casi todos los días aparecía algún luchador muerto por el Triple A, o secuestrado. No te dejabas engañar por la propaganda, sabías que trataban de infundir miedo, de inmovilizar. En 1975 nacen tus dos primeros nietos y deseaste con fuerzas que tus hijos y los hijos de esa parte de la historia, tuvieran razón. Empezaste a sentir impotencia ante tanta injusticia. A los 51 años tuviste que hacerte cargo de tus dos nietos. Mario de 20 días de vida y Paula de 4 meses. No se puede decir que estabas preparada para eso. Como tampoco lo estaban tus hijos para la cárcel. Ni ningún familiar podía estar preparado para la desaparición de sus hijos o de cualquier ser querido.

Empezaste otra vez con biberones y a lavar pañales... a reorganizar tu vida. Lo primero que hiciste fue buscar un médico de confianza, donde pudieras explicar quién eras y por qué tenías dos bebés a cargo. Por suerte había muchos médicos que ayudaron a gente en tu misma situación. Mientras la propaganda se empeñaba en amedrentar a la gente a que no ayudaran a extraños “¡podía ser un subversivo!”. Hasta llegaron a decir que: “a los hijos de los subversivos había que matarlos de chiquitos”. Por más que no creyeran en la propaganda, esto creaba una angustia permanente. Más que propaganda era una amenaza. Tus nietos fueron creciendo fuertes y diferentes a los demás niños. Seguiste cosiendo y muchas veces cobrando adelantado a tus clientas para poder arreglártelas económicamente, con el sueldo de empleado público de Glicerio no había ni para empezar. Te levantabas a las 4 de la mañana para adelantar con las costuras, antes de que se despertaran los niños y empezara la rutina diaria. Siempre recuerdas muy agradecida a Licha y Basualdo, dos buenos vecinos que nunca te dejaron sola, así como a Lucy, Pocha, Teresita y la muy querida Raquel. Anónimos como muchos otros tantos en otros lugares con otras abuelas, con otros nietos. Es bueno que sepan que formaron parte de esa red solidaria. Como lo hiciste vos, tu mamá de por entonces 70 y pico que pasó de ser atendida a ser una persona indispensable para toda la familia, ayudando con los niños, la comida, los pañales.

¡Los viajes a las cárceles, a veces en tren, (de Córdoba a Buenos Aires) que se hacían interminables!... llena de bolsos, un poco para los presos, otro poco para los chicos y el viaje y otro para ustedes. Muchas veces llevaban la comida para que alcanzara para pagar una habitación. Primero visitaban Sierra Chica, después La Plata y por último Devoto. Siempre llevando los chicos. Y en todas las visitas, la requisa... ¿Y cuando te encontrabas que alguno estaba sancionado...? Visitarlo no se podía en ese día. Y fueron muchos años... aprendiste junto a tu viejo a hablar en clave con otros familiares, con tus hijos presos. Intercambiaste experiencia con otros en la misma situación. Te volviste experta en leyes, en golpear puertas de embajadas, juzgados... Montaste guardia con otros padres y madres en la Penitenciaría –cuando no se sabía quiénes estábamos con vida y cómo estábamos.

Por sobre todas las cosas formaste parte de esa red solidaria que ayudó a arrancarle un poco más de vida a tanta muerte. ¡Muchas gracias Viejita linda! Con gente como vos, como ustedes, todavía es posible soñar con esa sociedad solidaria por la que muchos dieron la vida.

Marta Quiroga

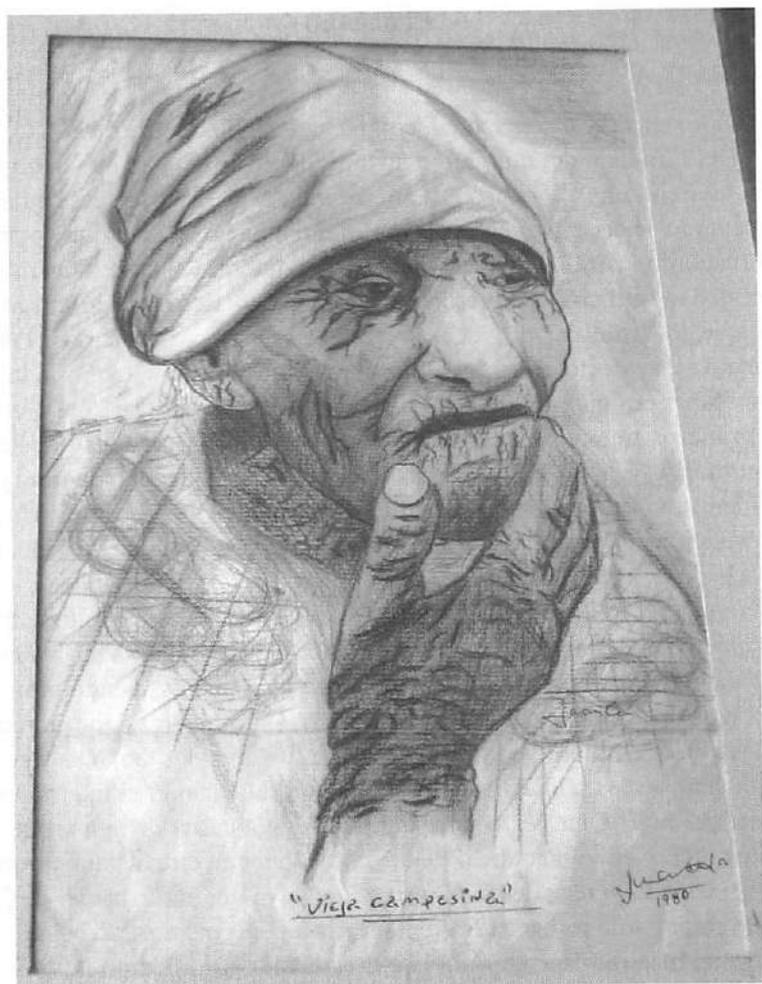


Imagen en lápiz, "Campesina" de Juan Carlos Alvarez 1981.

El océano

Anotó en su diario personal, con fecha 9 de diciembre de 2007:

“Del otro lado del mar tengo un amigo, un amigo que nunca olvidaré: Aldo, vive en Italia”. Y pensó: “¿Quién es hoy Aldo?” No lo sé: sé quien era. Su recuerdo se cristalizó en mí, y por momentos no sé si lo que yo amo es sólo recuerdo cristalizado, sombra de una sombra. Pasaron muchos años, desde que los milicos lo subieron a un camión (se salvó de pedo) luego de lo cual sólo lo vi un par de veces y recibí de él un par de cartas. Pero no renuncio a ese afecto, a esos afectos: con Aldo viene a mi memoria la Ceci, su hermana; era muy dulce. Más atrás en el tiempo, el Calefón y la Tota; mis primeros tiempos en Córdoba. Luego Silvia... ¡basta! Hoy estoy de limpieza. Estoy acomodando viejas fotos y cartas. Ojalá uno pudiera poner en orden su vida como puede hacer con los papeles. Pero ¡mmm! Hay que perseverar en el intento: ¡mirá! ¡una foto de Leonor, la mamá de Aldo, junto al mar!.

No conozco el mar; me gustaría conocerlo. De chico intentaba imaginármelo, a partir de los relatos de mi madre. Ella me contaba del “vapor” en el que había viajado a Europa con su madre y hermanos, siendo muy niña. Me contaba de los seres marinos: de los peces, de las algas que eran como plantas; de los corales. De los peces, había muy diversos tamaños y colores y cada tanto se los podía ver desde la barandilla, cuando el mar no estaba picado. ¡El mar! Una vez conocí una masa gigantesca de agua, que se le parece mucho: era el Río de la Plata. Y lo conocí en circunstancias que no eran demasiado gratas: desde el piso 18 de la ya demolida cárcel de Caseros. De color pardo rojizo, el río “color de león”, al cual no se le puede ver la otra orilla, inspira respeto, y algo de melancolía; no es como la sensación que te dan las cantarinas aguas del arroyo de las sierras, en el que uno puede mojarse los pies y tirarse en la arena, bajo la sombra acogedora de algún sauce. No: es una enormidad que te asusta un poco, que por momentos te hace sentir insignificante.

¡Pero hay tantas cosas que te hacen sentir insignificante! El universo mismo. Los grandes hombres y sucesos de la historia. La distancia entre lo que somos y lo que quisiéramos ser, que se encoge y se agranda según van dándose los hechos. La distancia, también abismal, que hay entre el saber y la ignorancia, el amor y el desprecio, lo que es digno y lo que no lo es, la felicidad y la desdicha. Distancias en apariencia insalvables, entre los extremos de esos pares de opuestos en que se debate nuestra existencia; distan-

cias que, sin embargo, cualquiera de nosotros si se lo propone puede comenzar a recorrer, gracias a un primer acto de voluntad, luego otro, y otro... ¿no es contradictorio? ¿anticientífico? ¿voluntarista? No lo sé. Pero sí sé que, si bien no somos dueños de lo que nos ocurre, sí somos dueños de lo que vayamos a hacer con ello, para bien o para mal. No somos unos tontos juguetes del destino, tampoco sus impunes amos: somos sus *conscientes constructores*, en la medida en que estemos dispuestos a ello. Y hago más unas palabras que leí hace poco: “Decidimos atravesar un océano que no inventamos. Lo único que hicimos fue tomar la decisión de conocerlo mejor para poder atravesarlo. Por momentos anduvimos con desesperación al no ver una orilla cercana; en otros momentos flotamos mirando el sol y descubriendo sus luces y sombras; otros momentos, movidos por la alegría de ver algún indicio de tierra cercana, avanzábamos más, pero, debemos reconocerlo, no cejamos en ningún momento de ahondar más y más en recuerdos y reflexiones para traer al presente una maraña de acciones, pensamientos, sentimientos, que dieron por resultado esta parte de la historia. Nos guiaron los verdaderos protagonistas, esos miles de hombres y mujeres anónimos que arriesgaron su vida con un profundo sentido de humanidad y que hoy muchos de ellos sufren, perplejos, por no haber podido lograr lo que anhelaban.

No pretendimos producir nuevos conocimientos, sino reunir, o acercar los ya existentes que muchas veces permanecen dispersos o en boca de diferentes actores. Y lo hicimos porque somos conscientes de que los conocimientos cuando son parciales y están aislados, fuera de contexto, aunque sean verdaderos, no permiten entender el proceso histórico y contribuyen a producir un subjetivismo enfermizo”. (*Nicaragua, el ojo del huracán revolucionario*, Irma Antognazzi / María Felisa Lemos.)

Miró su reloj; vio que se le había hecho tarde. Cerró su cuaderno de anotaciones, sopló el polvillo del cajón del mueble donde lo guardaba y echó a los perros que, como era su costumbre, se le habían echado cerca de los pies. Al otro día, bien temprano, recomenzaría la rutina del laburo, del “parar la olla”...pero nunca la “del trabajo a la casa y de la casa al trabajo” y de “no te metás”. Si algo había aprendido en todos estos años era que, contra lo que comúnmente se cree, no sale mejor librado que los demás, el que no es solidario. Y que el vasto océano de la injusticia, la estupidez y el temor, que a simple vista nos parece un obstáculo infranqueable, puede secarse, si nosotros lo hacemos posible, para poder pasar a pie enjuto hacia nuestra tierra de promisión.

Félix A. Cornejo

Carta a una reja

Escribir sobre tiempos de muerte es cuestión de vida. Sin otro propósito que el de recordar lo que nadie ignora, creo oportuno decir que la memoria no es añoranza, es un resorte de vida, un rompecabezas en construcción, es resistencia y estímulo. Una vena que vibra al latido entrañable de la inquietud humana. Porque es lícito decir lo que se piensa y porque no tengo embargada la memoria, siento la necesidad de testimoniar para que no me aplaste el silencio.

Es curioso que un cuerpo que se sostiene en la memoria le escriba a otro que se sostiene entre los goznes, en un muro obscenamente exhibido, donde pasé a ser uno más como parte de la levadura en la masa en intramuros.

El carcelero con la llave entre el índice y el dedo mayor abriendo su propia puerta que era la mía, de reja.

—Pudrite, hijo de puta —me gritó cerrando la reja.

Había permanecido en una comisaría, esposado, vendado y torturado y en esas condiciones resistía aferrándome a la vida y en mi imaginación rondaba una reja, consciente e inconscientemente me sostenía en la reja.

El terrorismo de Estado es la mejor pedagogía para censurar, para impedir, como en un feudo esclavizante, donde perseguido, detenido, trasladado, chupado, desaparecido, como solución bastarda empecé a pintar mi aldea.

Se podría decir que estar detrás de una reja es un camino a ninguna parte. En este escenario la vida es muy tediosa, ordinaria e igualmente dura. Busqué forma, colores, rasgos para construir una vida en el encierro.

La historia se abre paso y del sólido muro busqué colarme por entre los barrotes y como imperativo irresistible me propuse abrir caminos para que aparezcan otros. Un mundo de pensamientos sacudía el muro esa noche. No es tiempo de morir. Puse un pie en el estribo y me cobijé bajo el manto de una luna macilenta, en un cielo tachonado de estrellas. No sucumbir es amar la vida y en ese tránsito de vida uno nunca está solo. Nunca.

El confinamiento se exteriorizó rompiendo el silencio con el jarro de aluminio contra la reja. Metal con metal era como salir de un coma profundo poniendo en alerta roja el perímetro del muro.

Los tiempos corrían sin calendario a la vista y he aquí que la tragedia llegó con los vientos de otoño y era de suponer que provendrían bien del norte, de los callos de La Florida, tal vez y como imagen suspendida de la muerte en el ojo del huracán un nombre, Cóndor y un plan en clave criminal. Se había institucionalizado el terrorismo de Estado. La libertad no existe.

Convencido de que la escritura reaviva la memoria y al encontrarme frente a una pared blanca, recién pintada de cal viva me animé a escribir: Memoria, siete letras como los siete días de la semana. Olvido, como tributario de la desmemoria es como un veneno de la historia. Tiempo, acaba por borrar los rastros del pasado. Cultivo, siete letras como los siete días de la semana. Cultivo la memoria, el subrayado es mío, es tuyo, no lo olvides. Puse la fecha y me alejé presuroso a lo largo del interminable muro.

En el gris del muro, pródiga en recuerdos con fechas y nombres encontré el nombre de Elena, sin H. Impulsivamente escribí Helena con H. Un collar de recuerdos se desgrana y la dimensión de los sentimientos se desliza a los días intensos y febriles del compromiso invaluable de la militancia. En el trajín del día a día, bajando por la boca del subte, subiendo por las escaleras del PH.

Después la imaginé de cabello corto en un barrio lejano de calles de tierra, regando recuerdos de primaveras.

Las imágenes imborrables las llevo atesoradas en aquella larga despedida en el umbral de la puerta. De la unidad del vínculo infranqueable se desprende la palabra cuando tomando mi mano la llevó a su vientre y me dijo, muy pronto estará chupándose el dedo. Ya somos tres. Sobrevino el abrazo, el beso. Desplegamos nuestros brazos como alas, era invierno y anochece.

Después de un tiempo volvió el grillo, no ya debajo de mi cama ni en el rincón de la letrina, permanecía quietito sobre mi cuaderno de poemas. Se apagaban las luces y me acompañaba durante largas noches con su registro inimitable, colándose por los pliegues de mis sueños. A veces me despertaba sobresaltado y miraba por la ventana del muro escudriñando las estrellas. Esperanza y sueños eran mis desvelos desde el palco de la incertidumbre.

Dije que uno nunca está solo y el factor humano llegó desde otra ventana del muro y en el lenguaje de los mudos me decía: si das un paso, ella retrocede dos, si das dos pasos ella retrocede cuatro. Esa es la utopía. Levanté mi mano en señal de haber captado el mensaje, en el mismo instante en que una estrella fugaz irrumpió como guardiana de mis sueños, cerré los párpados y me dormí profundamente.

Transité otros caminos y en ese tortuoso recorrido fue como caminar por las calles de la amargura, cuyo final es el muro. Y me preguntaba si somos el final. Me resulta indescriptible ver, cual infortunio a cielo abierto, como una herida lacerante, toneladas de libros se quemaban y las llamas se veían desde lejos. Si el sujeto es el fuego por la voluntad del inquisidor, la palabra feliz sólo cabe en la boca del verdugo.

La mentalidad de las dictaduras contiene esta rara mixtura, potenciar la oscuridad a sus propias oscuridades con el fin de que la luz de la memoria se extinga.

Enfilé buscando una pared y escribí: a fines del siglo XX, Torquemada ataca de nuevo. Aquí yace la letra viva. Han quemado el papel y no se ha derramado la tinta.

Volví sobre mis pasos y de la misma hoguera reemergía el poeta sandinista Leonel Raguma que enfrentó a la guardia nacional al grito de: "¡Que se rinda tu madre!". Reafirmando el derecho a la vida y a la libertad.

Debo ser preciso a la hora de señalar la complicidad, la hipocresía y el silencio de no pocos que a la luz de la historia son como las pompas de jabón en las manos de Pilatos.

De aquella ominosa historia y lejos de los muros camino, caminamos debería decir, con la brisa de los nuevos tiempos. Sólo me basta mencionar una consigna que se lee frente a una fábrica recuperada que configura un cuadro elocuente de resistencia. "La unión de todas las luchas es más que la suma de las partes". Como se ve, la historia, nuestra historia es también la política del presente.

Y para finalizar, se me ocurre una última reflexión porque tengo una y 30.000 razones para decir que la lucha por los Derechos Humanos es una causa invencible y más nunca la memoria guardará silencio.

Saludos

P.D.: Argentina, acabo de regresar de Venezuela, de México, de España, de Francia, de Italia.

Estando allá, vivía aquí entre el cateto mayor, el cateto menor y la hipotenusa. Junto a su hermana Malvinas.

Hoy llueve aquí en el patio trasero del Amazonas, los socavones y el agua dulce, en esta parte de América. Un inmenso arco iris late como un enorme corazón, como si fuéramos el corazón del mundo. La paloma en un vuelo pendular recoge la misiva y lo celebro con otra copa de vino, en cada sorbo brota de mi sangre la respiración de mi libertad. Que la noche suspire sin detener la alborada y el día avance venturoso al cambio profundo.

Creo oportuno decir y es justo reconocer que muchas cosas han cambiado desde entonces y en consecuencia vamos por más.

Y ahora sí me despido, no sin antes me atrevo a preguntar tonta e ingenuamente: ¿entre tanta oscuridad has visto el sol últimamente?

Doy por hecho que jamás conoceré tu respuesta, pero la imagino, dura como el hierro, fría como el muro.

Adiós.

Juan Carlos Álvarez,
agosto de 2007.

La calle del primer grito

Recuerdo aquel momento en que desde la puerta del pabellón catorce, un guardiacárcel gritó con una voz especial...

¡¡¡Manuel... Nievaaaa... con... toodooo!!!

Y el coro de los pocos compañeros que quedaban, rompió el silencio del día con una melodía tan nuestra y tan querida.

¡¡Le damos la despedida!! ¡¡Le damos la despedida!!

¡¡Le damos la despedida!! ¡¡De todo corazón!!

El corazón me dio un brinco, y en los ojos húmedos de tiempo, se atropellaron las ansiedades contenidas.

Los compañeros me abrazaron para irse un poco conmigo, compartiendo ese momento único y sublime de la libertad.

“Libertad yo te libero, haces que mi canto vibre, porque no puedo ser libre ni tampoco prisionero”.

¡Libertad! ¡La calle de los pasos que regresan!

¡La calle!

¡La calle vacía y silenciosa, sin decirme nada!

Llena de brazos abiertos, cobijando mi lento caminar hacia la salida definitiva.

La mirada, un horizonte increíble de libertad extendida inexorablemente.

Sin poder impedir la fuga hacia un racimo de seres que me esperan.

¡Libertad!

¡Libertad hacia los míos!

Y me entrego con el llanto contenido de mil horas encerradas, sin olvidos.

¡Cómo no recordar aquel día!

El día en que mi madre, mis hermanos y parientes desataron los fuegos del abrazo y bienvenida.

Sucedió y nada más.

Un día como cualquiera para los otros, para los que viven el afuera, el ayer, el hoy, el de siempre, el del cotidiano transcurrir de los días.

Sin saber que aquí la vida se nos fue de a ratos, con los minutos, las horas y los días, compartiendo lo que quedaba de los sueños y derrotas.

De las luchas y la vida de esperanzas todavía refrescando la memoria.

Aquí donde dejamos plantada las huellas del tiempo y de la historia que no se olvida.

Aquí donde forjamos esa escuela de la vida que es la cárcel de toda rebeldía.

Aquí donde la lluvia, sólo el trueno nos dejaba.

Donde el sol no nos miraba en su diario transitar por los cielos de la patria.

Aquí donde las sombras del olvido, quisieron horadar nuestra entereza y convicciones de lo cierto.

Aquí y en este día, precisamente, declaro en un grito de bandera enarbolada, que no

podieron, que no podrán detener la lluvia, contener los ríos, impedir que cada gota llene lentamente el vaso de los mares de la vida.

Y luego fueron imágenes sin sonidos, perturbando emociones que llegaban a raudales.

Recorrimos las calles nuevamente, como siempre, hacia el regreso y el encuentro.

Otra vez tozudamente a empezar de nuevo, como siempre.

A reconstruir lo perdido, a levantar las banderas y a los caídos recordarlos y honrarlos para siempre.

A disfrutar del amor, como el aire y el agua.

Con los hijos que esperaron sin comprender, ni decirnos nada.

Sin conocer los por qué de sus padres que no fueron sino ausencias doloridas en sus corazones pequeños.

A mis hijos

Mis hijos me han visto la mirada
tan lejos como si fuera un sueño.

Tan cerquita como nunca
mis ojeras les mostró la realidad.

Sus ojitos se mojaron con la pena de papá.

No saben qué pasa en este mundo.
Preguntan por qué no estoy con ellos
Si ellos saben de otros padres
De otros niños que en la calle ven jugar.
Ni su madre prisionera les podría responder.

Mis niños no mojen su alegría
La vida se nutre de estas penas.
No queremos que mañana
Cuando el sol vuelva a salir
Se les borre la sonrisa por el látigo letal.

Por eso no le hagan caso
A estas sombras del dolor.
Ya pasará con el tiempo
como el tiempo de jugar
No es bueno que siendo niños
lleven las penas detrás.

Manuel Nieva

Colón y General Paz

- Dale, largá vos.
- ¿Por qué vereda, Este u Oeste? -preguntó Pascual.
- Este.
- Hacia el Sur, mirando Vélez, me apura.
- Hacia el Sur... hacia el Sur, me hago el que duda. Pero la tengo súper clara. A la izquierda el Bar la Noa, a la derecha El Velero.
- Pará, apresurado, seguí por la vereda Este; Bar la Noa -dice y agrega el quiosco de diarios.
- Sí, de los Cuello, donde leés los titulares de gancito, para nos gastar -lo provocho.

Serían como las cuatro de la madrugada de cualquier día del año 1978 y con Pascual Seydel empleábamos la memoria en recorrer la ciudad. Tratábamos de ser precisos, minuciosos, buscando que el entretenimiento fuera también un ejercicio en nuestros días sin diarios, sin revistas, sin libros y sin otra cosa ni recurso que nuestra imaginación. Los casi dos años que llevábamos incomunicados nos hacían ser ocurrentes. Al otro día tendríamos "recreo" por segunda vez en todo ese tiempo. Miércoles. Una hora por semana. El recreo consistía en circular por el pasillo solamente, pero para nosotros fue como salir al mundo.

Debíamos dormir, pero cierto fanatismo de juventud había transformado el juego en competencia de retruécanos y gastadas. Los cinco compañeros con los que compartíamos celda, dormían. El resto del pabellón -excepción hecha de algún noctámbulo dispuesto a comunicarse por señas y chasquidos- también.

Pascual nombra la galería London, el cine Gran Rex, la Bombonería. Pretende discutirme justamente a mí, que el pasillo de mármoles negros sean las oficinas de EPEC. Lo hace con intención de "hacerme agarrar la moto", que es como grafica en su lenguaje pintoresco a los arranques de carácter.

- Pará, pará... -dice y pone su media sonrisa de caballo que masca chicle-. Si vas a agarrar la moto ponete un diario en el pecho que está fresco.

Pasamos la confitería El Molino, la galería del 120, el Bar ¿Maroco? Nueva discusión. Una joyería ¿sí? Boutique en la esquina con 9 de Julio y... ¿qué hay cruzando la avenida y volviendo hacia el Norte? -una tienda- dice Pascual precipitándose. Me hace mucha gracia la rapidez con la que inven-

tó y le contesto con malicia –no, una calesita, animal. Atrapado en falso Pascual me clava los ojazos negros en la semipenumbra de la celda, al tiempo que me hace señas para que sosiegue la risa. Esa noche está de guardia el esbirro Ponce, un tipo parido por el agujero equivocado, que no pierde ocasión de darle el gusto a su índole de verdugo.

– Shh –me para Pascual.

– Ustedes los de la Banda de Argüello y los Boulevares –generalizo para herirlo– son todos iguales, la parte de la realidad que ignoran la inventan. Y chau, solucionado. Yo tampoco me acuerdo, voy a ver si está despierto el Profe –digo, mientras aprecio cómo ha recibido el estilazo. Hay familias enteras de esa zona prisioneros de la dictadura. La misma hermana de Pascual está allí, a metros sin poder verse, ni hablar ni saber algo uno del otro.

Aunque gateando, como aconseja el manual de precauciones, distraído en saborear mi victoria parcial como un 1 a 0 de Lavalle sobre Peñarol, hago un chasquido con los dedos por entre los barrotes hacia la celda de enfrente, donde Dutto y el Profe Ojeda suelen despuntar la noche, y caigo en que no he mirado hacia la reja del pasillo central. Tarde. Sigilosamente, con la cachiporra pendiente de la mano derecha, viene Ponce. Tuve la esperanza de que no hubiese visto. Retrocedí hacia la oscuridad de la celdilla. Pascual amagó hablar, tal vez para decirme que lo que seguía era el Bar Siroco, un garaje y el Bar Siroco, pero lo callé con un gesto. Desde la sombra tuve tiempo de imaginar que pasaría de largo. Que como era habitual, llegaría al fondo del pabellón, regresaría y haría sonar el pasador de la reja al salir.

Esperanza vana. El esbirro se detuvo en la puerta de la celda, se paró teatralmente jugando con la goma a darse golpecitos en la palma de la mano y abriendo el candado, corrió el pasador.

– Morales, salga –dijo, los ojos inyectados por el pus de la cobardía.

– Póngase contra la pared.

Aunque los gomazos que caían con saña en mi flanco derecho eran intensos y dañinos, yo exageraba un tanto la queja para que el mugriento cesara. Ya porque el recurso diera resultado, ya porque se le hubiera agotado el brazo –no la vocación– el tipo bajó la goma. Dio otro toque como despedida y siempre ubicado a la espalda de mis manos alzadas contra la pared, sacó un gancho con la izquierda que fue a dar precisamente en la punta de una costilla que yo traía rota de otro evento. Y dolió de verdad. Solté un quejido profundo y ahogado que salió como del fondo de un pozo. Entonces ocurrió lo impensado. De adentro de la celda tronó la voz bronca

no sé si del Grillo Molina o de Ruffa que como consagrando un silencio novedoso quedó flotando a lo largo del pabellón.

—¡PARÁ CULIAU!

Fue como una orden que emanó de la oscuridad de la celda. El esbirro se detuvo en seco, abrió la celda, me hizo entrar, echó llave y salió huido.

Los compañeros se ocuparon de que yo estuviera bien, comentamos escuetamente el momento y aunque poco faltaba para el recuento y cambio de guardia, los más se fueron a descabezar el último sueñito. Tito Levi se quedó levantado ejercitando los músculos y con Pascual nos dispusimos a continuar la expedición cuando llegó el recuento. Cejas pasó lista y Ponce lo escoltaba indiferente. Sin novedad.

A dormir. Al mate lo tomaríamos después, nos dijimos con Pascual. Echamos sendas meadas en el tacho apestoso y rebalsado que hacía de letrina, lo cubrimos con el retazo de colcha más apestoso todavía y cuando nos inclinábamos al descanso se abrió un escándalo de rejas. La patota enfiló derechamente a la celda nuestra. Ponce no estaba, pero en su nombre alguno dijo: ¿“Así que culiau, no”? Salgan. A mí el pinchazo del hueso me quitaba astucia y movilidad en la carrera entre la reja y el fondo. Se trataba de esquivar lo posible y recibir lo ineludible. El que en la ida arrancaba en punta era reemplazado, como si hubiese un acuerdo previo, por el que en la vuelta menos había padecido la tanda de puñetes, patadas y gomazos, para retomar del fondo hacia la reja, de la reja hacia el fondo. Así y todo lo que no se ligaba era porque lo salvaba la cabriola.

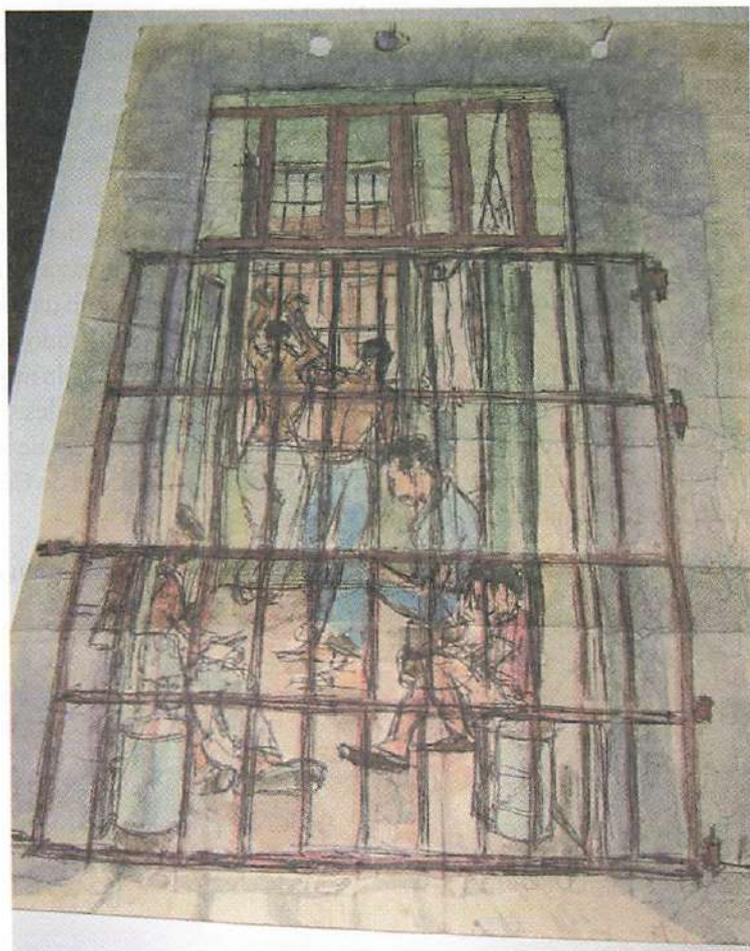
Todo “empiezo” es difícil. En una de esas arremetidas obligadas el que picó en punta trastabilló y a mí, otra vez, me quedó donada la costilla. Hugo Mc Cormick interpuso a tiempo su cristiano corpachón y un ruido de tabla sonó esta vez en su costado. Se fueron. Arturo Ruffa parpadeaba la transparencia de la rabia y de la impotencia. David Andenmatten, con el índice entre los incisivos, resoplaba quejumbroso. Mc Cormick se frotaba el costado y miraba en silencio. El Grillo acezaba como todos y Toto Levi se atusaba el bigote a lo Stalin, que atendía con esmero, mientras se flexionaba por el abdomen.

Pascual comenzó a roncar. Soñaría que después de Siroco seguía Mc Gregor. De ahí salía un cocodrilito verde que entraba a la amplia puerta del lado: Di Rienzo. Rayos X. Pero había risas. Verdaderas eran las risas y los pasos de los compañeros que aprovechando la terquedad de nuestro sueño, nos sacaron arrastrando los colchones al pasillo rumboso, en el que circulaban, más descoloridos que la azafata del tren fantasma por la falta de sol, celebrando el recreo.

Pascual me miró desde sus ojos negros como desde un recuerdo luchado, puso su media sonrisa de caballo que masca chicle y convenimos tácitamente en que merecíamos la joda de los compañeros. Aunque más no sea, que por el simple hecho de no haber tenido el aguante de recorrer apenas una cuadra de la ciudad dormida. Porque daba para tomarse un cafecito en El Velero.

Juan Morales

2008.



Dibujo de Alejandro Deutsch obsequiado al cro. Petizo Laconi. Hecho con papel y birome que eran encantados (guardados). Dibujos y elementos prohibidos por la rigurosa incomunicación.

Carlos Enrique Scheurer

Vino a estudiar a Córdoba ingeniería en la U.N.C. Formó parte y fue militante activo de la JP (Juventud Peronista), en la cual luchó para lograr conquistas sociales, por eso participó activamente en “el Cordobazo” junto a los estudiantes, obreros y empleados, peleando por las libertades políticas, contra las Fuerzas Armadas, para derrocar al gobierno dictatorial.

En el año 1971 lo detienen en la vía pública, estuvo 30 días detenido en la Cárcel de Encausados y compartió la celda con varios compañeros que luego fueron trasladados a Trelew. Sin rendirse, siguió la lucha, fue perseguido también por la triple A.

En 1976 se produce el golpe cívico-militar más sangriento y nefasto de la historia argentina por tal motivo lo echan sin causa de la Municipalidad de Córdoba (por la llamada ley de prescindibilidad) y lo persiguieron hasta secuestrarlo, llevándolo a La Perla, donde funcionó un centro de detención y tortura clandestino, como ya sabemos, perteneciente a las Fuerzas Armadas. En este lugar fue torturado sistemáticamente, provocándole daños cerebrales irreparables. A raíz de las secuelas del terrorismo de Estado quedó postrado hasta quedar totalmente en vida vegetativa llevándolo a la muerte. Quedé junto a mis tres hijos menores, sorteando muchas vicisitudes.

Por tal motivo, como compañera de vida he tomado la bandera de lucha de mi marido, trabajando en la Asociación de Ex Presos Políticos de Córdoba, para reivindicar la lucha de todos los compañeros.

María Mercedes “Cicha” Aranguren

La imagen de Tania

La libertad era la condición más importante en su vida. Calculaba que en ese estado ideal y con amor, no habría barreras para nada, ni propósito que no se pudiera cumplir.

Mucho tenía que ver su espíritu abnegado y simplón. José había delineado con su mente cada parte del rostro de la que sería su compañera y hoy la tenía, a escasos metros.

¡Cuánto agradeció a la vida conocer a Vero en ese momento!

No había nada que los detuviera: sentían la misma pasión y la misma entrega.

Creían que sus destinos estaban unidos al de los menos favorecidos, vivían por ellos.

“Camilo y Tania” era como los conocían sus compañeros.

Hace un instante, uno de ellos muy preocupado pasó por aquí diciendo: “Esta casa no está segura, hay que levantarla lo más rápido posible”. Camilo, asaltado por la preocupación, recorrió la casa preparando lo elemental... los segundos contaban, corrían gotas por su frente, el miedo le desencajaba el rostro. Miraba con preocupación la panza de su amor y el temor lo paralizaba: por un segundo perdió la noción del tiempo... se esforzaba para concentrarse, porque el pánico lo atacaba. Resoplaba, inhalaba y exhalaba... se tranquilizaba, ordenaba su mente.

Cuando ya todo estaba listo, quemados algunos papeles, se guardaron apenas los fierros en una bolsa y un poco de ropa

—¡Vamos Tania! —dijo Camilo.

Pero era tarde. El ruido de los motores presagiaba lo peor, los camiones verdes estaban ahí, el operativo estaba en marcha. Se buscaron con la mirada, ella se acercó y lo abrazó fuertemente, lo tranquilizaba... le dijo cuánto lo amaba... que con él vivió lo mejor de su vida... que esta situación ya estaba hablada...

Él, con decisión y movimientos nerviosos, tumbó la bolsa, separó unas granadas, tomó un Fal, sacó cargadores y se colocó un chaleco, mientras se cruzaba una 45 a la cintura.

Tania, con frágiles manos, elegía una Itaka, a pesar de que el estrépito la asustaba y le costaba apoyarla en su hombro; le colocó cinco cartuchos y uno en la recámara...

Un gran estruendo se escucha en la puerta, ¡están intentando derribarla!... Camilo entonces, hizo dos ráfagas cortas de tres o cuatro tiros... parecía que alguien había caído herido, la puerta no cedía. Por el patio y el ventanuco del baño habían arrojado granadas lacrimógenas. Tania corrió a encender fuego para mitigar el gas. Sobrevolando el techo, un helicóptero; ya eran varias las granadas de gas que habían caído en el patio desde arriba...

El gas ya no dejaba respirar y Camilo se desesperaba, se acercó a una ventana y gritó

– ¡Vamos a salir!

Ella lo miró, que “¡no!” le decía con la cabeza. Él le rogaba que saliera, ella insistía, alegaba que no lo abandonaría y que si tenían que morir prefería que fuera allí... Camilo le imploraba que sacara un trapo blanco, que se entregara, que él iba a resistir...

El trapo asomó desde un costado de la puerta acribillada; el fuego cesó, por unos instantes. Camilo controla sus pertrechos, la transpiración le nublaba los ojos, se limpiaba, el gas era insoportable, casi no tenía visión, se tumbó boca abajo para tener más aire...

Tania estaba saliendo... cuando varios disparos la atravesaron deteniéndola, por unos segundos... cayó de frente. Un grito de dolor y desesperación se mezcló con el tableteo de su Fal. Ahora las lágrimas que surcaban por su mejilla, se sumaban a su sudor.

Se acercaba su final y estaba preparado para que el metal caliente lo atravesara en cualquier momento.

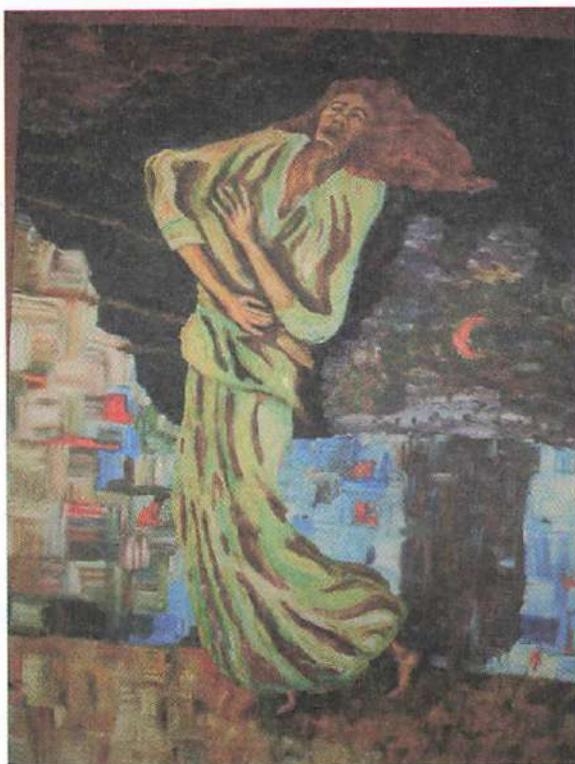
Su mente, máquina prodigiosa, recorre, vertiginosamente imágenes frescas de sus padres, de sus ocurrentes compañeros, del amor de su vida... Tan sólo veintidós... un golpe y un dolor profundo lo dejaron sin aire... y siguió contestando el fuego; la tibieza de su sangre mojaba su pecho. Casi

no podía coordinar movimientos, miraba a los costados como buscando algo. Alguien saltó por la ventana, se acomodó para esperarlo, se miraron al mismo tiempo... el humo y la metralla se entrecruzaban. Vio caer a su atacante, y dos nuevos impactos han dado en su cuerpo... sus brazos no sostenían ya el arma; su mano derecha estaba destrozada. Casi no sentía dolor y estaba inmovilizado.

Las voces se acercaban y lo increpaban, pero él ya casi no las escucha... Uno de ellos lo pateaba y él no sentía y veía ésa, su figura, lejana y distante... Sabía que se estaba yendo... y elegía una imagen para el viaje. La de Tania.

Jorge L. Argañaraz

Pequeño homenaje a la conciencia que daba el valor a aquellos héroes que resistieron en inferioridad de condiciones hasta darlo todo, en especial a la familia Lanuscou, que resistió hasta el final.



Dibujo realizado por Héctor Assadourian en papel dibujo, en la cárcel UP1, año 1984. Se permitía el ingreso a partir de 1979 (año que viene la CIDH, motivo por el cual la incomunicación se levanta y se permite el ingreso de otras cosas, como materiales para dibujar).

Frustración

– Vas a hablar, infeliz. Vas a hablar... ¡Te voy a hacer hablar porque si tenés lengua podés hablar, carajo!

(No puedo hablar, tengo trabada la lengua.)

– Escuchame hijo de puta. Te digo que me escuchés. ¡Te lo ordeno! ¡Escuchame carajo! Te puedo asegurar que vas a hablar...

(Casi no escucho... ¿Qué es lo que me pasa?)

– Vas a oler la mierda y las meadas que hay en el tacho cuando te sumerja... ¡Y ya veremos carajo si no hablás!

(Me estoy ahogando. Me parece que me ahogo. Que sabor raro el del agua. Me aho...)

– No... No te me vas a morir... No podés morirte, mierda... ¡Necesito que hablés, carajo!

(¿Qué me pasa? La cabeza me da vueltas. Todo mi cuerpo da vueltas. Debe ser la calesita. El caballito sube y baja, y da vueltas, y yo doy vueltas con él, y subo y bajo con él...)

– ¡Ah! Ya estás reaccionando... Te dije que no te me ibas a morir. ¡Porque tenés que hablar y hablar mucho!

(Escucho un murmullo. Es mamá que me está arrullando. Arrorró mi nene, arrorró mi sol, arrorró pedazo de mi corazón.)

– ¡Querés más, todavía! Te la tirás de duro ¿eh?... Mirá que conmigo han caído muchos “duros”... Otra sumergida no te va a caer mal.

(¿Qué siento? Las olas me arrastran. Es lindo dejarse arrastrar por las olas... pero tengo miedo de aho...)

– Ahora te la tirás de desmayado... Todos hacen ese mismo teatro... Pero a MÍ no me joden. ¿Escuchás? A MÍ no me joden. ¿Ves? Mis cachetadas ya están surtiendo efecto...

(¿Dónde estoy? ¿Por qué mamá me pega? ¿Habré ensuciado el mantel?)

– Si hablás pronto vas a descansar... Te prometo que te vamos a blanquear y vas a poder comer y dormir. ¡Pero habla, carajo! ¡Habla!...

(¿Por qué me dicen que hable? No puedo. Apenas si escucho. La lengua... tengo trabada la lengua. Gggg. Mggg. Aggg...)

– ¿Todavía te querés hacer el vivo? ¿Te hacés el nenito? ¡Te voy a enseñar a hacerte el pelotudo conmigo! Ahora tu cabeza se remojará un poco más que las veces anteriores. ¿A ver nenito?... Trate de respirar bajo el agua... ¿A ver si puede? ¡Tomá, tomá y tomá! ¡¡¡Ah!!! Preferís

morirte...Claro, es más sencillo para ustedes. ¿Y ahora yo qué voy a responder ante los jefes? Me van a cagar a pedos... Así son de hijos de puta todos ustedes. No hablan y nos hacen pagar el pato a nosotros, que sólo cumplimos con nuestro deber obedeciendo órdenes... ¿Pero qué veo? Todavía respirás... Bueno; basta por hoy. Vamos a descansar los dos.

– Tigre: llevalo a éste a la colchoneta. Y con vos... mañana seguirá la sesión y veremos quién es más fuerte; quién es el que va a ganar...

(Qué mal me siento. Estos hijos de puta van a terminar matándome. Pero creo que no he hablado porque si no ya me hubiesen liquidado... Si no lo han hecho es porque todavía no me han sacado lo que quieren. Pero... ¿qué es lo que quieren? Ese que parece ser un oficial me dijo que conmigo había habido una equivocación. Incluso me pidió disculpas y que pronto me iban a largar.

– Y el hijo de puta no habló... Mañana veremos qué pasa. Con tal de que no se me vaya la mano... Al Mono se le fueron unos cuantos al principio y lo cagaron. Lo mandaron de vuelta al cuartel. Yo no quiero que me caguen. Con esta tarea ganamos ascensos; además de los que nos queda del botín. Tengo que tener cuidado con estos hijos de puta... Algunos cantan rápido. Con esos es fácil. Otros no... Son todos, todos, unos hijos de mil putas. Se la tiran de inocentes. Comunistas de mierda... De re mil mierdas...

– El Negro es eficiente en su tarea. Nunca se le fue nadie. Espero que con éste no sea la excepción y que haga cantar al Gallego. Este muchacho... El Gallego... ¿Estará realmente metido? Uno nunca sabe y por eso es lógico que en esta guerra sucia paguen algunos inocentes por los hijos de puta. Su nombre estaba en la libreta de la que agarramos el lunes. ¡Dura la piba! Cayó, pero peleó lindo; hay que reconocerlo. Para colmo una linda pendeja. Me pregunto por qué se meten en la subversión, si pueden vivir cómodamente... Todos estos pendejos son de familias de guita. ¿Qué les meten en la cabeza los marxistas? ¿Por qué se les da por jugar a los guerrilleros? Sé que por mi grado y experiencia en estas tareas no debería tener duda alguna. No tendría que preguntarme lo que me pregunto... Tengo que cumplir las órdenes de arriba y basta. Esta guerra no la inventamos nosotros. Y es una guerra en que todo vale. Ellos se la quisieron y ahora que se

la mamen. Después de todo ya la tenemos ganada. Pero hay algo que me preocupa, no sé qué, algo...

Así razonaba el Teniente Primero Gutiérrez después de recibir el informe sobre el detenido Juan Sánchez –al que sus amigos llamaban “el Gallego”–, por parte del Sargento García alias, el Negro, como nombre de guerra.

¿Cuándo se acabará todo? No debo tener un hueso sano... No sé cómo acomodarme en esta mierda de colchoneta. Qué raro: no me importa que me maten. Ojalá que sea pronto. Pero por Dios que no me torturen más. No aguantaría... Y lo peor, es que no sé qué es lo que quieren de mí. Nunca estuve metido en nada de nada. Quería recibirme cuanto antes y especializarme afuera. Nunca imaginé que pueden ocurrir cosas como éstas y justamente a mí... ¡Ay!... El dolor es insufrible y no me animo a llamar a nadie. A lo mejor si me quejo todavía me castigan más... ¿Por qué será que me estoy acordando de tantas cosas lindas que me pasaron en la vida? La primera noche que salimos con la Gringa. Empanadas, vino y guitarra. Una joda hermosa... ¡Ay!... Me duele mucho mamá, mamita, cuidame, acariciame, no dejés que me duela mamá... ¿Qué será de la vida de la Gringa? Gran piba... Recuerdo cuando me le declaré como un boludo y ella se rió y me plantó sus labios en los míos y rodamos juntos por el pasto... Mamá, por favor... Acomodame la almohada, así... así... Gracias mamá. Ahora estoy más cómodo... ¿Qué habrá sido de la Gringa? Un día me dijo que iba a dejar de estudiar porque no le gustaba. Que prefería trabajar en una fábrica. Que quería experimentar cómo se vive de un sueldo y ayudar a los obreros. Yo me rei y a ella no le gustó. Parece que le cayó mal mi risa, pero yo no quise ofenderla. Después nunca más la vi... Mamá, mamita, traeme por favor un vaso de agua que tengo mucha sed. Tengo también frío... ¿Qué será de la vida de la Gringa?

– ¿Descansaste bien hombre-muerto? Porque ya sabés que estás vivo, pero estás muerto... ¿Vas a hablar? ¿O preferís que te haga hablar a la fuerza? ¡Ah!... Seguí hacéndote el macho... Bueno; peor para vos... ¿A ver esa cabecita? Así... Así... ¡Más hondo! Para que tragues toda la mierda del tacho...

(Se acabó. Esto se acaba...)

– ¡No! ¡Todavía no!... ¡No te me vas a ir tan rápido carajo! No, no... ¡Tenés que hablar!... A mí no me puede pasar lo que al Mono... Y para hablar tenés que estar vivo. VIVO... ¿Me oís hijo de puta? ¡¡¡HE DICHO QUE TENÉS QUE ESTAR VIVO!!! ¡¡¡HACEME CASO O TE REVIENTO!!!... ¿Pero qué he hecho? Se me ha ido... Este subversivo hijo de puta prefirió morirse... Estos hijos de gran puta prefieren morirse antes que hablar...

Luis Yankilevich,
Córdoba, 18 de mayo de 1984.

Esos días

La humedad, el frío, la lluvia, el estar vendado para no saber las horas de luz.

Era como estar sumido en un hueco del que era imposible salir.

Así pasé varios días.

Lo único que me alentaba, era alguien que estaba al lado mío.

Me dijo me llamo Juan, soy de barrio Patricio... ¿vos quién sos?

De vez en cuando me tocaba como para decir, ¿estás bien? ¿te dormiste? o qué se yo, pero después eran gritos, movimientos y siempre el piso mojado, húmedo; claro, estábamos dentro en un baño, un baño sucio e inmenso, por lo menos parecía que todo era inmenso. Hasta que un día viene alguien y se para enfrente, me dice levántate, supuse que podía ser yo. La patada me lo confirmó, era yo. Salimos y me empujó, caí y caí en una pendiente que era pasto, tierra y donde había sol. El sol que era tibio y es la sensación más hermosa que había tenido en mucho tiempo. Sentí una explosión de placer: el suelo me sostenía, el sol me alumbraba y calentaba y después de todos esos días sin comer, que me dieran mate cocido y pan, la vida estaba de vuelta. No había nada que temer, la vida arrebatava todo, estaba todo bien...

Arnaldo "la Toti" Villegas

Nadie nos vio descender...

Nadie nos vio descender en la noche. Tampoco recuerdo si lo hicimos en la terminal de ómnibus o en una parada de la ciudad. Sólo escucho los pasos de mi madre y míos resonando en las losetas de la plaza San Martín. El sonido de mis pasos producido por esos zapatos negros de taco chino, con un ridículo moño, última moda en el año 76, pero totalmente fuera de época en este invierno del 79. Esos zapatos aparecen debajo de los pantalones que miro desde mi altura, cuando el ondular del tapadito azul, lo permite... El tapadito azul con el que "caí" y que nos sirvió a Graciela y a mí para cubrirnos durante el secuestro. Ese secuestro con el que cerramos el sueño de seguir caminando las calles de Santa Fe, en pos de una sociedad más justa.

La plaza San Martín está desolada y con una luz muy mortecina. Nos paramos un instante frente al pasaje Santa Catalina.

– Aquí es -dice mamá- y cruzamos la calle desde la plaza al Cabildo.

Entonces el sueño se enrosca de nuevo, vuelve atrás, a agosto de 1975 y el lugar se llena de luz de las 11 de la mañana, con militantes y policías, y escenas de la toma del Cabildo.

Ahora los pasos resuenan más huecos, la luz se hace más y más mortecina. Y cuando quiero soñar, me asalta la pesadilla. Varios autos se estacionan y descienden jóvenes maniatados y vendados en ese lugar, al costado de la Catedral.

Mamá me sacude el brazo. Estamos en la puerta de la D2.

– Aquí tenemos que entrar.

Siento que estoy temblando. Pero los ridículos zapatos suben los dos escalones. Giramos a la derecha y entramos a una oficina. Un gran escritorio marrón en el centro de la habitación, al costado un hombre con uniforme caqui, o tal vez azul.

Rodeando el escritorio hay afiches describiendo por zonas los asientos de la subversión.

Vuelvo a soñar, los afiches se pueblan de gente que avanza, es gente de la Córdoba del Cordobazo con Tosco y Atilio López a la cabeza, o son grupos saliendo de Ika Renault y de la Fiat.

– ¿Así que le dieron la libertad?

– Sí -se apura a decir mi madre, que se da cuenta de mi grado de idiotez

– Nosotros nos matamos para encontrarlos y después les dan la libertad -y larga una carcajada...

– Pero ella nunca tuvo causa -dice muy ingenuamente mi madre...

El señor de uniforme caqui o azul, sonríe con ironía.

– Señora, usted es responsable de su hija ahora. La LIBERTAD VIGILADA es eso. Va a estar en su casa, va a estar VIGILADA, por nosotros y por usted.

– ¡USTED ES RESPONSABLE DE LA VIDA DE SU HIJA!

Esa voz resuena en toda la zona, y luego el hombre agrega, como si clavara un cuchillo en el centro del escritorio marrón:

– Recuerde... NO VA A HABER UNA SEGUNDA VEZ.

El sueño de libertad se transforma en miles de añicos transparentes que rebotan en las viejas baldosas de la oficina de la D2.

Élida Eichenberger

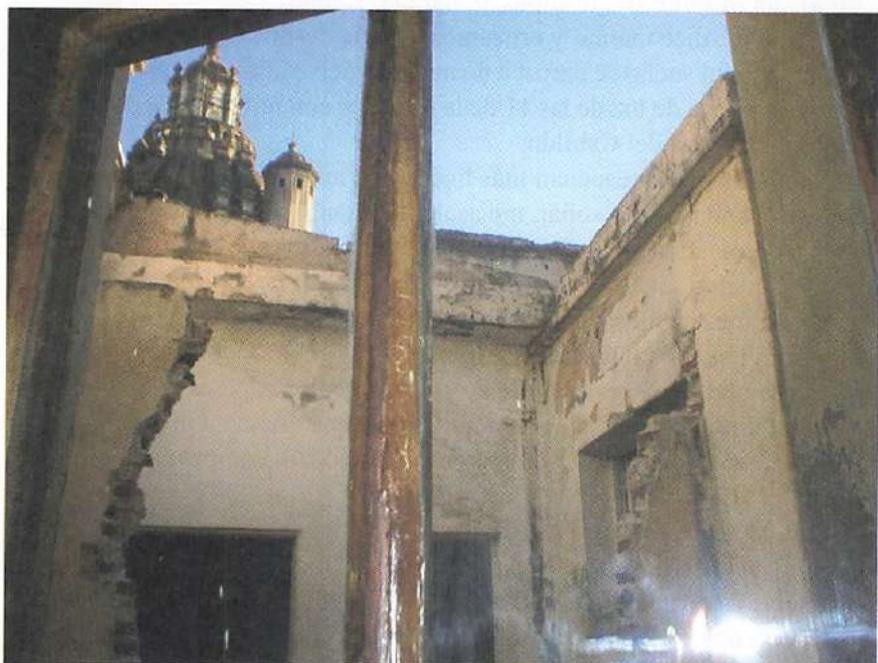


Imagen del ex CCD D2 (Departamento de Informaciones de la Policía de Córdoba) hoy Archivo Provincial de la Memoria. De fondo, la Catedral de la ciudad de Córdoba.

Aquellos tiempos de la dictadura

¿De cuál me hablás?

¿De cuál de las dictaduras?

Porque en nuestra vida hemos pasado por la de Onganía & Cía y años después por la de Videla & Cía. -dejando de lado al gobierno "de facto" que sucedió al derrocamiento de Perón con Aramburu y Rojas a la cabeza y la del 30.

(Y la de Uriburu que las inició, pero que no la vivimos.)

¿A cuál te referís?

¡Ah! La última... La de Videla...

Sí. La tengo presente.

¡Muy presente!

Y mirá que han pasado años.

Sí.

Han pasado años...

Nada más y nada menos que veintiséis años desde aquel fatídico 24 de marzo del 76. ¡Pensar que éramos veintiséis años más jóvenes!...

Y que yo he sobrevivido en esos veintiséis años que han pasado.

Los he sobrevivido...

Antes del golpe del 76 -¿te acordás?- las Tres A lopezreguista asolaban el país con masacres cotidianas.

Cuerpos dinamitados, cuerpos fusilados, atentados con bombas como la que destruyó las maquinarias de *La Voz del Interior*...

Todo en la más absoluta impunidad.

¿Qué podía ser peor?

Sí tenían "cancha libre" para hacer lo que hacían...

Cualquier cambio en el país no podía ser peor que lo que estábamos viviendo -pensábamos.

Pero se vino un cambio que demostró lo equivocados que estábamos vos y yo, y tantos otros como nosotros...

Me acuerdo aquel día en que, sin previo aviso (aunque en realidad todo el mundo estaba avisado) la levantaron -helicóptero mediante- a la sra. presidenta viuda del anterior presidente y el sillón presidencial quedó vacan-

te, y para que no se apolillara rápidamente sentó en él su escuálido trasero un general del “Glorioso e Invicto Ejército Argentino” (hasta esos momentos) apellidado Videla, de nombre Jorge Rafael, y una autodesignada “Junta Militar” –elegida “democráticamente” por sus pares golpistas– proclamó que se iniciaba un “Proceso de Reorganización Nacional” –¡nada más y nada menos!– y el “Estatuto de la Revolución Argentina” de Onganía en el 66 (que debería regir los destinos del país por cien años) quedó obsoleto ante el “Proceso” inaugurado por los Videla, Massera y Agosti (sin término de vigencia...)

Los señores militares conductores del “invicto” Ejército Argentino –al decir de una bestia llamada Menéndez, con perdón de las bestias– proponían reorganizar el desquiciado país.

¡Bravo! ¡Aplausos!

Millones de argentinos se la tragaron...

La mayoría de los dirigentes de los partidos políticos tradicionales y también de los no tan tradicionales se apresuraron a saludar a los “reorganizadores”.

Algunos –pocos– fueron prudentes: no corrieron a saludarlos.

Nosotros, no.

Fuimos de los pocos que no creímos en el golpe.

En el fondo de sus almas los políticos prudentes tenían una esperanza: se acabaría el caos lopezreguista y también (¿por qué no?) se acabaría con las agrupaciones guerrilleras, tan peligrosas ellas que, según sus proclamas, querían una entelequia que denominaban “liberación nacional” (¡y algunas hasta pretendían una “Patria Socialista”...!)

Sentaron sus reales los militares que integraron la primera “Junta Militar”: Videla (la “Pantera Rosa”, por su físico escuálido) representaba al Ejército; Massera (el buen mozo y mujeriego) representaba a la Marina; y Agosti (el insípido), a la Aeronáutica.

Y comenzó otra masacre que los dictadores denominaron “guerra sucia”.

(Esta más sofisticada que la lopezreguista: no tiraban los cadáveres dinamitados o fusilados, a la luz del día.)

No.

Nadie debía saber nada...

Comenzaron las “desapariciones”.

Jóvenes –y unos pocos no tan jóvenes– a los que se los tragaba la tierra.

Los “por algo será” o “algo habrán hecho”, ganaron la calle.

– Ya van a aparecer... Se lo tienen merecido. Estaban en la joda. ¡Que se las aguanten tan machos que son!

Y a los que metieron presos:

– Seguro que se merecen que los tengan en cana. Saldrán en libertad cuando cumplan la condena ¿Qué quién los va a condenar? ¡La Justicia, lógicamente! ¿Cómo?... ¿Que la Justicia no interviene?... ¿Que es el Poder Ejecutivo quien tiene la potestad de juzgar...? Debemos confiar en ellos que están poniendo en orden al país.

Los “desaparecidos” desaparecieron en su casi totalidad...

(Como dijo Videla: “Ni están ni dejan de estar; simplemente desaparecieron”).

Tenía razón: nunca más aparecieron.

Fueron “chupados”...

Muchos de los “subversivos” quedaron en calidad de presos-rehenes en las diversas cárceles de nuestro territorio, por diversos períodos de tiempo.

(Discrecional; a criterio del mandamás de turno.)

Algunos pudieron hacer uso de la llamada “opción” para salir del país, hacia uno que de antemano los hubiera aceptado, si es que el Ministerio del Interior accedía a la petición.

Los partidos políticos que habían aplaudido en los comienzos a la “Junta” fueron pasados a retiro obligatorio, sin fecha de regreso a una normalidad institucional.

El “Proceso” manifestaba que tenía “objetivos”, pero no “términos” para lograr esos “objetivos” –que, además, lo eran en abstracto, ya que nunca nadie los conoció...

¿Te acordás cuando se vino una guerra *en serio* (ya no la “sucia”, término con el que quisieron justificar su accionar injustificable de terrorismo de Estado)?

Ya no se trató de una acción militar contra la “subversión marxista”, contra el “terrorismo”.

Se vino la guerra contra Inglaterra por la recuperación de nuestras Islas Malvinas (objetivo plausible en sí mismo, sin tomar en cuenta quién la condujo).

EE.UU. le habría hecho un “guiño” al dictador-presidente de turno – Galtieri– que así lo había interpretado, *whiskys* mediante.

Pero resultó que el “guiño” no fue tal “guiño” y el dictador-presidente tuvo que empinarse una doble ración de su *whisky* diario para combatir la angustia que le había invadido al verse así “traicionado” por sus “amigos” imperiales, a los que había “ayudado” mandando tropas especiales de “contrainsurgencia” a combatir los movimientos de liberación en países centroamericanos.

Y el “Patton” (así se había autodefinido, ego mediante) argentino se vio obligado a renunciar a la “presidencia”, cuando nuestras tropas fueron derrotadas por las bien entrenadas tropas de la OTAN.

Y el que lo siguió, un tal Bignone, se vio obligado –dadas las circunstancias de la derrota sufrida por las FF.AA. que dejaron de ser “invictas”– llamar a elecciones sin que los “objetivos” (desconocidos) que se habían trazado, llegaran a cumplirse.

Si estuvieses vivo Gordo, si no te hubieran “chupado”, si no te hubieran desaparecido porque simplemente tenías ideas “subversivas”, estarías conmigo como siempre y como siempre habríamos charlado analizando lo que pasó, lo que vino después y en qué estamos ahora.

Pero ya no estás.

Y lo peor, no sé dónde estás.

Ni vos, ni tantos otros miles como vos...

Dedicado a David “el Gordo” Colman, a su esposa y compañera Eva y a su hija, Marina.

Luis Yankilevich,
Córdoba, 12 de diciembre de 2002.

Recuerdos con resistencia

Estos relatos son colectivos, recuerdos que traemos los ex presos políticos cuando nos juntamos algunos producen risas y otros no tanto. De estas situaciones hay varias, traemos algunas para compartir

En una requisita al pabellón 14 de mujeres de la UPI, realizadas por el Servicio Penitenciario provincial, entran gritando y abriendo las puertas para que salgamos rápido, nos paran a todas en el baño, mirando la pared. La requisita la hacían celda por celda, en otros lugares del pabellón donde revolvián todo, también nos requisaban a nosotras. Le toca el turno a la Vieja Dora, quien no había podido esconder en ese momento sus armas: collares hechos con huesos tallados con vidriecitos, regalos para sus hijos y nietos, que serían entregados en la posible visita de Navidad del 77. Cuando los ven... gritan - ¡¡¡pero ésta tiene colgada la vaca entera!!!

Para ir al médico había que anotarse. Llegan al pabellón de los hombres y comienzan a nombrar a los compañeros para ir al médico con el siguiente interrogatorio:

- ¿Usted qué tiene?

- Me duele la rodilla, dice un compañero. ¿Qué se imaginan que sucedió? Los guardiacárceles comenzaron a pegarle en la rodilla. Así sucesivamente, a todos les pegaban donde les dolía. Hasta que le toca al Monito y le preguntan ¿y usted qué tiene?

El Monito responde: idem al anterior. ¡¡¡Cómo la ligó!!!...

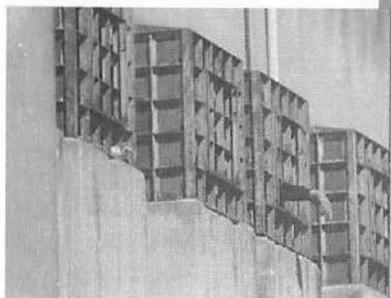
Después cuando volvió del hospital, le preguntamos ¿por qué había dicho eso?

-porque no pude escuchar bien lo que le dolía al compañero, pero sí pude ver que le pegaron poco...

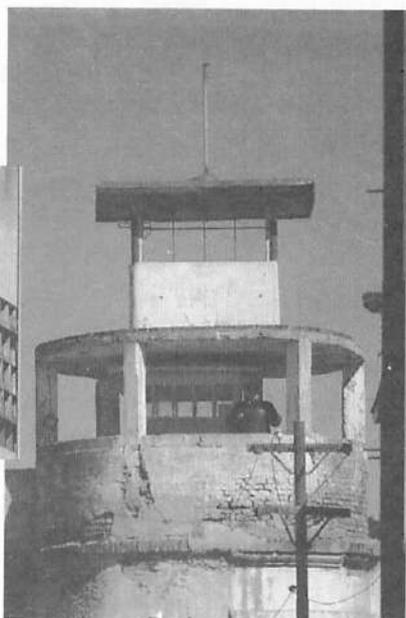
El 23 de noviembre de 1977, día del terremoto en Caucete, provincia de San Juan, se sintió en Córdoba, por lo tanto en la Penitenciaría también.

Todas las mujeres después que pasó el temblor nos pusimos a contar qué sentimos. Comenzaron las risas: una compañera gritó ¡¡¡es un sismo!!! Y otra respondió: *sí es un vaticinio...*

Un día entran a revisar celdas del primer piso del Pabellón 14, porque el guardiacárcel que estaba en la torre de control dijo que vio a una detenida sacar su cabeza por la ventana. Conociendo el tamaño de las rejas de las ventanas sabemos que era imposible. Nos cuidábamos hasta de sacar las manos por las ventanillas, las señas las hacíamos detrás de las mismas. Sacudían las ventanas y nada. La historia en parte era verdad: Isolina tenía el cabello muy largo, por debajo de la cintura y cuando su hermano Hugo iba al hospital lo saludaba sacudiendo la melena por la rendija del ventiluz...



Vista desde afuera las ventanas de las celdas del Pabellón 14 de Mujeres en la UP 1. El control permanente de la seguridad carcelaria. Foto obtenida del Archivo Provincial de la Memoria, Córdoba.



Un día llegan 2 guardiacárceles: creo que eran el Oso Sosa y Ambrogio y les ordenan a los compañeros entrar a las celdas, se niegan, argumento va, argumento viene, se rechifla Ambrosio y grita: *hagalón* – desde ese día pasó a llamarse *Hagalón*-

Producido el golpe militar del 24 de marzo, entran los milicos al Pabellón 14; tijeras en mano los genocidas comienzan con la tarea. Tijeretazos van, tijeretazos vienen, terminan y se retiran. Nos mirábamos y no nos quedaba más que reírnos.

En ese momento comenzó un desfile de modelos para ver quién había quedado con el mejor corte...

En uno de esos bailes, término utilizado cuando entraban los milicos al pabellón y los muy hombres del Ejército nacional nos hacían hacer ejercicios, como una forma más de torturarnos y riéndose de nosotras. Quizás por los nervios del momento también reíamos. Uno de estos represores se enojaba y gritaba “¡¡Pongan Cara de Guerra!!”...

Un día, los presos comunes se negaron a salir a trabajar a los distintos talleres. Argumentaron que nuestros gritos de dolor no los dejaban dormir por la noche y que esos mismos gritos en los días de visita espantaban a sus familiares. Gracias a ellos, no se nos golpeó nunca más por la noche ni en día de visita a los presos comunes.

Sorprendidos por la visita de un capellán del Ejército, quien se acercó para ofrecernos los servicios de confesión y comunión. Nuestra confesión era para denunciar la tortura y el exterminio a que estábamos siendo sometidos. Se retiró amenazándonos con un «ya van a ver». Cinco minutos después entraron sus compañeros de arma a molernos a golpes.

Se envió una nota a monseñor Primatesta, haciéndole conocer lo que estaba ocurriendo en la UP 1, la misma estaba escrita en papel higiénico. Fue sacada a través de los presos comunes, entregada a nuestros familiares, siempre con el riesgo de que sea descubierta. Monseñor se negó a recibirlo.

También en muchas oportunidades los familiares le solicitaban audiencia, lo hacían por carta y por carta también en algunas ocasiones les contestaba «que sean fuertes», no los recibía.

Un día en la vida penitenciaria

Lentamente el silencio y la oscuridad ganan todos los rincones del pabellón de presos políticos. De algunas celdas escapan vestigios subrepticios de luz rojiza, emanada de toscos cirios de cebo fabricados por los detenidos, que alumbran largas y prohibidas veladas para matar el tedio unánime. De vez en cuando, se escucha un susurro, una risa apagada, el chorro de orín de un preso en el tarro, la respiración acuosa y anhelante de un asmático insomne.

Me revuelvo en mi delgado y desparejo colchón de estopa apelonada, echado sobre el suelo del habitáculo interior de la celda. En su inicio estos habitáculos debieron ser concebidos para sólo un preso, pero ahora albergan a dos, dada la sobrepoblación de las cárceles. El piso está dividido en dos mitades, una elevada a unos quince centímetros, encima de la otra mitad. Por lo tanto, es imposible lograr algo de comodidad: los cuerpos de los dos presos acostados quedan invariablemente escalonados a la altura de la cintura. Además, estoy incómodo y molesto por no haber conseguido digerir el guiso de garbanzos —el ‘garbanzazo’— del día anterior. Me siento hinchado y poseído por un hipo atroz y persistente. Ya es inútil intentar el sueño; pronto vendrán a buscarme los ‘cobanis’. Hoy le toca a nuestra celda aportar los ‘fajineros’ de turno. Nos ofrecimos ‘La Pantera’ y yo. ‘La Pantera’ es flaco y alto, con un andar similar a ‘La Pantera Rosa’ —de ahí su apelativo—, dotado de una singular habilidad para meter la pata y de una interesante voz de barítono.

Como los presos estamos reducidos durante todo el día al estrecho y atestado ámbito de las celdas, las necesidades fisiológicas se satisfacen dentro de ellas. Los presos comunes nos han facilitado unos tarros de aceite comestible de cinco litros; convenientemente despojados de una de sus tapas, es posible alojar la sustancia en cuestión. La misión de los ‘fajineros’ consiste en limpiar el amplio pasillo central del pabellón, los baños, los tachos, platos y cucharas, servir el desayuno, la leche de media mañana, el pan, el almuerzo, el mate cocido de la tarde y la cena, y muy importante, transportar los tarros con desechos excrementicios hasta los baños, descargarlos, enjuagarlos y devolverlos a sus usuarios en estado de reutilización.

Abierta la celda, los ‘fajineros’ salimos disparados al pasillo central para comenzar nuestras tareas. Lo primero es retirar los tarros de las celdas. Cuando su contenido es líquido su transporte admite un suave balanceo, apenas suficiente para evitar el vertido ya que por lo general están llenos. Si

se derraman se dificulta la limpieza y como enseguida se procede a pasar lista de las celdas, y a abrirlas para dejar salir fugazmente a los presos, éstos se precipitan a los baños a lavarse, bañarse, hacer cola para necesidades mayores, lavarse dientes, afeitarse, lavarse la ropa, y si llegan a pisar los derrames, todo queda hecho una inmundicia. El problema del tarro se complica si aparte de su fase líquida, también se ha incorporado una fase sólida, o semisólida, o lo que sea. Entonces los usuarios claman por la ayuda de los 'fajineros' con la voz: --Fajinero: ¡Aquí celda tal...! ¡Un muerto!--, eufemismo para nombrar esa innoble sustancia. El desalojo del difunto merece atención prioritaria por el hedor imaginable, más aún si es exacerbado por un zangoloteo imprudente.

El lapso concedido para esas actividades es muy breve: en quince o veinte minutos se vuelve a encerrar a los presos en sus celdas. Y ahí llega el mate cocido con leche. Cada celda se abre, los presos hacen cola, los 'fajineros' trasladan los tachos y sirven las porciones, se cierran las celdas y así sucesivamente. Después los 'fajineros' recogen los jarros y cucharas y proceden a lavarlos. Si se quiere comer un trozo de pan, éste debe reservarse del día anterior. Algunos presos prefieren conservar su jarro, plato y cuchara. Por causa de sus filos no se permiten cuchillos ni tenedores, susceptibles de convertirse en armas. Entonces uno de los bordes del mango de la cuchara se afila en la pared o en la pileta de lavar platos-ropa, pues de lo contrario no hay cómo cortar la carne del puchero. Los jarros se eligen por su tamaño, cuánto más grandes mejor. Los platos se alisan pacientemente hasta que adoptan una forma de cono doble trunco, a fin de conseguir una mayor capacidad de recepción.

Tras esto, si el día se vislumbra tranquilo, sin requisas, traslados, o libertades a la vista, cada celda se dedica a sus actividades: conversar, confeccionar 'giladas', jugar a algún juego improvisado, dar charlas sobre cualquier tema. A media mañana llega el pan recién horneado por los presos comunes y las raciones especiales de leche prescriptas para algunos internos por razones de salud. Por la oportuna resolución de un congreso de delegados de celdas, llamados precisamente 'fajineros', la mayor parte de las raciones de leche se distribuyen equitativamente entre los presos. Algunos presos que cuentan con régimen alimenticio especial, se niegan a aportar parte del mismo para sus compañeros. Ante ello, la asamblea de 'fajineros' del pabellón ha determinado que a tales detenidos no les corresponde recibir repetición de comida --en caso de haberla-- ya que ellos aducen que necesitan su régimen por no tolerar la comida común. Todos estos detalles son controlados por los 'fajineros' de turno.

A las 12:00 hs. se sirve el almuerzo. Casi siempre se trata de un guiso bastante aguado, aunque no desprovisto de carne u otras materias sustanciosas. El problema es que se sirve celda por celda y las primeras resultan desfavorecidas porque la fase más densa y apetecible tiende a acumularse en el fondo del tacho, entonces los presos reclaman que se los revuelva para conseguir algo de sustento. La asamblea de 'fajineros' ha sancionado que el comienzo de la distribución del almuerzo debe realizarse a partir de la siguiente celda a la última que recibió el potaje de la comida anterior; con lo cual se logra cierta justicia. Ello no obsta para que si un 'fajinero' de turno mantiene alguna diferencia con un preso receptor, aproveche para depositar en su plato sólo líquido, algo que por supuesto será objeto de su oportuna retribución. En general, los 'cobanis' se acomodan a estos usos y costumbres y dejan que los 'fajineros' seleccionen los comienzos de la distribución. Excepcionalmente, algún 'cobani' pretende encargarse él del cucharón, pero se trata de una tarea ímproba y a la segunda o tercera celda, lo deja en manos de los 'fajineros' de turno. Por supuesto, antes de iniciar el reparto, los 'fajineros' de turno se sirven sus propios platos a su conveniencia, aunque coman al final. Hoy el menú es un guiso de lentejas con carne —el 'lentejazo'—, habitualmente apetecible. Como mi hipo persiste he decidido abstenerme de comer, así que cedo mi porción a algún compañero más necesitado.

Después del almuerzo, la mayoría de los internos intenta dormir la siesta en los desperejos habitáculos, otros quedan conversando. Los 'fajineros' recogemos los platos y cubiertos y los lavamos junto con los tachos recipientes de la comida. Luego barremos y fregamos nuevamente el pabellón.

A eso de las dieciséis horas llega el mate cocido. Se repite la ceremonia de su distribución celda por celda. Una media hora después se abren las celdas y los detenidos salen disparados a los baños y lavaderos para lavar sus ropas y míseros enseres. El lapso disponible depende del arbitrio y humor de los 'cobanis'; hoy es de aproximadamente media hora. Los presos son encerrados. Los 'fajineros' proseguimos barriendo, trasladando tarros de excrementos, oficiando de mensajeros entre las celdas.

Como a las veinte horas, llega la cena. Siempre se prepara con el sobrante del almuerzo más caldo. Los presos bautizamos esa comida con variantes de 'sopa'. Así si el almuerzo fue polenta, la cena es 'sopolenta'; como hoy fue guiso, ahora la cena es 'guisopa' y así sucesivamente. Una vez terminada la cena, no se abren las celdas. Los 'fajineros' recogemos y volvemos a lavar tachos, platos, cubiertos y los dejamos listos para su uso del día siguiente. Barremos el pasillo central del pabellón y pasamos el lam-

pazo impregnado con querosén. Mientras, desocupamos y enjuagamos los tarros de excremento en previsión de otra larga noche. Finalmente vuelven los 'cobanis', nos restituyen a nuestra celda y proceden a pasar nueva lista.

Me desmorono en mi jergón. El ayuno del día parece haber sido efectivo: percibo que mi hipo se apacigua. Hoy el día sucedió entretenido y extenuante. No tuve tiempo de pensar. Mientras mis párpados se cierran, cruza por mi mente que mañana regresaré a las trivialidades perennes: al tedio brutal y vacío, al recuerdo evanescente de mi familia, la libertad y la justicia ilusorias, el dolor y el miedo por la tortura y a ese futuro imprevisible en manos de quienes pretenden por mandato divino, salvar de las garras del terrorismo internacional a la sociedad occidental y cristiana...

Córdoba, 5 de marzo de 2009.

Luis Domingo Ludueña Almeida

Ex preso político

U.P.1 año 1977.

Las brujerías de las paredes

(Hecho ocurrido en la Penitenciaría de Córdoba, 1978.)

Necesitó unos días para saber que estaba aislado. El olor de una “guipa” asquerosa lo tentó a aquietar el hambre acumulado en los días anteriores.

La mañana del primero de julio, jornada del Mundial 78, la utilizó para seguir los rastros y huellas descaradas en las paredes del miedo. En un rincón, siguiendo la línea de los barrotes, encontró una inscripción que decía: “La muerte toca la reja”. Agachó la cabeza, puso sus rodillas contra el pecho y se quedó dormitando, forma de acallar el patético llanto.

Un metro de ancho, dos de largo era la caminata posible. El temor era su compañía. Muchos de sus compañeros fueron arrancados de sus celdas, para no ser traídos nunca más. Después de la caminata, se recostó sobre el frío invierno del cemento y se mantuvo atento a todo lo que pasaba más allá de la puerta. Percibió, a lo lejos, el ruido de un candado. Un gélido pensamiento le tocó la boca.

Tac... tac... fue la primera sensación que traspasó a través del ladrillo y se alojó en sus vidriosos ojos. Cerró su puño, lo endureció tiernamente y se apoyó en el muro legendario para contestar: tac... tac... El silencio regresó como un látigo, retumbó en el hierro viejo de la única ventana que miraba al sol y en pocos segundos retornaba el golpe sigiloso, a la velocidad de un diálogo.

La segunda sensación fue el recaudo y también de alarma, pero a la vez no podía ocultar su alegría. A la mañana siguiente antes de llegar el mate, se puso a repasar el morse. Punto... raya... punto... hola... tac... tac... tac...

Fue un hallazgo descubrir que hablaba con una mujer. Tiempo después supe que era un pabellón de mujeres. Tac... tac... raya... punto... ¿Quién sos? ¿Cuánto tiempo llevás?... En pocas lunas comenzaron a conocerse utilizando el sistema Morse. Ellas lo rebautizaron con el nombre de “las brujerías de las paredes”.

Siempre tenían que estar atentos a los candados. Los guardiacárceles jugaban al gato y al ratón.

Punto... punto... tac... Ella se hizo llamar Roberto y él, Rata. Consumieron mañanas y tardes, tan sólo para descubrirse uno al otro. Era como si la tortura se olvidara, por momentos, de la tortura.

En las noches, antes de dormirse sobre el colchón de estopa, él le contaba historias que alguna vez había leído. Muchas eran recuerdos de *Las Mil y*

Una Noches. Un sábado, el de la guardia piola, ella le propuso contarle una historia, una historia real, que había sucedido durante la Segunda Guerra Mundial, en un campo de concentración nazi. En dos celdas, una pegada a la otra, convivieron durante seis meses, un hombre y una mujer. Nunca se conocieron. Sólo pudieron comunicarse a través de las paredes. Raya... punto... tac... tac... Él era un famoso pianista alemán de origen judío. Ella, en cambio, era una aguerrida mujer que pertenecía a la resistencia francesa. Siempre ocultó su nombre. Le dijo que se llamaba Marlen. Durante seis meses vivieron un gran amor. En una mañana de invierno a ella la llevaron, nunca más escuchó decir algo sobre Marlen. Supuso su muerte.

Al terminar la guerra, tac... tac... raya... El artista compuso una partitura para piano. En febrero de 1947 la estrenó en un teatro de París. La obra llevaba el nombre de la mujer que había compartido el amor y el horror: Marlen-Morse. En la noche de la premier, tuvo una gran acogida del público. Los vivas y los aplausos se sucedieron por minutos, en la medida que se apagaban, desde la platea, una mujer le contestaba con Morse. Punto... raya... punto... punto... tac...

Esa noche, el Rata se abrazó a la pared y lloró largamente. La realidad chocaba con sus sentimientos.

Hola... Morse... raya... A la tarde siguiente, después de un interrogatorio mordaz, le dijo presurosamente: "Te amo". Tac... tac... punto... Ella esbozó una sonrisa y le contestó en forma de eco: "No puedo engañarte. Solamente te quiero".

Un par de meses pasaron. Soñaron, hablaron de una vida mejor y hasta presenciaron cuando se llevaban a un compañero epiléptico. Enumerar las situaciones sería conformar una sustanciosa recopilación de hechos verídicos. Uno de los últimos días que estuvieron juntos; tac... raya... tac... imaginaron un paseo por el terraplén de una vieja estación de tren. Se colgaron de un vagón y se alejaron constatando la lentitud del trigo maduro que pasaba a sus costados.

No tuvieron ocasión de mentirse. Fue un sentimiento profundo. La soledad y el aislamiento los llevó a aferrarse uno al otro. Nunca desperdiciaban minutos, estaban apoyados a la pared, con el puño duro. Raya... hola... tac... tac... Ella dijo: "Yo también te amo".

En febrero de 1979, al Rata se lo llevaron. Poco tiempo después recuperó la libertad.

En la calle, en la vida común, nunca tuvo noticias de ella. Al año siguiente, en una tarde cálida, recibió un telegrama que provenía de una pro-

vincia vecina. Las manos le temblaban, se le secó la boca., en letras mayúsculas de imprenta decía: “RAYA... PUNTO... MORSE... TAC...”

Cuento popular,
Juan Carlos “Kitito” Díaz.

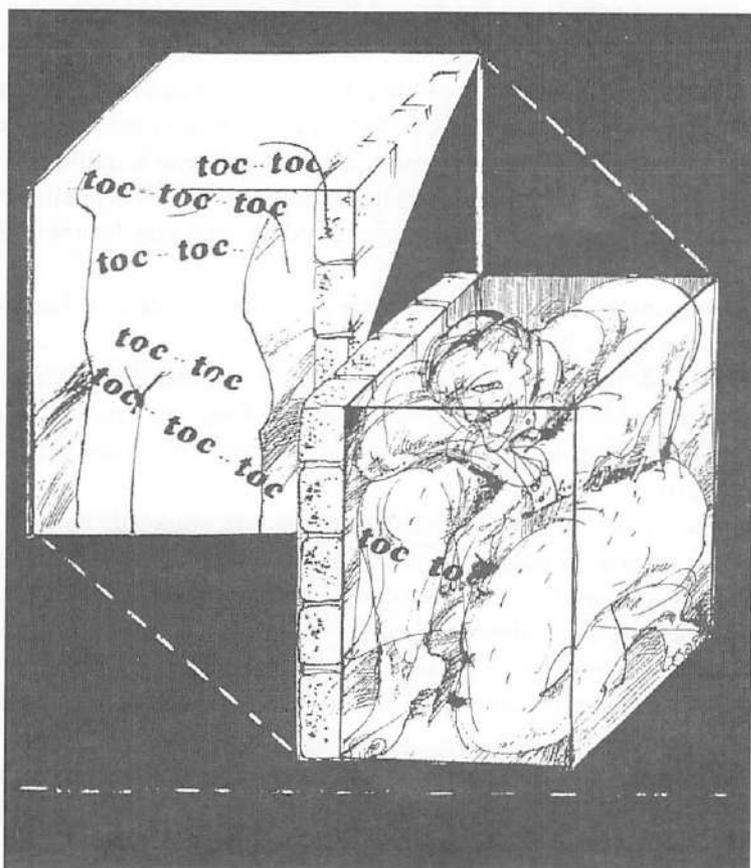


Foto-dibujo de Kitito Díaz

30 años esperando...

¡Qué días aquéllos! A la distancia tienen algo de glorioso.

Hubo tiempos de adrenalina y pensar que algunos hacen cosas harto ridículas por lograr un poco. A nosotros nos la regalaron sin pedirla, ahora les cuento: yo vivía con mi protegido (así lo llamaré para preservar su nombre de los chismorreos) en un lugar penumbroso, jamás un rayo de sol, no estábamos solos en ese pequeño hábitat. Había días más o menos tranquilos aunque siempre estábamos en un perpetuo alerta por si aparecían ellos. Nunca los pude ver bien, sólo imaginarlos un poco.

Sucedía de pronto... algunos sonidos metálicos y un creciente rumor de golpecitos en las paredes... Inmediatamente empezaba un agitado ir y venir general. Respiraciones acezantes... Palabras pocas y casi inaudibles...

El movimiento febril de todos anunciaba una posible catástrofe que podía estallar el mundo. Todos con espíritu guerrero nos preparábamos para dar desigual batalla, cada uno confiando en su suerte o en sus ángeles –bien alto el espíritu– y de pronto...

Las puertas del averno se abrían estruendosamente y mil demonios aparecían vociferando desahogados sus torturas interiores...

Todos quietos, esperamos... Alguien olvidó tapar el embute. ¡Corré!... Casi no hay tiempo... Ojalá no vengan para aquí... ¡Corré!... ¡Dale!... Correte un poco... ¡Cubrí!... Listo...

Ruidos metálicos, rejas que se abren...

¡Afuera!... ¡Contra la pared!... ¡No me mire!...

Y mi protegido que sale, corre, me abandona en la penumbra y yo que me digo: "Aquí hay jaleo".

Y... sí, esos seres infernales con sus botas me pisan, me arrastran, me levantan y arrojan groseramente contra el muro. Ah... pero yo entonces me dejo caer elegantemente y me quedo bien quietita pegada a la pared... shhhhhh... no hago ruido... shhh... quedé justo sobre este embute, ¡no deben verlo!...

Pssst, ¡zafamos!... Ya se van... ya vuelven todos... Ruidos de rejas que se cierran... Ahhh, mi protegido está aquí, ¡pasamos!, ¡pasamos!...

¡GANAMOS!... ganamos...

Pero el mayor disgusto fue esa vez, la de la entrega. Ese día el mismo preámbulo, golpecitos en las paredes, rejas que se abren. Los infernales no estaban histéricos andaban más calmos aunque siempre con ese aire de mala cama ¿me comprenden?, ¡ji ji..., desde mi penumbra percibía un clima

de gran expectación... De pronto mi protegido que entra y a toda prisa empieza a juntar sus cosas... ¿Se va? ¿A dónde? ¿Y yo?... Apenas me ha tocado... ¿No me lleva? ¿Quién ha de protegerlo?... Juntó todo, me abraza y... ¡Sí!... salimos juntos, ¡que abrazo tan tierno!... Pero... ¡NO! ¿Qué hace?.... Me entrega a brazos desconocidos... ¡Me abandona!...

Caí entonces en una profunda depresión, tanto que no recuerdo cómo llegué hasta aquella oficina, allí fui entregada a otro desconocido y... al fin... ¡el sol!, ¡qué placer! En un instante y por un buen rato me olvidé de mi historia y me dejé atrapar por ese calorcito... No duró mucho.

Después hay un tiempo vacío en mi memoria. Los monstruos no volvieron, nadie pareció necesitarme y yo esperé... Mi protegido no aparecía y ya casi desesperaba de volver a verlo, me convencí de su abandono... Y esperé...

Un buen día apareció, ¿el amigo de mi protegido? No sé. Me abrazó y me llevó con él. Aquí la historia se puso más divertida. Aunque debo decir que alguna vez me sentí vituperada, ya les cuento. Esta gente se movía tanto de un lugar a otro que mis días perdieron rutina y a veces sí, requerían mis servicios. En cuanto al vituperio, fue una pavada mía. Sucede que mi oficio y vocación es proteger —de allí que a mi amado lo llamo “mi protegido”. Ah, por cierto, es bastante más joven que yo... ¡ji ji, perdón por el comentario, y con mis años, a mi profesión la tomo muy en serio. Un día en que me permitieron tomar sol —¡adoro los días de sol!— me encontraba tendida en el césped y cuando ya empezaba a relajarme, sentí que alguien ponía sobre mi espalda un suave peso. No me di vuelta a ver. Estaba realmente sorprendida... No quise saber nada, hasta que empecé a sentir unas manitas que rascaban mi espalda. ¡Ayyy, eso era la gloria! ¡Qué placer! Me sentía más viva que nunca, nada podía ser más perfecto... síiiii, ¡eso está mucho mejor! Sentía las rodillitas del bebé gateando encima de mí... ¡Por supuesto! Esto no se condecía con el concepto que tenía de mí misma. De allí lo del vituperio... que no era tal.

Estas escenas se repitieron muchas veces a lo largo de varios años y así entre reposos y días de sol yo seguí esperando. En algunas oportunidades sentí que buscaban a mi protegido y... nada, nadie sabía de él. Di por sentado que se había ido lejos o lo habrían llevado lejos y quizás no podía hacer su voluntad. A esta altura yo ya había comprendido que en esta historia no siempre se puede elegir, quizás él no me había abandonado y aunque parezca paradójico, la protegida había venido a ser yo.

Estoy escribiendo a toda prisa, me queda poco tiempo, esta historia tiene desenlace y está próximo. La ansiedad me gana... Lo que no lograban

los monstruos está por suceder, creo que voy a llorar... Hay campanitas en mi alma. ¡Qué ganas de gritar!... Respiremos hondo... Sigo, esta mañana escuché que irían a la casa de los infernales. Me tranquilizaba saber que ya no andan por allí. Pero lo más importante, sé que en oportunidades como éstas siempre se buscan noticias y...

¡Sí!... ¡Que lo encontraron! ... Hoy volveré a sus brazos... Hay campanitas en mi alma...

P.D.: Esta es la historia de una manta que tardó treinta años en volver a su dueño. La recibí con dos palabras: "Trató de salvarla". Y fue su destino salvarse.

No sé como logramos que llegara a manos de mis familiares. No eran tiempos en que esto funcionara. De su dueño sólo sabía el sobrenombre, después supe que este sobrenombre sólo lo había acompañado en aquellos días. Con que cada vez que preguntaba por él no hallaba respuesta hasta esta oportunidad, treinta años después. Debo aclarar que la famosa manta había sido cuidada y conservada, siempre supe que ella lo reclamaba. En lo personal, encontré un amigo y muchos más. Yo nunca me consideré un "ex preso", de la misma manera como uno no se siente un "ex estudiante" ni un "ex adolescente", por lo tanto mi único acercamiento a mis ex compañeros de prisión era en alguna ocasión política convocante y de paso buscando al dueño de la manta hasta este diciembre del 2006 en la Penitenciaría. Luego, otras circunstancias concluyeron por acercarme a la Asociación, va aquí mi reconocimiento y afecto por todos.

Luis Acosta

OBRAS DE TEATRO

CANCIONES

Y

POESÍAS

INCINERACION DE LITERATURA MARXISTA. — En dependencias del Regimiento de Infantería Aerotransportada 14 y por disposición del Comando de Cuerpo de Ejército III, se procedió a la incineración de abundante material literario de corte marxista, que fuera secuestrado —según informó el titular de aquella unidad— en distintos procedimientos efectuados en esta capital. La destrucción de la referida documentación fue practicada en presencia de los periodistas acreditados ante el Comando, que fueron especialmente invitados a tal efecto. Posteriormente, las autoridades del R. I. 14 distribuyeron este comunicado: “El Comando Cuerpo Ejército III, informa que

en la fecha procede a incinerar esta documentación perniciosa que afecta al intelecto y nuestra manera de ser cristiana. A fin de que no quede ninguna parte de estos libros, folletos, revistas, se toma esta resolución, para que con este material se evite el continuar engañando a nuestra juventud sobre el verdadero bien que representan nuestros símbolos nacionales, nuestra familia, nuestra iglesia y en fin, nuestro más tradicional acervo espiritual, sintetizado en Dios, Patria y Hogar. Los elementos que se destruyen surgieron de allanamientos a centros de distribución que se dedicaban específica y especialmente a este tipo de difusión”.



**Caminante son tus huellas
el camino nada más;
caminante no hay camino
se hace camino al andar.**

.....



**Velad.
Como no sabéis la hora
en que os han de despertar,
os despertarán dormidos**

si no veláis; despertad.

(Antonio Machado)

Fotos: Archivo Provincial de la Memoria originalmente cedido por el Archivo Digital de La Voz del Interior. Día 30 de Abril de 1976

CAMPO PENITENCIARIO
Inspirado en el Texto de Franz Kafka.
“En la colonia penitenciaria.”

Federico Víctor Bazán

Personajes:

Delegado AMO.

Delegado de Organismo No Gubernamental Internacional.

PRESTI condenado a muerte.

Soldados, presos, marineros.

Escena 1. En el campo penitenciario está funcionando una máquina con tres partes: una base con la forma de un cuerpo humano; una segunda que completa el molde por arriba en una cama y una tercera que es como una grúa con agujas tipo rapidograf, pues circula tinta por sus tubos.

El Delegado del Amo presenta la máquina al delegado de un organismo internacional.

Delegado Amo (funcional)

En realidad, esto no está funcionando como antes, como era con el antiguo Comandante. El autorizaba a hacer estas ejecuciones públicamente, como para dar un ejemplo. Venían las esposas de los jefes, los sacerdotes de varios credos y hasta un cardenal a echar una bendición antes de acabar con el reo.

Delegado ONG (observa y pregunta con cautela)

¿Podría explicarme el sistema de castigo en este campo? ¿Tanto el que utilizan ahora, como el que utilizaban antes?

Delegado Amo (pedagógico)

Comprendimos que las penalidades deben ser educativas, ejemplares. Este condenado por ejemplo que está ahí y que espera su turno es un soldado que no cumplió sus órdenes y que se reveló contra su oficial...

Delegado ONG:

¿Cómo, cómo?

Delegado Amo:

Si... él estaba de guardia y debía estar despierto. Pero a las 3 de la mañana, pasó el oficial de turno y al verlo dormido le pegó una patada en el culo para despertarlo. El soldado en lugar de agradecer, se despertó rabioso y agarró al oficial por las solapas y lo volteó. El oficial pidió entonces la condena la pena de muerte.

Delegado ONG (cauto, leguleyo)

Me parece que antes que la condena, debe haber un juicio y los testigos y la defensa, es lo que dicen las normas del Derecho Internacional... Naciones Unidas....

Delegado Amo (rápido, seguro)

Todo eso está suprimido. Es inútil el juicio. Son paparruchadas de la democracia. Los testigos mienten, el mismo acusado miente y dice otra versión de lo que ha pasado. No hay pruebas... Ahora todo eso está suprimido...definitivamente....

(pausa)

...simplemente se ejecuta la condena. En este caso la consigna no respetada fue «Respetarás a tus superiores». En otro caso, un desaparecido fue condenado porque no sabía cuántas estrellas tenía el escudo de Boca Juniors...

(pausa)

El Delegado Amo mira al prisionero modelo que espera ser condenado como exhibición al Delegado ONG (continúa la explicación como una letanía):

Esta consigna es cargada en la máquina, que tiene todos los accesorios de la informática y el texto, la letra, el estilo bodoni, o arial de esta consigna será escrita con tinta en el cuerpo del condenado

(El Delegado Amo sonríe feliz, como si hubiera descrito una máquina herramienta).

Delegado ONG:

Sí estoy interesado en este método, ahorra mucho dinero y tiempo. (Para sí) Esto infringe todas las leyes internacionales, los acuerdos de

Ginebra, de Nueva York, de Washington y de Moscú.; debo salir vivo de este campo para informar y por ello preguntaré como un periodista independiente.

Delegado Amo (continúa la descripción de su máquina)

Sí,... al condenado se lo coloca en esa cama y se le pone un bozal para que no grite y para que la saliva y la espuma no manche el colchón. La pluma va escribiendo el texto varias veces, hay que repetir como en la pedagogía jesuitica que nos enseñó el obispo, que decía que la letra con sangre entra, y el condenado tiene cinco horas para reflexionar. En silencio, por eso la mordaza.

(Pausa)

Un obispo me aseguró cuando lo consulté que arriesgábamos un pecado venial hasta cinco horas; luego de las cinco horas teníamos que vernos con un pecado mortal.

Delegado ONG (esperanzado)

¿Entonces paran y finalizan la condena?

Delegado Amo:

No, qué va. Esta gente es muy dura de cabeza. Al cabo de las cinco horas se le libra la mordaza y debe continuarse hasta el final. La ventaja ahora es que puede hablar y arrepentirse, o gritar simplemente. Con respecto al pecado, pedimos excusas al obispo y dándole limosnas siempre nos exime de culpa.

Pausa. Se escuchan los acordes del Cuarteto por el Fin de los tiempos de Olivier Messiaen.³

Delegado Amo:

Yo quisiera señor Delegado, que su informe fuera bueno...hay rumores que las autoridades, porque yo no soy más que un peón de un engranaje muy grande, quieren cambiar un poco el método para adaptarse a las normas ISO internacionales, vio, esas normas que regulan todo. Normas de calidad y de excelencia.

³ Olivier Messiaen compuso esta obra en un campo de concentración nazi de memoria, sin papel y con algún instrumento precario. Al sobrevivir la redactó en papel y la ejecutó en Francia, pero el estreno fue en ese mismo campo...

Si fuera así, yo quedaría sin trabajo y los mecánicos que componen cada desperfecto de la máquina. Por favor....hable bien de la máquina señor Delegado. Es un método que se aproxima a esas normas: es rápido, eficiente, barato y evita toda la papelería esa de los abogados, testigos, jueces y periodistas.

(pausa)

El Delegado ONG hace una serie de gestos compuestos, de decoro y de querer salir de esta situación y esto desilusiona al Delegado Amo, que se da cuenta pues no dice si su informe será favorable o desfavorable.

El Delegado Amo hace entonces un gesto más de prueba de las bondades de la máquina y cambia su rol con el condenado.

El condenado Presti estaba ya con un camión viejo desgarrado, ante la máquina, lista a funcionar y esperando que las explicaciones se hagan sobre su cuerpo.

El Delegado Amo toma su lugar, le quita el camión, se lo pone él y ordena al condenado que vista su uniforme militar. Y que obedezca sus órdenes y que sea él el que ejecute la máquina.

Delegado Amo:

Seguro Presti, accione ese botón, usted es el amo ahora y yo tomaré el rol de condenado...

Presti ejecuta las órdenes; la máquina acelera su ritmo y no toma cinco horas sino tres minutos de violentos movimientos convirtiendo al antiguo amo en una papilla.

El Delegado ONG y Presti contemplan esta escena, mudos por distintos motivos.

CORTE y APAGÓN

Escena dos: Borde del campo penitenciario, límite y salida. Delegado ONG acompañado de Presti y otros condenados, hombres y mujeres.

Delegado ONG: (tratando de convencer, pero sin mucha convicción)

Esta es una oportunidad para ustedes: la garita está momentáneamente sin control. Si el oficial que hacía de amo, se inmoló, es porque

hay disputas internas entre ellos. Yo tengo pasaporte de NNUU y mi avión me espera afuera, pero si salen conmigo yo testimoniaré de sus situaciones en el campo, de sus lazos y de sus cadenas.

Presti: (con un tono de autoridad)

No señor Delegado, no podemos salir. Queremos salir o no, pero no así. Nuestro destino está aquí, debemos asegurar por ahora que la máquina continúe de funcionar. A veces se cambian los roles, como hoy por ejemplo, pues fui el ejecutor de mi antiguo amo.

Delegado ONG: (vuelve a un tono de funcionario público)

Entonces me voy. Esperen mi informe, no sé si lo podrán leer alguna vez...

Será minucioso y... tendrá pruebas... pero no les aseguro nada poder cambiar la situación. Luego del informe hay votaciones, y decisiones, informes de los Bancos, del Fondo Monetario Internacional y del Papa, en fin, pero algo se hará...

(para sí)

Todo dependerá de ustedes, de su deseo...

Presti: (resignado)

Si, la libertad está al alcance de la mano, pero a veces es así... (para si) todo dependerá de mi deseo...

Telón rápido devastado.

LAZO EN EL CAMPO (versión dos)
Pieza teatral de un acto.

Federico Víctor Bazán

Escena uno: Una cuadra inmensa con unos 20 prisioneros, hombres y mujeres desaparecidos. Sentados delante de sus colchones arrollados. Atados y vendados. Sólo tres tienen voz y están iluminados por un cono de luz... A derecha una salida al baño. A la izquierda un rincón iluminado con vidrios donde hay un grupo de músicos.

Antiguo Profesor, luego AP (doctoral, didáctico) (masculla para sí) (habla a una audiencia inexistente)

Al unirse dos pensamientos entre sí, supuestamente imagino que se unen por la cópula: la coma o el espacio en blanco vacío entre los dos...

AP (otro tono)

Estás hasta las bolas...atado como un salame. Sentado delante de tu colchón arrollado, tu inmundo colchón arrollado, en esta cuadra... estás con los ojos vendados hace una semana, te pican los ojos, te estás meando y la única posibilidad la tendrás cuando llamen una vez por día... el tren...

CORTE

Escena dos. Aula convencional.

Antiguo Alumno. (luego AA) (sumiso, aún no discípulo)

¿Concluyo yo profesor?. Leo su pensamiento. Los dos pensamientos unidos, esos que separa la coma, serían del tipo ¿Pienso, luego existo?

AA (otro tono)

¿O la existencia tiene que ver más con los olores, con los dolores, con los ruidos, con el miedo ?...el viento...

CORTE

Escena uno

AP (cree que es doctor...)

En efecto, es mucho más importante la ruptura, el corte, el blanco, o la coma que implique que un pensamiento está separado del otro, que exista un hiato. En este caso es...“luego”.

Se siente la música ensordecedora de los "músicos": guitarras y cantos destemplados y hasta exasperados. Se trata de temas populares: "La felicidad", "Las olas y el viento" de Palito Ortega.

AP: (en voz baja)

¿Sabes, vos que recién llegaste ayer, para que les digas a los nuevos, que esos que escuchás, esos cantos son los que aceptaron "recuperarse». Algo así como canjear su "libertad» a cambio de datos. Salen a la noche, disfrazados de milicos y señalan, señalan, cada uno que encuentran, les significa un día más de vida...

Y todos reciben "beneficios» como estar sin los ojos vendados, sin ataduras y quedarse cantando hasta las doce de la noche. A veces les dan un poco de alcohol también...

AA: (continúa en su clase fortuita)

yo pienso....(cógito), y yo existo (sum), importan menos que el ergo.!!!

El funcionamiento del sistema, la estructura, el aparato, el régimen...

El funcionamiento de la estructura implica que la hipótesis del Gran Maligno está refutada, respecto de quien produce el mal.

En cuanto a los objetos...

AP:

Los objetos, los objetos: uno los valora cuando no los tiene. Ahora por ejemplo yo añoro mi cepillo de dientes. Me lo imagino lleno de espuma, con agua limpia resbalado con pasta en mis dientes, a los que no lavo ya hace tiempo

AA:

Debería imaginarme yo también objetos que no tengo y hacerlos vivir en la imaginación. Los presos comunes llaman a esto cajeteo. Mira, te muestro...

Levanta un brazo, lo desnuda y observa su axila. Mira, desde aquí... parece pelo púbico y el bajo vientre de una mujer...

AP: (no presta atención a los devaneos de "su" discípulo.)

Los objetos, en cuanto a los objetos, el pensamiento supone de ellos que al menos no hagan despelote, que no hagan caos.

(El ruido de guitarras y cantos aumenta y se hace insoportable)

AA:

Están mal afinadas las guitarras. Ya ni saben las escalas: me parece más un castigo que un premio que les hayan dejado las guitarras y las posibilidades de cantar. Están obligados a hacerlo bien y no saben. En Alemania sí decían que tocaban verdaderos músicos... sinfonías y orquestas de música clásica. Por ejemplo un francés compuso entonces una pieza que ejecutó en un campo.

AP (doctoral)

Los objetos están esperando de hacer despelote como en el mito de los mayas, cuando llegaron los españoles con su espada y con su cruz.

AA:

No hay ninguna garantía, ninguna. Nadie asegura a nadie que el caos no exista. Ellos mismos dicen que éste es un proceso de reorganización: Proceso de Reorganización, del caos, pero más bien me parece que es el caos mismo. Salvo que por ahora nadie lo piensa así. Ni tampoco pueda decirlo. Ahora, es imposible, pues si escuchan nuestras voces nos golpearán o peor...

Presti (compañero de AA)

Yo aprendí que el caos es lo impensable, lo que queda como resto después que se organizó todo, pero que es necesario para funcionar como motor. Se lo concibe como límite, o como margen del universo y a veces se puede nombrarlo: tiene nombre propio y va cambiando de semblante en cada época, en cada etapa de la vida. Era el tiempo de la decisión de los griegos, tomada rápidamente, sin pensar, sin cogitos.

Presti (otro tono)

Ya no aguanto más, me hago encima, no solamente meada...

Amo (gritando) uniforme, militar.

Tagarnas...!!! Los que quieran mear, o cagar levanten las manos. De los 15 o 20 todos las levantan.

Amo (imperativo)

El primero aquí, soldado, ayude a éste (lo toca con un palo a AP), este otro que lo agarre por atrás y formen el trencito. No puedo llevar

uno por uno al baño... Ya saben, el que hace de locomotora, éste que tiene pinta de sabio (señala a AP de nuevo) que inicie la marcha....

Se forma la cola, el soldado ayuda a posicionar a todos pues tienen vendas y ataduras en las manos y el trencito desaparece por la izquierda. Allí van AP, AA y Presti, entre otros en la cabeza de la fila. El primero enuncia lo pedido.

AA (con dolor desgarrado)

Tuuu....tuuu....tuuuu. chuquu, chuquu chucu...Tuuu...Tuuu

Amo y soldado se ríen en forma desaforada. Los músicos llegan al final de "La felicidad".

EL Amo sale por derecha, antes de hacerlo comenta:

Amo:

Esperamos la visita de un delegado, una especie de inspector de Naciones Unidas que viene a controlar la justeza de lo que estamos haciendo. Le mostraremos que los argentinos somos derechos y humanos.

Telón.

Escena 3. En el campo está funcionando una máquina con tres partes: una base con la forma de un cuerpo humano; una segunda que completa el molde por arriba en una cama; y una tercera que es como una grúa con agujas tipo rapidograf, pues circula tinta por sus tubos.

El Amo presenta la máquina al delegado.

Amo (funcional) (funcional)

En realidad, esto no está funcionando como antes, como era con el antiguo Comandante. El autorizaba a hacer estas ejecuciones públicamente, como ejemplo. Venían las esposas de los jefes, los sacerdotes de varios credos y hasta el cardenal a echar una bendición antes de acabar.

El delegado (observa y pregunta con cautela)

¿Podría explicarme el sistema en este campo? ¿Tanto el que utilizan ahora, como el que utilizaban antes?

Amo:

Comprendimos que las penalidades deben ser educativas, ejemplares. Este condenado por ejemplo que está ahí y espera su turno, es un soldado que no cumplió sus órdenes y que se reveló contra su oficial...

Delegado:

¿Cómo, cómo?

Amo:

Sí, estaba de guardia y debía estar despierto. Pero a las 3 de la mañana, pasó el oficial y al verlo dormido le pegó una patada en el culo para despertarlo. El soldado en lugar de agradecer, se despertó rabioso y agarró al oficial por las solapas y lo volteó. El oficial pidió entonces la condena.

Delegado. (cauto, leguleyo)

Me parece que antes que la condena, debe estar el juicio y los testigos y la defensa.

Amo:

Todo eso está suprimido. Es inútil el juicio... Los testigos mienten, el mismo acusado miente y dice otra versión de lo que ha pasado. Ahora todo eso está suprimido.

(pausa)

Simplemente se ejecuta la condena. En este caso la consigna no respetada fue "Respetarás a tus superiores». En otro caso, un desaparecido fue condenado porque no sabía cuántas estrellas tenía el escudo de Boca Juniors.

(pausa) El Amo mira al prisionero modelo que espera ser condenado como exhibición al delegado.

Esta consigna es cargada en la máquina, que tiene todos los accesorios de la informática y el texto, la letra de esta consigna será escrita con tinta en el cuerpo del condenado

(El Amo sonrío feliz, como si hubiera descrito una máquina herramienta).

Delegado:

Sí, estoy interesado en este método, ahorra mucho dinero y tiempo. (Para sí) Esto infringe todas las leyes internacionales, los acuerdos de Ginebra, de Nueva York, de Washington y de Moscú; debo salir vivo de este campo para informar y por ello preguntaré como un periodista independiente del New York Times)

Amo. (continúa la descripción de su máquina)

Sí, al condenado se lo coloca en esa cama y se le pone un bozal para que no grite y para que la saliva y la espuma no manche el colchón. La pluma va escribiendo el texto varias veces, hay que repetir como en la pedagogía jesuítica que decía que la letra con sangre entra, y el condenado tiene cinco horas para reflexionar. En silencio, por eso la mordaza.

(Pausa)

Un obispo me aseguró cuando lo consulté que arriesgábamos un pecado venial hasta cinco horas; luego de las cinco horas teníamos que vernos con un pecado mortal.

Delegado: (esperanzado)

¿Entonces paran y finalizan la condena?

Amo:

No, qué va. Esta gente es muy dura de cabeza.

Al cabo de las cinco horas se le libra la mordaza y debe continuarse hasta el final. La ventaja ahora es que puede hablar y arrepentirse, o gritar simplemente.

Pausa. Se escuchan los acordes de...Cuarteto por el fin de los tiempos de Olivier Messiaen

Amo:

Yo quisiera señor Delegado, que su informe fuera bueno...hay rumores que las autoridades, porque yo no soy más que un peón de un engranaje muy grande, quieren cambiar un poco el método para adaptarse a las normas ISO internacionales, vio, esas normas que regulan todo. Normas de calidad y de excelencia.

Si fuera así, yo quedaría sin trabajo y los mecánicos que componen cada desperfecto de la máquina. Por favor....hable bien de la máquina señor Delegado Es un método que se aproxima a esas nor-

mas: es rápido, eficiente, barato y evita toda la papelería ésa de los abogados, testigos, jueces.

(pausa)

El Delegado hace una serie de gestos compuestos, de decoro y querer salir de esta situación y desilusiona al Amo, pues no dice si su informe será favorable o desfavorable.

El Amo hace entonces un gesto más de prueba de las bondades de la máquina y cambia su rol con el condenado.

El condenado Presti, estaba ya con un camisón viejo desgarrado, ante la máquina, lista a funcionar.

El amo toma su lugar, le quita el camisón, se lo pone él y ordena al condenado que vista su uniforme militar. Y que obedezca sus órdenes y ejecute la máquina.

Amo:

Seguro Presti, accione ese botón.

Presti ejecuta las órdenes y la máquina acelera su ritmo y no toma cinco horas sino tres minutos de violentos movimientos convirtiendo al antiguo amo en una papilla.

El Delegado y Presti contemplan esta escena mudos.

CORTE

Escena tres: Borde del campo, límite y salida. Delegado acompañado de Presti y otros condenados, entre ellos AP y AA.

Delgado: (tratando de convencer, sin mucha convicción)

Esta es una oportunidad, la garita está sin control. Si el oficial que hacía de amo, se inmoló es porque hay disputas entre ellos. Yo tengo pasaporte de NNUU y mi avión me espera afuera, pero si salen conmigo yo testimoniaré de sus situaciones en el campo, de sus lazos y de sus cadenas.

Presti:

No señor Delegado, no podemos salir. Queremos salir, pero no así. Nuestro destino está aquí, debemos asegurar por ahora que la máquina con-

tinúe de funcionar. A veces se cambian los roles y como hoy por ejemplo, pues fui el ejecutor de mi antiguo amo.

Delegado: (vuelve a un tono de funcionario público)

Entonces me voy. Esperen mi informe, no sé si lo podrán leer alguna vez...

Será minucioso y... tendrá pruebas... pero no les aseguro nada poder cambiar la situación. Luego del informe hay votaciones y decisiones, informes de los bancos y del Papa, en fin, pero algo se hará...

(para sí)

Todo dependerá de ustedes, de su deseo...

Telón

Córdoba es

Córdoba fue, es y será
Como bisagra en la historia
Con sus hombres y mujeres
Transitando por los sueños
Reformista entre estudiantes
Y un cordobazo entre obreros.

Córdoba fue, es y será
Negro Atilio empecinado
Gringo Tosco en rebeldía
Negro Elpidio de la verba
Pampillón, Máximo Mena,
Salamanca, asesinados.

Estríbillo

Córdoba es, fue y será
Esta memoria que es nuestra
Una asamblea rebelde
Un Cordobazo de vida
Y en honor a los caídos
Nuestra lucha continúa.
(para final)
Como dijo el gringo Tosco.
Nuestra lucha continúa.

Córdoba es, fue y será
Muchedumbre, rostro joven
Manifiesto por las calles,
De los sueños y utopías
Es la sangre derramada
Como el río y la
Cañada.

Córdoba es, hoy lo que es,
Los compañeros caídos
Los que aún están ausentes
Miles de voces, la mano
Extendida al horizonte.
Un abrazo solidario.

Manuel Nieva

Vals del Negrito

Negrito, Negrito, te quiero lo sé
porque tenés los ojos color café,
y cuando los abres parecen volar
cual dos mariposas que buscan la flor.

Estribillo

La luna en las noches
te invita a pasear
por el campo
las sierras
y el mar,
y si una gaviota te mira al pasar,
salúdala y ponte a cantar.

Gaviota, Gaviota llévame hasta el sol
para con sus rayos construir un farol,
así cuando lleguen papito y mamá
tengamos en casa la luz y el calor.

A mi hijo David, un 5 de febrero 1982, en su cumpleaños.

David Lanuscou,
Penal de Caseros.

Son tus ojos
(Canción)

Ojos negros que me hieren
que me acunan, que me matan,
hoy no saben de distancias,
ni de rejas, ni de cartas.

Esos ojos que en los sueños
aparecen como brasas,
que se prenden y se apagan
en la dicha y en la calma.

Ojos negros que con odio
huyen locos por cavernas,
que navegan en un llanto,
y se duermen con las penas.

Esos ojos negros que recorren
con la brisa las palmeras,
y se posan con la luna
sobre una huella en la arena.

Estribillo (bis)

Negros ojos que me llevan
a jugar con las estrellas,
para que en noches de hastío
hagan más corta mi espera.

A Patricia, esposa y compañera.

David Lanuscou

Penal UP 9, La Plata, 12 de julio de 1981.

Para hoy

Rodeada de fantasmas de peluches
De miradas turbias, que no te pertenecen
Abrochadas con esmeros de ladrones
cinceladas de cenizas que te esconden.
Marcaron tu silencio que no es el mío
te robaron el corazón ya destrozado
no es mi culpa, ni tu culpa
te arrancaron de mis entrañas con dolor
y en ese infierno, sentí que la agonía terminaba.
Me estremeció tu llanto alimentado,
después de sentirte cautiva en mí
y lo pensé, sí que lo pensé
que seguirías mis pasos tras las rejas,
por un tiempo, por tanto tiempo;
mientras el reloj gira en la plaza de pañuelos
buscando en el tiempo del silencio:
El oscuro tormento del escarnio;
El testimonio de un fin atormentado.
Como travieso te escapaste, tras las rejas
menuda infancia;
Lo soñé así, te escapaste
Con los pañuelos blancos de la ronda de los jueves.
¡Bien hecho! allí encontrarás mi nombre,
BUSCAME.
No musites. Grita fuerte, más fuerte
Con los cientos, con los miles,
y me habrás hallado.
Todos y digo bien todos deseamos
ver los ojos condenados del ladrón.
¿Qué nombre te habrán puesto?

Juan Carlos Álvarez,
14 de junio de 2000.

Carta a mi hija

Con un lápiz afilado
Y una blanca cartulina
Te escribí una cartita
Alejandra Bernardina.

Para que te llegue pronto
Galopando de una vez
Se la di que te la lleve
Al caballo de ajedrez.

Leonardo Hayes, 1982.

Después de la muerte de mi hijo Juan Salvador

Quiero hablarte otra vez
cada palabra
es una lágrima
conjurando el olvido.

Después de tu partida
en mi alma hay un grito
me sobran las caricias
y mi regazo está vacío.

Aún siento tu piel fresquita
tu perfume recién nacido,
y mis pechos con la leche
que no beberás, mi niño.

Hoy te necesito
para que estés conmigo,
para asumir estos años
en que el amor se ha perdido.

Todo es soledad
si no estás en mi nido,
sin los que han luchado,
sin los que he querido.
¡Pequeñito mío
cuánto hemos sufrido!
Fruto del amor encarcelado,
naciste herido.

Hoy nadie te recuerda
porque eras tan chiquito
o porque estuvieron lejos
sin poder vivirlo.

Al pie de tu cuna sentí
que acababa tu terrible martirio
y que no te verían mis ojos
hasta el tiempo infinito.

Sentí también que te hallaría
en millones de niños
en Emiliano y Manuel,
Y allí te busco ¡hijo mío!

Los besos que eran para tí
serán para otros niños
y a través de ellos
se encontrarán contigo

Marily Piotti,
noviembre de 1984.

Sus nombres

Como en un cuento hermoso de la infancia
quedaron escritos para siempre, dos nombres
que vienen y van, caminando por la esperanza,
imposibles de olvidar, Mari y Jorge.

Dos nombres presentes cuando estalla el dolor y en el gozo de la vida.
Dos nombres tan necesarios como el pan, como nuestra lucha de hoy.

Tan cercanos como el aire de montaña que aquí se respira...

Dos seres tan aparecidos como la Luz que todavía nos ilumina.

Tan lejanos como el tiempo que pasó desde la muerte genocida.

Tan distante como esos sueños que no fueron y esta vida tan distinta
de aquel paisaje de los puños apretados y el alma florecida.

En este recodo oscuro del camino están las manos encogidas,
tenemos el alma acurrucada y el egoísmo nos lastima.

Somos pájaros de la noche que aún buscamos el amanecer,
alguna vez lo presentimos, y quisimos repartir esa alegría.

Éramos muchos... Mari y Jorge eran sus nombres entre otros que venían.

Hoy siento nostalgia de la infancia y de aquella juventud tan compartida.

Ellos están pasando por mi corazón y existen todavía
porque han resucitado en las nuevas utopías.

Y el canto de sus voces, como el agua en la cascada,
nos despierta, nos refresca y nos inspira.

Ellos son mis voces del alma,
aquéllas que siempre hablan y nunca se olvidan.

Marily Piotti,
década del 90.

Mi tierra y vos

Pasó su caricia de madre
sobre mis ojos dormidos.
Todavía era pequeña
cuando su voz llamó en mis oídos...
En soledad, salí a buscarla,
a recorrer sus caminos,
con el rostro manchado de estrellas
y los pies de polvo encendido.
Fui gozando sus montañas y sus ríos,
la maravilla toda, de su paisaje divino.
Fui enlazando mi lucha y trabajo
a la de sus hijos sencillos.
Así fue que aprendí
en el mejor de los libros
y conocí la tibieza
de su corazón herido.
Entonces llegaste tú, desde abajo...
después del mismo camino,
con música suya en las manos
para responder al llanto mío.
Con la luz de su mañana,
nuestros ojos se miraron.
Su sangre corrió en nuestra sangre
y los tres nos encontramos.
Y cantamos junto al fuego
el canto más humano
y recogimos su chispa
cuando el fuego se fue quedando.
Su silencio fue nuestro dolor.
Su dolor nuestra partida.
Por romper su esperanza desnuda
nuestro amor se hizo, aquel día.

En sus raíces de tierra arrasada
hemos hundido los brazos.
En un sueño de pan para todos,
nos vamos rompiendo en pedazos.
En su huella de Pueblo olvidado
hemos juntado semillas.
Y en su boca de amor lastimado
nos hemos besado la vida.

Marily Piotti,
1977.

Un poema que escribió mi pueblo

Llegaron todos hoy...
con la esperanza bajo el brazo,
con la esperanza a cuestras,
cabalgando en la esperanza...
Y en el almacén del barrio compraron yerba por un peso.
La niña pidió aceite, cuarto litro...
Golpearon la puerta
“Doña por faor, despácheme guíelo por veinte,
¿sabe usted? en casa el verano es más caliente
porque no hay heladera, ni agua, ni sombra;
sólo tierra y sol...
Después vino Angélica
¿A dónde podemos comprar el puchero más barato?
en casa ya no alcanza pa la carne
el papi sin laburo
y la mamá con reuma cosiendo todavía...
Y cuando trajeron la primera conservadora al barrio
todos los chicos se agolparon junto a ella,
preguntando: ¿Venden helados por diez centavos?...
Y el Coco con sus tres añitos de violencia
nos decía cuando lo visitábamos “laputamare”,
claro, la mamá Pichu ahora tiene tuberculosis
y parece que el Pedrito también,
una sola pieza y sin pan...
Oiga niña ¿No tendría pal ónibu?
son casi treinta cuadras pa llegar a casa
y la ruta está muy dura con el calor...
El diecisiete pegamos carteles, yo y los nietos, por Perón,
el jefe de la doce nos dio unos pesos
y pudimos comer al otro día,
teníamos miedo, pero no pasó nada
y nos ganamos treinta pesos por Perón...
Por Perón ¡mierda! ¡¡ Viva Perón Carajo!!
Así grita mi papá cuando está borracho...
Yo la alumbré a la Evita
para que nos ayude a pagar el asfalto
porque ahora nos están poniendo el asfalto
y no quiero vender el terrenito

¿A dónde vamos a ir?...

¡Señor, Señor! ¿Querís comprarme un ramito e jazmines
Las dos de la mañana, pequeño y vendiendo jazmines...
Al Chiche lo echaron de la fábrica,
¡con los cinco hijos! porque era delegado...
¿Usted sabe? Cuando vino la cana a buscar a su marido
tenían ametralladoras y nos sacaron a empujones...
Y al viejo lo han puesto preso porque robó
unas chapas del ferrocarril para hacerse la casa,
hace tres meses que está en la de Encausados
y los chicos quedaron solos, se los llevaron al instituto...
El Chiche cuando lo echaron se jue a trabajar de pozero
Y se le despertó el chagas y está hace rato en el hospital...
¡Compañeros! en un tiempo esta palabra significaba algo,
¡unámonos! en este barrio tan lejos del centro y olvidado por todos...
En una feria de Asunción: Una joven ¿Quieren comprar el niño?
y un ruego: Llévenselo con ustedes...
Calicho, "el niño bobo" ¿Qué hacés a esta hora tan temprano en la escuela?
Es que... se va la señorita de Bolivia a la Argentina
y no quiero que me olvide...
Luisita una cartita... Y no se olvide de nosotros señorita...
El hambre de la mujer toba, como de Quitilipi: ¡No se olviden de mis hijitas!...
Juan el paraguayo: No se olviden que es la misma patria grande...
Y al final vinieron los cumpas. Nos desaparecieron, nos asesinaron...
No se olviden... No se olviden...

Me desperté en la cárcel
No, no nos hemos olvidado.
Hay que vestir la tierra de Patria,
La patria de hombres,
Los hombres de hermanos.
En esa estamos.
Pero hace falta la esperanza de ustedes
La que llevan en la espalda y debajo el brazo.
¡Tráiganla toda, la necesitamos!
...porque no olvidamos... ni perdonamos.

Marily Piotti, 1970-1978 y siempre,
Argentina 1976-1983.

Estatutos de una cárcel para presos políticos
Argentina 1976-1983

Prohibida la vida.

Sólo podrán ver en sus reflejos el cielo y el sol,
nunca un árbol, jamás un pájaro, ni siquiera una flor.

Prohibido el trabajo, las canciones y la risa
porque son manifestaciones de la vida.

(sólo cemento, represión, dolor).

Prohibido el amor

y la circulación de la palabra

que sólo podrá ser usada para la burla y el engaño

Prohibido a los que aquí habitan

todo acto de solidaridad.

Prohibidas las caricias

porque son expresiones del amor.

Todo intento de abrazo será reprimido

porque intentarán volar, son subversivos.

Terminantemente prohibido a las madres acariciar.

Prohibido a los esposos el gesto del amor.

Prohibido a los hijos besar a su padre.

El veneno de la ternura no entrará a este lugar.

Prohibido a los niños saltar y hacer bullicio.

Los niños deben olvidar que son niños

para evitar que los carceleros quieran volver a jugar.

Toda persona que no vista uniforme debe ser despreciada.

Nuestro mundo es el odio.

Nuestro proyecto, la muerte.

Nuestra consigna, el miedo.

Nuestra confianza está en la tortura.

Ellos son para siempre nuestro dios.

Consignas de nuestra resistencia

Presos políticos argentinos

¡Volveremos a la vida!

aunque la quieran desaparecida.

La resucitaremos de su mínima expresión.
Buscaremos en el viento y en el sol
su susurro, su aliento y su perfume.
Nuestra alegría construirá nuestra entereza
nuestra caída será sólo un tropezón
la solidaridad nuestra fortaleza
recreando cada día nuestra unión.
Venceremos el miedo
rescatando el canto y la palabra,
que como grito esperanzado
atravesará celdas y murallas,
reafirmando nuestra fe
en la fraternidad humana.
Si nos aíslan en celdas heladas
abriremos boquetes de comunicación;
recuperando de nuestros muertos,
sus voces grabadas en el corazón.
Buscaremos el amor y lo ejerceremos.
Si nos permiten vernos tras la reja
trataremos de tocarnos.
Si nos dejan tocarnos
estallaremos en abrazos.
Y si es posible un beso
haremos que un hijo florezca en él.
Así serán vencidos el odio y la muerte
y ¡libre! la vida volverá a nacer.

Marily Piotti, 1979.

A disposición del Poder Ejecutivo

A disposición del Poder Ejecutivo
dicen que nos han puesto.

Los que no saben disponer de sí mismos,
se atribuyen sobre otros, este derecho
y disponen:

quiénes serán los réprobos y quiénes los elegidos,
quiénes los esclavos y quiénes los libres,
quiénes trabajarán la tierra, las minas y las fábricas
toda su vida

y quiénes gozarán del fruto de este trabajo.

Ustedes,

los que dispusieron cerrar la historia del hombre
para abrir la ruta del dólar,

disponen

quiénes comerán en sobreabundancia

y quiénes nunca tendrán qué comer;

quiénes serán los dueños del conocimiento

y quiénes nunca aprenderán a leer ni escribir;

quiénes nacen para decidir sobre la vida y la propiedad

y a quiénes les serán negados todos los derechos.

Ustedes también disponen

lo que tenemos que pensar,

lo que debemos leer,

lo que nos inducen a consumir

y hasta los hijos que podemos tener.

Ustedes,

los que siempre disponen del hombre;

los que lo usaron como bestia de carga

desde el principio del mundo.

Ustedes,

los que nos dejan libres

para asimilar una cultura que nos convierte en autómatas;

para elegir la clase de muerte con que día a día nos matan.

Ustedes "Los limpios y puros"

porque nunca se metieron en el fango mugriento de la miseria.

Ustedes “los hombres de bien”
porque nunca se sentaron en la mesa de los pobres.
Ustedes “los sabios y prudentes”
porque jamás se arriesgaron por una esperanza.
Ustedes “los promotores del progreso”
porque cada día avanzan más sus cuentas bancarias
Ustedes “los constructores de la sociedad”
que crearon una estructura que sepultó lo humano.
Ustedes “los restauradores de la libertad”
que les permite explotar libremente a sus hermanos.
Ustedes “los amantes del orden”
Que los protege como agentes del terror y la violencia
Ustedes “los occidentales y cristianos”
porque creen en un solo dios verdadero: el dinero.
Ustedes “el poder ejecutivo”
de tantas muertes lentas y diarias de niños, mujeres y hombres,
hoy intentan de nuevo disponer de todos nosotros
...pero es demasiado tarde
hemos aprendido a fecundar la muerte
y con otros nombres, siempre pero siempre
en millones de Hijos ¡Volveremos a nacer!

Marily Piotti, 1970-1995.

Hombre nuevo

“Ya vendrán los revolucionarios entonando
el canto del hombre nuevo.”

El Che

Ya escucho el eco de tus pasos
en los cerros.

Ya siento tu voz que me llama
desde adentro.

Sobre la historia tu nombre se agiganta
Hombre nuevo.

Ya surgen hombres y mujeres de la tierra
a tu encuentro.

El trabajo es para tí servicio,
en la creación de un mundo abierto,
donde todos sembremos en sus surcos
la semilla de lo nuestro.

El pedestal de este orbe dividido
va cayendo.
Y se construye en los albores de la vida
otro universo.

El hambre y la miseria hoy nos gritan
¡hay que hacerlo!
Para que los hombres como hermanos
¡por fin nos abracemos!

Donde el pan se comparte, porque todos a comer
tienen derecho.
Donde la explotación del hombre por el hombre, para siempre
haya muerto.

Eres joven porque en tí el fragor de los ideales
está tenso
y el entusiasmo te despierta cada día
más dispuesto.

Estás en marcha porque eres peregrino
como el éxodo.
En los signos de los tiempos se vislumbra tu camino
Hombre nuevo.

Eres responsable de cada flor, de cada fruto, de cada ser
vivo y despierto.
Contigo la tierra se convertirá en paraíso
y no en desierto.

Las armas se harán arados y la prisión y la tortura
sólo un recuerdo
de la lucha del hombre por liberarse
del poder y del dinero.

El vientre cálido y hermoso
donde estás naciendo
es la historia resistente
de mi pueblo.

Cada hijo que cae en esta lucha
te está pariendo
Tu conciencia es blanca y luminosa
como un pañuelo.

Eres libre como un pájaro en su vuelo infinito
Tierra - Cielo.
Otra vez abrevaremos de la fuente de la vida:
Amor sincero.

Marily Piotti, 1969-1985.

Nuestro homenaje a las Madres por tanta lucha.

Asociación Ex Presos Políticos de Córdoba.

Tan sólo un desolado corazón

(El de mi vecina que murió en la espera de su hijo que nunca regresó.)

Lo esperó toda la vida, la vida que le quedó después de que se lo llevaron.

A su hijo se llevaron.

De la cuadra en que vivía se llevaron a unos cuantos.

En mi pueblo estas cosas sucedían.

Hace tiempo, treinta años... tal vez más.

Jamás dejó de esperarlo. Algún día volverá.

Siempre decía lo mismo, siempre contaba lo mismo.

¿Treinta años?... tal vez más.

Cuando caía la tarde sacaba la silla a la calle y daba comienzo a la espera.

Según pasaban los años iba cambiando de aspecto.

Era el temblor en las manos y eran los ojos pequeños.

Y era la piel arrugada.

Y eran las piernas cansadas.

Y era también el paisaje que era paisaje en esperas

Jamás dejó de esperarlo... por eso no quiso mudarse.

Por eso las miles de luces con que alumbró cada puerta

De la casa.

Por eso las miles de luces iluminando el alero.

Y el portón y el patiecito.

De la casa.

Para que encuentre el camino (repetía mi vecina).

Según pasaron los meses, según pasaron los años, según pasaron los días

Cambiaron las estaciones... ella seguía esperando.

Jamás dejó de esperarlo

Lo esperó toda la vida, mientras le duró la vida siguió esperando a su hijo.

Era noviembre en el pueblo cuando murió mi vecina.

Murió de "muerte de esperas"... esperando se murió.

Se fue muriendo de a poco.

Cada noche era un entierro.

Cada día un renacer.

Siempre enterraba a su hijo cuando llegaban las sombras.

Siempre paría a su hijo cuando se iban las sombras.

¿Treinta años?... tal vez más.
Entierros y renaceres fue su vida.
La vida que le quedó después de que se lo llevaron.
Al hijo de sus entrañas.
Cargó las culpas del hijo... "Por algo se lo llevaron".
Pagó las culpas del hijo... "Por algo no regresó".
El hijo de mi vecina nunca jamás regresó.
Uno más entre otros tantos.
De tantos desaparecidos.
Que siguen sin aparecer.
Ya no hay luces en la casa, ni en el portón ni en el patio.
Está el alero en silencio.
Y está el paisaje de luto.
La vida que sigue a la vida no se detiene a llorar.
Una madre entre otras tantas que murieron de esperar.
Y un hijo entre tantos hijos que no pudieron volver.
La vida que sigue a la vida no se detiene a llorar.
Lo esperó toda la vida
Y esperando se murió.
A su hijo
Que nunca jamás regresó.

Profesora María Cristina Saborido,
Ex detenida-desaparecida.
Pozo de Banfield, Quilmes, julio de 1977.

A mis hijos David y Natalia

Niños de pan
(Canción de cuna)

Mis pimpollitos
qué lejos están, nostalgia,
mirando el cielo gris
con ojos de almendra.

En sueños veo,
su jugar alegre, niños,
buscando en los cerros
un eco de padres.

Estribillo: (bis en tiempo de vals)
me duelen tus ojos
negrito de mi alma,
me duele tu gracia
niña angelical,
me duele la madre
que tan sola espera
el vuelo triunfante
de la libertad...

El llanto crece,
en el mar del tiempo, niños,
olas de esperanzas
que esperan... esperan...

Son como grillos
en mi mundo pequeño,
estrellas y canto,
¡ ay, niños de pan!...

David Lanuscou
Penal UP9, La Plata. 1977.

Agüita de amor
(Aire canción de cuna)

Tomaste lechita
de mis blancos pechos
¿Recuerdas qué hermoso
Blanca azucena?

Fueron tantos años
sin tu voz de alondra,
sin tus tibias manos,
cielo pequeño.

Y bajó a la agüita
la linda paloma,
llevando en su pico
un collar de estrellas,
vuela tu vergüenza,
nubes y arroyitos,
boquita cereza
cabellitos de ángel...
agüita de amor.

Tus tiernos ojitos
que de nuevo brillan,
cual lunita llena
lágrimas de amor.

Juguemos chiquita,
alas y caricias,
cuerpitos besos,
agüita de amor.

*A mi hija Natalia después de leer una carta de
su madre relatando... después de salir en libertad.*

David Lanuscou,
Penal de Caseros, 1982.

Esperar

Esperar

¿Qué otra cosa?

La noche, con su oscuro manto
sólo nos trae los ecos
de cerrojos, de candados,
de una sirena a lo lejos,
de un “¡Alto, quién vive!”
del ladrido de algún perro.

Y, minuto a minuto

hoy unos cuantos salimos
en “libertad”... ¡ah, qué palabra!
Todavía está todo tan fresco;
todavía muchos claman
por el hijo que no ha vuelto
del cual no se supo nada.

Los que no dormimos, esperamos

Ya se recortan, grises,
esos muros que te atrapan;
te castigan, a veces
más que golpes; despunta el alba.
Julio del ochenta y dos:
esperanza vana,
rota en pedazos nos salvó;
fue nuestra suerte su desgracia.

“¡Nunca Más!”

Ahora se dice a sí mismo
-tomando conciencia
de que pasó algo terrible-
parte del pueblo;
más para otra, la vida sigue
como si nada: no aprendió de la historia
¿estará condenada a repetirla?

Esta última mateada
mañana será recuerdo
como la misma esperanza
como los mismos sueños.
Que hoy me hago de mañana,
y "mañana"... ¿qué será de esto
que nos tiene arrinconados
en cárceles, o fuera de?
¿Quién tendrá en todo esto
la última palabra?
En lo que de mí dependa
no la tendrá esta brutal canalla;
tal vez sea un final abierto
en el que no "la tenemos comprada"
con dinero, pero sí con el derecho
de ser gente que no calla.

Félix Comejo, 1982.

Sueño azul

Para Gladys

Nuestro día
Se parece a este día
¿Te acordás?
Tu voz rompió el silencio
Con un llanto, o una risa
Y establecimos un juego mágico
Indescifrable
Solo tú y yo
Podíamos comprender
Mi mano fue tu mano
Mis ojos, tus ojos
Mi cuerpo, tu cuerpo
Mis labios, nuestros labios
Y fuimos uno
Después el tiempo se detuvo
Fueron minutos
Quizás siglos
Miles de palomas nos acompañaban
El mar en paz y azul
El verde era infinito
Y la alegría de los niños
Nos protegía tiernamente
De las sombras
Este fue el signo
Que sellaba para siempre
Nuestro juramento
Tiempo y distancia
Fueron símbolos ausentes en nuestra mente
Y nos lanzamos
Unidos
Definitivamente
En el amor

Rodolfo Novillo

Sueños compartidos

Hoy grité tu nombre al sol
Y viví
Supe de tu soledad
De tu andar simple, de tu sonrisa infantil, al amanecer
De tu sentimiento maduro y tierno
De tu alma pura
De tu mirar lejano e inquieto
De tu voz, anhelante
De tus ingenuas y compartidas ambiciones
De tus sueños, de cielos estrellados
De tu mundo pequeño y magnífico
De tus ansias de dar
De tu fe y esperanza
Hoy
Viví tu amor

Rodolfo Novillo

Todo es un sueño

Porque estoy ausente
Percibo los silencios
Que la espera
Despertó en tus días
Esos largos sueños
Que acompañan al cigarrillo
Con preguntas sin respuestas
Frente a una silla vacía
Porque estoy ausente
Sé de tus horas tristes
Que acompañan tus largas noches
Que al alba aún persisten
Conozco el rigor del frío
Que se agita en tu alma
Cuando tan sólo en la calle
Apuras tu paso, algo perdido
Deseando arribar a ese lugar
Al que nunca llegas
Porque estoy ausente
La lluvia que hoy ves tras tu ventana
Ha mojado mi rostro
Y oigo lejano
El tren que se acerca
Y que sólo fantasmas
Mostrará ante tus ojos
Porque estoy ausente
Sé que no he partido
No hay puerto, no hay barco
Sólo tú y yo
Y un tiempo
Como las olas
Que van vienen
Ya lo ves, todo es un sueño
Yo estoy contigo.

Rodolfo Novillo

Un día después

Un día después
de la guerra,
nos abrazaremos fuerte
y haremos el amor.

Un día después
de la guerra,
Si nos quedan brazos
nos abrazaremos fuerte
y haremos el amor.

Un día después
de la guerra,
si hay
un día después.

Nos abrazaremos fuerte
y haremos el amor.

Jorge W. Paul

¿Si hay un día después de la guerra atómica, que quedará en la Tierra?

El Sordo no quiso oír

Corría, corría, iba y venía
de la chata a la pila,
de la pila a la chata.
Con la bolsa al hombro,
con su afán de pobre.
Se nubló de verde,
se tiñó de rojo.
No escuchó la muerte,
No escuchó la vida.
¿Peligroso?
¿Delincuente?
¿Terrorista muere?
Enfrentándose
a los verdes sonidos
de la muerte.
¡Culpable!
Sordo mudo.

Jorge W. Paul

Cuentan cuán peligroso puede ser un changarín sordomudo:

Sucedió en Zimoca, Tucumán, a un joven sordomudo.

Trabajaba de changarín corría de la chata a la pila.

Al no acatar la voz de alto del ejército fue salvajemente asesinado.

No sólo no pidieron perdón por su atroz crimen, sino que *La Gaceta* de Tucumán dice: "Muere en enfrentamiento un delincuente terrorista"...

La esquina

Cae la tarde
Como cansado escapa el día
Con mucha sangre
Escapaba también su vida
Hace un rato, apenas
Se llevaron el cuerpo
En algún lugar estará su tumba
En ninguno quizás su lápida
Enseguida (salida del comercio)
La esquina se llenó de gente
Maquinal, desbordado río
Siempre anónimo
Indistinto
No me inspira un verso
Ni un epigrama
Ni un pensamiento
Sólo pienso en el hijo del pueblo
Que al caer la tarde sangraba
Y en su razón
No por todos comprendida
Que lo llevara a entregar su vida
Soñando su patria liberada

Félix J. Cornejo, 1973.

.....

Detrás de la ceguera
Por encima del oprobio
Difusamente se la ve

¡Es ella!
¡Es su mano la que agita!
Una mano deshecha
Es su fina silueta

Del otro lado, del llamado libertad
¡está Él!
Sólo ansias, sólo ojos
Sólo dolor e impotencia

¡Es Ella!
la veis? escuchad:
Es Ella y el amor existe
Supremo en su destino
Magnífico en su herida
¡Divino desafío!

¡Qué importa esa muralla!
¡Qué importa tanto tiempo!
¡De que sea tan joven!
¡De que sea tan bella!

¿Qué le hace el amor
que tenga que sufrir tanto?
¿Es acaso el amor
para los torpes?
¿para los intrascendentes?
¿para los incrédulos?
¿para los cobardes?

¡Ella sigue allá!
En lo alto del más negro abismo
de luto su corazón de pájaro
quebradas sus alas
¡Jóvenes y bellas!

pero no tan sólo
una imagen difusa y cruelmente
prisionera
¡Es Ella!
¡Es la vida!
¡Es la historia!
¡Es la patria!
Es la sangre de tanta sangre
Es la imagen del mañana
Él lo sabe
nosotros lo sabemos
Por eso; su espera
nuestra espera
es la suprema razón
de la esperanza!

Este escrito (que me llegó sin título, formando parte de una larga carta censurada), podría llamarse "poema del amor cautivo". Describe momentos compartidos (con mi entonces novio-después marido), de intensa emoción cuando a través de mi viejo (quien nos visitaba en la cárcel de Devoto), me hizo llegar el "planificado encuentro", en el que libre ya, me visitaría... Esto me hace evocar (como mirando una foto instantánea)... en la protección que brindaban las compañeras (ante la reacción intolerante de las guardiacárceles) que si me "pescaban" subida al hombro de una de ellas, asomándome a la ventana y señalando ubicación con un espejo... Compartiendo entre todas los riesgos y la alegría de una insignificante victoria...

Silvia Martos

Libertad

Nunca fue mi fuerte escribir
y menos hacerlo legible
sin embargo, mientras me hablabas
de lo que acontecía en Córdoba
pensaba

hubo siete años
donde quizás hubieron rejas
digo quizás

¿por qué quizás?
porque para el amor
profundo que siento, para
todos los seres humanos
no existen rejas ni ataduras

ese amor se llama
LIBERTAD

Sebastián Cannizzo

*IN MEMORIAM de mis hermanas Aru y Amanda
y de treinta mil angustias de la Patria.*

Estas poesías forman parte del libro de poemas, "Heridos de tu Ausencia", escrito por el autor Alberto Assadourian durante el tiempo de su detención.

Nos limitamos a transcribir como lo merece significativamente Alberto Assadourian de puño y letra.

Aru

No puedo llorarte y quiero
Llorarte en mi desconsuelo.
Ay qué palomas tus sueños
desechas en vuelo roto
por relámpagos y fuego.
No puedo llorarte y quiero
tener tus pestañas suaves
para sembrar todo el suelo
tener tu voz y tus uñas
el racimo de tu pelo
a tu ser tenerlo todo
renaciendo sobre el suelo.
No tener el desconsuelo
de llorar como no puedo.
En este silencio herido
mi única lágrima quiero
fragmentar en un rocío
que apacigüe el recuerdo
recordando sin olvido.
Mi única lágrima quiero
sea semilla de llama
llama que quema y clama
fuego de pampa en fuego
alzada de puño al cielo.
Llorarte no puedo y debo
querer que nadie se olvide
tu sueño de amor al pueblo.

Amanda

Ya no recorren el aire tus ojos
de finas sombras de álamos.
Heridos de tu ausencia
quedáronse los días.
A veces creo verte apalomada
y oír tus preguntas apacibles.
Tu conciencia buscaba
la sal de la certeza.
Y amaste la verdad
más allá del sacrificio.
Tu amor pensó por todos
era la pureza de tu alma.
Tu amor que maduraba en silencio
como un gajo de cerezos.
A veces creo verte
y oírte a veces creo.
Cómo han quedado mis días
heridos de tu ausencia.

Resurgirás

Si preguntan por Amanda
Qué les digo?
Si preguntan mis amigos
Si preguntan mis compañeros
Qué les digo?
Si preguntan los sobrinos
con inocencia de niños
Qué les digo?
Acaso que estás ausente
como la flor del manzano
cuando el invierno vence?
Acaso que estarás presente
con la aurora feliz de nuestra gente?

Si preguntan por Amanda diré
que jamás conocerás olvido.
Como hoy, que el pueblo ha salido
En la Marcha por la Vida
clamando por los hijos
arrancados de sus filas.
Hoy en el gesto del pueblo
ay hermana
ay herida de mi alma
Hoy en la Marcha por la Vida
en el canto y el paso del pueblo
sentí que resurgías
como resurges
cada vez que la verdad
se alza contra el oprobio
cada vez que la justicia
clama firmeza de pueblo
resurges como resurgen los nuestros:
en el valor de los obreros
que forjan la gran aurora
de un mundo nuevo.

Alberto Assadourian

Homenaje a mi padre

(Del libro En bondi a la luna)

A Miguel Torriglia, mi padre, cesanteado apenas comenzó la dictadura de sus cargos de maestro nocturno, profesor de Ciencias Naturales e Investigador ad honorem del Museo de Ciencias Naturales de Córdoba. Amante y difusor de la Revolución Soviética y de la Revolución Cubana. Discriminado y negado por sus pares. Perseguido por sus ideas comunistas y detenido dos veces en la D2.

Amó la naturaleza, defendió la ecología cuando nadie creía que las reservas naturales de América y del mundo fueran a terminarse por la devastación de las empresas extranjeras.

Investigó largamente (para dos libros que nunca publicó y están perdidos) sobre la flora de Córdoba, pensando en el futuro.

Se hundió lentamente en la tristeza de ver su patria dividida y bajo el poder del imperialismo representado miserablemente por los militares genocidas.

LA VOZ DEL INTERIOR

Expulsaron 105 estudiantes de la Universidad Nacional de Córdoba

Por resolución de la Intervención Militar en la Universidad Nacional de Córdoba fueron expulsados de los claustros universitarios 105 estudiantes acusados de violar la Ley Nacional 21276, fundamentalmente en lo expuesto en su Art. 7° el que prohíbe "toda actividad que suma formas de adoctrinamiento, propaganda, proselitismo o agitación de carácter político o gremial, docente, estudiantil o no docente".

Al respecto, la Oficina de Prensa de la Casa de Trejo, dio a conocer en el día de ayer un comunicado en el cual expresa textualmente que: "En la prosecución del proceso de ordenamiento y reorganización a que se halla abocada la Intervención Militar en la Universidad Nacional de Córdoba y sobre la base de los antecedentes reunidos por los organismos competentes, se han obtenido informes acerca de la conducta observada por numerosos estudiantes, que está sujeta con lo dispuesto por el Art. 7° de la Ley 21276, que prohíbe en las universidades toda actividad que asuma formas de adoctrinamiento, propaganda, proselitismo o agitación de carácter político o gremial".

"Consecuentemente, a fin de lograr un desenvolvimiento de la actividad universitaria acorde con su misión específica y la adecuada disciplina sin la cual aquella es imposible, se ha dispuesto la expulsión de 105 alumnos inscriptos en diferentes cursos de las distintas facultades, institutos y escuelas de la casa".

LA LEY 21276
La sanción de la Ley 21276 fue realizada por el actual gobierno nacional y es de carácter modificatorio de la Ley 20.654/74 que rige la actividad en las universidades nacionales.

El artículo 7° que motiva ahora por su violación, la expulsión de 105 estudiantes expresa: "Queda prohibido en el recinto de las universidades toda actividad que asuma formas de adoctrinamiento, propaganda, proselitismo o agitación de carácter político o gremial, docente, estudiantil o no docente".

Lo que no ha sido suministrado por la Oficina de Prensa universitaria, es la nómina de los alumnos sancionados y las carreras que los mismos cursaban en las diversas facultades, escuelas e institutos en el presente.

Fuente "La Voz del Interior" - 22/05/76

Nadie después del trajín

le escribió un poema alguna vez
andaba con la piel cansada
solo
en su traje gastado
y en su abrigo
se iba a despertar el día
con el pizarrón del aula
a amigarse en minúsculo
a la vida
detrás del cristal del microscopio
Nunca detuvieron en la calle
el reloj del horario para verlo pasar
no frenaron el “buendía” en su corazón
ni le hicieron palcos en la frente
“No fue famoso ni tuvo
placas de bronce en la plaza”
no tuvo a dónde
dejar sus esperanzas
apenas lo quedaron prescindido
fue gastándose pedazos
de sus hombros
piezas con sus lecturas de los hombres
fragmentos de sus rosas
sus orquídeas
temporales al frente de sus huesos
para llevarse en andas y hasta el fin
o hasta siempre
con la mirada en el viento contra el alba.

Jorge Torriglia

Vamos

(Del libro En Bondi a la Luna)

A este viaje
 invito a mis dolores
y no a sus llovidas consecuencias

si las sombras del miedo
se escurren en las calles
 es hora de que esperemos
con todos los paraguas en hilera
y las puntas del amor bien afiladas

Vamos que es muerte
 es noche
 pero no habrá explosiones esta vez
el bondi parará frente a un suspiro
 donde podrán vendarnos un recuerdo
 y ahogarlo en una bolsa de nailon
 –pero será nada más que algún recuerdo–
todos iremos sin odios trajinados
 subiendo hasta sentarnos
 con estaciones intactas
 con tormentas dispuestas
 sin el velo
 sabiendo que atrás no viene nadie
 o hay la lluvia
 y a la hora de subir
 no somos nadie
 (hemos muerto del todo/casi todos)

Jorge Torriglia

Poema escrito en homenaje a Néstor Lellín, dirigente comunista cordobés desaparecido el 6 de septiembre de 1976, sacado a la fuerza de la fábrica Fiat Concord donde trabajaba y era delegado. A sus camaradas también desaparecidos Bustillo y Gringo Caffaratti, dirigente de Luz y Fuerza Córdoba y a cada uno de los centenares de comunistas argentinos encarcelados, asesinados o desaparecidos en la lucha por la liberación nacional y el socialismo

Desaparecidos

¿Nunca más
volveremos a ver
a Néstor Lellín
a Caffaratti
a Bustillo?

.....
“Sólo la empresa automotriz Fiat Concord SACI dice que fue despedido Lellín el 30 de noviembre de 1977 por faltar a su trabajo desde el 6 de septiembre de 1976” (causa 13/84).

Néstor Lellín fue retirado del interior de la fábrica por personal militar aquel 6 de setiembre de 1976 y su automóvil permaneció un año en los cuarteles antes de serle devuelto —con orden judicial— a su padre.

.....

Siempre creo que son ellos
o soy alguno de ellos
que va y vuelve de la vida

Su compañera siente que sus manos
seguirán siendo como el pan
tardías
con el que lo espera desde el 76
para unirse en una paloma mañana

¿no volverán a entrar?
por tantos escalones y silencios
a su local/ a su casa de luchas
nuestro Partido Comunista
volado por las ratas de Lacabanne

A veces siento sus pasos compañera
adolescente amor de nadie sobre el gringo
Entre la revolución desnuda y sus papeles
desconocida de él y de su marcha
le tira el pelo rojizo cuando pasa
le tira ... otro volante más
de sí misma/ para volver a verlo

Pero es sólo el viento de los años
que vuelve por los días de ellos
no descansados aún
y los traspasa
Así los condenaron para siempre
a “no tener entidad” –los genocidas–
a llevar/ o llover nuestras miradas
sus gritos buscándonos besándonos
en cada uno que nazca que desnace
junto a los 30.000
por ser justos
y sin dudas
por ser
 Revolucionarios
eternamente

Jorge Torriglia

A ustedes

(Del libro En Bondi a la luna)

A ustedes

les pido que no se vayan ahora
que hace falta en las calles

la piedra de su júbilo

que se queden a darnos

aliento por lo menos

Que escapen de los cuadros

donde aún ocultamos sus memorias

y nos traigan un poco de la humanidad que hallaron
antes de pasar a ser recuerdos

Que se pinten las camisas

con el viento de la luna

donde murieron a veces/colgados de la angustia

porque son necesarias esas señas

para empezar a escalar por nuestros sueños

Pichuco

traé tu bandoneón

anclado en amores que no fueron

soplando en el sonido eterno

donde iban siempre a cerrarse tus dos párpados

Néstor

vení con la sonrisa de tu muerte

alzada sobre el puño/contra el cielo

Néstor César

grabale al transporte de faroles

los luminosos limones de tus cuentos

Tres Pablos

.....
¿qué tres pueblos?
¿Iquique ve en la sal a Victor Jara?
¿la sal lleva en los dedos
su sangre
a temblar en la guitarra?

.....
Traigan de sus pinturas y poemas
la hermandad abrazada con los huesos
esos lugares de donde no se han ido
aunque nos hayan fusilado los recuerdos
Suban con las cigarras que encontraron
y el rumor cuando el mar
entra a la sangre
y la sangre del hombre dándose contra el tiempo
dándose contra el tiempo...
...A ustedes
no les cobramos el boleto.

Jorge Torriglia

* Tres Pablos: Picasso, Neruda, Casals - Néstor César Miguens.
Néstor: Néstor Lellín, pertenecía al Partido Comunista, era delegado de Fiat Concord
y está desaparecido por la dictadura desde el 6 de septiembre de 1976.

Memoria sin tiempo

(Escrito para la inauguración del Monumento a los Desaparecidos en Villa María,
un reloj de sol –hecho por Liliana Felipe con enormes piedras–
que lleva ese nombre)

Las carnes de las piedras
sus andaduras
bajo el reloj
y al pasar el jardín
de la hora clavada
sus púlpitos y pálpitos
el ruido de sus minutos hacia atrás

El tiempo
ahora se reparte
repetido copiándose
se enceguece redondo
al tocarlo
en el centro del clavo
y grita en otra sílaba al caer
por la placenta
en el llano de nunca
que les urdió la sangre

Aún se abren y toco esos labios
del racimo
el magma

que han dejado los hombres
los sexos solos
el soliloquio y el hueco del balbuceo
agitándose entre sedas y ramas
ransparencias
de la memoria
Xolotl el dios
entre dios y el caballo
curvado que espera
guiando en las vetas de América
el ascenso al labriego

Se me salen sus sombras –ascensos–
por los siglos de polvo filtrado de sol
se me escapa
la madre
al abrir la ventana
con los dedos en el hueco de las balas

a su hombre

hasta que vea su lodo y se duerma
o se sueñe
en las uvas de los senos
caídas de su muerte
a esta rueca del tiempo y la piedra
donde pueden hablar todavía

Está el hombre redondo
de surcos y vetas volviendo
a ser nave de piedra en su hora
al instante de siete en redondo y reloj
donde entabla en el llanto su escritura
la vida y la muerte

Jorge A. Torriglia

En Bondi a la Luna (Poemas bajo la dictadura) y la resistencia del éxodo

En Bondi a la Luna es un libro escrito hace mucho, muchísimo tiempo. Me acompañó en más de treinta mudanzas de casas (desde que nací llevo más de cincuenta). Empecé a escribirlo apenas comenzó la dictadura, hice uno o dos poemas, los primeros, en medio de una enorme tristeza por tantos compañeros aniquilados, por el derrumbe de tantas esperanzas en un mundo más humano y justo siempre cerca de conquistarlo y en medio del temor o el vacío de ser desaparecido en cualquier momento con mi familia.

Como buen comunista o simplemente comunista estuve siempre acostumbrado, desde niño, a la clandestinidad. Eso de que nos avisaran que había que limpiar la casa, ayudar a mi padre a encajonar los libros y olvidar-

los por un tiempo hasta que volvieran, a veces llenos de canaletas hechas por las ratas. El tener que irnos a otros lados por unos días, el pasar Nuestra Palabra o la revista Internacional sabiendo disimular... en fin, tantas cosas, una vida aprendida así desde que en mi casa llegamos a ocultar por meses a parte del Comité Central del PC paraguayo. Desde que Miguel -mi padre- fue uno de los que buscó en Chile a Nicolás Guillén cuando vino clandestinamente a hacer un recital en los 60. O desde que militaba también junto a su amigo David Khan, con quien era investigador en el Hospital de Clínicas. Khan pasó siete años en Cuba, meses en China y cuatro años en Checoslovaquia dedicado a ayudar a las revoluciones de esos países a desarrollar la medicina preventiva antialérgica que era su especialidad, para morir sentado en el laboratorio del Hospital de Sofía a las cuatro de la mañana de un infarto, junto a su esposa y compañera, Perla.

Cuando digo que este libro es viejísimo es porque trae en sus versos vestigios de mis más antiguas historias de militancia, que se pusieron en marcha con la dictadura. Hay poemas que hablan de la Bajada de Pucará, esa villa vecina de nuestra casa, donde estaban los amigos de mi niñez de quienes mi padre y mi madre eran maestros y con quienes aprendí qué era la miseria, en los juegos, en nuestro callejear y andar juntos la vida, de tal manera que sus parientes grandes y sus personajes, como el Indio Benito -baleado por la policía- se fueron haciendo míos y con ellos ensayé los primeros sueños de justicia social. Así que el lugar que ellos tienen al llegar la dictadura es el lugar de los destinatarios de los sueños revolucionarios que voltea el golpe, pero es el lugar también de los nativos que ellos son de estas tierras e ignorados por la cultura y por la sociedad en general, por quienes siempre luché.

En el bondi van mi decisión de incorporarme a la lucha por un mundo distinto cuando tenía once años, puesta en una firma frente a mi viejo y Astur, el librero del partido y mi inmediata tarea de difundir cuatro prensas entre mis amigos, entre ellos Tucho, que ha muerto hace ya varios años.

A la Luna viajan -en la decisión del libro- mi militancia durante la adolescencia junto a Heldo Zárate, junto al Cogoyo y Antonio, al flaco Aguayo, siempre en Luz y Fuerza; las pintadas, actos relámpagos de los 60 y la multitudinaria marcha al aeropuerto cuando logramos que lo liberaran de Trelew a Tosco y hasta que se formó el Encuentro Nacional de los Argentinos y después la APR (Alianza Popular Revolucionaria). En el fondo de esos y muchos poemas que no están ahí van las luchas en la legalidad, en el local de Obispo Trejo 359 donde empieza el asesinato de las 3 A a Tita Hidalgo, donde le ponen una bomba al partido, esa casa donde entraba Caffaratti y también

muchas veces entraba el gringo Tosco a unificar criterios con nuestros dirigentes, entre otros Jorge Canelles (uno de los artifices del Cordobazo).

En este bondi viajan al éxodo los recuerdos de muchas cabezas rotas, entre ellas la mía, en el enfrentamiento con la JPRA frente a la catedral cuando los comunistas encolumnados junto a la JP festejábamos el tedeum de asunción de Obregón Cano y Atilio López. Van también los recuerdos del ataque al local del partido, inmediatamente después, que resistimos tirando sifones de soda desde los techos. Va y va, silenciosa la marcha multitudinaria que organizamos desde la FESC (Federación de Estudiantes Secundarios de Córdoba) y junto a la UES, miles de jóvenes para repudiar el bestial asesinato del compañero Atilio López en lo que fue el principio de la dictadura en Córdoba, la dictadura de Lacabanne poco después.

Y ahí está la persecución a los que luchábamos contra la dictadura y por la democracia desde el 60 y después de la primavera de Cámpora hasta el 76, entre líneas de muchos versos que se fueron calentando allí, cuando trabajábamos los poetas y escritores como nunca en el Taller Sol Ediciones, un Frente Cultural con peronistas de la JP, Socialistas, independientes, etcétera donde militábamos junto a Víctor Hugo Lellín, Amaro Nay, el Oveja Bongioanni, Roberto Maldonado Costa, Jorge Martínez, la Lily Tobanelli, Jorge Felippa, el Flaco Mattea y otros incluso, convocando al Primer Encuentro de Escritores por la Liberación en Vaquerías, en el 73, con más de 700 participantes.

Toda esa "masa sin cantera" que nombra cantando la Negra Sosa, ese estado que se trasvasa de lo social a la poesía, quiso entrar en los sentimientos de este libro, donde derramé militancia con todo su bagaje, ya en la soledad y quiere ordenarse en el propósito del éxodo, como solución política-poética, incluso sin olvidar el poema que le escribí a la muerte de Pichuco, poco después que el poeta del tango Héctor Negro me visitara, ya en plena represión, durante el 76 y así también los versos al compañero Miguel Ángel Oviedo Álvarez, con quien hicimos el Homenaje a la Revolución Rusa y a los caídos en Trelew, llamado "Pelota de Trapo", en la Peña del Chito Ceballos a fines del 72

Por eso no me costó, después del golpe, bajar la frecuencia, como las tortugas y empezar a escribir esta idea que nacía de la bronca: *y si les vaciamos el mundo y nos vamos a la luna aunque sea en bondi, qué mierda van a hacer sin tener obreros para explotar, nadie para torturar o asesinar estas basuras.*

Me acordaba de Manuel Belgrano y su éxodo, esa magistral guerra casi sin pertrechos, sin un disparo... Mientras tanto ponía a todo volumen

los poemas de Machado, Miguel Hernández y suyos interpretados por Serrat, me envolvía en los recuerdos de los compañeros a los que ya no vería quién sabe por cuanto tiempo o nunca y de los que ya estaban desaparecidos como Néstor, porque había que empezar a funcionar de nuevo en la clandestinidad.

Después de haber padecido la persecución de las AAA, siete allanamientos con mi familia, la detención dos veces de mi padre y una de mi hermano en la D2 y haber estado tres días secuestrado en la D2 de Mariano Moreno y de zafar, me parece que por un pelo, en dos días estaba viviendo en Villa de Soto, en dos meses más con la que era entonces mi esposa y dos de mis hijos y trabajando en el Dique Nivelador de Pichanas, poniendo en práctica mis posibilidades de cementista y constructor hecho en las obras y tratando de pasar lo más desapercibido posible, ya que me había alejado del Partido.

La casa donde vivíamos era antigua y en una pieza enorme puse mi escritorio y mis cosas queridas. En esa ausencia de todo volví a los dos poemas primeros del libro, los escribí prolijamente midiendo la caja de cada página y empecé a construir la prueba de galera de En Bondi a la Luna, mientras lo tipiaba en mi máquina Erika -compañera de años.

De vez en cuando, en mis francos me acercaba a sus tapas de cartón duro, miraba tras las rejas la enorme soledad del pueblo y me sentaba pesadamente a seguirlo. Me costaba, pero era mi única militancia y en él estaban mis pocas esperanzas, en la revolución del éxodo, como manera de resistencia.

Jorge Torriglia

Empecé a recordar y escribir. Escribir sin lápiz, sin papel, sin gomas; borraba escribía y corregía, sin lápiz, sin papel, sin gomas. Un buen ejercicio para la mente, no volverse loco. Escribí los recuerdos en poemas... creo... me acordé de Teresa y dije...

Teresa

Juntos recorríamos asambleas
en donde todos proclamaban.
Tu presencia era de silencio...
Sí, era de silencio, pero estabas
¡¡¡¡¡acompañabas!!!!
¡¡qué importa que fueras sorda
o que tus oídos no escucharan!!
¡¡¡pero... si tú querías vivir!!!...
¿¿¿o tan sólo querías escuchar o
sentir el estampido de esa bala????

Mateplata

Escape

...abro mi pensamiento... vuelo hacia tí
te encuentro... más bonita que nunca
con tu carita morena y tus ojitos negros...
y en ese abrazo que es fuego cual
hierro al rojo vivo fundido
se besan nuestros cuerpos
te musito al oído: quiero contarte que
mi ausencia no es olvido... en eso vino la luz
Oí decías... fue sólo un sueño.

Mateplata

(Siempre criticaron el remate)

Sendero materno

Una vez más quiero expresarte
que dentro de mí estás
No deseo hacerlo como otras veces
con palabras o gestos
sino con admiración silenciosa
como solías marcarme el sendero
por el cual yo debía caminarlo como hombre
No usabas teorizaciones incomprensibles
ni alentabas falsas expectativas.
Eras simple y profunda con tu ejemplo
Tu búsqueda del bienestar y la Paz
cálidamente me lo has transmitido
y esto es sobre todo
mi admiración silenciosa.
Hoy **MADRE** puedo decirte
que seguiré caminando tu sendero
Porque te siento dentro de mí
seguiré caminando tu sendero
a la luz de tu ejemplo eterno.

Hugo Roberto Regalado,
poema escrito en la cárcel de La Plata.

Resulta que en el Pabellón 9, primer piso, en la celda donde yo estaba en ese momento (1 izquierda) teníamos un embute en el suelo, en un hueco entre los ladrillos y el cemento muy bien disimulado, donde escondíamos papeles diversos, entre ellos algunos poemas que yo escribía clandestinamente. Una noche llegó por sorpresa el traslado a La Plata y ahí se quedaron mis poemas, entre ellos uno que terminaba con las mismas frases de este nuevo que años después fue reescrito aquí, en el exilio prolongado. Había guardado yo esas frases en mi memoria y ahora lo evocaba y revivía. Hay otros temas también en el poema. La bala que allí menciono es la que tronó un día en el patio (y que yo vi desde la ventana) y que arrancó la vida a Paco Bauducco. Y varias cosas más.

Poema escondido en la piedra

Levanto la losa y debajo está el poema
comido por las ratas.

Sus hilachas blanquecinas y sus negros arañazos
soportaron mal la devastación del tiempo,
la filtración de las lágrimas por los poros de la roca,
y el olvido implacable.

Fue descifrado una noche atroz
por ojillos vivaces y dientes filosóficos,
mientras en su carne mustia triturada
florecía la antigua ternura
en gotas reseca.

Meto la cabeza en el agujero
y más abajo está el mar
con su bronca respiración.
Sus altas paredes de agua
erizadas de espuma
caen y se levantan en un aullido de cristales
al resplandor lunar.

Un marinero ciego conduce la barca
por inhóspitas regiones de sombra.
La presunción del alba no alcanza para guiarnos;
es acaso ilusoria, como la mano tendida,

como el castillo de roca emergiendo de la niebla
con su chorro de luz.

Con grandes ojos abiertos miro la bala
taladrando el silencio.

Turbiamente, mi memoria intenta recuperar
el sentido original atrapado en la dureza del cemento,
las letras que quedaron indelebles
en sus aristas brutales.

El poema duerme su larga ensoñación
mientras abajo el mar ruga como una cloaca espesa.

El poema se enarbola a sí mismo
como un estandarte de harapos
extendido por los dedos de la tormenta;
preñado de palabras gordas y frases casuales,
que cuentan un improbable futuro.
Se ríe en el aire, y aletea en girones,
mientras deja caer sus últimas letras
dispersas
inconexas
en el vacío.

Sólo el tiempo sobrevive al tiempo.

El cielo
como el mar
es un hueco negro carente de refugios
que sólo tiene lugar para los ángeles
los perros
y los niños.

Germán Ojeda
Madrid, 27 de abril de 2000

Primavera de 1975

Primavera que has llegado hasta aquí
Y en la sangre te has hecho sentir
Y aunque flores no corto, ni campos recorro
Lo mismo te siento libertad

Héctor Jorge Assadourian

Tantas veces te mataron...

15 de diciembre de 2007

Como todos los años, nos preparamos a rendir homenaje a los compañeros y compañeras fusilados en la UP I de barrio San Martín. Con la expectativa de con quién nos encontraríamos, porque cada año, de distintos lugares de la provincia o del país vienen a esta "cita" que, como parte del tributo, es también un lugar de encuentros de ya "viejos" compañeros. Reencuentros, recuerdos. Emociones y abrazos.

"Porque el que muere peleando, vive en cada compañero..."

Los sacaron de noche, amordazados, atados. Cualquiera diría, inermes. Pero no. Los mataron peleando, como aquella lejana canción de Viglietti. Resistiendo al aislamiento, a la incertidumbre, a los golpes, torturas, vejámenes... Haciendo poemas en jabones, en papelitos, para sus hijos, la familia y los compañeros... Haciendo horas de gimnasia para soportar los "bailes". Compartiendo generosamente los recuerdos más hermosos de la libertad... Pre-sintiendo cómo serían los encuentros futuros en las calles cuando nuestro pueblo nuevamente derrotara a los dictadores...

"Tantas veces te mataron... Tantas resucitarás..."

Los mataron. Es verdad. Hace mucho ya que los mataron. Sin embargo como no los olvidamos, cada vez más hermosos están con nosotros. Son inasibles sus manos, sus rostros, sus andares... pero están en sus hijos, en sus amores de los que fueron arrancados... y en nosotros, sus compañeros de militancia.

"Que intentaron fugarse" se dijo descaradamente. Y seguro que hubo hasta quien lo creyó...

Pero no se mata solamente cuando la bala atraviesa un cuerpo... También se mata cuando se oculta y se miente... Aún hoy los genocidas y sus cómplices siguen mintiendo y ocultando cadáveres... Mantienen el vil secreto del destino de los niños apropiados...

"Que eran terroristas", dijeron a modo de justificación. Y seguro que también todavía haya quien lo crea así.

Pero, a ver, ¿dónde están las soluciones a las injusticias? ¿Por qué persiste tanta desigualdad: unos pocos tan indignamente ricos y poderosos y la gran mayoría indignamente en la miseria? ¿Acaso se acabó la explotación? Esos objetivos de lucha permanecerán vigentes mientras persistan sus causas.

Por buscar solucionar los graves problemas, eligieron proyectos y optaron por incorporarse en partidos políticos, organizaciones revolucionarias, participaron en gremios, sindicatos, parroquias y barrios. No fueron terroristas ni delincuentes. Eligieron la militancia como un camino para el cambio social y político. Hoy se habla mucho de *Por la verdad... por la memoria...* y bien, recordarlos, es fundamentalmente recordar y respetar lo que quisieron hacer, lo que amaron, lo que decidieron... que es por lo que los mataron.

Entonces las palabras *Por la verdad... Por la memoria* cobrarán el certero sentido de la *Justicia*.

“Ya no vivo pero voy, en lo que andaba buscando.”

Hermanos nuestros, tan amados, nosotros, los que sobrevivimos nunca dejaremos de recordarlos, de decir quiénes fueron, qué hicieron y por qué lucharon. Hermanos, hermanas, compañeros entrañables, siempre podrán contar con nosotros. Como siempre lo fue y lo será, en donde sea, no importa dónde. En las buenas y en las malas.

HASTA SIEMPRE COMPAÑEROS

Gloria Di Rienzo

Quiénes somos

Porque aún estoy en el camino...

Nuestra Asociación de Ex Presos Políticos de Córdoba está constituida en base a tres objetivos fundamentales, que se desprenden de nuestra participación en la defensa y promoción integral de los derechos humanos:

- **Juicios:** Contribuir en la reconstrucción de la memoria histórica de nuestro pueblo para alcanzar la verdad y la justicia, con la condena a los genocidas, a partir de nuestros testimonios en el ámbito judicial y social.

Seguimos exigiendo aparición con Vida de nuestro Compañero Julio López, testigo en el juicio contra el represor Miguel Etchecolatz. Fue secuestrado el día 18 de Septiembre de 2006. Juicio y castigo a los responsables de esta desaparición que son los mismos que ejercieron el terror y que permitió la impunidad de tantos años.

- **Educación:** Transmitir esta memoria en el seno de las comunidades educativas, laborales, barriales, gremiales y en particular a las nuevas generaciones.

- **Solidaridad:** Gestionar y accionar para brindar soluciones concretas por las secuelas que padecen compañeros y/o sus grupos familiares como víctimas del terrorismo de Estado, todo ello en la búsqueda de una efectiva reparación histórica.

Somos miembros de la Comisión Nacional de Ex Presos Políticos, espacio que agrupa a ex presos políticos del país, para aunar esfuerzos en acciones comunes y solidarias.

Participamos junto a otras organizaciones sociales en la lucha por la defensa de los Derechos Humanos, por una sociedad justa, solidaria y participativa.

Memorias de una generación indómita

A treinta y tres años, las memorias de nuestra generación no están difusas ni apagadas. Asumen la estatura histórica de los ideales de redención y lucha por el mundo soñado de aquellos años.

Recordar es el ejercicio que cada compañero y militante, ejerce hoy como un mandato ineludible.

Millones de jóvenes en nuestro país, en América y en el mundo, enarbolaban entonces una antorcha que iluminaba la lucha por una sociedad de iguales y solidarios.

Las calles del país se llenaron de voces enronquecidas de gritos y vivas.

Un haz de puños se elevaban buscando derechos, justicia, paz, pan y trabajo.

Recordar aquellas jornadas de resistencia popular a las dictaduras de militares y civiles que se sucedieron, es encontrar el rumbo y el hilo histórico de las tradiciones de lucha. Es el no olvidar de nuestra generación.

Crecieron los murmullos hasta volverse un río de bronca incontenible. Subió como un tumulto la conciencia solidaria.

La dignidad alzó su puño para expresar en las calles del Cordobazo y del Viborazo, como en otros puntos cercanos o distantes de la geografía indómita, su decisión de resistencia y lucha.

Una consigna unía los ríos de este continente en una sola canción: la liberación nacional, la justicia social y el socialismo, estandartes de nuestra generación.

Cómo olvidar a nuestros compañeros caídos y desaparecidos, a sus figuras tan queridas del movimiento obrero de Córdoba, Atilio López, Agustín Tosco, René Salamanca y a tantos otros compañeros que ya no están.

Sólo que en este siglo XXI otra vez se levanta la esperanza por ese mundo soñado.

Se hace bandera nuevamente en América con la presencia de nuevos líderes de países hermanos que avanzan por la senda de la sangre derramada, construyendo la unidad latinoamericana en pos de la patria grande, soñada por nuestros padres de la independencia: San Martín, Simón Bolívar, Martí, Artigas, Prestes, Camilo Torres y el Che.

Estamos vivos
No claudicamos
Somos resistencia popular
Somos el silencio que grita
¡Memoria! ¡Verdad! ¡Justicia!
¡Liberación! ¡Liberación!
Porque vamos a envolvernos
en los compañeros que fueron
y son la esperanza
en la luz del mañana
donde construimos la vida
Porque no nos vencieron
Nuestras caídas fortalecen nuestros pasos...
Con todas nuestras pérdidas aquí estamos
¡Presentes!
Nuevas luces alumbran el camino
Son semillas que germinan nuevos sueños

Juicios en Córdoba

El 27 de Mayo de 2008 comenzó el primer juicio que se llevó adelante en la provincia de Córdoba en la causa caratulada:

“MENÉNDEZ Luciano Benjamín; RODRÍGUEZ Hermes Oscar; ACOSTA Jorge Ezequiel; MANZANELLI Luis Alberto; VEGA Carlos Alberto; DIAZ Carlos Alberto; LARDONE Ricardo Alberto Ramón; PADOVAN Oreste Valentín, p.ss.aa. Privación ilegítima de la libertad; imposición de tormentos agravados; homicidio agravado” (Expte. 40/M/2008)

Este juicio fue por el secuestro, desaparición, torturas y asesinato de cuatro militantes: Hilda Flora Palacios, Humberto Horacio Brandalís, Carlos Enrique Lajas y Raúl Osvaldo Cardozo, del Partido Revolucionario de los Trabajadores.

El Tribunal Oral en lo Criminal Federal N° 1 de Córdoba, presidido por el señor Juez de Cámara Dr. Jaime Díaz Gavier, e integrado por los señores Jueces de Cámara Dres. Carlos Otero Álvarez y José Vicente Muscará, resolvió condenar:

-A Luciano Benjamín Menéndez, Oreste Valentín Padován, Luis Alberto Manzanelli, Carlos Alberto Díaz y Ricardo Alberto Ramón Lardone a la pena de **PRISIÓN PERPETUA E INHABILITACIÓN ABSOLUTA PERPETUA**; en consecuencia ordenar su inmediata detención y alojamiento en una unidad carcelaria dependiente del Servicio Penitenciario de la Provincia de Córdoba.

Al considerarlos **autores, penalmente responsables**, de los delitos de **privación ilegítima de la libertad calificada** por tratarse de funcionarios públicos, agravada por el uso de violencia, por la duración (más de un mes) y por haberse cometido para compeler a la víctima a hacer, no hacer o tolerar algo a lo que no estuviese obligada; **imposición de tormentos agravada** por la condición de perseguido político de la víctima y **homicidio doblemente calificado** por alevosía y por el concurso de una pluralidad de partícipes

-Resolvió condenar a Hermes Oscar Rodríguez y Jorge Ezequiel Acosta, a la pena de **VEINTIDOS AÑOS DE PRISIÓN E INHABILITACIÓN ABSOLUTA POR EL MISMO TIEMPO DE LA CONDENA**; en consecuencia ordenar su inmediata detención y alojamiento en una unidad carcelaria dependiente del Servicio Penitenciario de la Provincia de Córdoba. Al considerarlos **autores mediatos penalmente responsables**, de los delitos de **privación ilegítima de la libertad calificada**, por tratarse de un funcionario público, agravada por el uso de violencia y por haberse cometido para compeler a la víctima a hacer, no hacer o tolerar algo a lo que no estuviese obligada e **imposición de tormentos agravada** por la condición de perseguido político de la víctima

-Resolvió condenar a Carlos Alberto Vega, a la pena de **DIECIOCHO AÑOS DE PRISIÓN E INHABILITACIÓN ABSOLUTA POR EL MISMO TIEMPO DE LA CONDENA**; en consecuencia ordenar su inmediata detención y alojamiento en una unidad carcelaria dependiente del Servicio Penitenciario de la Provincia de Córdoba.

Al considerarlo **autor penalmente responsable** por dominio de la acción, de los delitos de **privación ilegítima de la libertad calificada** por tratarse de un funcionario público, agravada por el uso de violencia y por haberse cometido para compeler a la víctima a hacer, no hacer o tolerar algo a lo que no estuviese obligada e **imposición de tormentos agravada** por la condición de perseguido político de la víctima

TODOS LOS CONDENADOS CUMPLEN SU PENA EN LA CARCEL COMUN DEL SERVICIO PENITENCIARIO DE BOWER DE LA PROVINCIA DE CORDOBA.

Este juicio terminó con la condena el día 24 de Julio de 2008 con sentencia en primera instancia. Sentencia que ha sido recurrida por los genocidas. Desde el comienzo hasta el final del juicio el pueblo de Córdoba y de otras provincias de nuestra patria estuvo presente.

Organismos de Derechos Humanos, gremios, partidos políticos, estudiantes, amigos, nos reunimos en un abrazo emocionado ese día.

¡Tantos años de impunidad y falta de justicia!

En el año 2009 lucharemos para que se inicie el juicio por los asesinatos y

fusilamientos de nuestros 29 compañeros, ocurridos en la UP1 (Unidad Penitenciaria N° 1 actual N° 2 de Córdoba).

También esperamos para el año 2009 el juicio a los responsables de la D2 (Departamento de Informaciones de la Policía de Córdoba).

-Todas las fuerzas de seguridad fueron cómplices del terrorismo de Estado. Nuestro objetivo es que el brazo de la justicia llegue a todos los que participaron e hicieron posible el terrorismo de Estado

Exigimos:

- *aceleración de los juicios*
- *unificación de las causas por CCD (centro clandestino de detención)*
- *cárcel común para todos los que cometieron delitos de lesa humanidad*

En cada juicio y condena están PRESENTES cada uno de nuestros Compañeros.

Seremos testigos para que se condene a los responsables y se haga justicia.



**Por una patria
para todos**

**Por la justicia
que nos negaron**

Juicio a Luciano Benjamín Menéndez
Inicio 27 de Mayo 2008 — Tribunales Federales

**CÁRCEL COMÚN
PERPETUA Y EFECTIVA**

Asociación de Ex-Presos Políticos de Córdoba

ÍNDICE

Dedicado	5
Agradecimiento	7
Prólogo, por <i>Guillermo Bulgheroni</i>	9
Prólogo, por <i>María Teresa Sánchez</i>	13
Prólogo, por <i>Martín Fresneda y Claudio Orosz</i>	15
Introducción	17
Homenaje a los compañeros fusilados y asesinados en la UP1	21
HISTORIAS Y CRÓNICAS	27
Un cambio de vida, <i>Raquel Haydée Velásquez</i>	29
Tengo frío, <i>Estela Leal</i>	36
Al Leal de los leales, <i>Américo Aspítia</i>	39
A Cachito Leal, <i>Pedro Gaetán</i>	39
Mi historia, la historia de un laburante, <i>Ovidio "Pajarito" Ferreyra</i> ...	40
Moukarzel, José René, <i>Nilda E. Jelenic</i>	45
Los agujeros de la libertad, <i>Manuel Nieva</i>	47
La paloma, <i>Félix Cornejo</i>	50
Gloria y Julio, <i>Gloria Gallegos y Julio Carreras (hijo)</i>	53
El Gringo: sus luchas, <i>Jorge "Gringo" Pool</i>	56
De Guerrillera a Señora Maestra, <i>Alicia Staps</i>	59
Memorias del cautiverio, <i>Gladys Regalado</i>	61
Obrero metalúrgico, <i>Julio César Carrizo</i>	63
"Recordar es volver a pasar por el corazón", <i>Marta "La Pantera" Quiroga</i>	68
Para y por mis Compañeros, <i>Sara Liliana Waitman</i>	72
Testimonio de Cecilio Manuel Salguero, <i>Cecilio Manuel Salguero</i>	78
26 de junio de 1976, <i>Estela Julia Robledo de Pittuelli</i>	81
Hasta siempre, <i>Juan Cucco</i>	85
Los compañeros de la UP 1, <i>Andrés Cañas</i>	89
Carta al compañero que se fue sin despedirse, <i>Gustavo Tissera</i>	97
Testimonio sobre mi prisión, <i>Inés Bruno</i>	102
Chichi brujas de las bailarinas, <i>Irene Martínez</i>	108
Presos por..., <i>Jorge Marca (Coco)</i>	111

Paloma con sorpresa, <i>Jorge Marca (Coco)</i>	111
Cartas	112
Higiene y algo más, <i>Susana Barco</i>	114
El mundo que soñamos..., <i>Marta Angélica Fontana</i>	118
Navidad del 76, <i>Ana Rearte</i>	122
El gran silencio, <i>Germán Ojeda</i>	125
Historias del Terremoto, <i>Hugo Basso</i>	129
Con tanto de Memoria y de Vida, <i>Alicia Ester Schiavoni</i>	131
Quisieron callarnos, no lo lograron, <i>Rosa Noto</i>	137
Hasta el día de hoy..., <i>Enzo Sacco</i>	139
Larguirucho, <i>Federico Bazán</i>	144
La historia de la familia Casas, <i>Irma Casas</i>	148
El Terrorismo de Estado y los trabajadores, <i>Rodolfo Novillo</i>	152
Soberana de mis sandalias, <i>Rosa Salinero</i>	154
La memoria histórica de los pueblos, <i>Antonio Alcázar</i>	160
Una de las tantas historias... de mi país, <i>Carlos "Mateplata" Ávila</i>	163
Extender mi embarazo, <i>Elsa Margarita Elgoyhen</i>	166
Alegría, <i>Irene Bucco</i>	168
Historia de Olindo, <i>Olindo Luca Julio Durelli</i>	172
Militancia en la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, <i>Fidel Castro</i>	176
Homenaje a mi padre Florencio Díaz, <i>Cristina Díaz</i>	179
¡Viva la Patria Carajo!, <i>Sebastián Cannizzo</i>	181
Treinta y nueve celdas cerradas, <i>Ana Mohaded</i>	183
Crónica de mi secuestro, <i>Jorge Alfredo Torriglia</i>	186
El último telegrama, <i>Hugo Ferradans</i>	189
Monólogo para mi amigo Luis Ricardo Verón, <i>Luis Acosta</i>	191
En la cárcel se aprende, <i>Miguel Carlos Contreras</i>	194
El Diablito, <i>Daniel Esteban Pittuelli</i>	196
No teníamos nada y teníamos todo, <i>Adriana Corsaletti</i>	198
Más allá de los sinsabores..., <i>María Beatriz Castillo</i>	201
Sentirnos libres, <i>Carlos "Monito" Palacios</i>	202
Eslabones de unidad, <i>Pablo Alejandro Álvarez</i>	203

AMENAZAS Y ENTRADA DE ORGANISMOS INTERNACIONALES Y CONADEP NACIONAL A LA CARCEL	207
--	------------

Compañera Alicia Wieland	209
2 de Abril de 1976, <i>Stella Grafeuille</i>	210
Viaje de Videla a Córdoba	212
Viaje de Videla a Tucumán	216
Primera entrada de la Cruz Roja Internacional	221
Amenazas para el Mundial de Fútbol 78	230
Otras entradas de Organismos Internacionales de Derechos Humanos	242
Segunda visita del Comité Internacional de la Cruz Roja	242
Tercera visita del Comité Internacional de la Cruz Roja	243
Inspección de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos (CIDH)	245
Cuarta entrada del Comité Internacional de la Cruz Roja	247
Quinta entrada del Comité Internacional de la Cruz Roja	247
Visita de la CONADEP Nacional	248
CUENTOS Y RELATOS	251
Memoria, <i>Silvia Martos</i>	253
Crónica de un espacio, <i>Juan Carlos Álvarez</i>	255
Noche de duendes, <i>Pedro Gaetán</i>	259
Manifiesto del Regreso, <i>Relato colectivo</i>	263
Levantás la persiana, <i>Stella Molina</i>	269
La cita escondida, <i>Juan Carlos Álvarez</i>	271
Usá la memoria, <i>Hugo Basso</i>	272
A Tita Rivetto de Cardozo, <i>Marta Quiroga</i>	275
El océano, <i>Félix A. Cornejo</i>	278
Carta a una reja, <i>Juan Carlos Álvarez</i>	280
La calle del primer grito, <i>Manuel Nieva</i>	283
Colón y General Paz, <i>Juan Morales</i>	286
Carlos Enrique Scheurer, <i>María Mercedes "Chicha" Aranguren</i>	290
La imagen de Tania, <i>Jorge L. Argañaraz</i>	291
Frustración, <i>Luis Yankilevich</i>	294
Esos días, <i>Arnaldo "la Toti" Villegas</i>	298
Nadie nos vio descender..., <i>Élida Eichenberger</i>	299
Aquellos tiempos de la dictadura, <i>Luis Yankilevich</i>	301
Recuerdos con resistencia, <i>relatos colectivos</i>	305
Un día en la vida penitenciaria, <i>Luis D. Ludueña Almeida</i>	308

Las brujerías de las paredes, <i>Juan Carlos "Kitito" Díaz</i>	312
30 años esperando..., <i>Luis Acosta</i>	315
OBRAS DE TEATRO	319
-Campo penitenciario, <i>Federico Víctor Bazán</i>	323
-Lazo en el Campo, <i>Federico Víctor Bazán</i>	328
CANCIONES Y POESÍAS	
Córdoba es, <i>Manuel Nieva</i>	336
Vals del negrito, <i>David Lanuscou</i>	338
Son tus ojos, <i>David Lanuscou</i>	339
Para hoy, <i>Juan Carlos Álvarez</i>	340
Carta a mi hija, <i>Leonardo Hayes</i>	341
Después de la muerte de mi hijito Juan Salvador, <i>Marily Piotti</i>	342
Sus nombres, <i>Marily Piotti</i>	344
Mi tierra y vos, <i>Marily Piotti</i>	345
Un poema que escribió mi pueblo, <i>Marily Piotti</i>	347
Estatutos de una cárcel para presos políticos, <i>Marily Piotti</i>	349
A disposición del Poder Ejecutivo, <i>Marily Piotti</i>	351
Hombre Nuevo, <i>Marily Piotti</i>	353
Tan sólo un desolado corazón, <i>María Cristina Saborido</i>	355
Niños de pan, <i>David Lanuscou</i>	357
Agüita de amor, <i>David Lanuscou</i>	358
Esperar, <i>Félix Cornejo</i>	359
Sueño azul, <i>Rodolfo Novillo</i>	361
Sueños compartidos, <i>Rodolfo Novillo</i>	362
Todo es un sueño, <i>Rodolfo Novillo</i>	363
Un día después, <i>Jorge W. Paul</i>	364
El sordo no quiso oír, <i>Jorge W. Paul</i>	365
La esquina, <i>Félix Cornejo</i>	366
....., <i>Silvia Martos</i>	367
Libertad, <i>Sebastián Cannizzo</i>	369
Aru, <i>Alberto Assadourian</i>	370
Amanda, <i>Alberto Assadourian</i>	371
Resurgirás, <i>Alberto Assadourian</i>	371
Homenaje a mi padre, <i>Jorge Torriglia</i>	373
Vamos, <i>Jorge Torriglia</i>	375
Desaparecidos, <i>Jorge Torriglia</i>	376

ÍNDICE

A ustedes, <i>Jorge Torriglia</i>	378
Memoria sin tiempo, <i>Jorge Torriglia</i>	380
En Bondi a la Luna (Poemas bajo la dictadura), <i>Jorge Torriglia</i>	381
Teresa, <i>Carlos "Mateplata" Ávila</i>	385
Escape, <i>Carlos "Mateplata" Ávila</i>	385
Sendero materno, <i>Hugo Roberto Regalado</i>	386
Poema escondido en la piedra, <i>Germán Ojeda</i>	387
Primavera de 1975, <i>Héctor Jorge Assadourian</i>	389
Tantas veces te mataron..., <i>Gloria Di Rienzo</i>	390
QUIENES SOMOS	393
JUICIOS EN CÓRDOBA	397